UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

MAESTRIA EN ESTUDIOS CULTURALES

CENTRO DE ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS

Confluencias de la modernización en el litoral. Discursos, registros e imágenes de la villa miseria en Rosario

Anahí G. Pagnoni
Director: Diego Roldán

Rosario
Noviembre 2021

A Caro, Me y Cami
Mis compañeros de la maestría

Por cada instante compartido en los seminarios y en nuestras tertulias
Por esa atmósfera de modernidad onírica e insular que
me acompañará siempre

Resumen:

Desde los Estudios Culturales, la presente tesis explora las representaciones de la villa miseria y su contexto de producción, a partir de un *corpus* que incluye múltiples registros culturales (fotografías, literatura e investigaciones sociales), factura de expertos, intelectuales y artistas de Rosario en los sesenta/setenta. En la primera parte, se reconoce a la modernización de Rosario como el contexto de emergencia de las representaciones de las villas miseria. Primero, se explora la ciudad y la modernidad, luego, la villa miseria y su espacialidad, y, por último, el centro urbano y las representaciones de los intelectuales. A través de estas constelaciones se unen y se separan, se intercambian y se encuentran, y se visibilizan e invisibilizan espacios y prácticas culturales que demarcan territorios imaginarios. En la segunda parte, se ensaya un montaje de materiales a partir del *corpus,* arriba mencionado. En ese entramado, se procura complejizar y ampliar las perspectivas de análisis acerca de las villas miseria rosarinas. Por un lado, se revisan los múltiples registros sociológicos de las villas miseria de la ciudad. Y por otro, se ensambla una narrativa a través de un conjunto de imágenes fotográficas de la ciudad y sus villas miseria, allí aparece otro modo de percibir las transformaciones sociales, culturales y urbanas de Rosario.

Abstract:

From Cultural Studies, this thesis explores the representations of the slum and its context of production, based on a corpus that includes multiple cultural records (photographs, literature, and social research), invoiced by experts, intellectuals and artists from Rosario in the sixties/seventies. In the first part, the modernization of Rosario city is recognized as an emergency context of the representations or the slum. First, the city and modernity will be explored, then the slum and spatiality, and finally the urban center and the intellectuals. In these constellations they unite and separate, they exchange and meet, they visible and invisible the space and cultural practical demarcate territories of inquiry. In the second part, an assembly or materials based on the corpus, mentioned above, is tried to make it more complex and broaden the perspective of analysis about the slum. On the one hand, the variety of social records on the slums of the city are reviewed. And on the other, a narrative is assembled through a set photographic imagines of the city and its slums, where social, cultural and urban transformations appears with another way of perceiving

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 2

Trayectos 4

Confluencias de la modernización 8

Constelaciones 9

Montaje 12

Esquema 15

PRIMERA PARTE: Constelaciones. Rosario, la metrópolis del litoral

CAPITULO I: Rosario y la modernidad. Una lectura de la modernización latinoamericana desde la planificación urbana 17

"El desarrollismo estaba en el aires" 20

El urbanismo y la ciudad latinoamericana 25

"Este plan, es un plan que se realiza" 30

Plan Regulador Rosario 32

El experto y la planificación regional 35

El Área Metropolitana de Rosario 37

CAPITULO II: Villas miseria. La espacialidad emergente en los márgenes 41

La periferia en la ciudad 44

La planificación habitacional 45

La urbanización dependiente 51

Geografías liminares. Un encuentro entre la imaginación espacial y las villas miseria 57

Intersticios urbanos en el litoral 61

CAPITULO III: Centro e intelectuales. Contactos, cruces e influencias de una escena cultural 70

Más al centro: una revisión del campo cultural 72

El campo cultural y los intelectuales 73

Los expertos y las ciencias sociales 77

Expertos e intelectuales en la periferia 83

Zona del puerto: Una escena cultural 86

La universidad se renueva y se bifurca 88

Un encuentro con la ciudad, un encuentro con las villas miseria 93

SEGUNDA PARTE: Montaje. Las representaciones de las villas miseria

CAPITULO IV: Entre la migración y las villas de emergencia. Itinerarios de la investigación social en los márgenes del litoral

Encuesta social /filmada 100

Aero-fotogramas. Estudio sobre marginalidad social en Rosario 104

Documentos de trabajo. Investigación sobre marginalidad 111

Reportaje/trabajo de campo 120

CAPITULO V: Entre la costa y los barrios populares. Otra narrativa de la modernización en las fotografías de *Rosario, esa ciudad*

Encuadres 127

Capturas 136

Revelados 146

CONCLUSIONES 153

RECURSOS 159

ILUSTRACIONES 169

Domingo 27 de septiembre de 1970

Un resumen de mi excursión que empezó el viernes y terminó hoy temprano. Tomé el tren a Rosario a las siete de la mañana, experiencia de simultaneidad, se oía música *beat*, en el vagón escuchaba a un grupo de personas furiosas hablar de dinero sin parar (…). Al mismo tiempo por la ventanilla de pronto terminó la ciudad y empezó el campo, una tierra pelada, chata, y vi en el fondo, contra el horizonte, un caserío, las últimas poblaciones y luego, en el desierto, una villa miseria. Una "toldería", pensé, así se debían ver las carpas y las chozas de los nómades de la pampa, cuando uno salía de las posiciones fortificadas "de la civilización". Pensé: "la altura en la que estoy, sentado contra la ventanilla de tren, es igual a la perspectiva que tenía un hombre a caballo". Lo que se ve es al mismo tiempo lejano y próximo, siluetas que se dibujan a lo lejos, amenazantes en el vacío.

En Rosario empezó la cabalgata, me esperaba Nicolás (Rosa), que de inmediato me llenó las manos con sus escritos, (…)

Ricardo Piglia, *Los diarios de Emilio Renzi*, Tomo II: *Los años felices* (2016: 250-51)

INTRODUCCIÓN

El extracto del segundo tomo de *Los diarios de Emilio Renzi* de Ricardo Piglia (2016) que abre esta tesis, reúne en sus breves líneas una serie de ideas y observaciones para aproximarse a la villa miseria como *espacio-otro* (Foucault, 2010). Además, alerta acerca del conjunto de interrogantes que la aparición de este fenómeno urbano, despertaba en sus observadores, en este caso un escritor. Si las ciudades reflejan la división de sus clases sociales en el espacio, distribuyendo a los ricos en sus centros y a los pobres en los márgenes de sus tramas urbanas, como lo había detectado Engels en la Manchester de mediados del siglo XIX, la hermenéutica compleja de las urbes se simplifica con un modelo de esa dualidad: el centro y la periferia. En las observaciones de Piglia, la villa miseria eludía esa dicotomía, emergiendo en la soledad del desierto. Este recurso literario rememoraba en el escritor un binomio clásico de nuestro pensamiento social, literario y ensayístico, "civilización y barbarie", junto a todas las cosmovisiones espaciales que lo sostenían. Su intento por ensamblar dentro de esa grilla interpretativa la problemática de la villa miseria, nos advierte acerca de su intención de visualizarla, pero también, de la dificultad para comprenderla. Sin embargo, y a pesar de su recurso de homologación, Piglia cierra su alocución con una reflexión que podría aplicarse a los modos de interrogación sobre ciertas problemáticas sociales que escapan a las experiencias vitales de sus observadores: "Lo que se ve es al mismo tiempo lejano y próximo, siluetas que se dibujan a lo lejos, amenazantes en el vacío". Sin dudas las villas miseria se perciben "próximas" en la trama urbana, pero los intentos por acercarnos a ellas nos devuelven una sensación de lejanía. La mirada estigmatizante que atraviesa a este *locus*, colabora en identificarlo como una amenaza que se reproduce en un "vacío" de contexto para interpretarlo. La ciudad moderna materializa el paradigma del progreso y sus fragmentos incongruentes son separados o invisibilizados, identificados como lugares "otros" (Foucault, 2010). Estos intersticios se reproducen con características similares de pauperización en distintas temporalidades y espacialidades, y configuran un fenómeno urbano propio del capitalismo: el borde urbano degradado. En esta clave, la villa miseria argentina actual aparece como un vertedero de "basura", "excrecencias" o "externalidades negativas" de orden material, social y político. Esta caracterización se agudizó en los años noventa, cuando el desempleo y el consumo de drogas cimentaron un relato mediático en torno a cómo se habitaban estos espacios. Encerrada en sí misma, la villa se asemeja a una distopía donde la basura, la impureza y la precariedad edilicia se encarnan en la piel de los sujetos que la habitan (Sarlo,

2009). Sin embargo, su materialidad degradada no es condición suficiente para esta segregación. La contundencia de esta imagen y la continua renovación de la problemática urbana y social que rodea a las villas, ensambladas a otros flagelos sociales como el narcotráfico, ha menguado el interés por las representaciones anteriores de estos espacios urbanos. En efecto, y recuperando el pasaje de Piglia, esta tesis se interesa por explorar las representaciones que emergieron alrededor del ideal modernizador que concebía a la villa miseria como un hábitat transitorio para los trabajadores migrantes internos, ante la ausencia de viviendas en la ciudad, en los años sesenta.

Desde mediados del siglo XX, y en un clima de colaboración panamericana, Estados Unidos a través de instituciones continentales de difusión académica y científica brindó ayuda económica y tecnológica a los países de Sudamérica. Considerado parte del Tercer Mundo, el apoyo americano buscaba encaminarlos hacia la modernización y el desarrollo. En este contexto, la villa miseria y sus acepciones latinoamericanas[1] se identificaron como un rasgo del subdesarrollo de la "ciudad latinoamericana". La construcción de esta categoría buscaba unificar las problemáticas de estas urbes y, en el planteo de Richard Morse (1965/1971), hacer visibles sus características culturales distintivas, más allá del proceso común que atravesaban como colectivo. La concepción de la "ciudad latinoamericana", también, ha colaborado en la producción de ciertas imágenes. En este sentido, la tradición ensayística es ilustrativa acerca de los cambios en las improntas urbanas. En *La cabeza de Goliat* (1956), Ezequiel Martínez Estrada referencia una mutación del *tempo* europeo de la urbe porteña y sus transformaciones infraestructurales al *tempo* americano. Y agrega: "me parece que esta conquista es el indicio de que hemos progresado paralelamente a los adelantos ornamentales" (p. 22). Martínez Estrada escribió este libro centrando su mirada en Buenos Aires – y se lo recupera para atestiguar la hipertrofia urbana que caracteriza a las capitales de los países latinoamericanos en esta coyuntura. A través del fragmento, se subraya el cambio de atmósfera y escenario al "*tempo* americano", casi como si el desarrollismo estuviera en el aire y se respirara al caminar por la urbe porteña, al observarlos cambios en su fisonomía.

Las urbes latinoamericanas funcionaron como laboratorios del desarrollo, guiadas por los preceptos de la modernización americana. En su concepción modélica de avance por etapas al desarrollo, todo rasgo emergente propio de la realidad latinoamericana se interpretó como desperfectos, rupturas o discontinuidades en el cumplimiento de este proceso. Entre estas

[1] Según los países: "Villa Miseria" en Argentina, "Favela" en Brasil, "Callampas" en Chile, "Barriadas o Pueblos Jóvenes" en Perú, "Cantegriles" en Uruguay, etc.

dislocaciones, la villa miseria se ha asimilado dentro de un conjunto de ideas que oscilaron entre las utopías modernistas y las idealizaciones anti-modernas. Lejos de oponerse, ambas perspectivas han convivido y se han mixturado (Gorelik, 2016). Contemplando estas miradas, nos acercamos a los Estudios Culturales para explorar ciertos desajustes del proyecto de la modernización en una "ciudad latinoamericana" periférica (Morse, 1985), Rosario. En efecto, esta tesis tiene como objetivo ensayar una interpretación acerca de la modernización de esta ciudad, a partir de la indagación en las representaciones de la villa miseria y su contexto de producción. Para ello, se trabajará con un conjunto de registros culturales (fotografías, literatura, estadística, cartografía e investigaciones sociales), producidos por académicos, escritores y artistas locales, entre los sesenta/setenta.

Trayectos

Los cambios acontecidos en la ciudad moderna, bajo la era industrial, han generado múltiples lecturas de investigadores y ensayistas, en la clave explicativa abierta por los estudios culturales (Gorelik, 2002). Entre ellas, la modernidad exhibe una serie de tensiones que se manifiestan ambiguas y contradictorias. A la luz de esta experiencia, las organizaciones sociales han atravesado procesos de desintegración de sus condiciones materiales y simbólicas que ocasionan discontinuidades en todos los ámbitos de la vida. En su libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia urbana de la modernidad* (1982), Marshall Berman propone que la modernidad sea concebida como una unidad paradójica. Según el autor, sus cambios nos arrojan a una vorágine que oscila entre la desintegración y la renovación, la lucha y la contradicción, la ambigüedad y la angustia. Esa metamorfosis en los modos de experimentar del sujeto se traduce en la vivencia discontinua del tiempo como algo transitorio, y una percepción del espacio como algo fugaz. En esta atmósfera, según David Frisby en *Paisajes urbanos de la Modernidad* (2007), la ciudad se presenta como el escenario privilegiado de la modernidad, y el lugar donde pueden estudiarse sus modulaciones. La metrópolis como espacio social se transforma y transforma con la modernidad, el creciente ritmo frenético de sus calles modifica las temporalidades subjetivas que se reflejan, a la vez, en su dispositivo espacial. Este laboratorio inagotable de experiencias novedosas produce una cultura urbana con diversas modulaciones, según las configuraciones espacio-temporales.

Estas interpretaciones acerca de la cultura urbana, se fusionan con ciertas ideas de la modernidad que han sido revisitadas en diversos momentos y han concebido nuevos modos de comprenderla. El proyecto de la Ilustración aspiró a producir sujetos, cuyo deseo era

volverse modernos. Las teorías que sostuvieron este ideario (Comte, Marx, Weber, Durkheim) se consideraban con aplicabilidad universal. Así, "el momento moderno" se presentaba como una ruptura profunda entre la tradición y la modernidad. Estos postulados han desatado infinitas críticas y una gran resistencia tanto en términos teóricos como experienciales (Appadurai 2001). Entre ellas, Jürgen Habermas (1998) ha propuesto pensar la modernidad como un "proyecto incompleto". Según el autor, el desafío de la cultura moderna ha sido reconocer su vínculo con las prácticas cotidianas que todavía dependen de sus herencias vitales. Esta lectura del tradicionalismo implicaría incorporar sus contradicciones en la concepción de modernidad.

Por el contrario, Arjun Appadurai (2001), en *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización,* se interroga acerca de cómo las particularidades de cada entramado socio-espacial impusieron ritmos y formas diferentes a las modernidades. En esta clave, todas las sociedades poseen genealogías múltiples y profundas –ancladas en su pasado– que frustraron las aspiraciones de sus modernizadores, ya que éstos pretendían sincronizar los ritmos de la modernidad europea al resto de la periferia global (Appadurai, 2001). En efecto, se planteaba que el avance irrefrenable de la cultura moderna desvanecería las diferencias y las desigualdades entre el centro y la periferia. Asimismo, borraría los efectos temporales y transitorios de su acoplamiento. Esta perspectiva positivista y progresista sostiene la universalidad de los valores y las metas de la modernidad, ocultando las desigualdades que ocasiona. De este modo, el diagnóstico del "atraso" se revertiría con un programa de "adelanto", unificado en el ideal de progreso, para alcanzar la ansiada universalidad de la modernidad.

A pesar de sus múltiples críticas, Mary Louise Pratt en su artículo: "La modernidad desde las américas" (2000), explica que este "paradigma del atraso" ha dominado el imaginario acerca de la modernización en América Latina. Los pensadores latinoamericanos han disputado una construcción cultural de nuestra periferia pautando un diálogo con las narrativas de la modernidad (Martín-Barbero, 2004; Ortiz, 1992). La aparición de ciertos vocablos como *hibridez* o *mestizaje* (García Canclini, 1989), demuestran el despliegue de un herramental analítico capaz de sustentar las teorizaciones de nuestra modernidad periférica (Sarlo, 1988). Asimismo, desde los años setenta, se han erigido voces críticas que cuestionan las imposiciones del centro para definir de modo negativo y reduccionista a nuestra periferia (Joseph, 2005). Estos críticos latinoamericanos de izquierda habían argumentado el poder de la periferia para describir y definirse a sí misma. Este planteo ofreció una alternativa empírica y conceptual al imaginario centralista del retraso y la carencia (Pratt, 2000). Y con diferentes apropiaciones,

sus consideraciones se han extendido hasta la actualidad, renovadas por los avances de los estudios posmodernos y decoloniales (Castro Gómez, 1998, Pratt, 2000).

Contemplando estas perspectivas acerca de la modernidad latinoamericana, la presente tesis se focaliza en los nuevos horizontes de sentido que el desarrollo postuló para Latinoamérica y su lugar en el Tercer Mundo, durante las décadas de 1950 y 1970 (Escobar, 2007). Según estas influencias norteamericanas, la implementación de estos programas otorgaría al subcontinente el efectivo desarrollo y la soñada modernización, que no había alcanzado a través de la modernidad eurocéntrica. Como ha explicado Adrián Gorelik en su trabajo "Miradas Cruzadas" (2014), la circulación de estos preceptos produjo un conjunto de conceptos, teorías y prácticas que se fundamentaban en la renovación de las ciencias sociales, y comprobaban su factibilidad en la implementación de programas de planificación en diversas ciudades latinoamericanas.

Además, la modernización generó la necesidad de ordenar las formas de lectura para abordar el gran caudal teórico-empírico que produjeron estos vínculos panamericanos. Estos modos hermenéuticos habilitaron dos horizontes de sentido acerca de la modernidad y la modernización: el paradigma reformista-desarrollista y el radical-dependentista. Dentro de su interpretación de estas perspectivas, Adrián Gorelik (2014) presenta un modelo de lectura del "ciclo de pensamiento urbano latinoamericano". En efecto, luego de una fase ascendente del ideal modernizador americano, la teoría del desarrollo es sustituida, en la fase descendente, por la teoría de la dependencia y el retorno a Latinoamérica. La construcción de este sistema se justificaba en el tratamiento de las mismas problemáticas que compartían las dos teorías y el desplazamiento teórico entre uno y otro planteo aconteció en las mismas instituciones de investigación y con sus mismos intelectuales que acompañaron este corrimiento.

Ante estas problemáticas comunes, la urbanización latinoamericana identificó un rasgo estructural que había sido advertido al realizarse estudios sociológicos y demográficos de sus poblaciones, la emergencia de conglomerados de viviendas precarias en las periferias de sus principales ciudades, producto de las migraciones internas ante la demanda de mano de obra industrial. Adrián Gorelik en su libro, *Las ciudades sudamericanas como arenas culturales* (2016), realiza un aporte académico para pensar las villas miseria en esta coyuntura, en la perspectiva de los estudios culturales y urbanos. La villa miseria, y sus diversas acepciones, se transformó en un tema urbano de resonancia internacional, con destacadas investigaciones entre urbanistas, sociólogos y antropólogos en América Latina. El discurso de la modernización (re)editaba el binomio centro-periferia (tradición-modernidad/campo-ciudad) de la modernidad

occidental en la morfología de sus ciudades latinoamericanas. De ese diagnóstico se derivaba la necesidad de constituir un Estado-Plan que, a través de una técnica y una planificación neutrales, revirtiera las condiciones sociales y urbanas de postergación de estos países "subdesarrollados". En este marco, con las líneas firmes y racionales del urbanismo moderno, la planificación batalló contra los desajustes del desarrollo latinoamericano que se expresaba en la contradicción de la villa como excrecencia urbana y/o como incrustación del campo tradicional o pre-moderno (Gorelik 2016).

A esta teoría se le opusieron los planteos del estructuralismo marxista, la sociología urbana francesa y la teoría de la dependencia (Castells 1971). En su libro, *Repensando la ciudad informal en América Latina* (2012), María Cristina Cravino, ha explicado cómo la crítica dependentista evidenció las relaciones asimétricas que (re)producía el capitalismo entre los países centrales y los periféricos. La complejidad de esta dominación económica sólo contemplaba una salida política: la revolución. Inspirada en la Revolución Cubana (1959), y teorizada en el marco de la experiencia chilena de los primeros años 1970, los movimientos nacional-populistas y sus intelectuales comprometidos se orientaron hacia ese camino. En este marco, los preceptos de la autoconstrucción que John Turner había experimentado en las barriadas limeñas posibilitarían la inversión en la lógica planificadora desarrollista de la ciudad latinoamericana. En estos postulados, la autoconstrucción por los sectores populares de sus viviendas presentaba a las villas miseria como una alternativa "verdadera" a la ciudad burguesa y sus ilusiones (Gorelik 2016). Con la organización de cooperativas de vivienda y autoconstrucción las masas de desposeídos que habitaban los márgenes se sumaban a la revolución, librando la batalla de la renta del suelo y la revolución urbana.

De modo muy general, esta selección de trabajos académicos se ha propuesto demarcar las coordenadas teóricas entre la modernización latinoamericana y los estudios culturales urbanos argentinos y latinoamericanos, donde la presente tesis formula su planteo de investigación. Sin embargo, como propone Lawrence Grossberg, en su libro *Estudios culturales en tiempo futuro. Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy* (2012), el problema de estas lecturas modélicas y duales, como la oposición desarrollo-dependencia, ha reproducido la mirada reduccionista de la modernidad. Aun sin esa intención, algunas de estas interpretaciones despiertan la continua lógica por identificar la singularidad y la universalidad que decían criticar. Por ello, se recupera la propuesta de Grossberg de evitar "los límites imaginativos de la imaginación euro-moderna" (2012: 97). En efecto, este autor nos alienta a pluralizar la modernidad, para apreciar los muy diversos modos en que ésta se ha configurado

y materializado, y en los que todavía puede hacerlo. Es decir, la modernidad, o su versión modernizadora de la segunda posguerra, se desarrolló de diferentes maneras, adquirió diversas cosas en distintos lugares, aun cuando fue resistida, adoptada, apropiada, en territorios específicos por otras fuerzas, luchas y vectores de determinación. Contemplando estos cuestionamientos, la presente tesis ensaya una propuesta de pesquisa, interrogándose por cómo estos ideales repercutieron en la modernización cultural y urbana de Rosario, durante los sesenta/setenta.

Confluencias de la modernización

La presente tesis ha construido un *corpus* de registros múltiples para analizar la modernización de la ciudad y las representaciones de las villas miseria. En su mayoría, estos materiales se encontraban arrumbados en bibliotecas y no habían sido utilizados para trabajos académicos de este tipo. Para ordenar las principales discusiones que presenta esta tesis se distinguen tres grupos de fuentes. El primero se circunscribe al análisis de la planificación de la ciudad, y está compuesto por El Plan Regulador (1967) y los Cuadernos de Trabajo de la Prefectura del Gran Rosario (1969-1972). El segundo grupo está integrado por la investigación: Proyecto de investigación sobre la Marginalidad Social (Villas de emergencia) en Rosario (Doc N°2, 1969) y un conjunto de Documentos de Trabajo sobre Marginalidad Social (1969-1975). Con una marcada mirada sociológica, este análisis interdisciplinar indaga en las villas de emergencia de la ciudad de Rosario. Por último, el álbum fotográfico "Rosario, esa ciudad" de la Biblioteca Vigil (1970) presenta un conjunto de fotografías y textos que retratan toda la ciudad y sus villas miseria.

Si bien los principales registros materiales provengan de estos tres tópicos temáticos, la planificación, los estudios sociales y la crítica estética, a lo largo de esta tesis se recurre a otros materiales para descentrar las miradas disciplinares. En efecto, varios números del mensuario *BOOM* y otras revistas, son citados para construir una mirada multifocal de las problemáticas. Así como, se recurre a bibliografía de la época, a la película *Tiré Dié* del cineasta Fernando Birri, a otras publicaciones de la Biblioteca Vigil, a los xilograbados de Juanito Laguna de Antonio Berni, entre otros, esperando transmitir una atmósfera impregnada por múltiples espacios y prácticas artísticas, intelectuales y académicas, donde la cultura era un motor del cambio social.

Como nos recuerda Beatriz Sarlo, "no hay ciudad sin discursos sobre la ciudad" (Sarlo 2009: 97), es decir, no se trata, sólo, de evidenciar la materialidad urbana, sino también, de registrar

los discursos e interpretaciones que se concibieron acerca de la ciudad. En este sentido, el constructo temporal sesenta/setenta, factura de Claudia Gilman (2012), expone las dificultades de delimitar con años precisos a este espíritu modernizador que parecía envolver todos los aspectos de la experiencia urbana. Gilman argumenta que el bloque temporal sesenta/setenta constituye una *época* que se caracterizó por la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada de todo el universo social. Dentro de este recorte temporal amplio y efímero, esta tesis delimitó su trabajo. El foco se direccionó, más que en la precisión temporal, en subrayar la trascendencia de las representaciones y los discursos de esta experiencia de cambio social y urbano, que emergieron en esta *época* y se continúan reproduciendo, borrando las marcas de su cenit.

Constelaciones

Con estas coordenadas, nos acercamos a los Estudios Culturales para explorar las representaciones de la villa miseria y su contexto de producción, a partir de un *corpus* que incluye múltiples registros culturales (fotografías, literatura, e investigaciones sociales), factura de expertos, intelectuales y artistas de Rosario en los sesenta/setenta. Al trabajar con estos productos de la cultura, se contempla que pueden ser percibidos como manifestaciones de la cultura de la modernización y el cambio social, propios de su coyuntura. En este sentido, Williams (1980) consideraba que la cultura es inseparable de la vida tal como se la vive o se la experimenta. Por ello, la cultura resulta de la interacción entre las formas comunes de experiencia y las definiciones compartidas de una comunidad. Estas prácticas no son sólo el resultado de la condición material de existencia, sino que para Williams son el intento de vivir en sociedad, buscando maneras de entender y experimentar esas circunstancias. Williams ha cuestionado la relación que interpretaba a la literatura –pero esa reflexión puede extenderse a otras expresiones de la cultura – como un mero reflejo de lo que acontece en el mundo social. En las sociedades con una práctica de la escritura instituida, la literatura se constituye como una actividad formativa, ocurre dentro de la sociedad y contribuye a diseñar su forma. Esta actividad formativa se interroga acerca de las diferentes percepciones sobre lo que ocurre, sus posibilidades, los diversos puntos de vista y relaciones que se entablan. Williams señala que para la comprensión de áreas claves como la cultura o la literatura es imprescindible una conciencia histórica de sus significados. Por ello, “lo cultural” se percibe como elemento

configurador de las relaciones sociales, subrayando su cualidad material en los procesos productivos y las condiciones de su recepción (Williams1981).

Con la cultura como punto de partida, los estudios culturales consideran que las prácticas culturales son esenciales en la construcción de los contextos y las formas específicas de la vida humana. Asimismo, el contexto no puede desarticularse de esas prácticas culturales y de las relaciones de poder, porque estas configuran la unidad y la especificidad del contexto como un ambiente vivido (Grossberg 2012). La multiplicidad de dimensiones que abarca esta perspectiva ha instituido a los estudios culturales como una práctica interdisciplinaria. Su metodología es interdisciplinaria, ya que los contextos y la cultura no sólo se indagan en términos puramente culturales. Para interpretar los contextos y sus formaciones culturales propias, se busca ampliar la mirada a todo aquello que no sea cultura. Es decir, para explorar las representaciones de las villas miserias rosarinas, no sólo nos interrogamos por el gobierno dictatorial de turno, sino por la articulación de esa maquinaria de poder con sus ideales de la planificación de la ciudad y los proyectos de modernización de su trama urbana. Pero, a la vez, también, nos preguntamos cómo se formaron esos expertos urbanos, qué relación entablaron con la Universidad, y con los intelectuales y académicos que circulaban allí, y en otros ambientes culturales de la ciudad, entre otras cuestiones.

Lawrence Grossberg (2012) designa a esta modalidad de contextualización como coyuntura: una articulación compleja entre discursos, vida cotidiana y tecnologías o regímenes de poder (cf. 2012: 41). Estos contextos son siempre plurales y las relaciones entabladas entre ellos producen contradicciones y campos de fuerzas, donde el poder, pensado en términos foucaultianos, muta. Como se intuye, esta *contextualidad radical* (cf. 2012:43) configura el marco de cierto hecho social y, a la vez, lo constituye. En este punto, la *contextualización radical* de los estudios culturales, también, propone nuevas lecturas de la teoría. Es decir, se aproxima a la teoría como un recurso estratégico para indagar ciertas problemáticas, luchas y contextos particulares. En los capítulos de la primera parte de esta tesis, se profundizará en una serie de cuestiones teóricas específicas para explorar la ciudad de Rosario y sus villas miseria. Algunas de ellas son: los estudios culturales urbanos que pensaron a la "ciudad latinoamericana"; las concepciones culturales y espaciales de la geografía posmoderna para indagar el lugar de la villa miseria en la trama urbana; y las instituciones y formaciones culturales y académicas donde circularon los ideales y las teorías del desarrollo y la dependencia.

Para explorar el contexto de producción de las representaciones de las villas miseria rosarinas, en los tres capítulos de la primera parte de esta tesis, se contemplará el paradigma de la

contextualización radical. En esta línea, se considera que el contexto se define, por un lado, por su dimensión espacial. Y por otro, se establece su dimensión relacional (Grossberg 2012). Entre estas dos directrices, es interesante pensar el contexto como un "medio o espacio" delimitado que encierra todo tipo de actividades, prácticas y relaciones. Allí, se produce una lógica de conectividad que sitúa los medios dentro de "redes de relaciones y prácticas". Siguiendo a la geógrafa Doreen Massey (citada por Grossberg 2012), una segunda modalidad de contexto se compondría por "los territorios o lugares". No obstante, los territorios sólo existen a través de los medios. Massey afirma que los territorios son como "constelaciones de conexiones con ramificaciones que se extienden más allá". A diferencia de los medios, los territorios nunca pueden definirse cómodamente con fronteras espacio-temporales. Son espacios de una geografía imaginada que existen en la trama de todas las relaciones que los configuran. Esta noción de territorio, según Lawrence Grossberg, recupera los textos fundantes de los estudios culturales británicos. Willians y Hoggart expusieron que el análisis de la cultura brindaba el acceso a un tipo único de conocimiento, donde el territorio se interpreta como la totalidad vivida. Richard Hoggart describió este modo de conocer cómo la sensación de estar vivo en cierto tiempo y lugar. Mientras, Raymond Williams se concentró en definirlo como la *estructura de sentimiento*.

A partir de estas modalidades de la contextualización, la presente tesis ensayará ciertas constelaciones conceptuales para aproximarnos a indagar la modernización de Rosario como contexto de emergencia de las representaciones de las villas miseria, en los sesenta/setenta. Primero, se explorará: la ciudad y la modernización, luego, la villa miseria y su espacialidad, y, por último, el centro urbano y los intelectuales. En este juego de conjuntos se unen y se separan, se intercambian y se encuentran, y se visibilizan e invisibilizan espacios y prácticas culturales que demarcan territorios imaginados. Inspirada por los planteos del geógrafo, Rogelio Haesbaert (2019) y sus estudios acerca de la región, esta constelación conceptual supera el tratamiento dual, sin por ello ignorar sus distinciones. Entre los campos empírico y teórico, el énfasis se concentra en los ensamblajes de los instrumentos de análisis y el campo de las prácticas sociales efectivas, donde se moldean los atributos del espacio.

Dentro de esta constelación conceptual, emerge una problemática alrededor de la espacialidad. Se plantea como interrogante, sí los ideales de la planificación desarrollista, las teorías del urbanismo latinoamericano y los expertos colaboraron en la producción de una territorialidad regional. Es decir, se considera que la centralidad que adquirió Rosario como metrópolis, rodeada de su hinterland productivo, cristalizó en la construcción de un "territorio" –imaginado–

, una región metropolitana en el Litoral. Cabe destacar que, más allá del crecimiento de su economía regional y de la ampliación de la urbe por la migración interna, la identificación del carácter metropolitano de Rosario en esta coyuntura, sólo se devela cuando la observación se extiende a ciertos elementos iconográficos del paisaje litoraleño, como el Río Paraná y sus territorios aledaños. Esto permite indagar en los cambios de escala territorial de la ciudad a la región.

Montaje

Para pensar las representaciones de la *villa miseria*, los estudios culturales han planteado la noción de "representación". Stuart Hall (2010), desde una perspectiva *constructivista* del lenguaje*,* propone que la "representación" es un proceso donde los miembros de una cultura usan el lenguaje para producir sentido. Aunque, la producción de sentido va a depender de la práctica de interpretación, y la interpretación se sostiene por el uso activo de un código (codificar, poner las cosas dentro de un código). Y, a la vez, por la interpretación del sujeto que escucha este código y realiza su decodificación (Hall 1980). Por ello, los sentidos atribuidos a las cosas son siempre cambiantes y se transforman, los códigos operan más como convenciones sociales que como reglas fijas o inquebrantables (Hall 2010: 476). Contemplando esta noción de representación, los sentidos sociales otorgados a la *villa miseria* poseen una carga peyorativa que ha dominado su interpretación social, durante los sesenta/setenta. Desde los discursos modernizadores y desarrollistas de la transformación urbana ha primado la representación de los barrios de emergencia como un tumor o una costra en la trama urbana de las urbes. Este imaginario biologicista contemplaba en su concepción la condición de transitoriedad en este fenómeno urbano, que se revertiría con la intervención planificadora proyectada para extirparlos. Si bien esta representación se ha reproducido y complejizado, desde entonces, como propone Stuart Hall, también es una convención social, ubicada en un tiempo y un espacio. Por esa senda, esta tesis indagará la producción de otras representaciones de la *villa miseria* en la misma coyuntura.

En este punto se recupera el método del montaje. Considerando que el montaje supone la fragmentación y reensamblaje de la realidad y describe la fase de construcción de una obra artística (Bürger 1974), Walter Benjamín en su trabajo sobre los pasajes de París, *Libro de los pasajes* (1982), propuso el montaje literario como método analítico-mostrativo. Según Benjamín, con este procedimiento no tenía nada que decir sólo mostraba una variedad de

materiales, descartados y apartados. Con estos fragmentos decadentes de la cultura del siglo XIX, ensambló imágenes que volvieron visible la destacada fractura y demarcación entre la realidad material y su significado de la París de mediados del siglo XIX. A través de la yuxtaposición de estas citas literarias, ensayó un modo hermenéutico, donde la teoría surgía del encuentro con los materiales empírico y sin necesidad de ser insertada como interpretación (Buck Morss 2005). De cierto modo, nuestro crítico había encontrado un nuevo lenguaje para las representaciones que luego de las vanguardias, recuperaría el *pop art.* Se trata de exhumar objetos banales, cotidianos, productos desechables de la sociedad de consumo, que ya no poseían el aura de la obra de arte de otro tiempo (Arfuch 2002).

En el mismo trabajo, Benjamin (1982) explica cómo la vida cotidiana de la metrópolis se configura en la tensión entre el aura de la mercancía y su destino ruinoso. En ese movimiento de sustitución constante de "lo viejo" por "lo nuevo", de la ruina y el desecho por lo esplendoroso y lo moderno, Benjamín identifica la labor del crítico. Según el autor, su tarea involucraría afinar su percepción sobre aquellos espacios que quedan al margen, "lo viejo", "los desechos". Benjamin enfatiza que estos *locus* no sólo son los testimonios y las ruinas del desarrollo capitalista, sino el futuro anuncio de su propio ocaso. En esta clave, se pueden explorar las representaciones de las villas miserias. De cierto modo, estos espacios se identificaron como los desechos, "lo viejo", del modelo tradicional y rural, implantado en la periferia urbana. Aunque, se debe contemplar que, en su movimiento hacia el borde urbano de la ciudad, las *villas miseria* han conformado un espacio urbano "nuevo", trastocando las lógicas hermenéuticas de la ciudad moderna con su centro y su periferia.

En la segunda parte de esta tesis, se presentará un montaje de materiales a partir del *corpus,* arriba descripto, para indagar en los modos de visibilizar las problemáticas urbanas de las villas miseria rosarinas. Por un lado, se evidencia la amplitud de perspectivas que presentan los registros sociológicos de las villas miseria, factura de las investigaciones académicas, periodísticas y estatales. Y por otro, se trabaja con un conjunto de imágenes fotográficas, pictóricas y cinematográficas, donde la modernización de la ciudad de Rosario y las villas miseria aparece como parte del conjunto de múltiples narrativas acerca de las transformaciones sociales, culturales y urbanas. A través de estos materiales, se busca recuperar las prácticas particulares (de intelectuales, militantes, artistas, escritores o figuras errantes en la ciudad) que dejan impresas sus huellas. Por ello, la investigación, también, se aboca a destacar ciertos episodios de la vida intelectual, artística o cultural donde la ciudad y sus representaciones han intensificado una mutua activación.

La metodología del montaje ha sido utilizada por numerosos trabajos ensayísticos y académicos para explorar la ciudad y la vida urbana a principios del siglo XX. Mucho de ese paradigma ha sido recuperado por Beatriz Sarlo en*: Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930* (1988). La ciudad es uno de los tópicos de análisis de esas transformaciones que conlleva la modernización de Buenos Aires, en los albores del siglo XX. Según Sarlo, existió un acuerdo entre escritores e intelectuales frente al inminente avance de la modernidad, cuando la ciudad misma se convirtió en uno de los objetos del debate ideológico-estético. A la hora de pensar la ciudad de Rosario, el trabajo de Bibiana Cicutti, *Registros Urbanos de una modernidad periférica. Representaciones y transformaciones materiales en el frente costero de Rosario entre 1920 y 1940* (2006), recupera la perspectiva de la modernidad periférica, pero la direcciona a pensar la dimensión fluvial y el imaginario costero de la ciudad. En el mismo contexto, Diego Roldán, en *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945,* indaga la ciudad desde una dimensión totalizadora. En un diálogo continuo y conflictivo, analiza ciertas prácticas de los sectores populares y su incorporación a las transformaciones urbanas y culturales de la modernidad.

Con otra intención, Sarlo, también, registró la representación de los espacios marginales de la Buenos Aires moderna. Quizás algunos ecos de José Luis Romero con su categoría dual, centro-periferia, para pensar las urbes latinoamericanas, desarrollada en *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* (1976), podrían percibirse aquí. Sin embargo, el análisis de Sarlo acentúa cómo esa Buenos Aires se convirtió en una ciudad con un margen inmediatamente visible. Para los años veinte, esta situación provocó que se inicie una doble experiencia literaria: el ingreso al campo intelectual de escritores que provenían del margen y, a la vez, la tematización del margen en sus obras (Sarlo 1988: 180). La presencia del margen en la literatura comenzó mucho antes que los estudios sociales lo visibilizaran como un problema urbano (Liernur 2009, Snitcofsky, 2013). En este sentido, su tratamiento literario ha sido fundamental para explorar las construcciones de sentido que los atraviesan (Saítta 2006). Para Rosario, *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke (1943) presenta una narración más ajustada al caso local, aunque dependiente del esquema interpretativo del espacio social y urbano porteño de comienzos del siglo XX. Analía Capdevila (2018) ha inscripto la novela en la poética del realismo social urbano de la escuela de Boedo; una literatura donde la denuncia y la crítica social se traducen en acción política (Roldán 2021).

Sin embargo, la palabra villa miseria se popularizó con la novela *Villa Miseria, también es América* del escritor Bernardo Verbitsky (1957). En las páginas de aquella novela, la villa se

convierte en objeto estético-literario, artefacto urbano para una reflexión moral sobre la pobreza y una posible plataforma para la acción política, a través de las luchas por las mejoras del barrio de emergencia. Entre el trabajo estacional en la industria y los sueldos reducidos por el exceso de mano de obra disponible, el camino a la casa propia se bifurca hacia los márgenes urbanos, donde las casillas de chapa y descartes componen una arquitectura cubista de la basura en la *villa miseria*. A partir de este libro, y otros registros culturales, Adrián Gorelik (2016) presentó dos territorios de emergencia de las representaciones urbanas de la ciudad modernizada. Además, el autor retoma la lectura de Morse (1985) acerca de las ciudades latinoamericanas como arenas culturales para analizar ambos espacios. Por un lado, la *villa miseria* como objeto de denuncia o fascinación que estalla en los más diversos espacios culturales. Por otro, el corazón urbano como la arena donde se desenvuelve la vida cultural de la ciudad. La estabilización de esa "modernización urbana" es un paso necesario para reinscribir la *dualidad*, en este caso pensando en Buenos Aires. En este nuevo esquema de dualidad, la *villa miseria* era la nueva contracara de la modernidad urbana, su desperfecto. La villa es la antagonista, la otredad radical (Gorelik, 2016).

Considerando que los estudios acerca de la modernización de Rosario, durante los años sesenta/setenta, son escasos o se presentan en trabajos breves, esta tesis se ha propuesto ensamblar las constelaciones de espacios y prácticas que construyen a la ciudad de Rosario como un contexto, con las representaciones de la *villa miseria,* producidas desde el montaje de ciertos registros culturales. En esta confluencia entre los espacios de modernización de esta ciudad y representaciones de la villa miseria, se explorará la multiplicidad de dimensiones y miradas que el horizonte de la modernización abrió en una ciudad latinoamericana del litoral argentino. En este ensayo académico, además, se considera a la villa miseria como un *espacio liminar* de la modernización urbana latinoamericana. Con esta hipótesis, se intentará demarcar a la *villa* de las representaciones que disputan entre los ideales planificadores del centro y las esperanzas revolucionarias de su periferia. Aun con ellas, la villa miseria es, todavía, un interrogante abierto a explorar *desde* su espacialidad abyecta.

Esquema

La presente tesis se encuentra dividida en dos partes. La primera, *Constelaciones. Rosario, la metrópolis del litoral*, se compone de tres capítulos. El primer capítulo, *Ciudad y modernidad. una lectura de la modernización latinoamericana desde la planificación urbana*, trabajará la retórica proyectual desarrollista en los planes de modernización de Rosario, el Plan Regulador

(1967) y los documentos de trabajo de la Prefectura del Gran Rosario (1971), y en ciertos artículos periodísticos o académicos, producidos para explicarlo y difundirlo. En el segundo capítulo, *Las villas miseria. La espacialidad emergente en los márgenes*, se indagará cómo los planificadores rosarinos interpretaron la emergencia de las villas miserias, al interior del proceso de modernización infraestructural que pretendieron organizar y materializar. En especial, se revisarán las lecturas que la planificación y la reflexión urbanas, tanto de linajes desarrollistas como dependentistas, generó a partir de la proliferación de villas miserias en la ciudad. En el capítulo tres, *Centro e intelectuales. Contactos, cruces e influencias de una escena cultural*, el centro de Rosario o su centralidad cultural se explorará a partir de las interdependencias entre: la modernizada universidad y sus demandas políticas de un saber experto sobre la transformación social de la urbe; los escritores-intelectuales con sus revistas y sus itinerarios culturales/urbanos; las formaciones culturales, su oferta cultural y la emergencia de un compromiso intelectual y político con los marginados.

En la segunda parte de la tesis, *Montaje. Las representaciones de la villa miseria*, se compone de dos capítulos. El capítulo cuatro, *Entre la migración y las villas de emergencia. Itinerarios de la investigación social en los márgenes del litoral*, explorará los postulados sociológicos utilizados por la Universidad y la escena cultural para tratar el problema de las villas miseria que había alcanzado una amplia visibilidad social para este momento. Por último, el capítulo cinco, *Entre la costa y los barrios populares. Otra narrativa de la modernización en las fotografías de "Rosario, esa ciudad"*, visibilizará las imágenes y los discursos del conjunto de transformaciones urbanas por las que toda la ciudad estaba atravesando en los años 1960 y aquello que parecía augurar la década siguiente, donde la villa miseria se integra a la narrativa como una de sus partes.

Constelaciones.
Rosario, la metrópolis del litoral

Primera parte

CAPÍTULO I

Rosario y la modernidad. Una lectura de la modernización latinoamericana desde la planificación urbana

> "Los desarrollistas y los devotos del mundo de la autopista lo presentaban como el único mundo moderno posible: oponerse a ellos y a sus obras era oponerse a la modernidad misma, luchar contra la historia y el progreso, ser un ludista, un escapista atemorizado ante la vida y la aventura, el cambio y el crecimiento".
>
> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia urbana de la modernidad* (1982:329)

La modernidad conlleva en su producción discursiva, una versión estándar acerca de su origen y su despliegue, cuyo foco explicativo, siguiendo a Max Weber, se encuentra en el proceso cada vez más intenso de racionalización del mundo. Como destaca Renato Ortiz (1992), se trata de una narrativa, una concepción del mundo que se articula con la presencia real o imaginaria de elementos diversos: urbanización, tecnología, ciencia, industrialización, entre otros. De la misma manera, se ha construido una retórica acerca de la recepción de la modernidad en América Latina (Brunner, 2008). La construcción discursiva de la *diferencia* latinoamericana se fundamentó en las ilusiones metropolitanas de imponer la "universalidad" de la modernidad occidental en su contacto colonial con el subcontinente (Martín Barbero, 2004). Aún superada esta *receptividad impuesta* (Pratt, 2000), Latinoamérica no ha dejado de dedicarse a materializar y simbolizar la modernidad en sus territorios.

La difusión del discurso de la centralidad occidental se percibe en su capacidad de fijar el *tiempo-cohesión* (Ortiz, 2000) que guía a las sociedades desfasadas (Appadurai, 2000; Ortiz, 2000; Pratt, 2000) para no quedar afuera de la carrera al progreso. Condicionada por las tensiones que han implicado estos contactos, una interpretación posible ha considerado a la modernidad latinoamericana, contemplando los dispositivos culturales (ciudad, mercado, consumo, etc.), como una experiencia de marcada heterogeneidad cultural (Brunner, 1992) que se constituye por vía de múltiples hibridaciones (García Canclini, 1989). En efecto, el desafío del subcontinente ha sido cumplir con el imperativo de fundar un orden social y espacial moderno que contenga sus múltiples modernidades. En este delicado equilibrio entre el ideario moderno y Latinoamérica, la modernización de sus ciudades no ha quedado escindida de las tensiones, los conflictos y las luchas propias de su historia.

El diálogo entre la ciudad y la modernidad ha sido un objeto recurrente de los estudios culturales urbanos. Entre los autores pioneros de esta línea de investigaciones, Richard Morse (1985) ha planteado que la ciudad periférica no es mimética, sino que responde a su propia lógica interna. París ha estimulado la imaginación moderna de estas ciudades, pero no fue capaz de inventarlas. Morse lee la urbanización latinoamericana a contracorriente, buscando los mensajes divergentes, para iluminar figuraciones y experiencias que han quedado opacadas y oscurecidas. Asimismo, el trabajo de José Luis Romero (1976), *Latinoamérica, las ciudades y las ideas,* recupera un poco ese espíritu crítico. Al pensar que la "ciudad burguesa" latinoamericana (1880-1930) constituíauna victoria ilusoria sobre la "barbarie", Romero visibilizaba la tradición y el mestizaje como elementos para problematizar la urbanización del subcontinente. En un estudio clave sobre la cultura argentina de comienzos del siglo XX, Beatriz Sarlo designó a este proceso como *modernidad periférica* (Sarlo, 1988). La vida urbana porteña celebraba y evidenciaba la modernización, a la vez que buscaba en su pasado un espacio perdido, rural e idílico, o presentaba una escena urbana espectacular de ambición internacional. Todo ocurría en simultáneo. La presión de las transformaciones urbanas se comprende con el conjunto de respuestas que a estas cuestiones infundieron los intelectuales (Sarlo, 1988). Al parecer, la cultura de mezcla porteña, traducible a la cultura latinoamericana en general, aporta una dimensión propia para pensar la modernidad periférica, no sólo desde el malestar o el atraso del mestizaje (Ortiz, 1992), sino desde la potencia creadora que produce el ensamblaje entre esos elementos y las influencias europeas, modernas e innovadoras.

Los postulados de la *modernidad periférica* proponían un sistema de respuestas culturales para Latinoamérica que habría influido, por lo menos, hasta la década de 1950 (Sarlo,1988). La guerra fría interrumpió este proceso. El conflicto bélico larvado significó un nuevo inicio para los asuntos mundiales, en el que quedó clausurada la difusión del proyecto de modernidad propagado por Europa. La lucha real entre la URSS y Estados Unidos se dirimió en su influencia sobre los territorios por fuera de sus fronteras, el ahora denominado Tercer Mundo[2] (Escobar, 2007). Para ello, el discurso del "desarrollo" (Illich, 1968, 1970; Hischman, 1981) se instituyó como una nueva narrativa modernizadora que a través de la "técnica" resolvería los problemas de las sociedades atrasadas –o subdesarrolladas (Cardoso y Faletto, 1979; Fals Borda, 1970; Freire, 1970; Illich, 1968, 1970). En América Latina, primó la aplicación de los planes

[2] Los términos Tercer Mundo, subdesarrollo o periferia se usarán de modo indistinto. Los tres son modos de denominar a los países que no eran potencias mundiales como: URSS o Estados Unidos, o Europa. Estas denominaciones se construyeron en pares dicotómicos: primer mundo-tercer mundo, desarrollo- subdesarrollo, centro-periferia. Para un tratamiento del concepto de Tercer Mundo ver Bergel (2019).

norteamericanos que se traducían en diversos tipos de ayuda (Gorelik, 2016). Como contrapartida, el subcontinente se constituyó en un objeto central para el estudio y la experimentación de múltiples investigaciones y perspectivas de análisis. Más allá de las intenciones y los logros, se buscaba cementar la conformación de instituciones y dispositivos –académicos y políticos- que, tomados en conjunto, sostuvieran la expansión de la hegemonía norteamericana.

Las ideas del "desarrollo" se presentaban como las únicas fuerzas capaces de destruir las viejas reminiscencias de las tradiciones mestizas y las relaciones arcaicas de la realidad latinoamericana que la modernidad europea no había resuelto (Ortiz, 1992). Con este cometido, los especialistas en urbanización construyeron la categoría "ciudad latinoamericana" como una grilla interpretativa para pensar los problemas comunes que compartían estas urbes del subdesarrollo (Gorelik, 2005). La teoría de la modernización proponía terminar con la dualidad metropolitana (centro-periferia, tradición-modernidad, campo-ciudad) a través de la implementación del "plan", o de los planes urbanos. Con las líneas firmes y racionales del urbanismo moderno, la planificación batallaría contra el desorden de un capitalismo cuya irracionalidad se expresaba en la contradicción-rémora de la "villa miseria" como excrecencia urbana y/o como incrustación del campo tradicional o pre-moderno (Gorelik, 2016).

Entonces, este capítulo propone explorar las modulaciones del discurso de la modernización en la ciudad de Rosario a través de una (re)lectura de los planes urbanos, producidos en esta coyuntura (1966-1976). Pretende incorporar una mirada interpretativa que conjugue los estudios culturales y las teorías críticas de la modernización del Tercer Mundo para indagar en ciertas representaciones de la "ciudad latinoamericana". Para ello, se analizará cómo la retórica proyectual incorporó los nuevos horizontes teóricos acerca del desarrollo y la soñada modernización a la planificación urbana de la ciudad. Se trabajará con los planes de modernización de Rosario, el Plan Regulador (1967) y los documentos de trabajo de Prefectura del Gran Rosario (1971), y con ciertos artículos periodísticos o académicos, producidos para explicarlos y difundirlos. En el primer apartado, se revisarán los elementos del discurso desarrollista. En el segundo, se indagará en los estudios del urbanismo y la modernización de la "ciudad latinoamericana". En el tercero, se analizará de qué modo el discurso de la modernización y los postulados del urbanismo se incorporaron a los planes de transformación urbana. La intención del capítulo es visibilizar las concepciones de ciudad y de región económica que se proyectan en esos documentos. Con una exploración de las dimensiones generales de la metrópolis y su región, se inicia la lectura para indagar modos alternativos y/o

complementarios de pensar la dualidad de la ciudad moderna, y aproximarnos a pensar la villa miseria en la ciudad.

"El desarrollismo estaba en el aire"

Esta frase pertenece a Altamirano (1998:79) e ilustra la creciente expansión que el discurso del desarrollo, basado en las teorías del desarrollo económico, adquirió desde la segunda postguerra para el Tercer Mundo -Latinoamérica, Asía y África. Con la Guerra Fría, el mapa mundial se reconfiguró en tres mundos posibles: naciones industrializadas capitalistas, naciones comunistas industrializadas y naciones pobres no industrializadas. Uno de los tópicos de la contienda entre el primero y el segundo de estos mundos era: ¿quién guiaría al Tercer Mundo en el camino del desarrollo industrial? En este marco, el desarrollo se presentaba como un espíritu generalizado que parecía no responder a una ideología definida, reuniendo focos intelectuales y políticos a través de organismos internacionales (Altamirano, 1998). Sin dudas, sus preceptos constituyeron un nuevo campo de pensamiento, cuyos aportes se basaron en identificar y diagnosticar ciertas condiciones de los países del Tercer Mundo, principalmente el atraso y la pobreza, y formular las estrategias y terapéuticas para afrontarlas.

Sin embargo, lo significativo del discurso del desarrollo fue cómo su propagación en los países y las ciudades se tradujo en la incorporación de sus recetas a decisiones políticas de toda índole. Los interrogantes de Arturo Escobar (2007) amplían este señalamiento: ¿qué razones tuvieron tantos países para considerarse subdesarrollados?, ¿de qué manera "desarrollarse" se convirtió para ellos en un problema fundamental?, y ¿cómo se embarcaron en la tarea de "des-subdesarrollarse", sometiendo a sus sociedades a intervenciones cada vez más sistemáticas, detalladas y extensas? Estas preguntas abren la discusión acerca de las condiciones de posibilidad y el contexto histórico de producción donde el discurso del desarrollo cobró relevancia. Parafraseando a Foucault, una formación discursiva determina una regularidad que le es propia a un proceso temporal, es decir, plantea el principio de articulación entre una serie de acontecimientos discursivos, y otra serie de acontecimientos, de transformaciones, de mutaciones y de procesos (Foucault, 1970: 123). En efecto, las formaciones discursivas son un conjunto de reglas que en un determinado momento histórico regulan y determinan las modalidades enunciativas, la formación de los conceptos, las estrategias posibles y los objetos del conocimiento (Foucault, 1970). Sin olvidar que estas formaciones discursivas, también, están atravesadas por los desplazamientos y las tensiones continuas entre el texto y el contexto (Hall, 2004; López Bonilla y Pérez Fragoso, 2009).

El interés en la factura discursiva modernizadora se orienta a comprender cómo las ideas mundiales del desarrollo, y el uso de su lenguaje, se relacionaron con la producción de un plan urbano para una ciudad de la Argentina, Rosario. Así como la modernidad construyó una narrativa (Ortiz, 2000) y una versión Latinoamericana de ella (Brunner,1992; García Canclini, 1989), es pertinente revisar las modulaciones discursivas que instaló esta nueva narrativa de la modernización del Tercer Mundo y la teoría del desarrollo (Escobar, 2007). No obstante, esta revisión se encuentra sujeta a pensar la modernización de la ciudad de Rosario. De modo que, en primer lugar, el contexto de difusión de estas ideas será un poco más pequeño que el mundo, sólo se tratará de la producción del discurso del desarrollo para Latinoamérica. Y, en segundo lugar, los diversos tópicos de la modernización latinoamericana han sido trabajados (Calderón, 1988; Quijano, 1988, 1990; García Canclini, 1990; Sarlo, 1991; Yúdice, Franco y Flores, 1990), el presente planteo explorará sólo lo concerniente a las investigaciones sobre urbanización (Gorelik, 2014) y una de sus categorías o conceptos claves: "ciudad latinoamericana" (Gorelik, 2005).

La difusión de la teoría del desarrollo para la modernización de América Latina estuvo fuertemente vinculada a su contacto con Estados Unidos. Si bien, desde comienzos del siglo XX, el franco crecimiento americano habilitó una serie de relaciones más estrechas con el subcontinente, sólo la coyuntura abierta con la Segunda Guerra Mundial marcó la expansión internacional de la planificación norteamericana (Gorelik, 2014). Durante la Conferencia Interamericana de Naciones (Panamá, 1939) se proclamó la neutralidad de las repúblicas americanas ante el conflicto bélico. Para que la unidad continental perdurase, Estados Unidos reconoció que se requerían medidas económicas especiales de ayuda a las naciones en este período de inestabilidad. La ausencia del mercado europeo donde colocar las materias primas latinoamericanas, derivó en la creación de la Comisión Interamericana para el Desarrollo (CIDES, en adelante) (Escobar, 2007).

En paralelo, las naciones latinoamericanas habían experimentado ciertos cambios internos que beneficiaban la aprehensión del desarrollo: la industrialización de algunos países y la ampliación de sus mercados domésticos, la urbanización y el ascenso de las clases profesionales, el aumento en la atención a las ciencias positivas, y los diversos tipos de movimientos modernistas, entre otros (Escobar, 2007). Estas transformaciones se complementaron con la secularización de las instituciones políticas y la modernización del Estado que adquiría un rol creciente en la regulación de la economía. En tanto que, el incremento de la producción comenzaba a considerarse como el medio necesario para el

progreso social, el intervencionismo estatal mostraba en el populismo[3] su máxima expresión – a pesar del modelo económico liberal reinante. El surgimiento de ese movimiento político reconoció en la cultura popular y la tradición mestiza los elementos apropiados para la construcción de la hegemonía. La cultura de mezcla latinoamérica, antes vista como señal de barbarie, se revalorizaba como símbolo de construcción de la identidad nacional en el populismo (Ortiz, 1992). Sin advertir que, la potencialidad del intervencionismo estatal que identificó al populismo latinoamericano, era un elemento clave para la introducción del desarrollismo en los países del subcontinente. Los gobiernos latinoamericanos se encontraron cada vez más proclives a consultar e incluir en sus políticas los preceptos desarrollistas. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL, en adelante), creada a fines de los cuarenta (1949), ofició como institución organizadora de los discursos, las teorías, los técnicos y los recursos económicos que se direccionaron hacia los territorios latinoamericanos. Su principal función consistió en diagnosticar los motivos del atraso regional de América Latina (Ortiz, 1992).

> "(Volviendo a la propia CEPAL) comencemos con las tres principales contribuciones iniciales de la CEPAL al desarrollo de América Latina. Una era la teoría. La segunda, digamos la asistencia técnica. Y la tercera era la política: la CEPAL servía de foro para que se reunieran los latinoamericanos. También prestaba servicios estadísticos y otros similares. Pero, fundamentalmente, el aporte principal de la CEPAL y de usted mismo *(Raúl Prébisch)* fue la teoría. Comenzó tratando la dicotomía centro y periferia…"
>
> Entrevista de David Pollock a Raúl Prébisch (*TENDENCIAS*, 2005: 155)

La estabilidad de las economías capitalistas en Estados Unidos y Europa, conforme avanzaba la segunda mitad del siglo XX, contrastaba con el atraso regional latinoamericano, marcado por una modernización desigual que no alcanzaba a todo su territorio. El predominio de la economía agrícola y el regular crecimiento del sector terciario, junto a la industria por sustitución de importaciones, no se alineaban con el imperativo de la época marcado por la industria pesada. Según el proyecto desarrollista, esta última acabaría con los resabios de las economías tradicionales, dando paso al nuevo y ventajoso escenario de modernización económica y social (Roldán, 2007).

Aunque la recuperación de estas y otras problemáticas históricas de América Latina por parte de la teoría del desarrollo eran el eje de las discusiones, no eran nuevas (Altamirano, 1998).

[3] "Puede ser definidas como populistas aquellas formas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia" (Bobbio, 1993:1247).

Los intelectuales del subcontinente compartían, desde fines del siglo anterior, un diagnóstico acerca de las falencias de la región (Ortiz, 1992). Si por un momento dejamos de lado los ambientes eruditos, quizás la mayor innovación desarrollista haya sido su retórica de circulación pública. En un marco más general de cambio social y económico, la dramatización de esos temas, definidos como claves de la vida colectiva nacional, se exponía en los medios de comunicación que aseguraban que las reformas exigidas por el desarrollo no eran solo necesarias, eran impostergables y urgentes (Altamirano, 1998). La teatralización como modalidad enunciativa, tal vez, explique, en parte, la rápida propagación por los países latinoamericanos de la intervención modernizadora y los planes para "des-subdesarrollarse" (Escobar, 2007).

Tampoco se puede desligar esta retórica dramática del marco político que ofreció el equilibrio emergente de la Segunda Guerra. La Guerra Fría se calentó con la lucha real entre la URSS y Estados Unidos por el Tercer Mundo. Para sostenerla, el discurso del desarrollo se utilizó como justificativo de las diversas estrategias de ambos bandos. El objetivo era extender las dos influencias en las esferas de la política y la cultura de los países pobres que crecían en número día a día a consecuencia de la descolonización y los movimientos anticoloniales. Por ello, sus proyectos de una civilización industrial adquirían tintes capitalistas o comunistas, según cuál de los grupos gravitara sobre el territorio. El punto más álgido de este proceso ocurrió cuando el presidente Truman instauró el *Ponit Four* (1949) que fomentaba la política de estado de asistencia técnica a las regiones subdesarrolladas del mundo, y derivaría en la "Alianza para el Progreso" (Kennedy, 1961) (Gorelik, 2014). Este organismo adquirió un marcado interés por Latinoamérica, luego de la Revolución Cubana (1959). La expansión de la amenaza roja en el subcontinente habilitó dos alternativas políticas del desarrollo: cambio gradual (reforma) o revolución. Sin embargo, la real amenaza cubana tardó una década más en erigirse como una vía posible al desarrollo con la teoría de la dependencia –ver en el próximo capítulo. La presencia de un poder comunista en el territorio americano había alertado al gobierno estadounidense y parte de sus organismos se dedicaron a vigilar el camino al desarrollo emprendido en el subcontinente. En sus trabajos, los expertos norteamericanos evaluaban que, de no ser rescatados de su penuria, los países latinoamericanos pobres sucumbirían al canto de sirenas del comunismo (Escobar, 2007).

Más allá del contexto inmediato, el desarrollo se instauró como la certeza del imaginario social (Escobar, 2007). Como ha postulado Stuart Hall (2004), las relaciones socio-institucionales de producción deben penetrar dentro y a través de las formaciones discursivas del lenguaje para

que su producto sea “entendido”. Es decir, se debe percibir como un discurso con sentido y con un significado descodificado. El conjunto de significados descodificados es lo que “tiene un efecto” como influenciar o instituir, y consecuencias perceptivas, ya sean cognitivas o ideológicas. Tanto su circulación en un lenguaje afable para la sociedad toda como el uso indistinto de sus preceptos por las dos fuerzas ideológicas en disputa, le otorgaron al discurso del desarrollo una potencialidad que lo erigieron como incuestionable –y aún hoy definitorio en ciertos imaginarios. No obstante, el reaseguro de su formulación discursiva se encontraba en su producción epistemológica, un sistema de conceptos, teorías y prácticas que evidenciaban su factibilidad. Esta narrativa modernizadora ordenó una serie de premisas que, a modo de normativa, fijaban los temas y los problemas a tratar por los expertos en Latinoamérica.

La primera era la devoción por la ciencia y la confianza en la tecnología. En la extensa bibliografía de la sociología moderna, la tecnología se teorizó como una especie de fuerza moral que construiría una ética de la innovación, la producción y la eficacia. Se preveía que el proceso de acumulación ocurriría de modo progresivo, ordenado y estable, atravesando una transición del subdesarrollo al desarrollo. La extensión planetaria de los ideales modernizadores se basaba en estas afirmaciones. Asimismo, un concepto central como “transferencia de tecnología” en los proyectos, oscurecía el hecho de que este traspaso no dependía simplemente de los elementos técnicos, sino también de los factores sociales y culturales de cada territorio (Escobar, 2007). El ideario de una tecnología neutral y universalmente beneficiosa para la creación de órdenes sociales, no contemplaba las dispares realidades de sus campos de aplicación.

Concatenado con esto, la segunda de las ideas circundantes era el “problema de la población”. Las deficiencias crecientes en salud y alimentación demandaban el reconocimiento o la necesidad de algún tipo de planeación o acción gubernamental. Ante ello, ciertos campos científicos como la demografía, la salud pública y la biología, monopolizaron los discursos sobre la población (Escobar, 2007). Esto derivó en un nuevo cuestionamiento del lugar significativo que los populismos habían dado a los sectores populares latinoamericanos, ya no desde la crítica racista, sino desde un argumento científico que subrayaba las deficiencias materiales (y biológicas) que propagaba la pobreza.

Este tipo de diagnóstico se concentró en el estudio de las especificidades de cada área, por lo cual, la producción de conocimiento demandó la construcción de datos sobre sus condiciones iniciales, ya que eran relevantes para la economía y la política globales y para preparar el terreno a a las actividades que los expertos estadounidenses realizarían. Los nuevos

académicos comenzaron a comprender que la investigación de sus propias áreas era esencial para la fórmula del desarrollo en América Latina (Escobar, 2007). En efecto, el conocimiento detallado sobre su potencial económico, así como acerca del ambiente geográfico, social y político, se promovieron como los tópicos de estudio principales. Esto estableció las bases sobre una producción del conocimiento que suministraba datos específicos de los problemas sociales y económicos de cada país, tanto como información de sus recursos para incorporarlos a la economía capitalista. Sumado a esto, las instituciones del norte, y sus técnicos, se trasplantaron al sur, a través de la circulación de bibliografía, expertos y proyectos en las universidades latinoamericanas (Castro Gómez, 1998). Desde el norte, América Latina entraba en el sistema transnacional y en la geopolítica del conocimiento.

El urbanismo y la ciudad latinoamericana

> "La emancipación política sometió a la América Latina a nuevas influencias coloniales: artísticas, intelectuales y otras. Las estrategias actuales de "desarrollo" no pueden fijarse ni formar una imagen mientras sean ejercicios rutinarios de solución de problemas. También necesitan equiparse de un estilo, seguridad y cohesión que sólo el regionalismo desafiante (a diferencia del provincianismo) de una gran metrópolis puede darle".
>
> (Morse, 1965/1971: 20)

El fragmento que abre este apartado, subraya una conjunción de problemáticas comunes que proporcionan una guía para explorar algunos de los planteos del urbanismo latinoamericano, durante los años 1960. En principio, Morse parece interesado por encontrar nuevas claves para pensar la modernidad, dejando un poco de lado el análisis técnico y cuantitativo del desarrollismo (Gorelik, 2002). Como ha planteado Morandé (1987), la modernización latinoamericana era percibida como una opción tecnológica a disposición de todos los pueblos preparados para desarrollarse y superar los obstáculos que se le antepusieran. En este esquema, no interesaba la originalidad de la formación cultural latinoamericana, sino que cada sociedad alcanzara los "índices de modernización" (Morandé, 1987). De este modo, la cita resulta de interés porque, sin rechazar la planificación desarrollista, Morse identificaba una preocupación por la experiencia urbana modernizadora. En efecto, sumaba al urbanismo latinoamericano del diagnóstico, el interrogante por sus representaciones culturales o la cultura urbana que producía, o estaba produciendo, este proceso de modernización (Morse, 1965/1971; 1960/1976).

Este interrogante, como ha planteado Adrián Gorelik (2002), traza una línea de continuidad con la narrativa urbana modernizadora que venía desplegándose desde mediados del siglo XIX (Ortiz, 2000; Silvestri y Liernur, 1993; Needell, 1985). Según el autor, el acelerado proceso de modernización latinoamericano produjo que la premisa de la mutua influencia entre la ciudad y sus representaciones se realice de modo decisivo en el subcontinente (Gorelik, 2002). Esta relación ha provocado que sus programas urbano-territoriales se configuren como interpretación y, a la vez, como proyectos, sin escindir ni excluir ambas condiciones. Y aunque han existido posiciones enfrentadas, ha primado una idea clave acerca del "vacío sudamericano" que conecta los proyectos urbanos decimonónicos con los desarrollistas. La representación del "vacío" [4] se ha homologado con la imagen retórica del desierto sudamericano, donde la civilización moderna podía desembarcar, sin ningún obstáculo aparente.

Esta lectura, consecuente con el paradigma *civilización-barbarie*, interpretaba a la modernidad contra la propia tradición latinoamericana (Ortiz,1992). Prueba fáctica de ello resultó, la imposibilidad de arraigar plenamente las instituciones europeas (instancias políticas, organismos legales y economía capitalista) en el subcontinente, a diferencia de la propuesta difundida por la narrativa moderna. Esto condicionó la retórica acerca de la receptibilidad de la modernidad, donde la *modernidad periférica* se percibió como simulacro de la modernidad europea (Ortiz, 2000). En esta producción de sentido, la realidad urbana y sus transformaciones infraestructurales se reforzaban con la idea de "nación", y la expectativa de crear estados nacionales latinoamericanos modernos, similares a los europeos. Por ello, la ciudad era percibida como la encarnación de los males de la nación, sin constituir un objeto del pensamiento social por fuera del contexto nacional (Ortiz, 2000; Gorelik, 2002).

En contraposición, durante la década de 1960, la ciudad se transformó en uno de los principales objetos de la hermenéutica y la preocupación modernizadora. La representación urbana del vacío (re)significada por el urbanismo, imaginaba a través de la planificación urbana, la definitiva erradicación de la tradición mestiza de sus realidades nacionales. Como menciona Morse en el exergo, la metrópolis y su región metropolitana se concebían idealmente como el motor de la modernización latinoamericana. Al interior de estas figuras retóricas, los incipientes estudios urbanos idearon la categoría "ciudad latinoamericana", manifestando la tensión entre la voluntad proyectista y realidad misma. La "ciudad latinoamericana" era el producto de una construcción cultural, no existía una urbe latinoamericana que la encarnase en la realidad

[4] Ver: Rodríguez, F. (2010) *Un desierto para la nación: La escritura del vacío*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

fáctica[5] (Gorelik, 2005). Su aparición se encontró enlazada a un conjunto de problemas sociales, espaciales y políticos que sus tramas urbanas compartían: potentes migraciones internas, crecimiento hipertrófico de las capitales y el área metropolitana, escaso desarrollo industrial, infraestructura agotada, insuficiencia de equipamiento colectivo, extensión deficitaria de servicios y sostenida infiltración del "campo tradicional" en los tejidos "urbanos" modernos (villa miserias, favelas, puebladas, etc.) (Roldán, 2007). En efecto, entre 1950 y 1970, la categoría de ciudad latinoamericana se afianzó por la voluntad intelectual de construirla como objeto de conocimiento, junto a las teorías, los actores y las instituciones que estaban dispuestos para estudiarla. Los itinerarios ideológicos y conceptuales que la posibilitaron se conectan con los planteos epistémicos que el urbanismo latinoamericano formuló para la coyuntura regional (Gorelik, 2005).

Esto abre ante nuestros ojos dos grandes modos de interpretación de la cuestión urbana que significativamente parecen contemplar más afinidades que diferencias. Se pueden distinguir esquemáticamente al interior del período (1940-1970) dos etapas del pensamiento urbano. La primera se caracterizó por la expansión de las nuevas modalidades de planificación y el pensamiento urbano desarrollista de matriz anglosajona en la región, entre finales de la década de 1930 y mediados de la de 1960. Los estudios específicos de área como los urbanísticos, respondieron a la tendencia dominante en el campo de las ciencias sociales que se encontraban en una profunda transformación. En la segunda etapa, entre mediados de la década de 1960 y fines de los 1970, los paradigmas e instituciones de la planificación regional entraron en crisis, mientras el pensamiento latinoamericano se radicalizaba vertiginosamente. Sin cuestionar el diagnóstico inicial del subdesarrollo, se estableció que la revolución y la transformación de las estructuras políticas eran el único camino posible. Simplificando en extremo el planteo, la corriente de pensamiento reformista-desarrollista en parte fue reemplazada y en parte mutó en otra radical-dependentista (Gorelik, 2014).

Ambas posturas compartieron la permanencia de problemáticas comunes, e incluso el protagonismo de las mismas instituciones e idénticas figuras intelectuales (Gorelik, 2005). Esto se justificaba, en parte, porque el urbanismo era una dimensión de la episteme del desarrollo y su producción de conocimiento. El imaginario social del desarrollo prevaleció en el diagnóstico

[5] "Habana o Caracas, Montevideo o México, Cuzco o Buenos Aires? Lo que define a cada una de ellas difícilmente sirve para las otras (…) Si cada ciudad presenta cualidades distintas que dificultan su integración, sin más, en una categoría abarcadora, sería absurdo intentar definir la ciudad latinoamericana a partir de un ideal de representación basada en un conjunto de características atribuidas a ellas, como una especie de Frankenstein urbano; tan absurdo sería el procedimiento que la única ciudad latinoamericana realmente existente es Miami…", p. 1, ver: Gorelik (2005).

del urbanismo latinoamericano, aunque el enfoque de los estudios urbanos haya reemplazado el desarrollismo por la teoría de la dependencia (Castro Gómez, 1998; Escobar, 2007; Roldán, 2007). En efecto, Escobar señala que las críticas radicales se expresan con términos, tales como, "otro desarrollo" o "desarrollo socialista", fortaleciendo esta hipótesis (Escobar, 2007: 22).

En los planteos del urbanismo latinoamericano pueden identificarse los tópicos mencionados en la producción discursiva del desarrollo: el problema de la población, la fe inquebrantable en la tecnología y el aval científico de los expertos reconocidos para los estudios de áreas particulares. No se pretende con esto encasillar todos los planteos del urbanismo al interior de esta tríada, pero sí visibilizar las formaciones discursivas que facilitaron su circulación. Entre el discurso del desarrollo y los planteos teóricos del urbanismo se "descodificaron" ciertas ideas simples acerca de cómo la planificación urbana modernizaría a Latinoamérica (Hall, 2004). Entre ellas, como concluye el fragmento posterior, "la forma de vida urbana, o el urbanismo, era funcional (o central) al desarrollo nacional". Esta afirmación articuló todo el proyecto de planificación reformista. Este campo del conocimiento trascendió a las formulaciones discursivas del desarrollo, y se enlazó con otros idearios y teorías que constelaban a su alrededor. La pregunta que se intenta responder es qué proponía el urbanismo desarrollista-reformista, por su parte la crítica dependentista será abordada en el próximo capítulo.

El urbanismo desarrollista compartió un diagnóstico de los problemas a subsanar en la "ciudad latinoamericana", cuyo objetivo era concretar la transición de una sociedad tradicional a otra moderna (Gorelik, 2005). La "cuestión de la migración" -equivalente urbanístico de "el problema de la población"- concentró los estudios en los efectos de la presencia de nueva población en la ciudad. Producto de la "explosión urbana" (1940-1960), la conformación de aglomerados de pobreza en los bordes urbanos, tales como las favelas o villas miserias (Morse, 1965/1970) propició el análisis de las causas de la migración desde el lugar de origen (aldea campesina) a la metrópoli. La discusión entre el "continuo folk-urbano" de James Redfield (1946) y la "cultura de la pobreza" Oscar Lewis (1967) protagonizó el debate antropológico acerca de los procesos de adaptación/aculturación de las sociedades latinoamericanas en esa transición. Esto abrió una agenda de problemas, donde los estudios sociológicos se interesaron en la relación entre la economía y la "población marginal", concepto que habilitó múltiples discusiones. En este plano es notable la influencia del análisis sobre los vínculos entre esta población marginal y el populismo, problema central en el trabajo clásico del sociólogo Gino Germani.

El principal problema para la migración latinoamericana era el acelerado crecimiento de sus ciudades que, en los años 1960, superaron a la población rural. La mitad o más de ese aumento se atribuyó a la migración procedente del campo y los pequeños pueblos. Esto produjo dos consecuencias inmediatas. Por un lado, el flujo de población hacia las ciudades era desproporcionado respecto de las nuevas oportunidades de empleo urbano estable, particularmente industrial. Y por otro, la ciudad tenía recursos físicos insuficientes para absorber a su creciente y nueva población (Morse, 1965/1970).

Estos y otros problemas de la urbanización en América Latina se trataron en un seminario convocado por la CEPAL, en Chile en 1959. Philipe Hauser en *La urbanización en América Latina* (1962) compiló las conclusiones del mismo. Allí, se destacaron los trabajos de Matos Mar acerca de las barriadas limeñas, de Gino Germani sobre la Isla Maciel y las villas miserias, y de Andrew Pearse acerca de la urbanización de Río de Janeiro y sus favelas. A través del libro, estos expertos, guiados por la influencia sociológica de la Escuela de Chicago, detectaron la aparición de elementos "anómicos", recuperando la categoría durkehimniana, en el proceso de urbanización. Los tejidos urbanos con tugurios de gran tamaño, cuya proliferación era constante, concentraban la mayor partede esas anomalías, exacerbadas por las condiciones de extrema pobreza y bajo nivel de vida (Hauser,1962: 53-63). Ante esto, los proyectos y los debates concernientes a las políticas de vivienda social y el urbanismo que proponía el desarrollismo eran centrales para corregir los problemas sociales de las periferias urbanas (Ballent, 2016).

Al igual que "la cuestión de la migración", el otro eje del urbanismo desarrollista era "la planificación regional". Continuando con las propuestas de la CEPAL, la vinculación entre la ciudad y el territorio buscaba el modo de acelerar la modernización, condicionada por la explosión urbana. La "ciudad latinoamericana" evidenciaba rasgos de crecimiento hipertrófico, propios de la primacía que sus ciudades capitales habían engendrado en su pasado colonial. Su incapacidad de absorber las nutridas olas migratorias que llegaban del interior se sumaba a un marcado crecimiento del sector terciario, indeseable para el paradigma de desarrollo económico industrialista. La integración regional no era posible con una urbanización aislada, concentrada y polarizada (Roldán, 2007). No obstante, la confianza en una solución aparente provenía de la inyección de políticas públicas que fomentarán la descentralización urbanística (red de ciudades y polos de desarrollo) para enmendar el patrón de distribución de las urbes. La teoría de los "polos de desarrollos", ideada por François Perroux (1962), propuso que las aglomeraciones urbanas se considerarán como nodos de articulación de redes que fraguaban

un espacio económico regional. Estas ciudades se conectarían en un mercado interno de dimensiones nacionales (Coraggio,1972).

Esta hipótesis se relacionaba con el supuesto que indicaba que el progreso se obtendría a través de la industrialización y la urbanización como etapas sucesivas e inevitables. Aunque carente de una revolución industrial, esa industrialización consideraba al modelo británico como el camino a seguir, bajo los preceptos del *take off*. Este modelo de desarrollo económico, pensado para el Tercer Mundo y producido por Walt Withman Rostow (1952/1960) operaba con una hipótesis (a)histórica, sostenía que todos los países atravesaban por una sucesión lineal de estadios a la modernidad. En uno de ellos, ocurriría el "despegue" hacia el crecimiento autosostenido (Escobar, 2007:135). Con este supuesto, no sólo se ampliaba la transformación del aparato productivo, sino que sus resultados prácticos implicaban la reproducción de los complejos industriales en el entorno urbano. Esto suponía planificar e implementar un proceso de desarrollo análogo, en ámbitos industriales y urbanos (Roldán, 2007). Con estas bases económicas, la "ciudad latinoamericana" se constituía en el escenario de la gran transformación ideada por el desarrollismo.

"Este plan: es un plan que se realiza"

El título de este apartado referencia una frase destacada por el Ingeniero Sergio Siryi, Secretario de Obras Públicas de la Municipalidad de Rosario, en la entrevista realizada por la Revista Boom, un semanario local, al equipo de técnicos del Plan Regulador, en junio de 1969. El motivo de la nota era detallar cuánto había avanzado la implementación del Plan Regulador, sancionado en junio de 1967, qué proponía el mismo y cómo trabajaba el grupo interdisciplinar de expertos que se nucleaba en la Prefectura del Gran Rosario, organismo creado en 1969 para ejecutar la transformación urbana y regional. Antes de avanzar en los detalles de la planificación de la ciudad de Rosario y sus particularidades, es pertinente considerar algunos reparos acerca de los modos de interpretar la relación entre Latinoamérica y Estados Unidos por los estudios culturales. Estos señalamientos amplían el horizonte interpretativo del "encuentro" (Joseph, 2005) de la urbanización desarrollista y la planificación rosarina.

Gilbert M. Joseph (2005) ha postulado que, desde la década de 1960 hasta la actualidad, dos grandes paradigmas se disputan el campo de la historia de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. Según este autor el "paradigma difusionista" del "desarrollo", o de manera intercambiable de la "modernización", que ya se ha explicado ampliamente aquí, se enfrenta con el o los "paradigmas disidentes", nuevas formulaciones sobre el imperialismo, la teoría de

la dependencia y la teoría de los sistemas mundos. Estas aproximaciones críticas precisaron las inequidades del subcontinente con relación a las estructuras y las fuerzas económico-políticas a escala mundial. Aunque en su dimensión epistemológica, con frecuencia, reproducen la misma concepción dicotómica de disputa entre extranjeros y locales, y sobredimensionan las metas a alcanzar, hechos que habían debilitado al "paradigma difusionista". Ambos propician binomios que centralizan y cosifican las estructuras y procesos del imaginario social del desarrollo- como se explicó en el primer apartado-, pero ignoran a los sujetos con una inserción cultural. Con esto no se persigue elaborar otro paradigma, sino reconocer en estos enfoques sus niveles de heterogeneidad y complementariedad.

A pesar de los planteos de ambos paradigmas, el poder de Estados Unidos no se ha impuesto en la región de modo uniforme. En su avance, se ha encontrado condicionado por distintos agentes, una diversidad de ámbitos y coyunturas, y diferentes dispositivos transnacionales. Mary Louise Pratt (1997) denominó a procesos como ese "zonas de contacto". Este *locus* no representa lugares geográficos con significados estables. Por el contrario, expresa ámbitos de una multiplicidad de voces, de negociación, préstamo e intercambio y de cambios de frente e inversiones. Allí, el "encuentro" entre América y Latinoamérica propicia la conectividad material y las interacciones discursivas (Joseph, 2005). Esta interacción es polivalente, oscilando entre la mutua influencia y el enfrentamiento militar. De modo que la interpretación más amplia de la relación entre Estados Unidos y Latinoamérica implica contemplar las ambivalencias y el doble juego en cada uno de sus múltiples aspectos.

Con estos señalamientos, se busca complejizar la hipótesis de los paradigmas críticos, donde el "desarrollo" se aplicaría a las sociedades subdesarrolladas "desde arriba", sin interacción o resistencia por parte de aquellas. Por el contrario, en su trabajo sobre la política interamericana de vivienda, Leandro Benmergui (2012) ha argumentado que la ejecución de complejos de vivienda estatal en Buenos Aires y Río de Janeiro, financiados por la Alianza para el Progreso en los años 1960, instituyó una "zona de contacto" entre las partes involucradas. Según el autor, para los discursos de modernización y desarrollo, la vivienda se transformó en un dispositivo que mejoraba las condiciones de vida de los pobres, y, además, en un agente de transformación cultural. Es decir, las nociones asociadas a las nuevas disposiciones espaciales y los modos de vida no se impusieron "desde afuera" en la ciudad latinoamericana, sino que resultaron del intercambio entre los circuitos técnicos y políticos, y las circunstancias locales y nacionales (Benmergui, 2012). Desde esta aproximación, la planificación rosarina, también, se instituyó por los "encuentros" y la confluencia entre los expertos, los postulados del urbanismo

latinoamericano y los proyectos urbanos. Pese a que, a simple vista, no se perciban tan evidentes.

El Plan Regulador de Rosario

En 1966, con Arturo Illía como presidente, la Secretaría de Transportes de la Nación decretó la formación de la Comisión Coordinadora Urbanística, Ferroviaria, Vial y Portuaria para Rosario. Este proceso se vio interrumpido por el golpe militar del 28 de junio de ese año, a cargo del General Juan Carlos Onganía. De modo significativo, el gobierno militar profundizó este tipo de políticas, promoviendo una estrategia general de planeamiento. Ante ella, las autoridades de la provincia de Santa Fe dictaron el Decreto N° 7.371/67, con el cual se exigía a todas las municipalidades y comunas redactar su propio Plan Urbano o Regulador. En este marco legal, en 1967, el Plan Regulador de Rosario (Ordenanza N°34.318) se aprobó por la ley provincial N° 4188/68.

El Plan rosarino cumplía las disposiciones de la Ley de Desarrollo N° 16.964 (1966)[6], articulando la planificación local con cualquier planificación que se realizara a escala nacional (Galimberti, 2015). La centralización de la planificación como solución a los problemas públicos, propiciada por el gobierno nacional, repercutió en la implementación de la misma por parte de los gobiernos provinciales y sus ciudades. Este cambió ocasionó la mediación de la jurisdicción nacional y provincial argentina en los planes de desarrollo locales, opacando la influencia latinoamericana en ellos. Es decir, la planificación como directriz nacional era mediada por las lógicas locales, reconfigurando los modos de interpretar los preceptos del urbanismo latinoamericano sobre el territorio.

> "Que la ciudad de Rosario no obstante el grado de crecimiento alcanzado, no cuenta a la fecha -pese a los diversos estudios e intentos que en el pasado se realizaran- con un Plan Regulador que fije de forma orgánica y coherente su expansión;
> Que los problemas originados por el crecimiento de una ciudad moderna hacen imprescindible disponer de un instrumento de esta índole, a fin de encauzar normalmente el desarrollo evitando situaciones que pudieran implicar una distorsión de tal proceso"
>
> (Plan Regulador, Decreto N° 34.318, 1967).

[6] El Sistema Nacional de Planeamiento y Acción para el Desarrollo, responsable de fijar políticas y estrategias, se integraba por el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), organismos al que se asignó la elaboración de los planes de desarrollo acorde con los objetivos políticos fijados por el gobierno dictatorial. Además, el sistema se componía del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE), y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Ver: De Riz (2000).

Sin embargo, el plan continuaba canonizado como el instrumento capaz de abolir los problemas pre-modernos (tradicionales), abriendo verdaderas perspectivas para la modernización. Al igual que los planes de "transferencia tecnológica" para el desarrollo económico, el plan urbano transformaría de manera progresiva y secuencial la urbe, visibilizando su desarrollo como describe la ley del Plan Regulador. La "fe devota en la técnica y la ciencia" que dominó la episteme del desarrollo – como mencionamos anteriormente- aparece en este fragmento para anunciar el camino hacia un futuro armónico, encauzado por el voluntarismo sin medida y la convicción inquebrantable en la neutralidad y la eficacia de la técnica y la planificación. Esta máxima parece atravesar el Plan Regulador con la idea de que la planificación de "toda la ciudad" era un primer paso hacia la solución de todos sus problemas sociales, económicos y espaciales. De hecho, las partes que lo componen enuncian el funcionalismo sistémico de la totalidad urbanística: Sistema Portuario, Sistema Ferroviario, Sistema Vial, Aeropuerto, Centros Urbanos, Centros de Recreación y Sistema de Desagües. Este mismo tono enunciativo, se percibe en sus estrategias de difusión a través de los medios de comunicación, el siguiente fragmento amplía este señalamiento:

> "El plan regulador de Rosario es, sin dudas ninguna, muchas cosas más: el plan vial, el proyecto portuario, la reestructuración ferroviaria, la remodelación urbanística, la *erradicación de villas de emergencia*, los planes de vivienda, son temas que no pueden agotar un reportaje. La ciudad puede precisar que ya el plan está en marcha: con el ritmo actual, el plan se irá desplegando en el tiempo y será evidente para todos…"
>
> (*BOOM*, 1969: 22, la cursiva es nuestra)

El Plan se complementa con otro cuerpo normativo, el Código Urbano y el Reglamento de Edificación, para proyectar el desarrollo urbano de la ciudad, principalmente de su sector privado. Entre estas herramientas de la planificación se identificaban los centros urbanos, destinados a "renovar y descentralizar la estructura urbana (…) funciones y áreas de localización de cada uno", y la división de zonas de edificación o zonificación de "sus aspectos físicos y funcionales, integrándolo en una estructura que responde a los objetivos fijados por el Plan Regulador". La planificación estimaba que a través del Código Urbano se clasificaría el uso de los edificios y el Distrito Urbano donde se construirían. La división distrital, otra herramienta planificadora, pretendía la racionalización y reordenamiento de la "zonificación espontánea" de la ciudad. Cecilia Galimberti (2015) explica que, en este período, la aplicación del *zoning* era un sistema de control urbano obsoleto y ampliamente criticado. Aunque este planteo es pertinente para las zonas centrales de la ciudad y de alta valorización inmobiliaria, se contempla que el plan por medio del *zoning* buscaba solucionar otros problemas urbanos.

Uno de ellos, era la ubicación, regulación y construcción de viviendas para la población migrante que en su mayoría se asentaba en la periferia, acrecentando las villas miseria. Como se explicó más arriba, los planteos desarrollistas consideraban a la vivienda y/o a los complejos de vivienda colectiva como una solución aparente a esta cuestión de ordenamiento urbano. El Plan Regulador en su zonificación de los usos del suelo destinaba para la vivienda pública colectiva tres centros urbanos: el Centro Habitacional Grandoli, el Centro Habitacional Oroño y el Centro Deliot (Van Poupelen, 2006). Laotra figura relevante en este mapa estaba formada porel Centro de Alojamiento para Erradicados de Villas de Emergencia (actual Barrio Las Flores), cuya estructura se orientabaa dar respuesta al mismo problema.

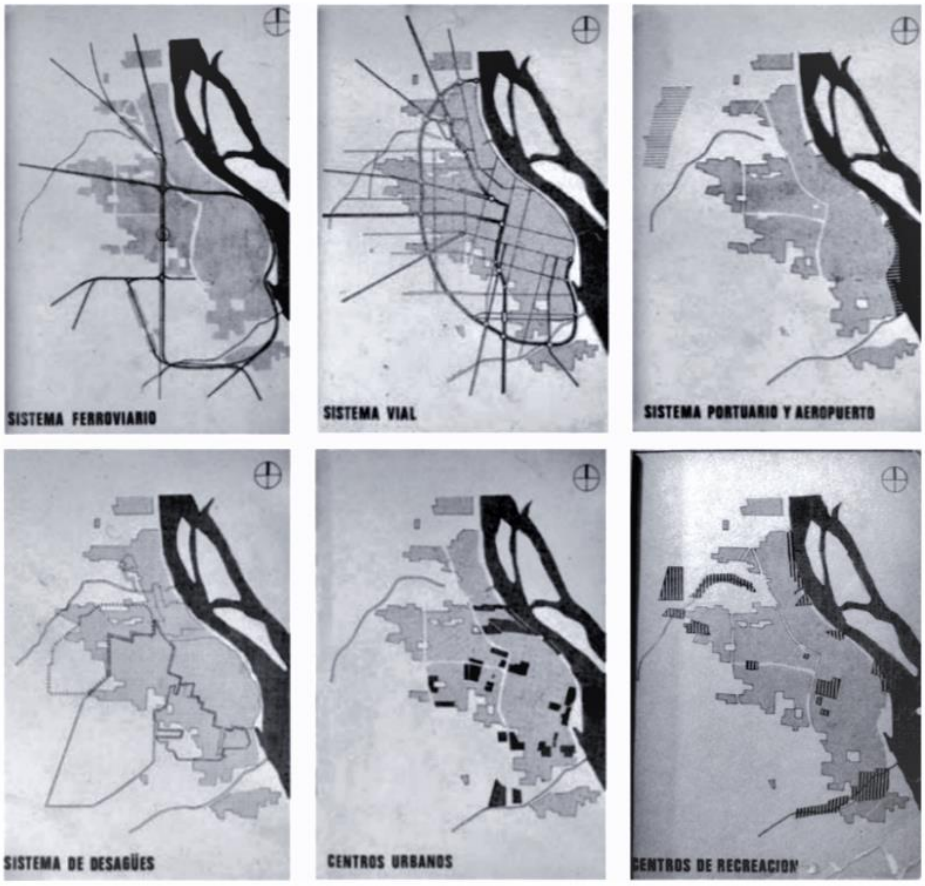

Imagen N° 1: Componente principales del Plan Regulador (Decreto N° 34.318)

Este proyecto urbano atendía, también, los problemas infraestructurales, como la instalación del Nuevo Puerto en la costanera sur, y las vías de circulación ferroviarias, viales y aeronáuticas (Galimberti, 2015). Estos aspectos se relacionan con el desarrollo económico regional, donde Rosario era la metrópolis de la región. Y su Nuevo Puerto, junto a las vías de circulación, serían los canales de los flujos económicos y sociales del desarrollo. En este punto, el plan y su

concepción totalizadora de la ciudad se concatenaban con un proyecto de dimensiones regionales. La creación de la Prefectura del Gran Rosario, en 1969, cuyo fin era planificar el Área Metropolitana Rosario (AMR, en adelante), centralizó la planificación en un solo organismo. Ese ente ofició como órgano Fiscalizador del Plan Regulador (Galimberti, 2015). Así, el planeamiento regional complementó ambas dimensiones en sus proyectos: ciudad y región.

El experto y la planificación regional

> "el planeamiento aislado de cada uno de los municipios que componen un área metropolitana no es suficiente. Es necesario comprender el funcionamiento de áreas dentro de las cuales las ciudades son sus núcleos más dinámicos y encarar su planeamiento integrado. Sin embargo, sin una organización adecuada es inútil hablar de políticas o técnicas de implementación de planes metropolitanos".
>
> (Hardoy, *Revista Summa* N° 9, 1967: 29)

El Plan Regulador está firmado por una comisión, pero Ana María Rigotti (2012) afirma que los contenidos de regionalismo dictados por Jorge Enrique Hardoy en sus materias Urbanismo I y II en la carrera de Arquitectura de la Universidad del Litoral[7] (UNL, en adelante), constituyeron el modelo de la Comisión Coordinadora Urbanística, Ferroviaria, Vial y Portuaria (1966). Hardoy se ha destacado en el debate latinoamericano del desarrollo por su capacidad intelectual e institucional que le permitieron adquirir relevancia internacional. Su rol de experto es indiscutible, a este, Alejandra Monti (2016) le suma el apelativo de "promotor académico" que destaca su papel como docente, facilitador y promotor en el campo de la disciplina urbanística. El desarrollo de este último papel se encuentra unido a la renovación de la enseñanza del urbanismo en Rosario que había comenzado en 1956. Hardoy con su reciente título de Master en Planificación Urbana y Regional en la Universidad de Harvard, llegó a Rosario para transformar la enseñanza del urbanismo, cuyos temas principales se centraron en la historia urbana y la reforma urbana, dictados en las materias antes mencionadas.

En estas asignaturas se incorporó la perspectiva regionalista que continua la tradición francesa de Vidal de la Bache, pero desde las interpretaciones nacionales de Federico Daus. Para esta perspectiva, las unidades geográficas se proponen como unidades de trabajo del planeamiento

[7] La Universidad Nacional de Rosario (UNR) se creó 1968 como desprendimiento de la Universidad del Litoral. La carrera de Arquitecto se dictaba en la Facultad de Ingeniería, con sede en la ciudad de Rosario desde 1923. En 1971 se inauguró la Unidad Académica Facultad de Arquitectura de la UNR, y en 1973, se trasladó a su actual edificio en la Ciudad Universitaria de Rosario.

que se consideraban un modelo racional de administración. Con este criterio técnico, cada unidad contemplaba diversas escalas, desde la estructura física de la ciudad hasta sus recursos naturales, artificiales y poblacionales. Del mismo modo, se registraba en cada área su funcionamiento como parte integrante de la región, las actividades productivas, los modos de trabajo, y sus vínculos con el interior y el exterior (Rigotti, 2012). Este modelo, se había ensayado en Puerto Rico en los años 1940, donde "la planificación para el desarrollo" norteamericana encontró su primer laboratorio latinoamericano (Gorelik, 2014). A partir de allí, los instrumentos planificadores y los estudios de casos impusieron las Juntas de Planificación y los códigos de zonificación como instancias supremas de la gestión. Como no podía ser de otra manera, el Plan Regulador respeta el modelo de planificación regional de la "ciudad latinoamericana".

Asimismo, luego de otra estadía en Estados Unidos para obtener su doctorado, en 1962, Hardoy creó el Instituto de Planeamiento Regional y Urbano del Litoral (IPRUL, en adelante) en línea con lo planteado por la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP, en adelante). A pesar de su traslado a la Universidad de Buenos Aires (UBA, en adelante) en 1965, continuó con el proyecto educativo de la organización de unidades de investigación dependientes del Rectorado, centradas en la investigación científica. Esta apuesta educativa, vinculada con la política desarrollista, se interrumpió con el golpe de estado de 1966. No obstante, el equipo de Estudios Urbanos y Regionales de la UBA se incorporó al creciente Instituto Di Tella. El Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR), bajo la dirección de Hardoy[8] hasta 1970, fortaleció su vínculo con las disciplinas sociales a través de su cercanía con otros centros del instituto, cuyo interés principal era el estudio de la modernización cultural del país.

El papel de Hardoy como gestor de los institutos mencionados se conectaba con la formación de expertos locales que entendían al urbanismo latinoamericano como eje articulador de los estudios interdisciplinares, propiciados por la CEPAL y la SIAP. Este precepto constituyó las simientes del Plan Regulador de Rosario, ya que Hardoy a través de la enseñanza de posgrado en el IPRUL formó a sus técnicos especialistas y expertos (Monti, 2016). Y, aunque ni Hardoy, ni el IPRUL continuaban en la ciudad para 1969, cuando se estableció la Prefectura del Gran Rosario, algunos de sus expertos y ciertos trabajos que analizaban su desempeño institucional estaban marcados por su impronta.

[8] Durante ese período, también, fue el director de la SIAP. Para una lectura profunda de la figura de Jorge E. Hardoy, ver: Monti, (2014).

El Área Metropolitana de Rosario

La Prefectura del Gran Rosario (Ley provincial N°6551) se conformó por representantes de diferentes comunas y municipios, el Directorio de la Prefectura, la Secretaría Técnica de Planificación y un Prefecto. Su misión era elaborar un Plan de Desarrollo de la estructura de la AMR[9] (Galimberti, 2015), donde los planes de cada localidad no fueran contradictorios a la estrategia general. En efecto, se buscaba compatibilizar las diferentes escalas, como explica la cita:

> "ARTÍCULO 4: La Prefectura del Gran Rosario coordinará el planeamiento y la acción de los gobiernos locales, compatibilizándolos con los de los Gobiernos Provincial y Nacional, mediante la creación de un mecanismo legal, técnico y administrativo apto para la elaboración, puesta en marcha y ejecución de los planes." (Ley provincial N°6551, 1969:2)

Además de esta función, su Secretaría Técnica poseía tres objetivos primarios: relevar el área, coordinar la elaboración de proyectos especiales y la conformación de archivos de antecedentes, banco de datos, cartográficos, etc. Los resultados de estas investigaciones se compilaron en una serie de "Cuadernos de Trabajo", firmadas por un grupo de expertos, quienes también conforman el ente –sobre este problema se profundizará en el siguiente capítulo.

El Área Metropolitana de Rosario estaba integrada por: A) Rosario del departamento Rosario; B) Puerto San Martín, San Lorenzo, Fray Luis Beltrán, Capitán Bermúdez y Ricardone del Departamento San Lorenzo e Ibarlucea y Granadero Baigorria del Departamento Rosario, que integra la zona norte; C) Roldán departamento de San Lorenzo y Funes, Zavalla, Pérez, Soldini, Piñero y Álvarez del Departamento Rosario, que integran la zona Oeste; Y, D) Villa Gobernador Gálvez, Alvear, Villa Amelia, General Lagos, Arroyo Seco y Fighiera del Departamento Rosario, que integran la zona sur (Ver mapa, próxima página). A partir de esta extensa enumeración de puntos cartográficos se delimitaba la estructura del área. Pero, el fundamento de su conformación no sólo responde a sus condiciones físicas, sino, también, económicas y sociales, y a su rol preponderante para el resto de la región.

[9] El ente de Planeamiento del Área Metropolitano de Rosario, organismo encargado de la planificación de la estructura básica de la misma, es un organismo intermedio entre la planificación local y la Provincial y dependiente del Poder Ejecutivo de la Provincia. Los objetivos y metas del desarrollo del área se fijarán en base al diagnóstico correspondiente y serán ajustados a los establecidos por el Consejo Provincial de Desarrollo (COPRODE) (Decreto Provincial N° 00447, 1970: 12).

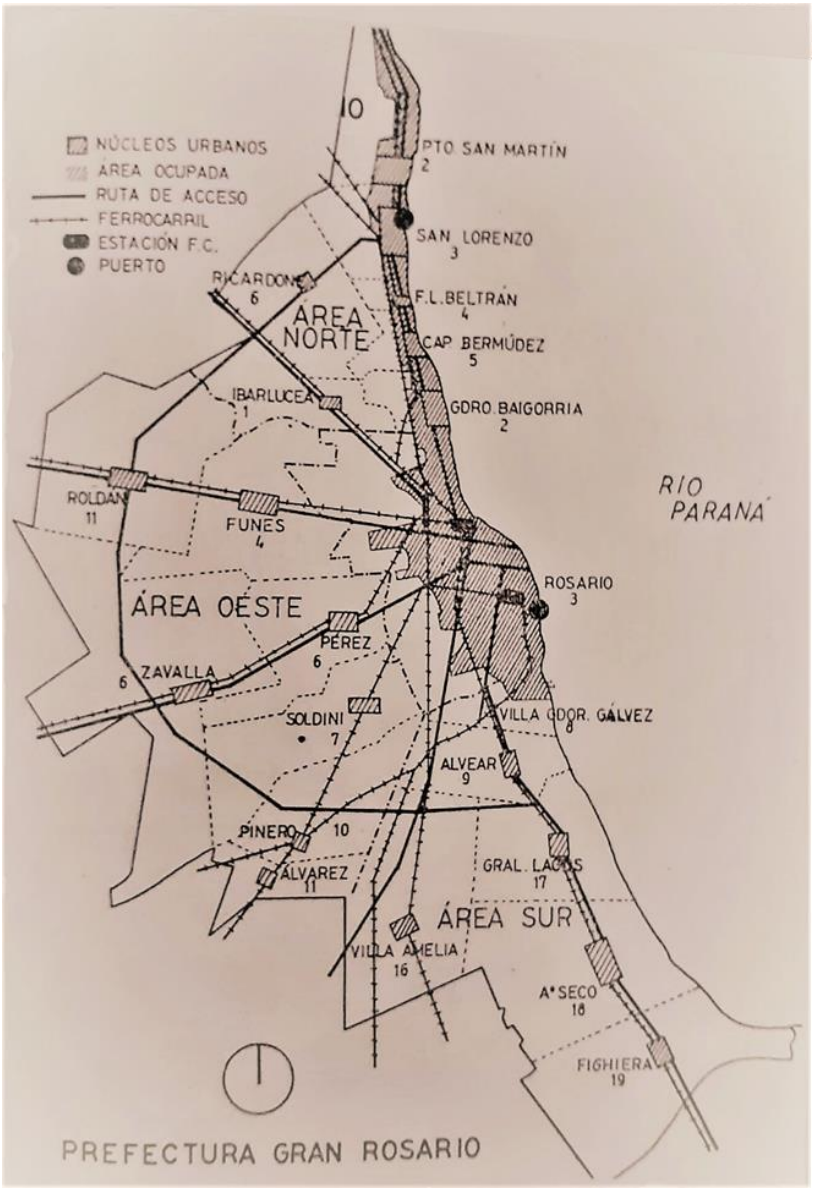

Imagen N° 2: Área Metropolitana de Rosario (Moreno y Basaldúa, 1972)

Alejandro Rofman[10] en "Aspectos de la estructura urbano-regional en países en vías de desarrollo", un artículo que hacía parte de una compilación dirigida por Jorge E. Hardoy y Carlos Tobar, *La urbanización en América Latina* (1969), y editada por el Instituto Di Tella, explica el surgimiento del Área Metropolitana de Rosario desde sus aspectos económico-sociales. Según Rofman, se trataba de una región constituida por una forma urbana contigua sobre el río Paraná, entre las ciudades de San Lorenzo y San Nicolás. Esta franja urbana poseía un

[10] Alejandro Rofman es contador público por la UNL, Master en Economía por la Universidad de Pennsylvania (1965). En 1969, era Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas (UNL), en la sede Rosario. En 1970, conformará la Secretaría Técnica de la Prefectura.

desarrollo dinámico, de crecimiento vertiginoso y de características particulares. Los resultados tecnológicos y naturales, combinados en el mismo objetivo, el de desarrollar una economía exportadora de base agropecuaria, produjeron ciertos efectos secundarios. Bajo la influencia de la expansión vital, el migrante poblador dinamizó con sus valores los centros urbanos, creando una nueva sociedad. Con este crecimiento demográfico, las actividades predominantes se modificaron y pasaron del ámbito intermedio a la expansión de productos manufacturados. La instalación de grandes obras de infraestructura (energía) y de industria pesada (petroquímica, química y destilería de petróleo) ha contribuidola compactación de la región, que la convierte en una incipiente megalópolis.

Según Raúl Basaldúa y Oscar Moreno (1972), esta descripción que justifica la delimitación geográfica del AMR como una subregión de la región pampeana se definió conforme a criterios de relaciones funcionales del espacio. En otro libro, compilado por Hardoy y Guillermo Geisse, *Políticas de desarrollo urbano y regional en América Latina*, esta vez editado por la SIAP, aparece este artículo "La organización jurídica e institucional de un área metropolitana en la Argentina". Este trabajo había sido solicitado a los mencionados investigadores del CEUR del Instituto Di Tella, por pedido de la Municipalidad de Rosario, para reseñar el papel que llevaba adelante la Prefectura del Gran Rosario. En la opinión de estos autores, existía una línea de continuidad entre los modelos gravitatorios y los análisis realizados por técnicos locales con la determinación geográfica de la propuesta prevista, y la propuesta originaria de delimitación que había indicadola Comisión Coordinadora, Urbanística, Ferroviaria, Vial y Portuaria en 1966. Galimberti (2015) coincide en que el Área Metropolitana de Rosario[11] ha sido el modo de denominar al área más consensuado y más usado, hasta los años 1990 cuando se transformó en Región Metropolitana. Esta apropiación del urbanismo latinoamericano se refleja en una negociación continúa con la planificación rosarina que como construye sus propias concepciones del espacio, también concatena una tradición propia de planificación, como se observa en el fragmento:

> "Se considera no sólo a la planificación como un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo, sino también, es un proceso la organización de un sistema de Planeamiento. La creación de cada ente dedicado a esta tarea y la aprobación de cada una de las legislaciones de planificación, ha sido considerado como una etapa de dicho proceso. La Comisión Nacional de

[11] En la definición de Galimberti del AMR: "comprende los municipios del espacio metropolitano, que configuran un territorio integrado, donde se manifiesta una interacción física, económica, social- cultural y demandas político administrativas comunes. Se distinguen dos escalas de definición dentro del área metropolitana: la "conurbación", donde se verifica como condiciones de contigüidad física entre núcleos urbanos y la "extensión", donde quedan incorporadas grandes extensiones rurales, no existe contigüidad física entre los núcleos urbanos, pero sí una importante interacción económica, social y funcional (Galimberti, 2015: 158).

> 1943, la Ordenanza 1030, La Ley Nacional 16.052, la creación de la Comisión Coordinadora, Urbanística, Ferroviaria, Vial y Portuaria, el Código Urbano, el Plan Regulador de Rosario, el Convenio Tripartito y la Ley de creación de la Prefectura del Gran Rosario, son todas etapas de este proceso que se ha desarrollado a lo largo de casi treinta años y que, con las modificaciones que las circunstancias han exigido, han significado el mantenimiento de un criterio operativo durante ese tiempo"
> Ing. Horacio Premoli (Jefe de la oficina de Planificación), *Rosario* y la planificación, Reunión de la Sociedad Argentina de Planificación.
> (Revista de la SAP, 1970: 25)

Así, Rosario recupera una tradición de planificación vernácula y local que se despliega desde fines de la década de 1920s., cuando Carlos María Della Paolera dicta las dos conferencias que servirán de base al Plan Regulador de 1935. Aunque la historia del urbanismo no lo haya destacado lo suficiente, la mayor ciudad puerto del litoral argentino encontró su posición y reconocimiento como "ciudad latinoaméricana" en las páginas de los proyectos de su planificación y en los análisis teóricos de escala metrópolis regional de los años 1960. Este ideario de la planificación urbana para el desarrollo se contrastará, en el próximo capítulo, con los problemas que la migración y el crecimiento de la trama urbana produjeron en las periferias de la "ciudad latinoamericana". Al introducirnos en el tejido urbano, la escala se reducirá para detectar cómo en los bordes urbanos de la urbe rosarina y sus villas miserias se construyó el objeto privilegiado de la interpretaciónlanzada desde el paradigma crítico a la planificación desarrollista (la teoría de la dependencia).

CAPÍTULO II

Villas miseria.
La espacialidad emergente en los márgenes

> "Porque no existe el desarrollo económico si no es desarrollo o cambio cultural; y el desarrollo de la conciencia social, como el del pensamiento del poeta, no puede, en última instancia, planearse *(planificarse)"*
>
> E.P. Thompson, *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial* (1967: 97)

En los mismos ámbitos intelectuales, donde las teorías de la modernización y el desarrollo se impusieron como las únicas fuerzas capaces de destruir las tradiciones mestizas y las relaciones arcaicas de la realidad latinoamericana (Ortiz, 1992), una generación de científicos sociales comenzó a impugnarlas. La crisis en la relación con la planificación norteamericana mostraba no sólo el cambio ideológico político, también advertía el cuestionamiento a la propia idea de autonomía del conocimiento social en América Latina (Escobar, 2008). Desde la izquierda, los críticos de la modernización compusieron una diversidad de paradigmas disidentes (nuevas formulaciones del imperialismo, la teoría de la dependencia y de los sistemas mundo) que subvirtieron la lógica dominante e impusieron una visión *sui generis* –con ecos hasta la actualidad- acerca del subdesarrollo latinoamericano (Joseph, 2005).

Los teóricos de la dependencia antepusieron a las promesas del discurso desarrollista, centrado en el crecimiento económico, la integración transnacional y la democratización, la denuncia de las asimetrías que la empresa neocolonial (promovida por los Estados Unidos y Europa) imponía a Latinoamérica. Para ellos, el capital extranjero sólo ocasionaba la desintegración nacional y el crecimiento de una masa explotada y marginal, impidiendo, en su lugar, el crecimiento de una clase media dinámica y próspera (Nun, 2003). El conjunto de las desigualdades en el comercio y las finanzas internacionales reproducían una condición estructural o dependiente en los países "periféricos" de la región con respecto a la metrópolis o "centro". Esta disparidad se perpetuaba debido a que los gobiernos locales (estados nacionales) y sus elites dirigentes sostenían y colaboraban con la "penetración" del capital, la tecnología y la cultura estadounidenses (Joseph, 2005). Eran los "agentes nativos" de las "infraestructuras de la dependencia". La rueda del capital no se había detenido, su legitimidad racional reproducía y mantenía el sistema sin modificaciones. En efecto, se denunciaba un

patrón sumamente sesgado de acumulación de capital que recompensaba la productividad del norte-centro a través de la explotación y el empobrecimiento del sur-periferia.

Como se explicó ampliamente en el capítulo anterior, el discurso modernizador justificó su intervención directa en el espacio latinoamericano, una porción del Tercer Mundo, a través de la ayuda técnica y económica que alumbraba el camino del "subdesarrollo al desarrollo". Sin evidenciar la antinomia económica e histórica que esta relación encubría, el espacio se transformó en un elemento taxonómico de la distribución cartográfica planetaria, donde la periferia/subdesarrollo (o países periféricos) se encontraban subordinados al centro/desarrollo (o más exactamente países centrales) (Hiernaux y Lindon, 2004). Las ciencias sociales y los estudios urbanos no escaparon a esta imaginación geopolítica, transfiriendo a la ciudad, su unidad espacial de análisis, la misma clasificación. Al considerar que el camino evolutivo del desarrollo se reflejaba a escala urbana del mismo modo que en la escala continental, la/s periferia/s de la ciudad latinoamericana, tanto la definida villa miseria argentina como las versiones homólogas de este fenómeno en otros países, monopolizaron las discusiones acerca de la morfología urbana moderna. Sin embargo, la Revolución Cubana (1959) irrumpió y desestabilizó esta dimensión espacial con sus postulados políticos. Así, la negatividad de la crítica ganó terreno sobre la planificación. Los dependentista argumentaron que no habría liberación territorial-urbana de las periferias y sus marginados, sin la revolución como anticipaba y enseñaba la isla del caribe. Sin enfatizar los resultados políticos de esa epopeya, cabe destacar que, estos teóricos se aproximaron, aún más que sus antecesores desarrollistas y su taxonomía, a contemplar una interpretación espacial del subdesarrollo, la marginalidad ecológica es un ejemplo de ello.

Sin embargo, ni la teoría de la modernización ni su opuesta complementaria, la teoría de la dependencia, se desmarcó lo suficiente de la epistemología dual que la estructuraba. Y de algún modo, esa "geografía imaginaria" (Said, 1979) (re)produjo un discurso geopolítico, donde la dicotomía centro-periferia se refracta en el nuevo paradigma norte-sur (Roy, 2013). No obstante, antes de avanzar sobre este problema, se requiere observar de qué modo el espacio urbano de la ciudad latinoamericana asimiló esa taxonomía (Hiernaux y Lindon, 2004). En efecto, esta concepción ha fijado a su imaginario topográfico urbano la idea de que la ciudad presentaba un nodo central moderno con cordones periféricos marginales. La periferia parecía sólo estar conformada por villas miseria (o cualquiera de sus variantes latinoamericanas) que requerían la intervención planificadora. Por ello, indagar cómo el desarrollo y la dependencia pensaron a la periferia, quizás, ilumine otras aristas que permitan analizar al centro y a la

periferia desde otro punto de vista. Esta lectura pretende aproximarse a la periferia en sus propios términos, sin hacer hincapié en su relación con el centro, aunque ese vínculo se encuentre implícito en la propia construcción categorial. Es decir, no se puede subvertir la potencia discursiva e ideológica del binomio centro-periferia, sin advertir antes que éste es producido por el centro para constituirse como tal e imponer la interpretación teórica dominante y, en ocasiones, legítima sobre el espacio urbano.

Con el desplazamiento de la periferia como contraparte del centro, se busca componer una hermenéutica espacial que expanda otros horizontes posibles de aproximación a las representaciones de la villa miseria (Chakrabarty, 2008). La división taxonómica propone una mirada unidimensional que nunca se detiene en los matices de lo que interpreta. En este sentido, el binomio centro-periferia ha reforzado los apelativos negativos de la villa miseria, consolidando un pensamiento rígido que se nutre de un moralismo maniqueo para definirla. Si, en su lugar, se considerara a la villa miseria como parte de un entramado urbano atravesado por una profunda transformación, quizás, se podría concebirla como un fenómeno urbano emergente, cultural e históricamente situado. En este punto, se recurre a los importantes cambios aportados por las geografías posmodernas (Soja, 1989), cuyos avances en los estudios acerca del espacio, permitirán explorar la producción espacial de la villa miseria como parte de la ciudad y no como externalidad negativa o su negación irregular. Entonces, el presente capítulo se interesa por (de)construir la dicotomía centro/periferia como representación espacial del subdesarrollo latinoamericano: ¿qué partes de la trama urbana, qué conflictos urbanos y qué relaciones espaciales encubre la interpretación dual?

El presente capítulo proyecta estos interrogantes sobre la periferia de la ciudad de Rosario. La relación escalar entre Latinoamérica-Rosario puede presentarse como inadecuada y difícil de articular. Sin embargo, lo excepcional de esta coyuntura permitió que los saberes del desarrollo y sus expertos conquistaran y ocuparan hasta los menos destacados y más recónditos puntos del Tercer Mundo. Quizás al tratarse de una ciudad mediana, morfológicamente más próxima a Montevideo que a su capital nacional, Buenos Aires, sea pertinente explorar la transformación urbana de Rosario en sus propios términos. En efecto, como se anticipó en el capítulo anterior, se propone ir al encuentro de Rosario como una "ciudad latinoaméricana", producto de la planificación desarrollista, y desde allí, indagar cómo sus expertos pensaron la ciudad como periferia y a la villa miseria como periferia de periferia. Para ello, en el primer apartado, se indagarán los tópicos que los teóricos del desarrollo y la dependencia construyeron sobre la periferia de la ciudad latinoamericana. En el segundo apartado, desde la geografía crítica y

posmoderna, se ensayará una lectura enfocada en la producción del espacio para delinear una aproximación que haga estallar la taxonomía centro-periferia. Al enfocarse en y desde la villa miseria se reflejarán y refractarán, además, otras imágenes de las urbes latinoamericanas (Foucault, 1967). Con este marco, en el tercer apartado, analizaremos cómo los planificadores rosarinos interpretaron la emergencia de las villas miserias, al interior del proceso de modernización infraestructural que pretendieron organizar y materializar. En especial, se revisarán las lecturas que la planificación urbana, tanto de linajes desarrollistas como dependentistas, generó a partir de la proliferación de villas miserias en la ciudad.

La periferia en la ciudad

La interpretación estructural-funcionalista y marxista, basada en una lectura determinista económica, respaldó la definitiva ruptura del creciente desencanto que atravesó el pensamiento social latinoamericano hacia el diagnóstico del subdesarrollo y el fracaso de la unión panamericana en su intento por revertirlo (Gorelik, 2014). En términos urbanísticos, un resquebrajamiento en esa dirección se produjo por la contundente ineficiencia de la solución planificadora al problema poblacional y migratorio. Como se mencionó en el capítulo anterior, la "ciudad latinoamericana" ejerció un proceso de atracción que ocasionó su crecimiento acelerado e hipertrófico, principalmente en las capitales (Morse, 1965/1971). En el interior del funcionalismo heredero de la Escuela de Chicago (Hannerz, 1980), la lectura de este desfasaje urbano recibió dos interpretaciones que se mixturaron en una tercera superadora acerca de la integración de los migrantes a la ciudad. Esta explicación se basó en los trabajos de Robert Redfield sobre el *continuum folk-urbano* (1946) y el "ajuste" a esa hipótesis que formuló Oscar Lewis (1952) (Gorelik, 2008). A grandes trazos, y sin profundizar en los detalles de la explicación antropológica, se trataba de una lectura *cultural* y otro modelo dual -como desarrollo-subdesarrollo- que justificaba los desajustes en la transición de la población migrante del campo-tradición a la ciudad-modernidad. Mientras, el *continuum folk-urbano* de Redfield sostuvo que la sociedad campesina poseía ciertas barreras culturales, propias de la aldea comunitaria, para adaptarse a la modernidad urbana. Lewis con su ajuste centrado en la idea de vecindad, (insumo para su posterior concepto de *cultura de la pobreza* (1965/1972 [1967]), advirtió que estas *pequeñas comunidades*, conformadas por la migración, generaban lazos de fraternidad con amplias posibilidades de amortiguar la incorporación de esa población a la vida citadina (Lewis, 1952). Este desvío intencional por la antropología funcionalista ha sido necesario a los efectos de detectar la influencia -no pocas veces invisibilizada- de la dimensión

cultural en la planificación urbana de las periferias. Bajo esta premisa, se avanzará en la exploración de una dupla no tan aceptada, ni tan difundida, como es villa miseria[12]-vivienda social.

La planificación habitacional

En sintonía con las discusiones antropológicas y sociológicas, los nuevos debates de la arquitectura y la cooperación internacional, también, influyeron con sus preceptos en los modos de intervención desarrollistas, propuestos para el problema habitacional latinoamericano, durante los años sesenta. En primer lugar, el creciente interés de los estados nacionales de la región en la "cuestión de la vivienda"[13] era un proceso que se había consolidado como política, potenciado por la renovación del modernismo arquitectónico europeo, de la posguerra. Aún sin omitir los fines propagandísticos, y a pesar de las diferencias ideológicas en sus políticas locales, la financiación pública regional desplegó un impulso modernizador que se tradujo en una "extraordinaria arquitectura de lo ordinario", reflejada en los complejos de vivienda social. Con el apoyo de la reflexión europea acerca de la *vivienda masiva* y su tipología de aplicación "la unidad habitacional", los cuerpos técnicos latinoamericanos impusieron la experimentación arquitectónica local como modo de resolver sus problemas sociales y avanzar a la modernidad (Ballent y Liernur, 2014). Sin subvertir el orden de la trama urbana, concentración y densidad, este modelo habitacional buscaba recuperar el espíritu comunitario que la urbe había dislocado. Según Adrián Gorelik (2008), se puede apreciar en la planificación habitacional una traducción material del *continum folk*, en tanto, esta organización colectiva del espacio buscaba subvertir los efectos de la alienación urbana. Se pensaba que la construcción de esta nueva comunidad, inducida a través de la técnica, amortiguaría la disolución de lazos primarios que sufrían los migrantes (Gorelik, 2008). En efecto, el diseño arquitectónico de los conjuntos habitacionales

[12] En esta dicotomía se emplea el término villa miseria porque ha sido el modo de nombrar el problema urbano de las periferias argentinas, principalmente porteñas. No obstante, el planteo modélico soporta la variación local de cualquiera de los modos de nombrar este problema urbano en el resto de los países latinoamericanos para este momento. La dicotomía pretende cuestionar cómo ante la emergencia de este problema demográfico y urbano, la solución más aceptada fue la construcción de viviendas, los modos de construcción y el financiamiento de las mismas, más allá de quienes fueran los usuarios. Para un tratamiento de las denominaciones de informalidad urbana: Massidda, A. (2018). Cómo nombrar la informalidad urbana: una revisión de las definiciones en uso, sus implicancias analíticas y su alcance, *Quid 16*, (10), pp. 301-315.

[13] Para el caso argentino: Aboy, R. (2005) *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el Barrio Los Perales. 1945-1955.* Buenos Aires: Universidad de San Andrés, Fondo de Cultura Económica, 2005; Ballent, A. (2009) *Las huellas de la política: vivienda, ciudad y peronismo en Buenos Aires, 1943-1945.* Bernal: Universidad Nacional de Quilmes: Prometeo 3010; Haley, M. (2013) *El peronismo entre las ruinas. El terremoto y la reconstrucción de San Juan*. Buenos Aires: Siglo XXI Ediciones; Yujnovsky, O. (1984) Claves políticas del problema habitacional argentino 1955-1981. Buenos Aires: GEL.

reflejaba en su representación el paraíso aldeano perdido. Hacia adentro, proyectaba un nuevo falansterio moderno, con áreas y servicios comunes a compartir. Y, hacia afuera, recreaba la naturaleza con grandes espacios ajardinados que aprovechaban las bases descubiertas de los monoblocks, fruto de las ideas lecorbusierianas.

En segundo lugar, como parte de la intensificación de los recursos destinados a las relaciones interamericanas (en la política del "Buen Vecino" T. Roosevelt (1933-1945), el presidente Truman (1949) con el *Point Four* declaró el compromiso de su política en la asistencia técnica a las regiones subdesarrolladas del mundo (Gorelik, 2014). Así, el presente espíritu reformista y tecnocrático que caracterizó al *New Deal*, o la "vía americana" al desarrollo, migraba al territorio latinoamericano. En este marco, durante los años 1950, Puerto Rico se presentó como un pequeño país, cuya condición colonial, permitió a los técnicos norteamericanos realizar sin obstáculos un experimento radical de reorganización territorial urbana –allí nació el *planning* de las décadas siguientes. Como parte de ese proceso, la política panamericana de vivienda social[14] aportó la ayuda económica para los programas de rehabilitación de arrabales como los planes de Tierras y Servicios Públicos. Con ellos, el estado saneaba las tierras e instalaba los servicios y las familias auto-construían sus viviendas de acuerdo con planos sencillos, ideados por ellos mismos. La autoconstrucción no sólo se transformó en una alternativa a la concentración metropolitana, sino que brindó, en la experiencia puertorriqueña, una solución cultural-ideológica para la población subdesarrollada (Gorelik, 2008). En consonancia con los postulados de Oscar Lewis (1952; 1959) acerca de la vecindad, estos hábitos de trabajo colectivo reforzaban los lazos comunitarios, debilitados por el asistencialismo estatal, y revertían la desmoralización provocada por las condiciones miserables de su vida en la ciudad. Estos y otros cambios percibidos por los expertos aportaron los fundamentos teóricos (Morse,1960 [1976]) para erigir a la autoconstrucción como una alternativa a la política centralizada de vivienda.

Entre estas dos tendencias de intervención, en los años 1960, era posible cartografiar dónde primaban los conjuntos de viviendas sociales (México y Cono Sur) y las iniciativas de autoconstrucción (Centroamérica, Colombia y Perú) en todo el mapa latinoamericano. Más allá de esto, según Adrián Gorelik, el modelo puertorriqueño despertaba malestares y contradicciones entre los técnicos y políticos en su viaje latinoamericano (Gorelik, 2008). En

[14] Francis Violich, un planificador californiano, creó la Sección Vivienda de Unión Panamericana (OEA), luego de su trabajo con los pueblos invasores en Venezuela. Cuando la sección quedó a cargo de Anatole Solow se formó el Centro Interamericano de Vivienda (CINVA) (Bogotá-1951) que, también, rescató los lineamientos del Congreso Panamericano de Vivienda Popular (Buenos Aires, 1939).

efecto, a diferencia de las políticas de conjuntos habitacionales, proyectadas y ejecutadas por la agencia estatal "desde arriba", las propuestas de ayuda mutua y autoconstrucción sumaban adhesiones entre las posiciones más radicalmente comunitaristas, próximas a la militancia social. Generalmente, apoyadas por la iglesia católica o los grupos de izquierda, estas iniciativas "desde abajo" incentivaban la acción y la opinión de las propias poblaciones en la producción habitacional, colaborando al despertar de su fuerza comunitaria (y/o revolucionaria). Pero, como ya se mencionó, la ayuda técnica y económica por vía panamericana la recibían todos los países, a través de diversos programas.

Mientras, la planificación dominó el paradigma urbano (Almandoz, 2018), esto no implicó que la autoconstrucción se desarrollara en la región, a nivel local o con los programas financiados por las agencias internacionales[15] (Benmergui, 2012). La imaginación técnica condicionó las decisiones acerca de la política social de vivienda, sin restringir los modos de ejecución y financiamientode las soluciones habitacionales. Así, a través de los distintos casos, se observa una multiplicidad de desplazamientos y de variantes de ambos modelos de intervención habitacional. En efecto, los gobiernos desempeñaron un rol activo en las primeras iniciativas autoconstructivas, fuera de la isla caribeña. Su participación era requerida, tanto a través de las normativas para la implementación nacional de las políticas de autoconstrucción, o como colaboradores, por medio de sus técnicos, en los procesos constructivos de las obras (Cabello, 1967: Morea, 1969). El caso de la acción comunal en Bogotá (Rivera Páez, 2012) o las múltiples experiencias peruanas que concluyeron en Lima con el PREVI[16] (1972) (Ballent, 2016), ejemplificaron esa participación. Cabe destacar que las "zonas de contacto" de los circuitos técnicos y políticos, locales o internacionales, confluyeron en un intercambio no exento de negociaciones y tensiones –ver capítulo uno. En este encuentro, Leandro Benmergui (2012) ha detectado un cambio, quizás, el más significativo como dispositivo modernizador para el abordaje de la "crisis de vivienda" latinoamericana. Este problema social, cada vez más, se comenzó a analizar en términos económicos y financieros para la búsqueda de aparentes soluciones. El informe de Naciones Unidas (1963) explicaba los criterios básicos de las inversiones para el desarrollo urbano:

> "Las inversiones en vivienda y desarrollo urbano deben recibir alta prioridad y deben desempeñar un papel bien definido en el problema del desarrollo

[15] Para análisis de Buenos Aires y Río de Janeiro, ver: Benmergui, L. (2012), y para Rosario, ver: Giménez, D. (2014) Imágenes como cenizas. El caso de Parque Field (Rosario, 1962-1968) (Trabajo inédito).

[16] El concurso internacional PREVI/LIMA (1966-1968) era un proyecto experimental de vivienda de bajo costo, desarrollado por el Estado peruano en 1970, bajo la presidencia de Belandue, y apoyado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Para un análisis detallado, ver: Ballent, A. (2016).

> en general. Los Gobiernos, como parte de esta obra de desarrollo nacional, deben revisar sus respectivas políticas, determinar si sus diversos programas relativos a los diversos aspectos de la urbanización son adecuados (…) para planificar, administrar y ejecutar los programas interdependientes de desarrollo urbano, vivienda y planificación urbana y regional"
>
> *Informe del grupo especial de expertos en Vivienda y Desarrollo Urbano* (New York, 1963) (Citado por Morea, 1969: 95)

No obstante, la productividad de la vivienda social, pronto, demostró que su construcción a gran escala, por su propia naturaleza económica, implicaba una inversión costosa y con bajo impacto en la población. Principalmente, las iniciativas públicas de vivienda, implicaron proyectos con elevados costos que no alcanzaban a influir sobre la oferta, ni modificar las relaciones en el mercado privado de vivienda (Benmergui, 2012). Aun con los complejos habitacionales ocupados, el crecimiento continuo de las periferias latinoamericanas exponía una de las caras más inocultables de su estructura dependiente.

Conforme avanzaba la década de 1960, los expertos latinoamericanos se volvieron menos optimistas respecto a los pronósticos de la teoría de la modernización (Benmergui, 2012). El creciente ascenso de la CEPAL, influenciada por la teoría de la dependencia y la consolidación de los centros de investigación latinoamericanos, fomentó otras aproximaciones a los problemas urbanos. La principal crítica social que recibían los tugurios era la condena moral e higiénica como elemento residual de su formación cultural y su reflejo en el paisaje urbano. Según María Cristina Cravino (2012), la propuesta del determinismo ecológico que guiaba los programas habitacionales centralizados, implicaba borrar las barreras físicas de ruralidad de esas poblaciones, reemplazándolas con barrios colectivos. Sin embargo, con ello, los expertos no lograron evitar que la población migrante se instalara en otras áreas urbanas, conformando nuevos asentamientos. Asimismo, esta medidas, principalmente cuando implicaban erradicaciones población de las periferias[17], como lo demuestran los casos de Buenos Aires (Ballent, 2014; Gomes, 2018) o Río de Janeiro (Benmergui, 2012), contrastaban con las ventajas participativas y comunitarias de la autoconstrucción.

Los investigadores (Turner 1963, 1967; Morse, 1960; Mangin, 1967) que habían participado de proyectos autoconstructivos vislumbraron una verdadera alternativa a los dilemas de la modernización urbana que afectaban al subcontinente (Gorelik, 2010). Estos postulados encontraron ecos en las definiciones de la "cultura de la pobreza" (Lewis, 1965/1972) que Oscar Lewis (1961; 1964) había desarrollado y profundizado en sus estudios anteriores de la vecindad

[17] Para Buenos Aires, ver: Tobar (1972).

mexicana. Oscar Lewis revisó su primera hipótesis sobre la "aculturación", que explicaba a través del proceso de "adaptación", la incorporación de las poblaciones campesinas a la ciudad. Entonces, propuso que la "cultura de la pobreza" era una cultura "otra", alternativa a la "cultura burguesa", y que no requería de una transición para convertirse en esta última (Lewis; 1965/1972). Esta lectura potenció la "vía autoconstructiva" al considerar que las prácticas cotidianas de los marginados eran relevantes para la proyección del hábitat, así como, la partición de esa población en la construcción de las mismas.

Este conjunto de ideas halló en el arquitecto inglés, John Turner, a un vocero internacional inmejorable que incorporó una serie de argumentos acerca de los procesos autoconstrucctivos en barrios populares a la discusión sobre las políticas de vivienda. Tras varias estadías en Perú (1957-1965), su trabajo se nutrió del diálogo con el antropólogo norteamericano Willian Mangin, director del programa *Peace Corp* en las barriadas de Lima (Ballent, 2016). Sintéticamente, la tesis de Mangin proponía *"la barriada como solución"* (1967). Esto se relacionaba con dos aspectos de la autoconstrucción. Por un lado, esta fórmula consolidaba en términos teóricos la orientación de los programas urbanos que el Estado peruano y sus técnicos desarrollaban en las barriadas. Y, a la vez, remitía a la experiencia puertorriqueña y las instituciones panamericanas de la década anterior. En continuidad con ellas, como plantea Anahí Ballent (2016), la política de la Alianza para el Progreso encontró en la *autoconstrucción asistida* una solución económica para la vivienda popular. Este procedimiento era económicamente aceptado porque suprimía los altos costos de la vivienda social al quitarle peso a las unidades terminadas que habían condicionado la obsolescencia de ese sistema. Si bien, hasta aquí, no se produjo una ruptura radical con el Estado planificador, encargado de proveer la infraestructura para el auto-desarrollo de los asentamientos, los planteos acerca de la vivienda popular radicalizaron progresivamente el pensamiento urbano (Cravino, 2012). Aunque dominado por expertos extranjeros, este "giro a la izquierda" y hacia cierta "autonomía" encaminó los estudios de la "ciudad latinoamericana" al análisis de sus propias lógicas (Gorelik, 2008).

Por otro lado, las investigaciones de Mangin (1967) enfatizaban la necesidad de realizar estudios antropológicos en los asentamientos para comprender la organización comunitaria de los migrantes. A diferencia de José Matos Mar (1962) que había planteado la reproducción de la comunidad cerrada campesina en las barriadas, Mangin consideraba que su organización conectaba a los residentes con el resto de la ciudad y los incorporaba a la vida urbana. Contemplando las hipótesis del antropólogo, Turner sugirió a las autoridades un cambio cultural

en los estándares de la vivienda, donde se registraran las diferencias entre los ciudadanos. En el caso de las barriadas limeñas, sus habitantes no alcanzaban a pagar el costo de la construcción y la tierra. Por ello, había que entender a la "vivienda" como un proceso social y no sólo un dispositivo habitacional. La vivienda era pensada como verbo, "el verbo edificar" donde la autoconstrucción y autogestión brindaban un horizonte para la obtención de un hogar propio para la población de las barriadas (Turner, 1972). Este conjunto de ideas, acciones y procesos, formulado por el arquitecto, se considera más conceptual que concreto (Ballent, 2016). Pero, sin dudas, el principal aporte de Turner fue el lugar que le otorgó a la participación del usuario en la gestión habitacional, al contemplar que pudiese "controlar las decisiones" en el diseño, construcción y administración de su vivienda (Barrios, 2014). Los atractivos libros de Turner permitieron que la discusión sobre el hábitat de los pobres en los países subdesarrollados iniciara un recorrido internacional, vigente hasta la actualidad. Desde su fascinación por la población de los tugurios latinoamericanos, explicó la aparente libertad de esas poblaciones para adoptar decisiones organizativas (la autoselección comunitaria, el manejo de recursos y la conformación de su entorno). Aun con una lectura idealizada y posiblemente romántica de la pobreza, Turner consideró la experiencia habitacional de las barriadas limeñas como un rescate de una periferia que era capaz de cuestionar al centro.

La autoconstrucción se impuso como paradigma dominante en materia de vivienda, durante los años 1970 (Barrios, 2014; Gorelik, 2008). La vivienda popular proponía una identificación cultural y política que reivindicaba la experiencia urbana de sus pobladores. Aunque esto supuso una separación entre el pensamiento urbano dependentista y la "cultura de la pobreza" de Lewis (1972), ya que sus teóricos argumentaron la estigmatización de los migrantes en esta teoría. La mirada antropológica no percibía ciertos elementos negativos que propiciaba la autoconstrucción como una homologación del proceso de urbanización con la pobreza extrema y la perpetuación de condiciones de vida miserables para sus pobladores. Esto fue duramente criticado por los teóricos marxistas (Burgess, 1978; Pradilla, 1987). Los dependentistas intuyeron que la *autoconstrucción asistida* no terminaría nunca de romper su vínculo panamericano. Como muestra el documental "Un techo propio" (1967), producido en las barriadas de Lima con la colaboración de John Turner, la voz de los marginados era opacada por la traducción de los expertos al inglés. En la organización autoconstructiva, el pensamiento urbano radicalizado vislumbró la potencia de las periferias latinoamericanas para constituir una alianza con los ideales revolucionarios que emanciparían a los marginados del desarrollo y sus

fuentes financieras e ideológicas. ¿Se trataría de una traducción?, ¿El marginal volvería a ser ventrilocuado, esta vez, por la causa revolucionaria?

La urbanización dependiente

> "…mostrar cómo y porqué del barro de las *villas miserias* tanto pueda surgir la arcilla para los pies de un coloso populista como las viviendas populares de la tierra roja. Roja de la sangre obrera. Y roja de los nuevos horizontes que se habrán abierto. También en lo urbano. Y también a partir de lo urbano. Ese es el sentido de nuestra tarea…"
>
> (Castells,1974: 14)

Sólo con la transformación del universo político se alcanzaría, en la opinión de los dependentistas, la insubordinación del pueblo al capital imperialista. Para esta premisa era necesario que el Estado actuase a favor de los "marginados", abandonando su rol como mediador en las inversiones y los negocios de la clase dominante. Sin embargo, los recurrentes golpes militares (principalmente el de Chile en 1973) y las postergaciones de los proyectos de reforma urbana desgastaron las esperanzas de los intelectuales respecto al Estado. El pensamiento social latinoamericano cuestionaba la eficaciadel plan como herramienta transformadora de la realidad social del subcontinente. El Estado-Plan como condensación de la viabilidad operativa de la modernización se deslució ante lo contundente de sus respuestas. Su lugar de mediador por encima de las partes, cuya función era la modernización, fue reemplazado por una lectura alternativa de los intelectuales de izquierda. Estos lo consideraron como un aparato de dominación política, social y económica, la garantía de la reproducción de las condiciones sociales existentes y, en última instancia, de la hegemonía de las clases dominantes (Roldán, 2007). Así, el horizonte de la racionalidad absoluta era expulsado del campo de la planificación del Estado capitalista. Los sueños de ciudades integradas y justas sólo serían posibles mediante el camino revolucionario y la transformación de las estructuras políticas. El modelo era Cuba y su revolución socialista.

Fiel a la tradición marxista, la urbanización dependiente se centró en la estructura y las relaciones de clase dentro de un proceso particular de acumulación de capital. Su interpretación subrayaba lo contradictorio y lo conflictivo del proceso de urbanización latinoamericano, alejado de la modernización de los países centrales (Roldán, 2007; Cravino, 2012). Si la teoría del desarrollo entendía que Latinoamérica atravesaría un proceso análogo, en el ámbito de la economía y la urbanización, al afrontado por Inglaterra dos siglos antes, esta clave evolutiva era un primer punto de ataque de la dependencia. Del mismo modo, la reforma urbana del

modelo planificador-tecnocrático era una utopía irrealizable a mediano plazo para los teóricos de izquierda. Su interpretación acentuó la distinción entre el urbanismo y la urbanización (Almandoz, 2018). La urbanización dependiente incorporaba la contemplación de los procesos urbanos que desbordaba al urbanismo concebido como un proyecto de ciudad.

La transición de la planificación a la urbanización dependiente como paradigma de los estudios urbanos estuvo amparada por un conjunto de instituciones regionales que orbitaban alrededor de la CEPAL. En 1967, en plena Alianza para el Progreso, la Revista de la Sociedad Interamericana de Planificación[18] (SIAP, en adelante) había evidenciado el efecto retardatario de la asistencia técnica norteamericana para impulsar el progreso de los países latinoamericanos (Gorelik, 2014). La SIAP se concibió como un espacio de intercambio de experiencias a escala regional para la implementación de la matriz científica del desarrollo en los países latinoamericanos. Ese "contacto" ocasionó una apropiación de su aparato conceptual por parte de las organizaciones regionales que mutó en el propio intercambio de su implementación a la situación latinoamericana (Monti, 2016). Así, se produjo una renovación disciplinar, liderada por la CEPAL, que buscaba equilibrar la variable física/territorial con la política, económica y social para construir una realidad más estable o desarrollada. Esta interpretación regional se consolidó al ensamblarla en una serie de sociedades, comisiones de trabajo, cursos de planificación, publicaciones que conformaron una usina de conocimiento en esta red institucional latinoamericana[19].

Una figura significativa en esta transición fue Jorge Enrique Hardoy -quién, cómo se presentó en el capítulo anterior, inició sus aportes a la planificación desde Rosario. Bajo su presidencia, la SIAP (1966-1970), creó el programa "Ediciones SIAP", integrado por su revista, la publicación de libros y el Boletín Correo Informativo. A través de este fructífero conglomerado editorial y las investigaciones de casos locales que difundieron los institutos regionales, creció una perspectiva latinoamericana acerca de la planificación. Esa apropiación contempló un conjunto de teóricos, cuyas investigaciones variaban en temas y en radicalidad, pero que, en su mayoría,

[18] La SIAP se originó en marzo de 1956 en Puerto Rico, bajo el auspicio de la ONU y de la OEA. A raíz de la convocatoria para un Seminario Internacional sobre Educación de Planificación con el objetivo de crear un Instituto de Planificación para Latinoamérica. Aprovechando la concurrencia de planificadores de Norteamérica, centro y sur América, se instituyó allí, la Sociedad Interamericana de Planificadores. Para un análisis más amplio ver: Camacho, L.E. (2007)"Sociedad Interamericana de Planificación, SIAP 50 años. Vida institucional y programática", en Bitacora Urbano Territorial. Vol. 11, N°1, pp. 268-284.

[19] En 1966, se consolidó la Comisión de Desarrollo Urbano Regional (CDUyR) en el marco del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) como parte de esta red. Para un análisis detallado ver: Jajamovich, G. (2013) "Entre la planificación urbana y las ciencias sociales: La comisión de Desarrollo Urbano y Regional de CLACSO (1967-1973)", en *Estudios Sociales Contemporáneos*, N°12, IMESC-IDEHES/Conicet, pp. 162-177.

trascendieron el desarrollismo para cultivar la teoría de la dependencia en los estudios urbanos. Hardoy se había destacado por sus estudios de la historia urbana latinoamericana, sobre todo en sus investigaciones acerca de las ciudades precolombinas (1964). No obstante a estos nodos temáticos, incorporó la perspectiva marxista, luego de viajar a Cuba (1970) y observarla transformación política insular. Allí, consolidó su posición acerca de la revolución como el sendero habilitante de la reforma urbana latinoamericana (Monti, 2016) [20]. En sus artículos sobre este tema, publicados en varios números de la revista de la SIAP, compartió con la vertiente marxista la hipótesis acerca de cómo las relaciones de clase subyacían a las transformaciones estructurales en el territorio. Esta visión común, se tradujo, además, en una colección de libros de la SIAP (1970) que dirigió Hardoy acompañado por Marta Schteingart como secretaria editorial, allí se compilaron los trabajos de los autores marxistas (Gorelik, 2014). En la introducción de *Urbanización y dependencia en América Latina* (1973), Schteingart, su compiladora, subrayaba que las investigaciones reunidas brindaban una visión regional "desde adentro" de los problemas urbanos, representativa del marco interpretativo de la teoría de la dependencia.

Manuel Castells (1973) en la presentación de otro libro sobre urbanización dependiente –quizás el más relevante– *Imperialismo y urbanización en América Latina*, formulaba sobre la urbanización de América Latina las siguientes preguntas: "te refieres a una tasa de crecimiento demográfico o a un proceso de cambio cultural? (…), ¿técnica de planificación o lucha de clases?, ¿informe de expertos de la UNESCO o utopía arquitectónica?" (Castells, 1973: 5). En sus trabajos para responder estos interrogantes, el sociólogo catalán planteó que el estudio de la urbanización en los países subdesarrollados no debe escindirse de las investigaciones acerca del subdesarrollo. Mientras la denominación "subdesarrollo" se asociaba con el retraso en los niveles de crecimiento económico, el pensamiento marxista lo presentó como una cara más de la misma estructura que conformaba el desarrollo. En efecto, no era una fase diferente del desarrollo, sino de la expansión de su misma estructura básica, el modo de producción capitalista. Esto ocasionaba –y ocasiona relaciones– de dominación y dependencia entre sociedades interconectadas de modo asimétrico. Con el "subdesarrollo", los dependentistas buscaban analizar cómo se produjo la penetración de una estructura social en la otra, evidenciando la relación dialéctica entre dependencia y desarrollo. La dependencia de los países capitalistas subdesarrollados se refleja, entonces, en la propia estructuración interna de

[20] Ver: García Vázquez, F. "El proceso de urbanización en Cuba" en Hardoy, J. E. y Tobar, J.(1969); y Mora Acosta, M. y Hardoy, J. E. "La urbanización de Cuba" en Schteingart, M. (1973).

estas sociedades, a través de su sistema productivo y en las relaciones entre sus clases sociales (Castells, 1971).

En esta línea, la urbanización dependiente visibilizaba la relación entre el espacio y la dinámica social. Castells (1971) justificó esta configuración espacial como factura de la penetración capitalista de occidente en sucesivas etapas de dominación (Colonial, imperialista-comercial e imperialista-industrial). A pesar de que esta explicación esquemática rememoraba, casi como una antítesis, las fases del crecimiento económico desarrollista (Rostow, 1960), pronosticado para la periferia, el sociólogo catalán aportó un análisis multidimensional sobre la relación industrialización-urbanización de las sociedades dominadas en el imperialismo-industrial. En principio, desmintió el determinismo de la industrialización en la urbanización de las sociedades subdesarrolladas. Aunque el desarrollo industrial del Tercer Mundo era poco relevante, eso no inhabilitaba que la industrialización capitalista hubiese impactado en ellas (Castells, 1971). Particularmente, el crecimiento de la urbanización latinoamericana se encontraba estrechamente relacionado con su naturaleza potencial de locación para industrias o servicios del capital imperialista. Esto se reflejaba en una población urbana que superaba lo esperado para el nivel productivo, sin ocasionar una relación directa entre empleo industrial y urbanización, pero, aun así, con una asociación entre producción industrial y crecimiento urbano. Para Castells no había un condicionamiento de la industria sobre la urbanización, sino el interrogante abierto de cómo la configuración de la dependencia adoptada en el proceso de crecimiento industrial se expresaba en su espacio urbano.

Este proceso generaba en la estructura social dos fenómenos urbanos visualmente evidentes: el crecimiento acelerado de las ciudades y la hiperurbanización o macrocefalismo urbano de la ciudad principal o primada. Para retomar la indagación de la periferia latinoamericana que exploramos aquí, el primero de esos efectos en las ciudades latinoamericanas, según los argumentos desplegados por los dependentistas, expone ciertos elementos para contemplar en la conformación de los tugurios latinoamericanos. Entre ellos, la aceleración de la urbanización se atribuyó, principalmente, a la migración rural. Este proceso no respondió a la dinámica urbana, sino a una descomposición de la sociedad rural, una crisis general del sistema económico pre-existente, basado en la producción de materia prima. Como efecto, aun con oportunidades de empleo muy inferiores y un horizonte de subsistencia incierto en la ciudad, se activaron los movimientos migratorios. En este punto, Castells subrayaba la estrecha dependencia de los procesos urbanos y la estructura social que desacreditan las lecturas dualistas de estas sociedades, rural/urbano; agrícola/industrial; tradicional/moderna (Castells,

1971: 103). Sin olvidar que estos binomios responden a una realidad social con sus formas de relaciones sociales y su expresión cultural, también, demuestran como dos polos -rural y urbano- de una misma estructura dependiente se articulaban de modo particular y determinante entre sí. El impacto de este crecimiento de las ciudades latinoamericanas, atiborradas por la atracción de los migrantes que excedían las posibilidades de empleo industrial, reflejó y refractó la marginalidad ecológica en sus periferias.

La marginalidad social y económica de esas poblaciones era la contracara de la industrialización dependiente. Para Aníbal Quijano, este proceso delineaba una "dualización" del espacio urbano, a la luz de un nuevo tipo de estratificación social y espacial (Quijano, 1973). La localización y distribución desigual en la ciudad latinoamericana de las viviendas y los servicios acentuaba la diferencia de los marginales con el resto de la sociedad. Aunque no todas las personas que habitaban los espacios relegados atravesaban por una situación de marginalidad económica[21], el apelativo de marginal, casi que se homologó –y continúa homologándose a la ocupación del borde urbano. Este estigma espacial se retroalimentaba con la posibilidad de acceso a un trabajo formal en la creciente industria. Los marginales se encontraban fuera del desarrollo de las actividades que motorizaban la existencia misma del sistema, pero, a la vez, desempeñaban un conjunto de actividades y relaciones económicas que expandía ese núcleo hegemónico. El sistema requería de ambas piezas para continuar su marcha.

Con base en este argumento, Quijano (1973) postuló su hipótesis del polo marginal como una antítesis a la teoría de los polos de desarrollo (Friedmann, 1967). No obstante, en términos culturales, este planteo, también, era una (re)lectura de la teoría de la marginalidad. La misma se había instituido como una "cultura otra" o cultura de la pobreza, completamente independizada de su creador Oscar Lewis. La marginalidad, cuyo principal representante era el sociólogo argentino, Gino Germani (1981), proponía una construcción tipológica de esta población, similar a los tipos ideales weberianos. Según sus bases, la rigidez de la estructura social se combinaba con una ausencia en el sujeto marginal de un comportamiento psicológico-cultural moderno que le permitiría integrarse a la sociedad y ascender más rápido en ella. Su ideal casuístico afirmaba que el marginal se encontraba incapacitado para salir por sus propios

[21] Para Argentina, ver el trabajo sobre marginalidad de Sigal, S. (1981) "Marginalidad, Estado y Ciudadanía" en *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLII: "La autora (Sigal) plantea el hecho de que unos trabajadores estables ocupen "barrios ilegales" muestra que la "marginalidad espacial" no es sólo la transcripción directa de la economía al espacio, sino que remite, por una parte, a un tipo de crecimiento capitalista y, por otro, a políticas urbanas específicas" (citado por Cravino, 2012: 34).

medios de su situación. Quijano no rebatió la teoría de Lewis, acordaba en que la pobreza era una causa del empobrecimiento cultural, donde los individuos atravesados por esas circunstancias priorizaban satisfacer sus necesidades básicas. Esto, sin embargo, no los exceptuaba de producir un polo marginal cultural con una autonomía relativa que no era la de una subcultura de la dominante (Quijano, 1973).

Aún muy lejos de E. P. Thompson (1990), el polo marginal cultural admite una contra-lectura donde explorar la articulación de la experiencia colectiva de los marginales habitando la periferia. Esto habilita una interpretación más relacional y menos determinada de los derroteros de la marginalidad urbana en las ciudades dependientes. Richard Morse se acercó a esta dinámica socio-espacial, recuperando la dimensión socio-cultural de la marginalidad que ha sido desdibujada por los críticos del pensamiento dependentista, quienes habían subrayado el planteo sistémico de la urbanización dependiente.

> *"Las villas miserias y barriadas son las marcas más espectaculares de la composición social de una (la) ciudad latinoamericana* (aunque las mansiones de los adinerados vienen seguidamente detrás). El jefe de una invasión de usurpadores hasta se está convirtiendo en un nuevo héroe cultural. Un estudio de la CEPAL expone que "dentro de las llamadas "clases populares", *la figura del poblador –una mezcla del colono rural y del obrero urbano- ha ido adquiriendo una importancia innegable al lado de las minorías organizadas de los obreros industriales".*
>
> (Morse,1965/1971: 31, el subrayado es nuestro)

Como cimiento revolucionario, este proceso condensaba, concentraba y polarizaba las contradicciones sociales en un nuevo mundo urbano (Castells, 1973). En efecto, siguiendo a Castells (1973), la transformación de la ciudad latinoamericana no era una marcha hacia la modernización, sino la expresión específica de las contradicciones socio-culturales, producidas por las formas y los ritmos de la dominación imperialista. En el devenir de esas contradicciones las masas marginales desempeñaban un papel político esencial, porque su lugar reivindicativo se encontraba en su alianza con los obreros. Así, la lucha se abrió al paso de los marginales en las periferias latinoamericanas, constituyéndolos como potenciales nuevos sujetos revolucionarios. En su afán de transformación de la realidad social, los ideales revolucionarios identificaron, quizás sin demasiadas reservas, los reclamos por mejores condiciones de vida de los habitantes del margen urbano con su propio movimiento insurreccional para destruir el sistema capitalista-imperialista. A pesar de ello, los marginales se incorporaron a las movilizaciones populares urbanas, adquiriendo un lugar destacadísimo en la escena política de la ciudad. Esa experiencia primigenia ha consolidado una estrategia colectiva en las

manifestaciones urbanas que continúan performando otros habitantes del borde urbano latinoamericano hasta la actualidad.

Geografías liminares. Un encuentro entre la imaginación espacial y las villas miseria

La imaginación geográfica, aun con los avances de las geografías posmodernas, se encuentra restringida por el dualismo omnipresente, o la lógica binaria que ha polarizado el pensamiento espacial en las ciencias sociales (Soja, 2010). Desde esta perspectiva, el contenido geométrico de la palabra "periferia" sigue presente en las ciudades latinoamericanas. La periferia es una especie de perímetro pobre que rodea a la ciudad, un margen degradado a la espera de su desaparición (Hiernaux y Lindon, 2004). A pesar del giro cultural, los estudios urbanos latinoamericanos, posteriores a la década del 1970, asumieron a la periferia como el lugar de residencia de los sectores populares (Roldán, Pascual y Godoy, 2015). En efecto, la separación del centro y de la periferia se ha asociado con dos espacios que delimitan dos mundos sociales. Entre ellos, la periferia es el lugar de residencia del trabajador desempleado que subsiste a través de tareas informales. Un espacio donde se encuentra el "ejército de reserva capitalista", los marginales y la superpoblación, como sí la segregación ecológica dependentista (Castells, 1971) se hubiese reforzado con el estigma goffmaniano, a través de la idea de un precariado latinoamericano (Wacquant, 2007) o una actualización del concepto de "masa marginal" (Nun, 2003). Si bien, en las últimas décadas, se ha avanzado con las investigaciones que intentaron comprender el funcionamiento heterogéneo y complejo del borde urbano, se percibe una tendencia al enfoque en su función residencial, con pocos avances en la complejidad y riqueza de su vida social o experiencia urbana. En este sentido, para analizar la periferia desde su espacialidad, es pertinente pensar en el complejo conjunto de interrelaciones que se yuxtaponen e incluyen su función residencial, y a la vez, desprenderse de la simplificación geométrica que parece continuar rigiendo el discurso social acerca de ella.

En esa senda, por un lado, los trabajos del filósofo marxista Henri Lefebvre (1968-1974), contemporáneo a los teóricos de la dependencia, aportaron una mirada alternativa acerca de la "realidad urbana" que conjugó su interés por la investigación del espacio y el tiempo para problematizar la "sociedad urbana". Ese concepto era un interrogante de investigación, al mismo tiempo que, una hipótesis y una definición. A través de ella, "*lo urbano* (la realidad urbana)", se componía de un *continuum espacio-temporal*, cuyo proceso se efectúa en el espacio, al cual modifica, y a la vez, es temporal, porque deviene en un tiempo. En un principio, este último aspecto no era relevante, pero, conforme se desenvuelve resulta dominante para

la práctica y la historia (urbana). Por ello, para Lefebvre, el *continuum espacio-tiempo* devuelve la pregunta por el espacio en la indagación, ya que la evolución temporal y periodización de la relación entre el campo y la ciudad han sido el eje para explicar la "sociedad urbana", sin registrar la dimensión espacial. En efecto, a diferencia del enfoque marxista clásico que poseía un limitado interés por el espacio -el escenario donde "se producen las mercancías" o la ciudad industrial, una agregación de trabajadores, había afirmado Engels- Lefebvre consideraba que cada modo de producción tenía su propio espacio característico. De esta manera, recuperando la perspectiva histórica, su tesis acerca de la sociedad urbana observaba que la industrialización fue el proceso inductor de la urbanización, y ésta, el efecto inducido. Debido a esto, la sociedad actual no debía denominarse industrial, sino "sociedad urbana". La ciudad, en sus propias palabras, "preexiste a la industria" y la vida urbana era anterior al proceso de industrialización (Lefebvre, 1978: 209).

Bajo la analítica espacial, el mundo rural había primado sobre el urbano a través de la historia. La ciudad era una heterotopía, un espacio separado y cerrado sobre sí mismo, donde la isla urbana se perdía en el océano rural (Lefebvre, 1978). En un momento dado, esta relación se invirtió, destruyendo la heterotopía. La realidad urbana se amplificaba y, a la vez, se rompía y se fragmentaba, perdiendo en un mismo movimiento su totalidad orgánica. La disolución de su urbanidad se llenaba de *lo urbano,* un horizonte con virtudes atribuibles. Para Lefebvre, este era el eje de la indagación, es decir, se trata de detectar el preciso momento de inflexión de lo rural hacia lo urbano (Lefebvre,1972). Contemplando que cada sociedad produce su propio espacio, según su tiempo y modo de producción (Lefebvre, 2013), este señalamiento aporta una idea alterna, centrada en la espacialidad, para (re)pensar el binomio campo-ciudad del que se desprende. En esa línea, Lefebvre propone una dialéctica espacial (que devendrá trialéctica) para aproximarse a esta "revolución urbana" que capturó con la metáfora nuclear de "implosión-explosión". La implosión de la enorme concentración de agentes, actividades, de medios, de posibilidades y de pensamientos, entre otros, en la realidad urbana genera un estallido de proyecciones múltiples y fragmentos disociados en el espacio urbano (periferia, extrarradios, residencias secundarias, satélites, etc.). En su devenir, la sociedad industrial anticipa esa figura dialéctica de la producción espacial que impone a escala mundial la "sociedad urbana". En su aceleración, la primacía se concentra al interior de la ciudad -primada o capital-, cuyo dominio conjuga el capital y el poder político. Así, las anteriores contradicciones campo-ciudad se sustituyen en el seno del fenómeno urbano, centro-periferia, o la dialéctica entre la integración y la segregación. La configuración de este espacio es un producto social, complejo y

contradictorio, que se materializa en un territorio a través de determinadas relaciones de producción y un proceso de acumulación histórico. Sin embargo, Lefebvre fue más allá. No sólo le interesaban las abstracciones que lo delimitan o las prácticas sociales que ocurren allí, sino evidenciar las representaciones simbólicas o los imaginarios sociales que el espacio social genera. En el conflicto irresuelto de esa trialéctica, Lefebvre se imaginó la analítica de la "revolución urbana". Y este umbral de la imaginación geográfica, aporta un prisma de interrogantes para hacer estallar la lógica dual de la ciudad latinoamericana.

Por otro lado, Richard Morse con su artículo, "*Ciudades periféricas como arenas culturales"* (1985)*,* subvirtió la lógica con la cual se había pensado a América Latina como borde de occidente –y también a Rusia y Austria[22]. Su interpretación para analizar la modernidad latinoamericana consiste en quebrantar el dominio cultural del centro sobre la periferia, invirtiendo el lugar de la periferia en esa relación. En las ciudades periféricas, se produjo un movimiento cultural-urbano a contracorriente, donde la misma apropiación de modernidad generó un espacio (*una arena*) cultural alterno a la propuesta por la centralidad. Estas ideas colocan a la ciudad periférica en el lugar de la centralidad y repiten a través de la inversión la lógica del centro-periferia que critican. Es decir, la periferia sería el centro cultural de una modernidad alternativa en detrimento del anquilosado centro clásico. Aunque, éste continúa conformando el binario, ahora, en un lugar secundario, inferior o negativo que antes ocupaba la ciudad periférica en su tránsito a la modernidad.

Sin olvidar el importante trabajo de Adrián Gorelik y Fernanda Areas Peixoto (2015) para compilar la experiencia de la modernidad de las *"Ciudades sudamericanas como arenas culturales"* (…), la recuperación del estudio de Morse, en este caso, se interroga por ciertos indicios para pensar la espacialidad dentro de estas ciudades. Aun no pudiendo desmarcarse de la lógica binaria, Morse exaltaba la imaginación como un elemento cultural, percibido tanto en la metrópolis como en la aldea onírica latinoamericana. Al parecer, en su opinión, los espacios urbanos típicos de América Latina tienen una historia de contradicciones, mucho más antigua y rica que la europea occidental. Esa "arena cultural" se disputa en las periferias urbanas, unos extraños limbos donde ciudades "ruralizadas" se transforman en campos "urbanizados". La tensión entre estos dos imaginarios, también, impactó en esas fronteras urbanas, o villas miserias, donde la fuerza centrífuga de la ciudad colisionó con la implosión del

[22] Nótese el diálogo con Marshall Berman (1982) y el "capítulo 5: San Petersburgo: El modernismo del subdesarrollo, acerca de la experiencia de la modernidad en la periferia cercana a Europa", de *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Este mismo argumento fue recuperado por Sarlo (1988).

campo, desde la década de 1960. En este sentido, las periferias urbanas se podrían asimilar a las "arenas culturales", no como arenas de triunfo y trascendencia, sino como arenas de acomodación y resistencia, bajo una centralidad influyente, pero no omnipotente. Si, como ha afirmado Morse, la periferia no refleja al centro, y la ciudad periférica no es mimética, sólo nos queda indagar su lógica interna.

Al proponer una conjunción de las perspectivas arriba mencionadas, se acuerda con Edward Soja (2010) en que las exploraciones más creativas en el ámbito de la imaginación geográfica han procedido del amplio campo de los estudios culturales críticos, principalmente poscoloniales y feministas. No obstante, al interior de los estudios culturales urbanos latinoamericanos se registran pocas investigaciones que exploran la relación entre estos enfoques y la imaginación geográfica. Los términos espaciales como: centro-periferia, Primero, Segundo y Tercer Mundo, norte-sur, cuyo efecto ha consolidado ordenes sociales, diferencias y subjetividades, han resistido sin mayores cuestionamientos a los análisis críticos (Escobar, 2007). En ese umbral abierto por la imaginación geográfica, los estudios culturales resultanclave para explorar las periferias latinoamericanas y, en especial, las villas miserias, revisando la compleja relación entre geografía, historia y modernidad que los estudios poscoloniales y decoloniales latinoamericanos han profundizado[23]. Desde esta perspectiva, el centro y la periferia no emergen como puntos fijos en el espacio, externos uno respecto del otro, sino que se perciben como una zona en continuo movimiento, donde las prácticas se entremezclan, cambiando siempre sus posiciones relativas.

En esa línea, Homi Bhabha ha planteado que el proceso de hibridación cultural –por el cual, sin dudas, atravesaron las ciudades latinoamericanas– produce algo diferente, una *arena* de negociación del significado y la representación de estas espacialidades (Bhabha, 2002). Se trata de *espacios entre-medio*, donde aparecen nuevas identidades. Ciertos híbridos que manifiestan una "realidad Otra", donde se disuelven el centro y la periferia. En ellos, la cultura opera de diversos modos. Mientras los representa, cuestiona e invierte su función, y al mismo tiempo, induce a la separación de estos *espacios entre-medio* del resto de la ciudad (Foucault, 2010). De cierto modo al visibilizarlos, los transforma en contra-emplazamientos, o heterotopías. En efecto, Foucault, ha definido a las heterotopías como utopías efectivamente

[23] Los avances del grupo "modernidad y colonialidad" (2000-2008) y los aportes de sus investigadores al "giro decolonial", cuyo debate con la teoría de la dependencia, el sistema-mundo y los estudios poscoloniales en general, ha aportado una nueva perspectiva para problematizar la relación centro-periferia. Para profundizar en estas relaciones, ver: Lander, E. (Comp.) (2000) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*; Buenos Aires: CLAPSO; Castro Gómez, S. y Grosfoguel, R. (2008) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global.* Bogotá: Siglo del Hombre.

realizadas, especie de lugares que se encuentran afuera de todos los lugares, aunque sean localizables. Con estos argumentos se interpreta a la villa miseria como un "espacio otro" o heterotopía. Es decir, al evidenciar su presencia, se distingue a la villa del resto de los espacios urbanos, reforzando su contradicción con ellos. Sin la villa miseria, una especie de "ciudad otra", no es posible la ilusión de una realidad cotidiana, ordenada y funcional que proyecta la urbe.

En consonancia con este planteo, se postula este andamiaje interdisciplinario para pensar la modernización latinoamericana *desde* su inscripción geográfica urbana. En este sentido, los teóricos poscoloniales han explorado la epistemología de la frontera (Anzaldúa, 1987; Mignolo, 2009: 172) [24] con el objetivo de modificar el lugar de la observación y la reflexión teórica. En efecto, al desplazar la mirada, se produce un corrimiento del centro y el orden hacia los bordes y el desorden (Chakrabarty, 2008). Desde esa posición crítica y epistémica, las fronteras in/visibilizan todo aquello que colinda, se opone o se oculta, pero también, reflejan los efectos del poder y la resistencia (Belausteguigoitia, 2009). En un aparente diálogo con la *episteme* de la frontera y la heterotopía foucualtiana, Michel Agier (2015) ha propuesto pensar la frontera como una *liminaridad*. En su investigación acerca de las zonas fronterizas y los refugiados, ha definido el espacio de frontera como una excepción, "un lugar fuera de todos los lugares" (Agier, 2015: 48). Para Agier, en términos sociales, esta *liminaridad* se puede ampliar a todos los denominados "márgenes". En ellos, como en la frontera, se constituye una espacialidad separada de todo los demás lugares -aunque sean espacios reales y localizables- que, junto a su temporalidad suspendida, provocan la experiencia de un marcado distanciamiento con el mundo social oficial. A partir de estas conclusiones, se considera a la villa miseria como un *espacio liminar* de la modernización urbana latinoamericana. Con este prisma interpretativo, se busca cuestionar las representaciones acerca del borde urbano que han oscilado entre los ideales planificadores del centro y las esperanzas revolucionarias de su periferia. Aun con ellas, la villa miseria es, todavía, un interrogante abierto a explorar *desde* su espacialidad abyecta.

Intersticios urbanos en el litoral

Tal vez de esta historia sepa
la ciudad de maravillas
que hubo un Martín de la orilla
con poco pan y salario.
Es el Martín de Rosario
que vive en setenta villas.

[24] Cabe señalar que la mayoría de estos trabajos analizan problemáticas lingüísticas o semióticas.

Martín Villa, hermano de Martín Fierro.
Para acompañar a una villa que despierta
(Barufaldi, 1974: 20)

Las voces "villa miseria", lejos de su origen literario, se reprodujeron en los trabajos académicos, el vocabulario cotidiano de la prensa, el discurso político y, principalmente, la misma autodefinición de los habitantes de la periferia. Su potencia discursiva ha identificado a través del tiempo y el espacio a ciertas formas de hábitat donde la morfología y la miseria se unen en una ubicación alejada del centro, definiendo una visión particular de la periferia (Hiernaux y Lindon, 2004). No obstante, esta imagen acerca de las villas miserias, más allá de su materialidad innegable, constituyó, también, una representación espacial difundida por el discurso de la planificación desarrollista para reforzar el imaginario espacial de cómo debía lucir su centralidad urbana modernizada. Ante el interrogante por la hermenéutica morfológica que delimitaba el centro-periferia en una ciudad latinoamericana, se cuestiona: acaso no se enfatizaba más en los problemas de su borde urbano, su geografía liminar, para in/visibilizar la profunda transformación que atravesaba su centro, guiado por la modernidad funcionalista americana. Esto plantea como dilema, hasta qué punto la representación de las villas miseria como una presencia urbana indeseable no se consolidaba mientras los expertos desarrollistas la proyectaban con sus planes.

Por razones evidentes no se puede comprobar esta hipótesis en cada ciudad latinoamericana, pero, a continuación, se indagará en cómo los expertos rosarinos registraron la presencia de villas miseria en esta urbe. Según los relevamientos de la Prefectura del Gran Rosario y otros estudios realizados por investigadores locales, la afluencia de migrantes internos a la ciudad aumentó por la apertura del proceso industrial (Mongsfeld, 1971). La transformación industrial rosarina fue testigo de los cambios producidos en la economía internacional, "que habría de conducir a una liberación en la economía con tendencia a restringir la intervención estatal" (Mongsfeld, 1971: 50). En parte, el desarrollo industrial se benefició de los precios del sector agropecuario y una política de apertura del mercado nacional a la entrada de capitales extranjeros. Con ello, se diversificó el área de capital (industrias químicas y petroquímicas) e importantes inversiones tendientes a ampliar y /o diversificar la producción de algunas empresas locales existentes (Alimentos y procesamiento de derivados de materias primas). En el nuevo mapa industrial se constituyó el denominado *Cordón Industrial del Gran Rosario* que se extendía desde Puerto General San Martín en el norte hasta Villa Gobernador Gálvez en el

sur, y cuyo centro era la ciudad de Rosario[25]. No obstante, en paralelo al desarrollo industrial, Rosario comenzó a evidenciar las características de una urbanización dependiente, detalladas más arriba por Manuel Castells. En el congreso de la Sociedad Argentina de Planificación Elida Sonzogni (1970), representante de la División Planeamiento Social de la PGR, reflexionaba acerca de cómo los expertos debían adaptarse a los contextos urbanos dependientes, contemplando su participación como miembro del grupo de planificación urbana de Rosario:

> "No existe un planeamiento propiamente dicho, en la medida en que toda acción planificada se da dentro del marco estructural de la dependencia. (…) En ese contexto, el planificador se enfrenta con situaciones coyunturales meros reflejos de la estructura (…) Aun admitiendo la posibilidad de un planeamiento indicativo, éste sólo puede darse dentro de un marco político estable y en donde *el planificador no quede marginado* - ni como ciudadano, ni como técnico- de la determinación de los objetivos políticos."
>
> Sonzogni, Elida (*Revista de la SAP*,1970: 32-33)

En este sentido, los estudios demográficos y sociológicos de la PGR eran claros al detallar las consecuencias urbanas y sociales de la urbanización dependiente. Según su diagnóstico, la orientación de las corrientes migratorias internas hacia allí, se relacionaban no sólo con la demanda trabajadores industriales para este litoral en creciente desarrollo, sino también, con la crisis que atravesaba el campo, producto de la injerencia de nueva tecnología agraria. Así, los migrantes provenientes del norte del país, principalmente, Chaco y Tucumán, eran expulsados como parte del deterioro de la agricultura de monocultivo. A ellos, se agregaban los que llegaban de las provincias de Corrientes, Entre Ríos y Santiago del Estero, donde la emigración era una condición histórica. Aunque, como se explicó en el capítulo anterior, el desarrollo industrial se produjo en el Área Metropolitana de Rosario, la ciudad poseía una alta concentración demográfica que ocasionó una desigual distribución de la población en el resto de la zona (Petruzzi y Sonzogni, 1971). Esto repercutió, por un lado, en el exceso de brazos para la industria que ocasionó "agudos problemas de desocupación" (Cristia y Rofman, 1971). Y, por otro lado, la llegada de población proveniente de áreas rurales acentuó el crecimiento urbano. Como muestra el siguiente cuadro:

[25] Para un tratamiento crítico de los efectos de la localización industrial y la centralidad regional del litoral a nivel nacional, ver el análisis de: Rofman, A. y Romero, L. A. (1973) *Sistema socioeconómico y estructura regional* en la Argentina, Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.

		1950		1970	
Gran Rosario	POBLACIÓN	%	POBLACIÓN	%	TASA
Ciudad de Rosario	495.000	82,2	698.674	78,8	17,4
Dep. Rosario	55.500	9,2	99.618	11,2	29,7
Dep. San Lorenzo	51.500	8,6	88.625	8,6	5,3
TOTAL	602.000	100%	886.917	100%	-

Imagen N° 3: Crecimiento demográfico PGR (Mongsfeld, Cuaderno N°7,1971:50).

Para el director de la PGR, el arquitecto Oscar Mongsfeld "la compactación edilicia del centro urbano y los barrios de Rosario y una creciente parcelación del suelo en el conurbano y su posterior edificación", fenómeno de desarrollo urbano atribuido a la construcción privada, se contraponía al crecimiento "incontrolado" de las villas de emergencia. En su propio diagnóstico urbano, explicaba:

> "Sin embargo, sobrepasa este aspecto patológico urbano, la *cantidad y magnitud de villas de emergencias* (…) no sólo de la ciudad de Rosario, sino también en *la zona ribereña sur* (…), síntoma del atractivo que la ciudad y sus localidades industriales podían ofrecer a los grupos migratorios de muy bajos ingresos que acuden en búsqueda de fuentes de trabajo".
>
> (Doc. N° 3, Mongsfeld, 1971, el subrayado es nuestro).

El Director compartía este diagnóstico con el grupo de expertos que conformaban la comisión del PGR (Ansaldi, Corea y Pla, 1971; Petruzzi y Sonzogni, 1971), con el Proyecto de Investigación de Marginalidad Social de la Universidad Nacional de Rosario, dirigido por el Dr. Roberto Brie (1969). Por otro lado, esta hipótesis se reprodujo en la extensa nota "Villas de Emergencia: el cinturón de la miseria" que apareció en la Revista BOOM N°7, marzo 1969 y en el número 62 de la Revista Polémica (CEAL) "Las villas miseria de Rosario" (Areces, Roncoronni y Ossana). A pesar de la multiplicidad de perspectivas teóricas y políticas, el acuerdo acerca de la concatenación de villas de emergencia sobre la ribera sur era unánime. Cabe aclarar que, la implantación de asentamientos sobre la costanera (norte y sur), no anulaba la conformación de una conurbación sobre el margen oeste, aproximadamente en la franja posterior al tercer cordón de avenidas, entre Bv. Seguí y Av. Avellaneda (Ver, Figura 4). Sin embargo, la proximidad de los tugurios sobre el eje meridional sur, definido como "área de baja densidad" (Ansaldi, Corea y Pla, 1971) o "conformando una cadena de villas cuya densidad de población y superficie aumenta hacia el SE" (Areces, Roncoronni y Ossana, 1971: 53), concentraba todas las miradas para constituirse en el problema urbano de la periferia

rosarina. El motivo de esta locación se atribuyó a la proximidad a potenciales fuentes de trabajo: puerto, elevadores, matadero, frigorífico Swift y aun el río que ofrece posibilidades para la subsistencia (pesca u otras ocupaciones vinculadas al mismo) (Mongsfeld, 1971), como se destaca en todas las observaciones:

> "…Estas villas de emergencia se extienden a lo largo de la costa Norte a Sur y están prácticamente unidas entre sí, constituyendo un cordón que aglutina *la mayor cantidad de población y viviendas marginales* dentro del cual se forman barriadas con características propias: *La Tablada, Villa Manuelita, La Bajada, Alto Verde, Bajo Saladillo* y vinculada con las anteriormente enumeradas se encuentran la del Terraplén o Molino Blanco a ambos lados de las vías que unía Rosario con Buenos Aires."
>
> (Ansaldi, Corea y Pla, Cuaderno N°9, 1971, el subrayado es nuestro)

Sin olvidar que las villas de emergencia eran la marca urbana más significativa de la ciudad latinoamericana (Morse, 1964/71), en el caso de la ciudad de Rosario, resulta curioso la preocupación excesiva por remarcar su presencia en la costanera sur ¿Qué convertía a los ojos de los expertos a estas villas miseria como más visibles que las ubicadas en la costanera norte o la conurbación oeste? Quizás, esta presencia se relacione con que parte del espacio donde se ubicaban los asentamientos habían sido destinados para el Nuevo Puerto de Rosario en el Plan Regulador (1967). En efecto, el "Plan Integral del Puerto de Rosario" en coordinación con el Plan Regulador se aprobó en 1970 por la Secretaría de Estado de Obras Públicas (S.D. 2322/71). Este plan proponía el desmantelamiento de la zona norte del puerto, concentrando todas las operaciones en la zona sur (Mondgsfeld, 1983: 25). Se preveía que las instalaciones portuarias comenzaran en la Estación Fluvial (actualmente, calle Rioja y Av. Belgrano) y se propagaran hasta la desembocadura del arroyo Saladillo (Aprox. Av. Nuestra Señora del Rosario y Av. Circunvalación). De modo que, la zona norte se encontraba en camino a su liberación. Exceptuando el sector entre Sgto. Cabral y Mitre, cuyos galpones, ocupados por la "zona franca" y por razones aduaneras, debían distanciarse del resto del puerto. Según, el Documento N° 9 de la PGR, se proyectaba una nueva área costera central, como unidad de diseño[26] que, integrada en su recorrido y diversificada en sus usos, se constituyera con sus

[26] "El aprovechamiento del río como elemento natural que ofrece posibilidades paisajísticas, es sólo parcial, de modo que no llega a construir un área unificada ya que las barreras que forman el ferrocarril y las instalaciones portuarias en gran parte de la costa impide el acceso a la misma (…) Desde Bv. Oroño y Av. Wheelwright, comienza por un espacio verde, Parque Cap. R. de Pinedo, ex Parque Norte, cuyas visuales al río están impedidas por los muros que limitan los terrenos ferroviarios (…). Sobre esta calle comienza a formarse un área residencial en altura que superando estas barreras físicas consigue visuales al río por sobre dichos muros. La Av. Remata en la Plaza Guernica, primer verdadero balcón al río que se abre irregular y abrupto a varios metros por sobre los muelles. La Avenida Wheelwright empalma con la Av. Belgrano a través de la Av. de Enlace. Esta nueva avenida se inicia también con el acceso directo al río, clausurado por las rejas portuarias y se abre, esta vez al mismo nivel, el segundo balcón al río con acceso hasta sus orillas a la altura del Monumento a la Bandera, dónde los

prolongaciones hacia el norte y el sur de la ciudad. En efecto, se imaginaba "una verdadera espina que de las características a la ciudad cambiando su orientación actual de "espaldas al río" hacía una abierta hacia al río", la propuesta en el Plan Regulador Rosario" (Ansaldi, Corea y Pla, 1971). El inicio de esta Rosario con fines turísticos e inmobiliarios, comenzaba en ese 1968, cuando se desmanteló el elevador de granos entre las calles Entre Ríos y Jujuy. Al año siguiente, los galpones que existían a la altura de la calle Buenos Aires y Av. Belgrano sufrieron consecuencias similares (Boom N°9, 1969: 22).

Asimismo, la Junta Nacional de Granos se encontraba obligada a construir las instalaciones para la exportación de materias primas agropecuarias, dispuesta por el Plan Regulador dentro del nuevo puerto, entre las calles Av. 27 de Febrero y Ayolas (1967: 2). En esta área se localizaban las villas La Tablada y Manuelita. Y en las proximidades, entre las calles Av. Belgrano, 27 de Febrero y Ocampo, extendiéndose hacia la trama urbana, la villa miseria La Sexta que ocupaba los terrenos destinados para la Ciudad Universitaria. De hecho, la cadena de villas, a la que agregamos La Sexta, se iluminaba como una problemática urbana de relevancia porque su ubicación se interponía con el avance de los planes desarrollistas para modernizar la ciudad. El inmenso barrio Grandoli y sus Unidades de Realojamiento (UR) (Av. Uriburu, Av. Belgrano, Av. Grandoli y Lamadrid), uno de los centros urbanos habitacionales dispuesto por el Plan Regulador (Van Poupelen, 2006), quizás encierre el misterio de cómo se erradicaron la mayoría de estas villas.

Al profundizar en este problema urbano, se comprueba que, aunque la mayor densidad de población villera se encontraba en la costanera sur, su principal relevancia era el espacio urbano ocupado por las villas miseria en el camino de los planificadores. Y, si bien no se profundizó en la caracterización de la centralidad –que se desarrollará en el próximo capítulo-, la (re)funcionalización de la costanera central y la extensión de la explotación de sus vistas al río, desde los parques o desde sus edificios de departamento que se comenzaban a multiplicar como en Barrio Martin, dependía de la nueva centralidad económica del puerto en la ribera sur. En la ciudad de Rosario, el centro y la periferia se visibilizaron, cuando los intersticios urbanos, o los pequeños fragmentos del centro modernizado de la principal ciudad del Área

espacios abiertos y las obras ornamentales que se desarrollan a ambos lados de la avenida, constituyen un verdadero centro recreativo. A esta altura la avenida se bifurca en dos partes: una la continuación de la Av. Belgrano al mismo nivel, bordeando las rejas portuarias, y otra, la Av. de la Libertad, remontando la cresta de la barranca que permite llegar a Barrio Martin y remata en un tercer balcón al río: Parque Urquiza. Cabe destacar, que Bario Martin es un sector residencial constituido en su mayor parte por edificios en altura y el único en que la vivienda tiene acceso a las vistas del río sobre un entorno parquizado." (Ansaldi, M.E. Corea, M. y Pla, E.,1971:53).

Metropolitana de la región del litoral, comenzaron a proyectar una ciudad que miraba al futuro como otras ciudades en el capitalismo global (Lefebvre, 1967).

Sin embargo, este proceso no fue tan lineal. La cita que abre este apartado, pertenece a Rogelio Barufaldi, cura villero, que se desempeñó como asesor en la cooperativa de vivienda por autoconstrucción (1973-1976) de la villa miseria "12 de octubre" en la costanera norte, barrio La Florida. Barufaldi brindaba su voz, como explica el poemario, a los villeros para relatar la experiencia organizativa de "una villa que despierta". Si bien ese despertar no puede separarse del proceso político nacional del tercer peronismo (1973-1976) y las alianzas sociales entre sus diferentes facciones (Ziccardi, 1984; Camelli, 2019), el fragmento expresa la estrategia estética que supone instituir a los villeros como protagonistas del proceso social, una especie de (re)encarnación del gaucho Martín Fierro, ahora devenido, Martín Villa. Desde este lugar reivindicativo y activo, el imaginario espacial de la "ciudad de las maravillas", la Rosario modernizada, se pervierte. La orilla y sus 70 villas miserias, ya no están ocultas.

Este ideal revolucionario que incorporó a los miembros de la cooperativa y su disputa por el modo de construir sus viviendas, se relacionaba con la hipótesis de la revolución desde "lo urbano", planteada por el arquitecto Mario Corea, cuyo artículo "Rosario: un proceso de urbanización dependiente" se publicó en la *Revista Los Libros* (N°36, 1974). A pesar de que Corea no puede desprenderse del planteo determinista de la dependencia, ni de ciertas categorías para visualizar la morfología urbana rosarina que asimiló en su paso como miembro de la PGR, su planteo acerca de la unión de los "barrios obreros" y las "villas miserias" no parece tan anodina. Contemplando todo lo planteado hasta aquí acerca de las periferias latinoamericanas, esa alianza ciudadana para reclamar por los problemas urbanos compartidos era coherente con las luchas políticas contextuales en cualquier latitud. Las ideas de Corea no eran fácilmente articulables con prácticas sociales concretas, ya que eludían la sencillez en tributo a la abstracción teórica (Silvestri, 2014). Quizás, tanto sus experiencias participativas en Córdoba con el "taller total" (Malecki, 2018) y en Rosario, desde su lugar de docente en una involucrada Universidad de Arquitectura (Rigotti, 2012), le brindaron otra sensibilidad para leer en términos lefebvrianos los problemas urbanos de la periferia rosarina.

Cabe destacar que la situación local del borde urbano nunca parece considerarse empíricamente para criticar el texto de Corea, el arquitecto realizó un aporte muy significativo en el diagnóstico de los problemas urbanos de esa periferia. Por un lado, los barrios obreros reclamaban dos reivindicaciones principales: el pavimento y las cloacas, sumándose a estas, en medida algo menor, los desagües pluviales. Su ausencia en una geografía litoraleña creaba

serios problemas, como las inundaciones cíclicas o el desborde de los arroyos que cruzan la ciudad. Como consecuencia, el barro, la contaminación y estancamientos de las aguas afectaban a la vida cotidiana de su población. Por otro lado, a las condiciones urbanas de los barrios populares, las villas miseria sumaban su pedido específico: la propiedad de la tierra que ocupaban y la vivienda digna. Con ellas, se solicitaba: el arreglo de los pasillos de las villas y su iluminación, la provisión de agua corriente, alcantarillado y desagües pluviales, pavimento, cloacas. Además de una serie de servicios para mejorar las condiciones de trabajo de su población y la conectividad con la ciudad, se solicitaba: el transporte, la habitación de guarderías y dispensarios médicos (Corea, 1974: 15-17).

Las consideraciones de Mario Corea junto a los trabajos sobre las villas miserias rosarinas arriba mencionados, delinearon una mirada bastante acabada sobre lo qué ocurría con los tugurios en su inserción urbana. Sin embargo, ante los problemas concretos de las villas en Rosario, el arquitecto se explaya a la hora de proponer las medidas que se podrían considerar para resolver esta situación. Aun sosteniendo que su posicionamiento era utópico, principalmente al subrayar la coordinación de la lucha política y la reivindicativa como el eje central para la resolución de los problemas infraestructurales periféricos, el mayor aporte de Corea ha sido aproximarse al borde urbano rosarino *desde* su propia espacialidad:

> "Esta reforma urbana deberá, en el caso específico de Rosario, resolver el problema de vivienda de los 120.000 habitantes de las "villas miseria", dotar con servicios urbanos el conjunto de los barrios obreros; teniendo principalmente en cuenta el cíclico problema de las inundaciones; al mismo tiempo que va implementando las medidas de reestructuración urbana que transforme el monocentrismo, controlen la expansión y eliminen la segregación socio-ecológica. En este sentido, la expropiación de las 30.000 unidades de vivienda vacías que existen hoy en Rosario y su redistribución democrática, la puesta en marcha de planes populares de vivienda con la participación organizada y democrática de sus futuros habitantes (…)"
>
> (Corea, *Los libros* N°36 (1974: 17).

Con esta descripción, se iluminaba una geografía liminar donde indagar otras miradas y otras aproximaciones de este problema urbano. Ante ese umbral, el centro de la ciudad y su escena cultural bifurcan una nueva senda para in/visibilizar el lugar de las villas en Rosario.

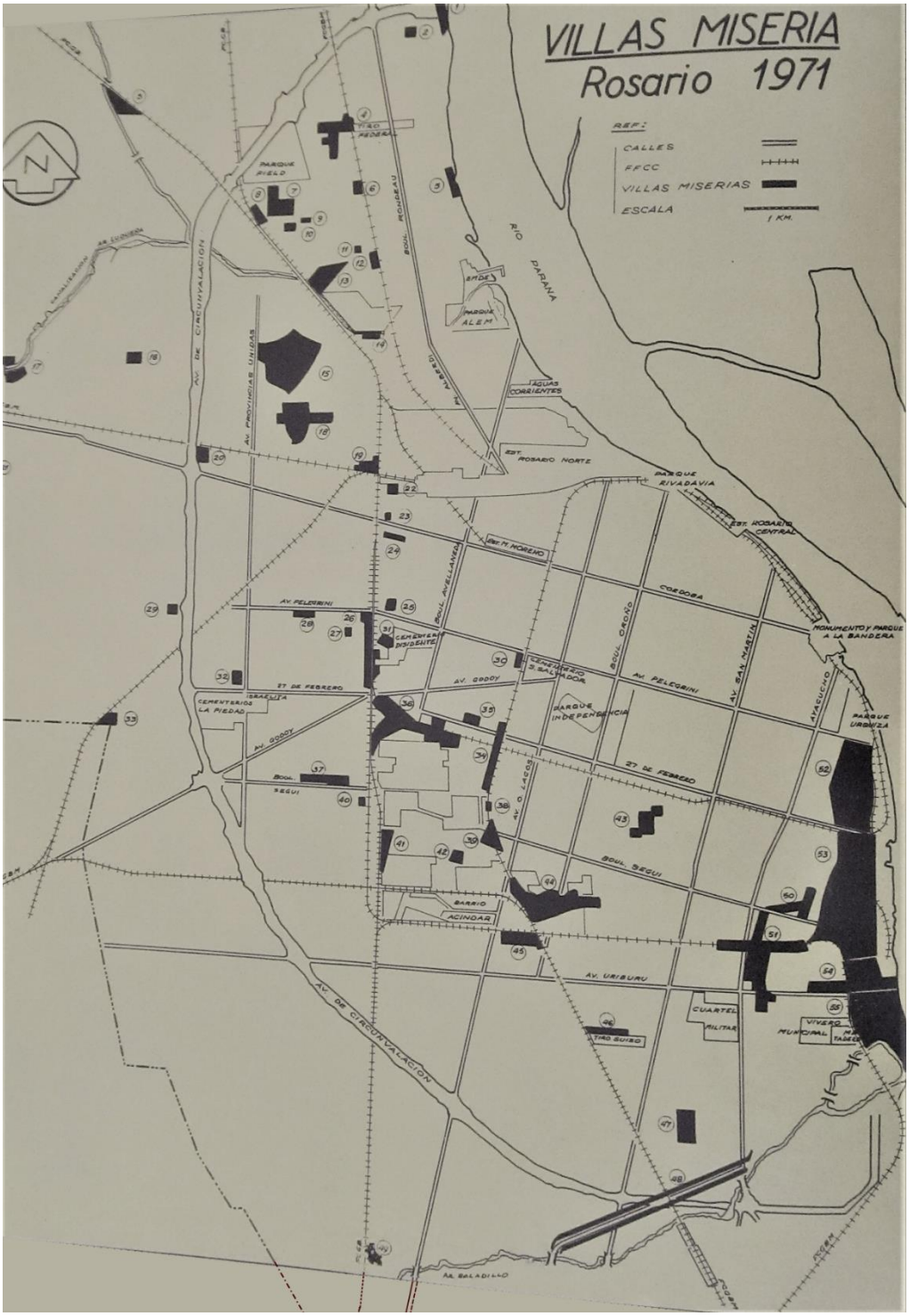

Imagen N° 4*:* Mapa de las villas miseria de la ciudad de Rosario.
Revista Polémica N° 62, 1972: 42
(Según referencias producidas con los Cuadernos de Trabajo PGR)

CAPÍTULO III

Centro e intelectuales.
Contactos, cruces e influencias de una escena cultural[27]

> "En suma, ya fuera como crítico, ideólogo, buen escritor o militante, a comienzos de los años sesenta el escritor podía vestirse con cualquiera de esas figuras para mirarse en el espejo y descubrir en el reflejo el perfil del intelectual comprometido."
>
> Claudia Gilman, *Entre el fusil y la espada. Debates y dilemas del escritor revolucionario América Latina*. (2012:96)

En sintonía con la aceleración del tiempo que la década del sesenta le imprimió al cambio cultural, la modernización urbana, indagada hasta aquí, no fue ajena a la formación de un *espacio cultural ampliado* (Sigal, 1991), potenciado por esas mismas transformaciones. La etiqueta temporal sesenta/setenta instauró una visión compartida acerca de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura. La contundencia acontecimental de la Revolución Cubana (1959), tanto para América Latina como para el mundo entero, manifestó una percepción inaugural para este período (Gilman, 2012). La escalada revolucionaria se conjugó con una primera fase de modernización cultural que se volcó, al final de la década, hacia una segunda fase de actuación política. Sin embargo, estos límites fueron tan porosos como franqueables. En su lugar, este arco temporal estableció un lema generacional que defendió una alianza entre los intelectuales progresistas y el pueblo. El marxismo contribuyó con ellos, otorgando a la juventud movilizada y las capas educadas el idioma común del campo intelectual. Aunque, quedó un tanto encorsetado por una sofisticada distinción de sus matices, sólo profundizados en debates culturales y políticos. En ese clima, el cambio del paradigma universitario, la creación de nuevas carreras como sociología, psicología o economía, los saberes técnicos y habilitadores del desarrollo, se asociaron a un medio cultural que atravesaba una metamorfosis. La explosión de la industria editorial y las revistas literarias junto a la multiplicidad en la tirada de los periódicos políticos y los seminarios de actualidad, afluentes de la comunicación de masas, se retroalimentaron y acercaron los mencionados itinerarios intelectuales con otros ámbitos de la cultura como las exposiciones artísticas o las expresiones escénicas.

---

[27] Agradezco la ayuda involuntaria de: Ricardo Piglia, (2015) *Los diarios de Emilio Renzi*., Tomo I: "Años de formación"; (2016) Tomo II: "Los años felices" y (2017), Tomo III: "Un día en la vida". Barcelona: Anagrama.

En la antesala de los *sixth*, la evolución del pensamiento occidental de la segunda posguerra había cobijado el surgimiento de las "ciencias sociales" que, en Argentina, se incorporaron con la modernización de la universidad en los albores de los sesenta como en el resto de Latinoamérica. En este contexto, la creación de las mencionadas carreras, basadas en los estudios de la sociedad, traían consigo un campo de profesionalización con criterios de legitimación y normas internacionales de producción intelectual (Sigal, 1991). En cierta medida, aunque existieron otras usinas de conocimiento como se explicó en los capítulos anteriores, la universidad y sus nuevos saberes sociales institucionalizaron las ideologías del desarrollo y la modernización como el lugar natural para la reflexión social. Con este proceso, comenzó un lento desplazamiento de los intelectuales a los expertos que enunciaba la crisis de un modelo de modernidad, donde se habían originado los primeros (Plotkin y Neiburg, 2004). Como pequeños anuncios de la cercanía de la posmodernidad, el experto desarrollista se aproximaba a sus objetos de estudios, quizás Gino Germani en sociología haya sido su paradigma nacional, desdeñando la visión global y comprometida del intelectual para focalizarse en la visión científica, un poco positivista, un poco funcionalista. No obstante, en paralelo a esto, las circunstancias políticas, centradas en la denuncia de la dependencia latinoamericana, todavía le tenían reservado al intelectual comprometido otras batallas en la arena cultural.

A pesar de lo coyuntural en la situación cubana, cabe destacar que, cómo su singularidad se generalizó en una serie de problemáticas políticas que compartieron los intelectuales latinoamericanos. De modo creciente, la experiencia revolucionaria insular se constituyó en un modelo alternativo a la dependencia imperialista latinoamericana, desbaratando el accionar norteamericano que buscaba oponerse a ella. Las adhesiones de los círculos progresistas y de izquierda nacionales, dentro de los cuales los intelectuales ocupaban un lugar privilegiado, consolidaron esta politización de la cultura (Terán, 1991). Este dominio del progresismo político en el campo de las élites culturales se ensambló con la hipótesis sobre la inminencia de la revolución mundial. En este marco, uno de los mayores debates era el papel de los "nuevos sujetos revolucionarios" -los intelectuales, los estudiantes, los jóvenes, los negros-, nuevos actores sociales encargados de llevar a cabo la transformación radical de la sociedad. A quienes, en las distintas regiones de América Latina, se sumaron otras figuras de la "clase revolucionaria" -proletariado urbano, proletariado rural, campesinado, villeros, etc. (Gilman, 2012). Este interés por los asuntos públicos y las problemáticas sociales, donde la política era un parámetro de la legitimidad de la producción textual, habilitó la voz del escritor, devenido intelectual, como actor privilegiado del espacio público. En esa arena, el interrogante acerca

del valor social, o no, de su producción literaria se mezclaba con el compromiso voluntarista de crear un arte político y revolucionario. Esto ocasionó una disputa por el *antiintelectualismo* (Terán, 1991; Gilman, 2012) que enfrentó a las posiciones críticas con las revolucionarias en estos círculos.

Este capítulo se propone indagar cómo todas estas transformaciones culturales impactaron o se manifestaron en una ciudad periférica de la periferia latinoamericana. En efecto, el centro de Rosario o su centralidad cultural se explorará a partir de las interdependencias entre: la modernizada universidad y sus demandas políticas de un saber experto sobre la transformación social de la urbe; los escritores-intelectuales con sus revistas y sus itinerarios culturales/urbanos; las formaciones culturales, su oferta cultural y la emergencia de un compromiso intelectual y político con los marginados. Cabe aclarar que, no existe un interés en detallar las especificidades de cada uno de estos tópicos, en su lugar, se trata de identificar sus conexiones y contactos, una especie de rizoma deleuzeano, capaz de proyectar ciertas problemáticas políticas y sociales que aglutinaron a un conjunto de académicos, escritores y artistas, quienes compartieron ciertas experiencias cultural/urbana en un espacio heterogéneo y multirelacional. Para a partir de ello, presentar una escena cultural de la ciudad y la región donde emergieron las representaciones locales de la villa miseria y los marginados.

Más al centro: Una revisión del campo cultural

Las representaciones de las villas miseria rosarinas se produjeron al interior de un grupo intelectual que dialogaba y se nutría de un campo cultural más amplio, tanto nacional como latinoamericano. Aunque, la espacialidad liminar de ese objeto de estudio, la villa, era, y continúa siendo, un punto de anclaje material con coordenadas geográficas específicas que no son eludibles. Por ello, la categoría de "escena cultural", contemplada en la contemporaneidad para analizar ciertas expresiones artísticas localizables (López, 2018), se presenta como más flexible y específica al objeto de estudio problematizado aquí. Según la definición propuesta por Martín López (2018), la "escena cultural" se determinaría a través dedos parámetros, su localización geográfica, una ciudad, y la especificidad en la producción, los lenguajes artísticos y los procedimientos culturales que se utilizan en ella. Se trata de mapear un ámbito específico de "formaciones culturales" para ser interpretado a través de sus actores, dinámicas, circuitos, debates, discursos, sensibilidades, modos de hacer, concebir y significar la impronta de la cultura allí. Estas coordenadas aportan un sentido más amplio a la investigación de las prácticas y los procesos culturales, donde se recuperan las preguntas, los saberes y relatos de

los protagonistas de la escena cultural. En el caso de la escena cultural rosarina, estos protagonistas, intelectuales y artistas, se encuentran atravesados por un clima de época marcadopor el cambio social y, sin evadir este hecho, se recuperan las manifestaciones intelectual y artística que cimentaron sus representaciones de las villas miseria. Ambas coordenadas, una ciudad sitiada por una dictadura que albergaba un alto grado de conflicto social, y la problemática de las villas de emergencia, en creciente relevancia por su incidencia en el subdesarrollo, constituyen la escena cultural que nos aproximamos a explorar.

Al proponer una mirada interpretativa que contemple la exploración de una *escena cultural rosarina* se subrayan un par de consideraciones. La primera es entablar un diálogo teórico entre esta categoría y los planteos de Pierre Bourdieu y Raymond Williams para ampliar los espacios de reflexión sobre la producción y la creatividad cultural. En segundo lugar, a pesar de tratarse de un período histórico dominado por un gobierno militar, el paradigma del cambio cultural había invadido a la sociedad y se presentaba como una de sus modalidades contestatarias (Gilman, 2012). Siguiendo a Nelly Richard en *La escena de avanzada* (1982), donde se interroga acerca de las nociones límites de la práctica artística en el marco de una sociedad represiva, este trabajo plantea al *espacio cultural,* tanto artístico como intelectual, como el principal foco de resistencia al gobierno de facto del general Onganía (1966-1969)[28]. En efecto, más allá de ciertas expresiones culturales o artísticas más visibilizadas, las prácticas del ámbito cultural en su conjunto interpelaban a la política autoritaria, ya sea, a la dictadura denominada Revolución Argentina (1966-1973) o a la derechización del gobierno democrático que se acrecentó con la muerte de su líder (1974) ante la persecución y el enfrentamiento con la izquierda peronista y los grupos armados (De Riz, 2000). En esta coyuntura de excepcionalidad, al igual que Richard (1982), se considera que la *escena cultural* con su heterogeneidad y multidimensionalidad brinda ciertas licencias para indagar esas prácticas culturales, y subrayar que en ella se forjaron las representaciones sobre las villas miseria de la ciudad.

El campo cultural y los intelectuales

Como han explicado Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (2001), los planteos de Pierre Bourdieu permiten indagar los modos de articulación entre la cultura y el poder. La comprensión del

[28] Guillermo O´Donell ha caracterizado al gobierno de esta dictadura como: *Estado burocrático autoritario.* Para un análisis detallado, consultar: O´Donell, G. (1982) *1966-1973, El estado burocrático autoritario: Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial Belgrano.

campo intelectual, es decir el área social diferenciada en que se insertan los productores y los productos de la cultura ilustrada en las sociedades modernas, ha delineado una sociología de los bienes simbólicos-culturales, cuya clave de construcción es la producción artística y literaria. Estos parámetros teóricos en el campo cultural argentino de los años sesenta se contemplan a la luz de las prácticas de sus intelectuales en pos de encontrar un lugar y una identidad en una coyuntura pensada en términos de ruptura social. Siguiendo la lectura de Silvia Sigal (1991) sobre Pierre Bourdieu, se considera pertinente indagar en la doble mirada que concierne a la simbiosis política-cultura. Es decir, Sigal postula, por un lado, considerar la relación del campo cultural y el campo político, y por otro, la figura específica de los intelectuales. Estas perspectivas se encuentran en mutua tensión porque, aunque comparten nociones y referentes concretos, poseen inicios y objetos diferentes. Mientras la primera intenta delimitar la diferencia entre la cultura y la política para determinar un conjunto ordenado de reglas de funcionamiento de los campos, la segunda supone la articulación entre ambos campos con la dificultad de atravesar una coyuntura y su proyecto cultural desde la profesión y la vocación. Para explorar estas miradas se propone un diálogo entre la interpretación bourdieusiana del campo intelectual y los estudios de la experiencia argentina de los años sesenta.

La primera de estas miradas advierte que los campos de la producción cultural ocupan una posición dominante en el campo de poder[29], ya que los intelectuales gozan de una posición privilegiada otorgada por su capital cultural[30]. Aunque, la sola posesión de ese capital cultural subordina a los intelectuales a aquellos que ejercen el poder político y económico. Cabe destacar que, esta dominación no se ejerce como en otra época por relaciones personales (mecenas-artista), sino que ha adquirido un modo estructural, a través de mecanismos muy generales como el mercado (Bourdieu, 1987). En la coyuntura a problematizar, los años 1960 argentinos, este juego de relaciones adquirió matices propios, los intelectuales, principalmente representados por los escritores (Terán, 1991; Gilman, 2012; De Diego, 2003), a través de su compromiso político, basado en la causa revolucionaria, suprimieron las mediaciones entre el

[29] Para un análisis detallado de la relación campo de poder y campo intelectual, ver: Bourdieu, P. "Campo poder, campo intelectual y habitus de clase" (1971), en: Bourdieu, P. (2000) *Intelectuales, política y poder,* Bs. As.: Eudeba.

[30] Según Bourdieu y Passeron: "Las teorías (sociales) clásicas (Durkheim) (…) se fundan en el postulado tácito de que las diferentes acciones pedagógicas (sistema educativo, etc.) que se ejercen en una formación social colaboran armoniosamente a la reproducción de un capital cultural concebido como una propiedad indivisa de toda "sociedad". En realidad, por el hecho de que correspondan a los intereses materiales y simbólicos de grupos o clases distintamente situados en las relaciones de fuerzas (de la sociedad), estas acciones pedagógicas tienden siempre a reproducir la estructura de la distribución del capital cultural entre esos grupos o clase, contribuyendo con ello a la reproducción de la estructura social (…)" en: Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (1996) *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza,* Barcelona: Editorial Laia. P.53.

campo cultural y el político (De Diego, 2001), al considerarse protagonistas del cambio social (Gilman, 2012). Aunque, como ha explicado José Luis De Diego (2003) se trataba de un "campo intelectual de izquierda". En ese espacio, el empleo del concepto de campo intelectual se justifica en la visualización de los debates de la responsabilidad de estos intelectuales de izquierda[31] con la mencionada coyuntura social de transformación. Asimismo, el autor realiza una disquisición para precisar que este campo intelectual puede considerarse, en términos más generales, como el campo cultural. En efecto, se trata del trabajo de la cultura o las prácticas de escritores, artistas y académicos, a quienes se les atribuye el apelativo de intelectuales (De Diego, 2003).

Entre el creador y su obra se produce una relación, donde la obra se encuentra afectada por el sistema de relaciones sociales que provocó su creación y, a la vez, la transformó en un acto de comunicación. Más precisamente, se trata de la posición que su creador ocupa en la estructura del campo cultural o intelectual (Bourdieu, 1966). En palabras de Bourdieu, "los productores culturales tienen un poder específico, el poder propiamente simbólico de hacer ver y de hacer creer" (Bourdieu, 1987: 148). A pesar de que, este campo intelectual conforma un microcosmos particular se conecta con las estructuras del conjunto del mundo social y sus conflictos. En estos términos, Bourdieu presenta su teoría de la dominación simbólica, donde relaciona las diferencias culturales de una sociedad con el sistema social jerárquico que la organiza, inspirado en los postulados críticos de Karl Marx. Asimismo, a la luz de las consideraciones sobre la dominación política legítima de Max Weber, el autor ha resignificado el vínculo entre clase dominante e ideas dominantes (Altamirano, 2002). Bourdieu ha propuesto que, como existe un orden político, también se instituye un orden cultural legítimo. Es decir, se establece un simbolismo dominante, cuyos valores se instituyen como legítimos y propios de la verdadera cultura. En la construcción de ese orden, la cultura dominante es válida, incluso, para quienes no la cultivan o se encuentran privados de los medios para hacerlo (Altamirano, 2002). En este sentido, los estudios acerca de la relación entre los intelectuales argentinos y la política han problematizado, no sólo el lugar que ocuparon los intelectuales en esta coyuntura política, sino cómo la política adquirió un lugar central para los intelectuales (Sigal, 1991; Terán,

[31] La "nueva izquierda" se originó con la aparición de la revista *Contorno* (Terán, 1996). La centralidad de esta publicación evidenció, por un lado, en el campo político, una crisis definitiva entre un núcleo creciente de intelectuales de izquierda y las organizaciones políticas en las que ya no se sentían representados-, en especial, el Partido Comunista. Y por otro, una relectura del peronismo que paulatinamente adquiere la consideración de un movimiento de masas con algunos rasgos antiimperialistas había dejado atrás ciertas lecturas fascistas del periodo anterior.

1991). Una hipótesis ampliamente sostenida considera que estos intelectuales tuvieron una débil inserción en el Estado, en tanto grupo político o social (Sigal, 1991).

Sin embargo, los lemas y las discusiones que acompañaron la radicalización social, tanto la movilización juvenil y popular como la lucha armada, provenían de estos grupos letrados. Esta aparente libertad y movilidad manifiesta de los intelectuales de izquierda, les permitió su interacción en la sociedad y la política, transmitiendo su práctica cultural en la política y articulando sus proyectos culturales con la causa revolucionaria (Terán, 1991). Con relación a esta última, cabe destacar que, la dimensión regional de latinoamérica se transformó en un horizonte de sentido más amplio, a partir de la revolución cubana, retroalimentando la lucha nacional. En palabras de Claudia Gilman (2012), los intelectuales habían sido llamados como portavoces de profunda urgencia en la transformación social para el subcontinente. Esto acontecía en paralelo al establecimiento de una serie de canales de intercambio intelectual para la creciente producción cultural que se alineaba ante el apelativo, no menos conflictivo, de "latinoamericana" – evidente en los escritores del Boom.

Aun con su alto grado de abstracción, el tipo de coherencia exhaustiva atribuida por Bourdieu a los campos del mundo social, cuyas partes se corresponden como elementos de una estructura, ha habilitado la exploración de aspectos propios de la comunidad intelectual (Sarlo y Altamirano, 2001). En efecto, su análisis del campo intelectual, a pesar de considerarlo constituido históricamente, ha sido objeto de una interpretación sincrónica que recupera un modelo relacional de influencia estructuralista. De acuerdo con este planteo, el campo conforma un sistema de relaciones de inspiración para las posiciones de sus intelectuales y contempla, además, las obras, las instituciones y al conjunto de todos sus agentes (Altamirano, 2002: 9). Allí, los intelectuales crean un universo que, a la vez, se encuentra intervenido por las atribuciones de sentido otorgadas por las formas institucionales, las instancias de autoridad y de arbitraje cultural del propio campo (Sarlo y Altamirano, 2001). Desde este marco teórico, la segunda mirada propuesta por Silvia Sigal (1991) interroga a los intelectuales de los años sesenta argentinos.

A modo de sistema, el campo intelectual construye un campo de fuerzas magnético con los agentes que lo integran. En ese *locus* cada miembro se encuentra determinado por su pertenencia a ese campo y, a la vez con sus prácticas, estos agentes o conjuntos de agentes se enfrentan a o refuerzan la estructura del campo intelectual, en un momento dado del tiempo (Bourdieu, 1966). La reproducción del campo intelectual hacia adentro no está exenta de luchas

entre los propios intelectuales, donde se negocian o imponen las posiciones que transforman la aparente, aunque siempre dinámica, estructura establecida.

En este espacio relativamente autónomo, la contienda de los intelectuales por el monopolio de la producción cultural legítima se limita a las estrategias que, individual o colectivamente, desplieguen según su posición en el campo. Como plantea Carlos Altamirano (2002), este concepto de campo intelectual, también, habilita a pensar en los condicionamientos sociales que determinan esta producción cultural, sin pasar por alto lo que ésta posee de específica. La conformación del campo en un espacio social relativamente autónomo – con su estructura y una lógica propias – emerge en el devenir histórico como manifestación de la construcción de categorías sociales que diferencian a los profesionales de la producción cultural. La autonomía de las elites culturales – escritores, artistas, científicos –, reconocidas socialmente y reclamadas por ellas mismas, otorga la autonomía del campo, sus instituciones, sus reglas propias, y viceversa (Altamirano, 2002:9). No obstante, esto plantea la posibilidad de relativizar el campo intelectual como una esfera autónoma, considerando los límites del concepto, ya que la autonomización real funciona como un presupuesto, siempre relativo y cambiante al modo en que acontece la producción de los bienes simbólicos y su relación con las esferas de poder.

Los expertos y las ciencias sociales

Recuperando el paradigma desarrollo-dependencia -trabajados en los capítulos anteriores- en Latinoamérica y Argentina, la hegemonía del campo cultural y la figura intelectual eran desafiadas en por dos tipos de agentes que se perfilaron al interior de cada una de las mencionadas corrientes. Por un lado, los expertos o especialistas con ideas desarrollistas originadas en los países dirigentes del mundo occidental, entre quienes se destacaban urbanistas o planificadores, economistas y académicos de las ciencias sociales. Por otro, se encontraban los intelectuales o ideólogos de izquierda con formación marxista, principalmente, escritores o artistas (Altamirano, 2002). Ambos perfiles se desarrollaron en medio de un proceso de modernización mundial. Una serie de cambios culturales que introducía nuevos temas y problemas, e implicaba modificaciones significativas en el horizonte intelectual (Terán, 1991). Mientras se agitaba toda la cultura occidental de la segunda posguerra y crecía un optimismo desmesurado en la transformación del capitalismo, se produjo una ruptura civilizatoria radical. Las transformaciones en el estilo de vida, principalmente de las clases medias[32], establecieron tendencias alternativas y contestatarias, vinculadas con la libertad

[32] Ver: Cosse,I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

sexual, el pacifismo, la recuperación de los saberes orientales, entre otros. Aunque más restringida en su despliegue, Argentina no estuvo exenta de este proceso de cambio en el clima mental que implicó: la modernización de la sociedad, el cambio en los consumos de la clase media, el crecimiento de los medios de comunicación masivos y la crítica a la estructura tradicional[33] de las nuevas corrientes de pensamiento.

En este marco, la Universidad argentina comenzó una renovación de la circulación del conocimiento, donde el cientificismo ganó un creciente protagonismo. Desde la carrera de filosofía de la Universidad de Buenos Aires (UBA, en adelante) se introdujeron nuevos desarrollos en la lógica simbólica y la epistemología moderna que abrieron paso a la implementación del positivismo lógico y la filosofía analítica (Terán, 1991). Esta institucionalización del paradigma cientificista influyó en la conformación de las nuevas ciencias sociales, como sociología y psicología, y en desarrollos teóricos más abstractos como la modernización de las matemáticas y la computación. Como parte de esta oleada, muchas de las disciplinas universitarias clásicas comenzaron una actualización. Solo para citar un ejemplo, dentro del humanismo, y sin abandonarlo, la renovación de la historia con la corriente de la "historia cultural" (Myers, 2004), representada por José Luis Romero y Nicolás Sánchez Albornoz, entre otros, e influenciada por la internalización de la investigación histórica de la mano de la Escuela Francesa de los *Annales* (Halperin Donghi, 1986), recibió, también, influencia de los nuevos saberes de las ciencias sociales que se encontraban en desarrollo (Terán, 1991). El impacto de los mismos sobre el campo intelectual se percibía no sólo con la creación de las nuevas carreras, economía, antropología, sociología y psicología (Neiburg y Plotkin, 2004), sino con su rápida extensión al resto de las universidades del país (Terán,1991), como la Universidad del Litoral, y su sede de Rosario.

El atractivo de estas disciplinas era significativo entre los jóvenes de la clase media, no profesionalizados, que detectaban en ellas una salida laboral, más amplia a las humanidades clásicas. Como otro caso significativo, Neiburg y Plotkin (2004) han estudiado la renovación que sufrió la carrera de Economía en esos años. Los autores destacan el juego de mutuas legitimaciones y de confluencias de los espacios destinados a la formación para economistas que se tramaban entre la difusión de esos saberes y la (re)configuración del Estado con un fuerte espíritu desarrollista. Más allá de la orientación de los gobiernos de turno (civiles o militares), la maquinaria estatal se convirtió en una instancia de reclutamiento de profesionales

[33] Considerar la expansión de los católicos progresistas con la encíclica del Papa Juan XXIII (1958) y el Concilio Vaticano II (1959).

para sus nuevos organismos, especializados en el desarrollo. Por ello, cabe destacar que, la Universidad no se instituyó como único ámbito de constitución de estos saberes, pero sí tuvo un papel relevante.

En esa senda, como ya se describió, existió una influencia de las ciencias sociales norteamericanas, que a través de los circuitos internacionales difundieron no sólo sus conocimientos y la visita a los países de América Latina de sus profesionales, sino que refractaron un modo de organización científica en el campo intelectual argentino, donde ciertos especialistas locales comenzaron a identificarse como expertos –como el conjunto de los planificadores rosarinos descriptos en los capítulos anteriores. Estos expertos eran técnicos especialistas en urbanismo, demografía o economía que trabajaban "en y para" el Estado. A diferencia de la figura del intelectual, relevante por su conocimiento general sobre el universo social y partícipe o no de la vida universitaria, la figura del experto evoca especialización en un tema o problema y entrenamiento académico. En su acción pública, el experto actúa en nombre de la técnica y de la ciencia, reclamando hacer de la neutralidad axiológica la base para la búsqueda del bien común (Neiburg y Plotkin, 2004). Sin embargo, como han planteado Federico Neiburg y Mariano Plotkin (2004), la dicotomía expertos-intelectuales marca dos puntos contrapuestos en un proceso local que manifestó múltiples desbordes a los señalamientos teóricos. En efecto, los autores subrayan que la producción del conocimiento sobre la sociedad se constituyó en un "espacio de intersección productiva" (Neiburg y Plotkin, 2004: 17), donde confluyeron diversas fuerzas para definirlo: el Estado, el mundo de la academia, el mundo de los negocios y el campo intelectual. Y, antes que plantear la separación entre los ámbitos de acción de estos agentes (dentro y fuera del Estado o la academia), se destacan los pasajes y la circulación de individuos, ideas, modelos institucionales y formas de intervención. Con este marco, se propone una hermenéutica para la exploración de la singularidad de un conjunto de situaciones y procesos que configuraron la producción de conocimiento local. Allí, se percibe un clima amplio de intercambio intelectual, cultural y artístico, trasversal al espacio cultural, donde todos, de algún modo, eran, un poco, producto/productores/producidos. Por ello, se realizan dos señalamientos importantes.

Un primer señalamiento, tanto los expertos como los intelectuales argentinos eran promotores y partícipes de las transformaciones de la educación superior. El conflicto entre las nuevas carreras con la izquierda sólo apareció en la medida que se caracterizó a esta modernización como un modo de penetración del imperialismo. En sus inicios, esta sospecha se encontraba ausente. No obstante, con el avance de la década del sesenta, esta convivencia se volvió más

difícil y la neutralidad valorativa de la ciencia albergaba la pretensión, siempre polémica, de los usos políticos del conocimiento (Terán, 1991). En parte, este conflicto se dirimió en el seno de la universidad, y una vez más, como en otros momentos de la historia, se disputó su importancia institucional[34]. La academia argentina ha desempeñado un rol central en la organización política y cultural de las clases medias, a lo largo del siglo XX.

Sin embargo, no siempre la universidad coincidió con el clima intelectual (Sigal, 1991). La clásica "misión universitaria" había sido, en realidad, la manera como una amplia franja de intelectuales había traducido su intervención social. En los años 1960, ese compromiso universitario sufrió una alteración en su modo de identificación, las dos tendencias que se han venido definiendo cobraron creciente protagonismo en el seno de la institución. Por un lado, una parte de sus egresados se alineó con la posibilidad de una profesionalización modernizadora intra-universitaria. Por otro lado, algunos de sus miembros percibían en las urgencias políticas, una razón para contrarrestar la centralidad del saber (Sigal, 1991). A esta bifurcación, se sumó otro elemento: el movimiento estudiantil. La captación del movimiento estudiantil por los partidos políticos, y su contundente presencia en las calles apoyando los reclamos sociales, había transformado su lugar en la vida interna de la institución. Si bien, el movimiento estudiantil produjo una concepción de la sociedad marcada por el particularismo universitario, al incrementarse su politización, paulatinamente se desdibujó la influencia de la institución y el legado reformista en su nueva identidad (Sigal, 1991). Al promediar la década, todos estos actores divisaron las tensiones entre la pretensión de una alineación de las instituciones de enseñanza superior y el espacio para la enunciación crítica.

Además de la experiencia al interior de la universidad y sus propias circunstancias, el encasillamiento bipartito de estas dos posiciones, intelectuales y expertos, languidece la multiplicidad de matices e influencias teóricas y culturales que manifestaron estos grupos. Entonces, un segundo señalamiento destaca el encuentro entre la producción del conocimiento y la renovación del campo cultural con una variopinta influencia de distintas corrientes de pensamiento y parcialidades de la política nacional. En su libro *Nuestros Años Sesenta*, Oscar Terán (1991) analiza la mayoría de estos ensamblajes. Solo para citar un caso, Terán ha destacado las críticas de los intelectuales liberales que se nucleaban –y sobrevivían– alrededor

[34] Silvia Sigal aclara: "(Desde 1918), la Reforma fue una doctrina de los intelectuales liberales y progresistas, más acá o más allá de las clases medias a las que esos intelectuales pertenecían. Una suerte de partido con contornos borrosos que, no teniendo ni ficha de afiliación ni programa electoral podía, empero, contar sus partidarios e identificar a sus adversarios (…) Su naturaleza doble le permitió, en fin, funcionar como identidad doctrinaria capaz de construir un actor, el cuerpo universitario, organizado institucionalmente e inscripto directamente en el plano político, aunque no partidario" (1991: 74).

de la *Revista Sur*, a las "vanguardias estéticas" del Instituto Di Tella. Estos cuestionamientos manifestaban la tensión entre modernidad y tradición que implicaba a un amplio espectro intelectual. El intento por producir una clasificación enfocada en los criterios de pertenencia a grupos culturales o políticos, resulta completamente estéril (Terán, 1991: 86).

Ante las mismas reflexiones, se presenta la conformación de la "Nueva Izquierda". Este grupo que reunía a un amplio conjunto de los intelectuales locales, evidenciaba tensiones similares a la hora de pretender encasillarlos. Su agrupamiento bajo el emblema de "una generación sin maestros" apuntaba a particularizar la diferencia generacional y romper con la izquierda tradicional argentina, Partido Comunista y Partido Socialista. En efecto, su renovación crítica desplegó un enriquecimiento de enfoques, donde se combinaba la ruptura respecto al estalinismo reinante dentro del marxismo y la incorporación de nuevos referentes teóricos, traducidos al contexto argentino (Terán, 1991). Entre las primeras filiaciones, se registraron los textos de Antonio Gramsci y la formación de los "gramscianos argentinos"[35]. En ellos, se reconocía el aporte de dos lineamientos centrales para la relectura de la realidad nacional: el módulo nacional-popular para una interpretación del peronismo y el énfasis en la subjetividad dentro de una concepción humanista, historicista y con acento en la praxis. Afín a la aparición de los adeptos a Gramsci, la emergencia de la "Nueva Izquierda", también, incluyó otros sectores influidos por la difusión de un marxismo, intervenido por el existencialismo sartreano y, en otros casos, por la lectura hegeliana. A la luz de estas interpretaciones teóricas, el grupo de la *Revista Contorno*, nucleado en el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, proponía una lectura nacionalista de estas interpretaciones. Entre sus intelectuales, David Viñas acusaba a la izquierda tradicional de su falla para cooptar a los obreros peronistas con teorías europeizantes y detectaba que el nudo problemático se encontraba en la ausencia de un "nacionalismo de izquierda" (Terán, 1991).

Más próximas o más lejanas, todas estas corrientes de pensamiento que cubrían un amplio abanico entre el existencialismo y el cristianismo, se aproximaron al marxismo y compartieron como punto de anclaje teórico el humanismo. Esta noción buscaba "la concepción moderna del sujeto como portador y árbitro de sus propios significados y sus prácticas" (Terán, 1991: 111). Su amplitud interpretativa actuó como mediadora de los diferentes ensamblajes, donde los orígenes interpretativos de cada posición teórica se renovaron desde la incorporación de las lecturas marxistas. No obstante, hacia mediados de los años 1960, el humanismo abandonó

[35] Los gramscianos argentinos editaron la revista *Pasado y Presente* (1963-1967), una publicación cordobesa, cuyos principales representantes eran Juan Carlos Portantiero y José Aricó.

su centralidad ante la aparición del estructuralismo marxista, dominado por un fuerte anti-hegelianismo.

La densidad teórica del estructuralismo impactó en un núcleo de intelectuales de izquierda, entre quienes circulaban los textos de Lévis-Strauss, Althusser, Barthes y Lacan –entre ellos se destacaron los trabajos de Eliseo Verón. Con el golpe militar de 1966, el estatuto reformista de la universidad fue abolido y la institución intervenida por las autoridades militares. Esta situación se condensó en la primera represión policial masiva dentro del espacio universitario, conocida como la "Noche de los bastones largos" (De Riz, 2001). Estos cambios violentos catapultaron la recomposición que atravesaba el campo teórico. En estas circunstancias, la incorporación del estructuralismo marxista a las investigaciones sociales siguió vías complejas y, sobre todo, marginales por la interrupción dela institucionalidad académica. No obstante, a partir de este momento, la crítica al anti-humanismo estructuralista se popularizó entre las lecturas de la política partidaria, junto a la contradictoria apropiación política de la noción de "estructura". Esto restringió la circulación del estructuralismo a un ámbito intelectual que continuaba interesado en las discusiones teóricas y su incorporación al debate académico internacional. En este punto, los intelectuales de izquierda se enfrentaron a la disyuntiva entre las demandas de actualización de los nuevos códigos teóricos y una moral pública atraída con fuerza por los deberes de la política (Terán, 1991).

Con el avance de la politización de la cultura, otro extracto ideológico donde circularon algunos aportes del marxismo, se conformó por ciertas estribaciones nacionalistas que se fusionaron con el populismo. Dentro de esta posición política, el imperialismo adquirió relevancia como la categoría básica capaz de explicar una porción fundamental de la historia nacional. Aunque esta referencia teórica había sido invisibilizada, cuando este discurso adquirió una amplia recepción social y se incorporó al léxico coloquial. A esta circulación ideológica colaboró la influencia de la revolución cubana y la instalación del régimen castrista – inscriptos en las luchas anticoloniales de la segunda posguerra como la guerra de Vietnam (1965-1975)– que eran su antecedente regional. La experiencia insular atestiguaba el cambio a una fase más decididamente antiimperialista, donde se desplazaba la insurrección mundial de los países desarrollados, y sus levantamientos obreros y estudiantiles, hacia el "Tercer Mundo" y sus luchas por las revoluciones de liberación nacional (Terán, 1991). Entre estas influencias, el *antiimperialismo* se convirtió en una idea-fuerza que fundamentó la explicación de todos los males latinoamericanos. En esta confluencia, y amparada en la lectura de base económica marxista con revisión del estructural-funcionalismo, se configuró la teoría de la dependencia.

Al final de este período, las mencionadas confluencias políticas y culturales se centralizaron en el *antiintelectualismo* que, también, respondió al ascenso internacional del maoísmo sobre la izquierda y las reverberaciones de la Revolución Cultural China (1966-1976). Como plantea Claudia Gilman, en principio no se cuestionó la práctica intelectual, sino que se elevó el valor del trabajo manual. Ese movimiento de glorificación de los trabajos y saberes populares supuso un momento de equilibrio entre ambos polos. No obstante, el *antiintelectualismo* se encargó de afectar uno de los extremos, hasta depreciar el trabajo intelectual. Los guerrilleros y el pueblo oprimido y marginado se erigieron como los nuevos dos polos de referencia que desplazaron la problemática figura del intelectual (Gilman, 2012: 187).

Expertos e intelectuales en la periferia

Entre el *antiimperialismo* y el *antiintelectualismo*, se sostuvo –y sostiene – el patrón explicativo de la teoría de la dependencia. Esta matriz ha puesto el acento en la dependencia económica o el imperialismo que los países centrales imponen a los países periféricos. Amparada en el estructural-funcionalismo marxista, además, esta teoría se interrogaba cómo esta relación se traslada al espectro de la cultura. La teoría de la dependencia brindaba un modelo unilateral y mecánico para responder a este cuestionamiento, donde los vínculos asimétricos entre los países centrales y los países latinoamericanos se reproducían hacia el interior de su campo intelectual (Sarlo y Altamirano, 2001). Cabe destacar que, en los últimos años, los desarrollos de la teoría decolonial en Latinoamérica han complejizado estos postulados.

Asimismo, estos planteos dependentistas, nos devuelven al proceso de "autonomización de los campos". Con el foco en los países periféricos, las fronteras entre sus campos sociales han sido mucho más borrosas que en los países centrales – resaltando que el modelo de Bourdieu se inspiró en la realidad social francesa. En este sentido, Neiburg y Plotkin (2004), priorizando la construcción de las ciencias sociales locales, han explicado que los saberes sobre la sociedad en los países periféricos muchas veces se producen por factores exteriores al universo interno que atraviesa el campo de conocimiento. En el caso de los saberes sociales, los autores argumentan que su conformación se vinculó con el desarrollo de las necesidades y las demandas del Estado[36]. Según su perspectiva, una burocracia estatal en desarrollo, dedicada a pensar y ejecutar políticas, dinamizó el conocimiento social que requería para su

[36] Cabe aclarar que "cuando hablamos de Estado nos referimos a un espacio de agentes sociales y de instituciones con intereses y tradiciones no siempre compatibles entre sí, que se ha transformado, en repetidas ocasiones en la Argentina como resultado de cambios institucionales bruscos, que redefinen organigramas, funciones y carreras" (Neiburg y Plotkin, 2004: 20).

propio funcionamiento. Estas motivaciones, entre otras, condicionaron el modo de recepción de las referencias metropolitanas o los "polos culturales centrales", tanto de origen científico como estético. Entonces, el campo intelectual local se interpretó como un espacio de recepción o de "reflejo" de las categorías ideológicas y estéticas anodinas. Y, sus intelectuales se percibieron como "mediadores" de estos conocimientos (Williams, 1980). Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (2001) explican que los diversos y cambiantes movimientos de apropiación de problemáticas "metropolitanas" se traducen en "las operaciones de transformación y refundición". De estos mecanismos que suelen ser objetos las significaciones culturales "importadas", el campo intelectual local actúa como un medio de refracción ideológica, ya que no sólo se produce un reflejo como consideraba la teoría de la dependencia. En efecto, todos los espacios culturales e intelectuales operan como matriz de traducción.

El ámbito cultural argentino, además de revestir las consideraciones descriptas por Sarlo y Altamirano, se configuró con otra particularidad. Como detalla el estudio de Adolfo Prieto, *Literatura y Subdesarrollo* (1968), ha existido una marcada diferencia de desarrollo económico-urbano, entre la capital nacional, Buenos Aires, y las provincias del interior. En este panorama general, Prieto destacaba la inserción de las geografíasinteriores, mediante las migraciones internas, en el paisaje urbano que conformaron las villas miserias:

> "Argentina es un país con desarrollo regional desequilibrado. Junto a la zona particularmente rica del litoral, el interior del país ofrece una aflictiva imagen caracterizada por el pauperismo, las fuertes tendencias migratorias y el bloqueo que estas mismas circunstancias imponen a cualquier tentativa de crecimiento autónomo. *La migración interna introduce en una misma área geográfica verdaderos conglomerados humanos en etapas diferentes de desarrollo".*
>
> (Prieto,1968: 89, el subrayado es nuestro)

Según Prieto, Buenos Aires se asoció con la categoría de modelo y se impuso al interior del país a través de la asimilación que comportó en todos sus grupos y clases sociales. Con los constantes movimientos de población, este imaginario sobre La Capital ha funcionado como un horizonte de sentido que configura la justificación última de cualquier elemento. De algún modo, existe un consenso tácito de que la centralidad política, cultural y artística sólo ocurre en esta gran metrópolis, o cuando cualquier agente de estos campos resulta reconocido en ella. En efecto, para el autor, un sector importante de la población residente en provincias asumió una actitud de "satelitismo" frente a las decisiones, el gusto y las pautas de prestigio imperantes en Buenos Aires. La repetición de estos parámetros en las pequeñas ciudades del interior sin recursos, ni instrumentos para una vida cultural intensa, no es más que la reiteración de un

fenómeno universal. Continuando la lectura del subdesarrollo, Prieto proponía pensar la relación entre Buenos Aires y el Interior con el mismo modelo dependentista de "polo cultural" (centro) y "polo receptor" (periferia) que había descripto Sarlo y Altamirano (2001). No obstante, Adolfo Prieto se desplaza de esta lógica mecanicista, al menos un poco, para plantear que: "entre la centralidad porteña y el interior, cuyo fenómeno reactivo originó el regionalismo o la literatura regional[37], se encuentran las *ciudades del medio*: Rosario y Córdoba".

> "Las ciudades argentinas de más de medio millón de habitantes, como Rosario y Córdoba, ciudades que no son meros conglomerados humanos sino complejas estructuras en las que se asientan todas las funciones de una urbe moderna, ya son hechos que remiten a la peculiar relación que estas ciudades han mantenido en el proceso de desarrollo nacional y a las características del mismo."
>
> (Prieto, 1968:92)

Sin embargo, el crítico no profundizó en el modo que estas "urbes modernas" desarrollaron sus ámbitos culturales "en medio". En otro trabajo del autor (1983)[38], se planteaba que las nuevas manifestaciones en el arte y la literatura de los sesentas, sólo pueden interpretarse cabalmente desde la descripción de unas nuevas condiciones de producción y circulación de los bienes culturales. Es decir, estas ciudades por su grado de desarrollo contaban con las condiciones materiales para ser receptoras de la profunda circulación cultural que identificó a esta época en Argentina.

En esta línea, pero desde la conformación de un campo literario argentino, Juan José De Diego (2003: 58) recuperaba la interpretación de Martín Prieto que destacaba un grupo de escritores del interior del país, Juan José Saer, Daniel Moyano, Antonio Di Benedetto y Juan José Hernández, quienes produciendo una poderosa operación sobre la lengua habían logrado superar el regionalismo. Y, se aclaraba que, entre estos escritores el regionalismo fue eclipsado "en sus formas epidérmicas y tópicas" para ensamblarse con la tradición abierta en la literatura argentina por Horacio Quiroga. Aquí aparecía un grupo de escritores del interior que rompían con la dicotomía reinante entre la centralidad porteña y el regionalismo, y, al igual, que la multiplicidad de matices políticos e ideológicos entre los intelectuales y los expertos, se destacaban los matices de la localización geográfica.

Estas lecturas producen un intersticio, donde se puede cambiar de lugar el foco de observación y explorar ¿qué ocurre con el ámbito cultural en una de las *ciudades de medio*? Esta operación

[37] Para una lectura renovadora del regionalismo y las problemáticas del antropoceno, ver: Andermann, J. (2018) *Tierra en trance. Arte y naturaleza después del paisaje,* Chile: Ediciones/metales pesados.

[38] El mencionado trabajo nutría la perspectiva sociológica de la literatura y enfatizaba su coincidencia con los planteos de Ángel Rama.

interpretativa no tiene como objeto volver a plantear una dicotomía entre Buenos Aires y una "ciudad de medio", en este caso Rosario. Por el contrario, se busca visibilizar las relaciones, la circulación y el intercambio que existieron entre esos espacios localizables. En efecto, si el campo intelectual argentino era incipiente por su condición de periférico, cuando nos acercamos a observarlo, también, detectamos la gran movilidad espacial de sus agentes, por lo menos, en la región del litoral. Es decir, la Universidad del Litoral albergó a escritores e intelectuales que viajaban desde Buenos Aires a dar clases a Rosario en las carreras de historia y letras (Halperin Donghi, 1986) o, de Rosario a Santa Fe con la misma intención a la Escuela de Cine (Sarlo, 2016), o escritores e intelectuales rosarinos y santafesinos que participaban de los círculos culturales porteños, por ejemplo, próximos a la Revista Los Libros (De Diego, 2001). Entonces, al invertir la mirada, nos ubicamos en la ciudad de Rosario, entre los años sesenta/setenta, para desde allí mirar al ámbito intelectual y cultural. Como ya se mencionó, se pretende componer una escena cultural rosarina para exhibir cómo los expertos e intelectuales locales habían generado una "masa crítica" que se sostenía en instituciones y formaciones culturales. Y desde allí, creaba y hacía circular sus producciones culturales e intelectuales, permitiendo su exteriorización a la sociedad.

Esta escena condensa una manifestación de las tendencias renovadoras de la cultura en un momento específico. Desde los planteos de Raymond Williams en su libro *Sociología de la cultura* (1981), se distinguen al interior de estos espacios una variedad de relaciones. Entre las que puntualizamos, por un lado, las consensuadas entre "productores culturales" e *instituciones* sociales identificables –por ejemplo, para nuestro caso, la Universidad y el Estado. Y, por otra parte, los "productores culturales" han sido organizados o se han organizado a sí mismos en *formaciones culturales* que podemos identificar con grupos artísticos o literarios. Cabe destacar que, si sólo se atribuyen como relaciones culturales significativas, aquellas producidas por las *instituciones oficiales*, se pierden *formaciones culturales* importantes que, con su organización alternativa, muchas veces sorprenden como "movimiento cultural" (Williams, 1981). Parafraseando a Sarlo y Altamirano (2001:7), con Raymond Williams se plantea que una perspectiva sociológica no puede afirmarse, sin al mismo tiempo afirmar la perspectiva histórica. Desde estas coordenadas, se indagará en las *instituciones* y las f*ormaciones culturales* que conformaron la presente escena cultural rosarina.

Zona del puerto: Una escena cultural

> "Un recuerdo me visita también a menudo: el día que nos conocimos, en un edificio burgués de Rosario, subíamos, con Rubén Sevlever, el ascensor hacia el departamento de uno de sus tíos, y nos pusimos a hablar del "Mosquitos" de Faulkner ¿te acordas? Esa primera temporada en Rosario, después que me rajaron de *El Litoral*, es el mejor período de mi vida. Todo el resto, en comparación, no es más que un sueño monótono".
>
> Carta de Juan José Saer a Rafael Ielpi (1979),
> (citado por Prieto, M.2018: 1)

Al igual que Juan José Saer, los protagonistas de esta escena cultural acuerdan que la primera mitad de los años sesenta fue una época dorada, orquestada entre la Facultad de Filosofía y Letras del Litoral y la vida en los bares que la rodeaban en el centro de la ciudad. El presente capítulo tomó prestado para titular sus apartados, las dos partes, *Zona del Puerto y Más al Centro*, que componen el primer libro de cuentos de Juan José Saer, *En la zona* (1960). Entre 1959 y 1960, Saer vivió en Rosario en una pensión de la calle Maipú entre Córdoba y Rioja, compartiendo la habitación con el poeta Rubén Sevlever (Gandolfo, 2000). Además, vendía libros a domicilio y merodeaba la Facultad de Filosofía y Letras, circulando por los bares aledaños entre estudiantes, profesores, escritores y poetas. Allí, entabló su amistad con Adolfo Prieto y una serie de amigos rosarinos, como el pintor Juan Pablo Renzi o la crítica literaria María Teresa Gramuglio, entre otros, (Prieto, 2018; Sarlo, 2016). En 1962, se mudó a Santa Fe y dio clases de "cultura" y "literatura", junto a los poetas Hugo Gola y Aldo Oliva, en el Instituto de Cine de Santa Fe (Sarlo, 2016). En 1968, se radicó definitivamente en París para volver a Argentina sólo de visita, aunque su literatura jamás abandonó nuestro litoral.

Si bien Saer había salido de la escena cultural que se explora en este capítulo, de cierto modo, continuaba siendo uno de sus personajes protagónicos, un efecto fortuito en un momento que parecía predestinado a descubrirlo. Es decir, como afirma Martín Prieto, Santa Fe nunca va a ser igual después de la literatura de Saer. A propósito de esto, un personaje de un cuento de *En la Zona,* Oscar del Barco, afirma: "escribiría la historia de una ciudad. No de un país o una provincia: de una región a lo sumo". María Teresa Gramuglio encontró una productividad programática en este enunciado. En efecto, la obra de Saer parece anticipar un sistema esbozado inicialmente que luego estructuró toda la obra del autor. No obstante, a los efectos de esta tesis lo que se busca destacar es cómo ese esquema primigenio posee en cada una de sus dos secciones un efecto de localización espacial. Por un lado, en la primera, *Zona del Puerto*, se recupera el arrabal santafecino con sus rufianes y prostitutas, eco de otras ciudades portuarias como Rosario o Buenos Aires. Y, en la segunda, *Más al centro*, de ese mundo marginal y brutal se desplaza al escenario urbano y el incierto mundo intelectual. De algún

modo, en el libro de Juan José Saer, esta "zona o región saeriana", un aparente litoral, y la ciudad "de medio", Rosario, proyectaron una espacialidad donde los intelectuales y el centro cultural visibilizan su interpretación de los marginales y las periferias litoraleñas –arrabales, villas miseria, campo, pueblo rural. Estas localizaciones "zonales" nos iluminan acerca de las condiciones de interrogación con las que se afrontó la propia modernización.

Aunque, *Zona del Puerto* sea la sección donde Saer compiló los cuentos sobre los marginales, su elección para acompañar a la escena cultural rosarina enuncia un modo diferente de trabajar con el carácter de periferia, en este caso de Rosario. En efecto, se recuperó esa *Zona del Puerto* para referenciar esa ciudad-puerto esplendorosa de los años treinta –próxima a su centro tradicional entre Avenida Pellegrini y Bulevar Oroño– que continúa siendo su centro cultural, ahora, universitario e intelectual. Ese centro se opacará paulatinamente a medida que el tiempo transcurra, ante la modernización urbana de la ribera, donde se proyectó la "Rosario de cara al río". Esta naciente contraposición de la modernización urbana se evidenciaba en las notas centrales de la revista BOOM N° 5 (1969). Por un lado, "Construcción en altura" explica el auge de la edificación que modificó la apariencia de las avenidas principales y transformó al paisaje urbano de manera definitiva, dando origen, entre otras, a la fracción de la ciudad hoy denominada Barrio Martin. Y por otro, en "La ciudad oculta" se recomendaba al caminante de a pie que alce la vista a los edificios de la peatonal Córdoba, u otras calles aledañas, para descubrir el ecléctico patrimonio arquitectónico de la ciudad. Uno de ellos es, sin dudas, el Colegio de la "Santa Unión de los Sagrados Corazones" en la calle Entre Ríos al 758.

La universidad se renueva y se bifurca

La Facultad de Filosofía y Letras[39], nombre que adquirió entre 1959 y 1966, se instaló en el mencionado edificio próximo al microcentro rosarino, donde la futura Peatonal Córdoba comenzaba a poblar su cielo con carteles de neón que indicaban la ubicación de sus comercios. Casi como una metáfora de la modernización que atravesaba la ciudad, esas luminarias parecían anunciar otra serie de transformaciones que ocurrían en el antiguo colegio católico. Como plantea Nora Avaro (2017), Adolfo Prieto, como decano y director del Instituto de Letras de la facultad (1959-1966), desplegó un programa académico colosal y de múltiples aristas, que cambió radicalmente los modos de enseñar, leer e investigar, e inició la tradición crítica en

[39] Esta institución era una sede local de la Universidad del Litoral y se había creado en 1948. En el año 1951, las autoridades adquirieron el edificio que conserva hasta la actualidad la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario.

el medio local. Mientras dictaba clases de literatura argentina y seminarios de perfeccionamientos, gestionó el *Boletín de literatura hispana* (1959-1969). Prieto había llegado a la ciudad en 1959, beneficiado por las transformaciones del campo universitario operadas en el post-peronismo (1955). Su formación porteña como Profesor en Letras (1953) y su pertenencia al grupo Contorno –descripto más arriba–, permitieron la articulación con los jóvenes docentes porteños que habían instituido en la facultad un polo de innovación. Entre ellos, circulaban por la ciudad o la visitaban para dar cursos: José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, Ramón Alcalde, Gino Germani, entre otros (Blanco, 2015: 10). A diferencia de ellos, Adolfo Prieto se radicó en Rosario. María Teresa Gramuglio, alumna de Letras, relataba la experiencia de aquellos años:

> "La Facultad de Filosofía de Rosario era en ese entonces relativamente pequeña, de modo que la relación entre docentes y alumnos era muy personalizada; era también una facultad bastante nueva, con escaso equipo local, y a partir de fines de los años cincuenta empezó a incorporar a su planta docente profesores de la UBA. Debido a eso tuve la suerte de tener como profesores a Tulio Halperin y a varios miembros del grupo *Contorno*, como Ramón Alcalde, Noé Jitrik, David Viñas y, sobre todo, Adolfo Prieto, que se convirtió en mi maestro y mi amigo"
>
> Entrevista a María Teresa Gramuglio por Mónica Reinoso (1987:2)

Bajo la misma constelación de estrellas, se produjo la renovación de la historia y las ciencias sociales rosarinas. Esta transformación, se estructuró curricularmente bajo el programa de la carrera de Historia con una orientación social y económica en 1959. El proyecto de reforma del plan de estudios tuvo como objetivo una cierta especialización, organizando la carrera por orientaciones: 1) "antigua y medieval", 2) "americana y argentina", 3) "moderna y contemporánea" y 4) "antropología" (Raffo, 2011). Si bien, el Instituto de Antropología se había fundado en 1952, durante la discusión de la reforma curricular en su dirección se encontraba Alberto Rex González (1954-1958), también titular de la Cátedra de Antropología General. Este arqueólogo junto a Susana Petruzzi, egresada de la carrera de Historia, elaboraron la especialización en antropología, otorgando ciertas particularidades a los inicios de la antropología rosarina. En el contexto intelectual reformista, la especialización se configuró con una perspectiva teórico-metodológica diferente a la reinante en las carreras de antropología de Buenos Aires y La Plata. Según el testimonio de la propia Petruzzi, Rex González les había enseñado que la antropología no era sólo arqueología, sino que se insertaba dentro de algo mayor, una "historia de la cultura" (con muchas comillas, aclaraba la antropóloga). En palabras de un alumno de la carrera, Edgardo Garbulsky:

> "Los entonces estudiantes y luego graduados (…) comenzamos a incluirnos en proyectos de investigación, se fue forjando así, en el contexto de los cambios en el mundo, la consolidación de ideas y prácticas que formaron parte de un movimiento de carácter renovador y de crítica profunda a los marcos teóricos en boga. El desarrollo de investigaciones concretas (…) nos pusieron en contacto directo con *una realidad donde se acentuaba la desigualdad social, la discriminación y la exclusión* (…) integrábamos, con nuestras diferencias, un posicionamiento que implicaba asumir por una parte la cualidad de las ciencias sociales y, por otra, la pretensión de romper aquellas fronteras disciplinares, formadas en el siglo XIX (…)."
>
> Entrevista a Garbulsky (2014),
> (citado por Pavesio, 2017, el subrayado es nuestro)

En la formación de las primeras generaciones de antropólogos e historiadores se desplegaron concepciones integrales y dinámicas de las ciencias sociales. Esta influencia había sido abierta por el decano Tulio Halperin Donghi (1957-1959), quien llegó de Buenos Aires, junto a otros jóvenes profesores, entre los que se encontraban: Ramón Alcalde, Adolfo Prieto, Sergio Bagú, Bernardo Canal Feijó, Nicolás Sánchez Albornoz; posteriormente, Reyna Pastor, Alberto Plá, Roberto Cortes Conde y Ezequiel Gallo, entre otros. Bajo la dirección de Sánchez-Albornoz (1963-1966), un historiador refugiado español que circulaba por la ciudad un tiempo antes del arribo de Halperin Donghi, se fundó el Instituto de Investigaciones Históricas (IIH, en adelante). Este momento, representó el período de mayor renovación de la investigación histórica (Hourcade, 1994). El IIH, fundado en 1952, había sido dirigido por Boleslao Lewin (1955-1961) y Gustavo Beyhaud (1961-1963), también migrantes intelectuales internos con una tendencia más conservadora para la investigación histórica. En sus respectivos mandatos, se había continuado la publicación de los *Anuarios* del Instituto, a partir del N°2 en 1957. Este punto resulta central para comprender el camino de la renovación de las ciencias sociales rosarinas que, por una parte, la componían los jóvenes académicos y su impulso por la actualización curricular multidisciplinaria y, por la otra, la articulación de todo este conocimiento con la investigación a través de los institutos de investigación y sus publicaciones. Las publicaciones se basaban en trabajos de investigación efectuados por pasantes o colaboradores que cumplían funciones en distintos institutos. En este punto, según Eduardo Hourcade, Sánchez Albornoz colaboró con la construcción de una historia entendida como ciencia social, en comunicación con las nuevas líneas temáticas: la sociología germaniana y la historiografía de *Annales*. Su dirección del IIH condensó el proceso que acontecía desde 1959, y los números 6, 7 y 8 del Anuario (1963-1966) eran una prueba fehaciente del alcance de la implementación de la renovación historiográfica (Hourcade, 1994). En este sentido, cabe destacar que, el IIH

desarrolló otras líneas de publicaciones. La *Serie B* transformada en *La colección Textos y Documentos*, también como los Anuarios, se distinguieron por su continuidad, colaborando en sostener el desarrollo de la investigación social.

Aunque no correspondía al IIH, se destacó, desde 1963, la serie *Tradición y Cambio Social* con autoría de los miembros del Proyecto de Investigación del Valle de Santa María que relevaba todas las tareas efectuadas para esa investigación (Hourcade, 1994). Este ejemplo emblemático de multidisciplinariedad se desarrolló junto a los institutos de Historia, Antropología y Sociología de la Facultad (Raffo, 2011):

> El valle de Santa María es un área, una zona que está rodeada por el río Santa María que cubre el sur de Salta, una parte de la provincia de Catamarca, una puntita oeste de la provincia de Tucumán (…). En esa área, el primer acercamiento se hace desde la Cátedra de Arqueología (…) los equipos de arqueología dirigidos por el Dr. Alberto Rex González comienzan a trabajar en los sitios arqueológicos. (…) *Entonces ahí comienza un interés por abordar de una manera más amplia, desde la metodología de los estudios de área, que estaban bastante difundidos en EE. UU., como en Europa, de tomar una región geográfica y trabajarla desde distintas perspectivas*[40] (…) Es así que se hizo este proyecto. Nicolás Sánchez-Albornoz dirigía el proyecto de historia, un sociólogo suizo francés Albert Meister[41] dirigía con Susana Pertruzzi y conmigo y el proyecto de antropología social y sociología y Rex González obviamente el instituto de antropología"
>
> Entrevista a Elida Sonzogni, 9 de diciembre de 2004,
> (citado por Raffo, 2011, el subrayado es nuestro).

Los institutos de investigación pertenecían a una carrera, como los de Historia y Antropología, pero si no poseía una como el Instituto de Sociología se instituían con un rol directivo y una vida institucional. Estos organismos eran piezas claves de la renovación disciplinar. Dentro de su funcionamiento se reglamentaba un horario de atención semanal, la presencia de planes de trabajo por parte de los directores al decano de forma anual y la realización de una memoria de las actividades cumplidas cada año. A esto se sumaba la administración por las ventas de sus publicaciones (40% quedaba para los institutos) (Raffo, 2011). Como mencionamos más arriba, la sociología era central para este proceso y la cátedra de Sociología había existido en la facultad desde 1951. En ella, trabajaba el sociólogo Héctor Bonaparte[42], profesor concursado

[40] Según Hourcade (1994), el sociólogo norteamericano Kalman Silvert, quien colaboraba con algunos proyectos de Torcuato Di Tella, ofreció financiación internacional para la investigación.

[41] Comisionado por L´Ecole des Haute Etudes para la investigación.

[42] Oriundo de Santa Fe, se graduó en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, ciudad donde reside desde 1950. Becado por Conicet, hizo el posgrado en Sociología en FLACSO, Santiago de Chile. Becado por el gobierno de Holanda, obtuvo el Máster en Ciencias Sociales en el Instituto de Ciencias Sociales de La Haya. En 1967, obtuvo subsidios holandeses para estudiar las migraciones internas en el norte de España.

e integrante del Instituto de Sociología, desde 1962. Bonaparte representaba a la *sociología científica,* renovada en la Argentina por Gino Germani, quien seguía la línea norteamericana de sociología que lideraba la disciplina. No obstante, entendió rápidamente que esta corriente teórica comenzaba a agotarse (García, 2014). Como consecuencia de esto, junto a su compañera Hilda Habichayn – miembro del instituto y formada en la carrera de filosofía de la facultad–, ambos realizaron un posgrado de Ciencias Sociales en La Haya. Allí, se encontraban estos sociólogos cuando presentaron sus renuncias ante una Universidad intervenida por los militares en 1966.

Con el golpe de estado de 1966, la mayoría de los docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario habían renunciado en señal de protesta por la persecución que recibían de la dictadura, manifestada en *La noche de los Bastones Largos*. Este punto de inflexión interrumpió un proceso de amplio desarrollo académico que venimos describiendo. Los profesores porteños comenzaron a volver a su ciudad y los rosarinos a organizar otro tipo de agrupaciones por fuera de la institución. Exceptuando, un breve momento a principios del período peronista (1973-1974), sólo retornaron de modo estable a la universidad con la vuelta de la democracia en 1983.

En el mencionado desarrollo académico local, tímidamente, se habían comenzado a estudiar algunas problemáticas demográficas. Aunque, las villas miseria evidenciaron una eclosión en la ciudad de Rosario, producto del incremento de las migraciones internas a finales de la década. Entre los modos de posicionarse frente a esta situación urbana, los políticos y militares de la autodenominada "Revolución Argentina" difundieron la idea de que la proliferación de los barrios de emergencia era una "anormalidad" en expansión y un estigma del "subdesarrollo". Con estos nuevos lineamientos nacionales, en 1969, el intendente interventor, Dr. Luis Beltramo, instituyó la "Comisión Especial para el Estudio Integral de las Villas de Emergencia" de la ciudad (Decreto Municipal N° 37.401). Esta organización se compuso por: representantes de la municipalidad, el Servicio Público de la Vivienda, el Banco Hipotecario de la Nación y el Comando del Cuerpo del Ejercito II. A partir de esa normativa, se solicitó a la Universidad Nacional de Rosario[43] (UNR, en adelante) su colaboración en una investigación acerca de las villas de emergencia. La investigación de la UNR se denominó *Marginalidad Social* y se dividió en una serie de cuadernos de trabajos. Principalmente, los informes destacaban una aproximación teórica a este problema urbano que revisaba la bibliografía en circulación acerca de las villas miseria. No obstante, entre estos documentos, se distingue un estudio demográfico

[43] En 1968, el General Onganía creó la UNR como un desprendimiento de la Universidad del Litoral.

de las villas rosarinas, junto al análisis de una serie de fotogramas que localizaban los tugurios en la trama urbana. Cabe destacar que, quizás, la investigación más sistemática acerca de los barrios de emergencia de la ciudad fue desarrollada por docentes universitarios alineados a los preceptos autoritarios de la dictadura reinante.

Mientras la universidad permanecía intervenida y se retrocedía en la innovación académica, algunos de los jóvenes docentes e investigadores formados en sociología se ubicaron en instituciones u organizaciones por fuera de este ámbito. Los nombres propios sólo registran la circulación por un espacio cultural e intelectual que se encontraba en un vertiginoso movimiento. Elida Sonzogni y Susana Petruzzi fueron las encargadas de realizar los estudios demográficos y sobre las condiciones sociales de la Prefectura del Gran Rosario. No nos detendremos en detalles ampliamente trabajados en los primeros capítulos de esta tesis con relación a la mencionada institución. No obstante, debe subrayarse que la Prefectura preservó el acervo teórico reformista y modernizador. Incluso, como ya se mencionó, algunos de sus expertos se alinearon con los postulados de la teoría de la dependencia conforme avanzó la década del setenta. Hasta aquí, y como estrategia ordenadora, nuestra exploración de la escena cultural se centró en una *institución*, la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, en adelante, visibilizaremos el otro conjunto de *formaciones culturales* que se constituyeron y compusieron junto a ella, una urdimbre de relaciones y espacios en este universo local.

Un encuentro con la ciudad, un encuentro con las villas miseria

BOOM se publicó entre agosto de 1968 y junio de 1970. Dirigida por Ovidio Lagos Rueda, la revista reunió a un destacado grupo de periodistas, escritores y especialistas, entre ellos, el sociólogo Héctor Bonaparte, quien era miembro del grupo estable (Aguirre, 2013). Enumerar a todos sus participantes implicaría no reconocer el inmenso trabajo de investigación realizado por Osvaldo Aguirre (2013) en: *BOOM. La revista de Rosario. Antología*. No obstante, para el espíritu escénico de este capítulo se destacaban, entre otras figuras del ambiente cultural, la presencia de Roberto Fontanarrosa, encargado de la diagramación de la publicación. Y, en la dirección fotográfica, se encontraba Carlos Saldi junto a otros miembros del rubro como Bambi García y Lucas Prieto, quienes paralelamente integraron el grupo de fotógrafos de las publicaciones de la Biblioteca Vigil – trabajadas en el último capítulo de esta tesis.

El mensuario se transformó en una escuela de periodismo, cuyos antecedentes se encontraban en la línea iniciada en Buenos Aires por: *Primera Plana, Confirmado, Panorama*. Su director había propuesto como objetivo llevar a los rosarinos más allá de los límites conocidos para

pensar sus problemas y sus circunstancias y situar a la ciudad en el marco de las transformaciones que atravesaba la época. Sólo por dar un ejemplo de cómo la publicación trataba los problemas de la realidad social, el director de la revista presentaba en el editorial N°7, la nota "Villas de emergencia: el cinturón de la miseria": "Bajo su dirección (Bonaparte), el equipo de *BOOM* entrevistó a los habitantes de las "villas", recogió sus opiniones, tomó nota de sus necesidades" (*BOOM,1969*:1). La investigación acerca de las villas miseria, dirigida por Héctor Bonaparte, se analizará en el próximo capítulo.

Pero, como explicaba Rafael Ielpi, el mencionado amigo de Juan José Saer, la propuesta desafiante de *BOOM* implicaba el rigor de la investigación de los temas y de la información, la opinión de columnistas reconocidos y una escritura de alta calidad literaria. Sin alcanzar esos niveles *BOOM* intentó, y de alguna manera logró, en opinión de Ielpi, trabajar con esos objetivos, junto a un equipo de redacción en algunos casos con una experiencia periodística y en otros que realizaban sus primeras intervenciones. A este grupo heterogéneo se exigía la mayor preocupación por la escritura, guiados por el jefe de redacción, el escritor Rodolfo Vinacua. Varios de los integrantes de la redacción habían incursionado en el periodismo o en la literatura: Jorge Laborde, Reynaldo Svend Segovia, Luis Etcheverry, el propio Ielpi y Juan Martini.

Entre las experiencias mencionadas por Rafael Ielpi, se destacaba el particular derrotero de Juan Martini, quien junto a otros tres noveles escritores, Carlos Schork, Omar López Cantó y Rubén Radeff, habían fundado la revista *Setecietosmonos* (1964-1967)[44]. Sus inicios se remontaban a los encuentros en el bar del Hotel Savoy, inspirados en las tertulias porteñas del Café Tortoni que realizaban los miembros de la revista literaria *El escarabajo de oro*, nucleados alrededor del escritor Abelardo Castillo (Aguirre, 2012). No obstante, a partir de su cuarto número se sumó al staff de directores, integrado por Martini y Schork, Nicolás Rosa. Esta incorporación cambió radicalmente el impresionismo crítico y el amateurismo literario de los comienzos de la publicación (Podlubne, 2016). A un ritmo acelerado, la revista realizó una actualización teórica factura de Rosa y de su particular percepción de la crítica argentina del momento.

Rosa invitó a Adolfo Prieto y a los miembros de su equipo, Josefina Ludmer, María Teresa Gramuglio, Norma Desinano y Gladys Onega, a colaborar con la revista a mediados de 1965. Estas participaciones universitarias se incluyeron en los últimos números de la revista que nunca perdió su originalidad literaria. En el aporte de los críticos, se percibía un compendio de

[44] Para un análisis detallado de la publicación, ver: Aguirre O. y Di Crosta, G (2012).

los asuntos y los autores que se discutían en las aulas del Instituto de Letras y sus alrededores. Como acontecía desde principios de la década, la intensa sociabilidad en los bares que agrupaba a escritores, poetas, artistas plásticos, estudiantes y profesores, y actuaba como caja de resonancia de las discusiones intelectuales que nutrían a la revista (Podlubne, 2016).

Desde la perspectiva de la crítica literaria, Judith Podlubne (2016) plantea la línea de continuidad entre *Setecienstosmonos* y la revista *Los Libros* (1969-1976). En efecto, la autora postula a la revista rosarina como una imperfecta precuela de la "nueva crítica", integradora en su rigor metodológico y militancia esclarecedora, un relato previo a la constitución de ese ideal. Sin perder de vista estas discusiones, en la experiencia de *Setecientosmonos* se perciben los hilos de una trama de artículos y colaboradores que se replicaron en la revista *Los Libros*, cuando apareció en 1969. Rosa ha sido, quizás, el mejor ejemplo de esto, conformando el equipo editor de la revista porteña, pero se registran participaciones de otros referentes locales (De Diego, 2003). En efecto, parte del grupo *Contorno* había llegado a Rosario, colaborando en la modernización de la Facultad de Filosofía y Letras. Un grupo heterogéneo, entre sus alumnos y los escritores que circulaban por los alrededores, plasmó los inicios, muy incipientes, de la "nueva crítica" en *Setecientosmonos*, donde, además, los mencionados docentes eran miembros activos. De algún modo, con la aparición de *Los Libros* se produjo una larga vuelta para retornar a Buenos Aires con pasajeros rosarinos.

El espíritu alternativo de *Setecientosmonos*, de cierto modo, colaboró en una formación intelectual compartida por este heterogéneo grupo que continuó por fuera de la revista y de la cotidianidad académica. En esta clave, Irina Garbastzky (2013) propone que las articulaciones entre las vanguardias política, artística y literaria, tanto local como porteña, se conectaban a la experiencia de *Setecientosmonos*. Con la Universidad intervenida, algunos docentes renunciantes crearon el Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombres (CEF, en adelante). Rosa asumió un rol activo en su fundación, mientras se publicaban los últimos números de la revista. Allí, junto a Prieto y Gramuglio, llegaron a dictar cursos Ricardo Piglia, Noé Jitrik, y otros visitantes. Aunque, la mayoría de los seminarios se encontraban a cargo de docentes locales (Podlubne, 2016).

En agosto de 1968, el CEF fue la sede del *Encuentro Nacional de Arte de Vanguardia*, con la participación de León Ferrari y Ricardo Carriera por Buenos Aires y Juan Pablo Renzi y Nicolás Rosa por Rosario, entre muchos otros intelectuales y artistas. En un clima de creciente compromiso intelectual con las causas sociales y de cuestionamiento a la dictadura de Onganía, la ponencia de Rosa plantea la necesidad de una dialéctica entre la conciencia

política y la creación estética. Según el crítico, el arte revolucionario coincide con la conciencia revolucionaria, en la instancia objetiva de la obra. A partir de la revisión de este planteo, Garbastzky (2013) destaca que el sustento teórico de esta hipótesis se originaba en los diversos artículos de la revista. Desde el inicio de la publicación, se percibía la influencia del existencialismo sartreano que ofrecía la posibilidad teórica de una mediación entre la incidencia en la sociedad y el trabajo intelectual.

Entre este y otros planteos presentados en el Encuentro, la discusión teórica se transformó en una instancia que anticipó la experiencia estético-política colectiva de *Tucumán Arde*[45]. Allí, se acordó que para capturar al público popular se debía romper con los códigos del lenguaje de la vanguardia. Por ello, se propuso usar los medios masivos de una manera no convencional que desmienta la propaganda oficial. Asimismo, entre los múltiples problemas sociales que generó la dictadura, se seleccionó la situación de los ingenios tucumanos. Onganía con el "operativo Tucumán" fortalecía los capitales monopólicos, mientras argumentaba implementar políticas para el desarrollo de la expansión industrial y diversificación agraria que resolverían la "crisis del azúcar" (Albarracín, 2013). Sus medidas económicas ocasionaron el cierre de 11 ingenios, pequeña y mediana industria, generando un caos social con desempleo de la mitad de la población activa, condiciones de habitación precaria sin servicios básicos, y pobreza extrema[46]. La única salida para esta población era la migración interna que, a juicio delos intelectuales, concluía aumentando las villas miseria. Luego de la visita a la provincia y la observación de esta realidad, la intervención *Tucumán Arde* fue concebida y realizada colectiva y multidisciplinariamente en los locales de la CGT de los argentinos de Rosario y Buenos Aires, durante 1968. Recuperando el manifiesto "Tucumán Arde" (Sarlo, 2001b), autoría de Nicolás Rosa y María Teresa Gramuglio, se proponía "no hay una relación de la obra y el medio, sino un objeto artístico capaz de producir por sí mismo modificaciones que adquieran la eficiencia de un hecho político" (Garbastzky, 2013: 125). Como parte de todo este movimiento de la vanguardia, entre los abril y septiembre de 1968, artistas rosarinos gestaron el *Ciclo de Arte Experimental*, conformado por Rubén Naranjo, Graciela Carnevalle, Juan Pablo Renzi, entre muchos otros[47]. Este ciclo trazaba una continuidad con las "Experiencias" de (1967/1968),

[45] M. E. Arechabala, B. Balve, G. Borthiwick, A. Bertolotti, G. Carnevalle, J. Cohen, R. Elizalde, N. Escandell, E. Favario, L. Ferrari; E. Ghilloni, E. Guria, M. t. Gramuglio, M. Greiner, R, Jacoby, J. Lavarello, S. Dupuy, R. Naranjo, D. Nullly, R. Perez Cantón, E. Pomerantz, N. Puzzolo,J.P. Renzzi, J. Rippa, N. Rosa, C. Schorck, N. Schorck, D. Sapia, R. Sara, M. Paksa.

[46] Ver sobre la situación social: Informe del CICSO (Murmis, M.; Sigal, S. y Waisman, C) "Tucumán Arde… Por qué? (1968).

[47] O. Boglione, A. Bertolotti, R. Elizalde, N. Escandell, E. Favario, R. Fernández Bonina, C. Gatti, E. Ghilloni, M. Greiner, L. Maisonnve, N. Puzzolo, J. Rippa.

realizadas por el Centro de Artes Visuales del Instituto Di Tella. Con auspicio de esta organización, el Ciclo llega hasta su tercera edición cuando se rompen relaciones con el instituto. Los artistas rosarinos denunciaron las condiciones de censura y opresión imperialista que el Premio Braque de la embajada francesa, establecía en las bases para participar[48]. En todo este clima de ideas e intercambio, artístico, político, gremial e intelectual, eclosionó el Rosariazo en mayo de 1969 (Viano, 2019).

La espacialidad de esta escena cultural parece no sobrepasar los límites de "La ciudad oculta", descripta en la nota de la revista *BOOM*. Sin embargo, el arribo del artista Rubén Naranjo a la Biblioteca Popular Constancio Vigil, en 1963, cambió el patrón de esa espacialidad. Naranjo había sido contratado por la comisión de la organización para realizar un mural en el nuevo edificio de su biblioteca central, luego, se convirtió en el director de su Escuela de Artes Visuales y, posteriormente, en el alma intelectual del proyecto que desarrolló esa organización popular en la zona sur de la ciudad. Para comprender los alcances de ese proceso, Natalia García (2014) en: *El caso Vigil. Historia Sociocultural, política y educativa de la Biblioteca Vigil (1933-1981)*, ha realizado una investigación pormenorizada de los vínculos políticos, intelectuales y educativos que evidencian la contundencia de la agrupación barrial en la periferia. Como ha planteado García (2014: 88), la incorporación de los sociólogos Hilda Habichayn y Héctor Bonaparte[49] a la institución consolidó un puente material y simbólico entre la zona céntrica y sur de la ciudad. Ambos venían trabajando para la institución realizando una serie de encuestas de los consumos culturales de sus socios. Pero de 1970 a 1975, Bonaparte fue el rector del instituto secundario y participó de la colección "Apuntes", donde un grupo de intelectuales locales de las ciencias sociales generaba contenidos sobre la situación educativa y sociocultural de la barriada. Cabe aclarar que, en el límite este del Barrio La Tablada se encontraban las multitudinarias villas miseria: La Tablada y Villa Manuelita.

Durante los setentas, esas conexiones personales ya no eran necesarias, dado la relevancia y la proyección que adquiere La Vigil, convirtiéndose en una centralidad cultural rosarina en sí misma. Esta visibilidad, en parte, se debió a la circulación de las publicaciones de la Editorial Biblioteca y su inmenso proyecto editorial. Allí, además, de la mencionada colección *Apuntes*, Adolfo Prieto dirigió la serie *Conocimiento de la Argentina* (1968-1976) y muchos escritores

[48] Para un análisis detallado de esta temática, ver: Longoni, A. y Mestman, M. (2000), *Del Di Tella a "Tucumán Arde", Vanguardia artística y política en 68 Argentino*, Buenos Aires: Eudeba.

[49] Los sociólogos habían llegado a La Vigil por invitación de Mario López Dabat que tenía a cargo el Departamento de Educación de la institución (García, 2014). Este último, era un docente renunciante de la Facultad de Filosofía y Letras y el columnista de política de *BOOM* (Aguirre, 2013).

como Juan José Saer con *La Vuelta Completa* (1966), publicaron sus obras. Al igual que otras formaciones culturales de la coyuntura, el objetivo de la editorial era insertar a Rosario y sus particularidades en ese mundo que se estaba modernizando y transformando. En este sentido, el álbum fotográfico *Rosario, esa ciudad* (1970) es un ensayo que conjuga imágenes y palabras de los escritores locales –todos con antecedentes en *BOOM*– para componer un retrato de la ciudad. En este documento, emerge la mirada desde el sur, no sólo de la ciudad, también, de su proceso de modernización. El contenido de este material se analizará en el último capítulo.

En efecto, bastante lejos del imaginario social donde la villa miseria era un problema negado en los sesenta, el presente recorrido identificó una proliferación de sus imágenes. La representación de los barrios de emergencia eran una problemática de la cultura urbana y una temática de discusión socio-cultural, disputada desde múltiples interpretaciones teóricas e ideológicas. En este marco, se considera que las villas miserias rosarinas configuraban un rasgo de la modernización que emergía al ritmo en que la ciudad se transformaba. Por ello, se identifica un conjunto heterogéneo de instituciones y formaciones culturales que se ocuparon de visibilizarla y analizarla. En esa intersección se observala escena cultural que pretendimos explorar en este capítulo.

Al aproximarnos a esta escena, las relaciones e intercambio puede que no se presenten tan claros. Ante ello, se trabaja con la idea deleuzeana del rizoma. Como la raíz que guía la anti-estructura del rizoma, el ideal de cambio cultural y transformación de la realidad, tanto reformista como revolucionaria, unificó un conjunto de experiencias y propuestas multifacéticas. En esa trama de múltiples espacios y perspectivas, no sólo creó una escena cultural única –y quizás irrepetible de colaboración colectiva– sino que, con una marcada influencia e intercambio de perspectivas teóricas y estéticas se visibilizó la situación de las villas miseria. En este sentido, Raymond Williams, en su planteo acerca de la heterogeneidad constitutiva de los artefactos culturales y artísticos, rechaza la idea de una inscripción simple del proceso de producción y funcionamiento social, donde estos se insertan. Para el autor, el proceso de producción y de circulación se identifica con un escenario del contraste o co-presencia de tendencias, "espacios activos donde se despliegan tiempos, cristalizaciones de la experiencia o de la ideología y prácticas sociales diferentes" (Sarlo, 1993: 15).

A continuación, se explorarán una serie de representaciones de la villa miseria, producto de ciertas prácticas intelectuales y culturales de la escena cultural, arriba descripta. Sin alejarse demasiado de la politización cultural de la época, este *corpus* de registros sociológicos,

imágenes fotográficas y discursos intelectuales han fraguado una mirada rosarina acerca de las villas miseria y el borde urbano.

Montaje.
Las representaciones de la villa miseria

Segunda parte

CAPÍTULO IV

Entre la migración y las villas de emergencia. Itinerarios de la investigación social en los márgenes del litoral

> "Flores y privilegios; el humo de las fábricas y la democracia. Este conjunto de imágenes que estaba formándose en un campo eclipsado por el crecimiento de la industria y las ciudades, ha sido persistente (…)".
>
> Raymond Williams, *El campo y la ciudad*. (1973:249)

Encuesta social / filmada

En el *Seminario sobre Problemas de la Urbanización en América Latina*, realizado en Santiago de Chile con el auspicio de ONU, CEPAL y UNESCO (1959), Gino Germani presentó su trabajo acerca de la Isla Maciel, un suburbio de Avellaneda, en el límite sur de la ciudad de Buenos Aires. Con esa ponencia, las villas miseria argentinas aparecieron como una problemática de interés para el estudio dentro de la renovada *sociología científica* que lideraba Germani. Esta investigación exploraba la informalidad habitacional y su profunda relación con las migraciones internas y el proceso de industrialización. Al mismo tiempo, la dimensión espacial, contundente en el problema de investigación, ocasionó que el proyecto se reconociera como la primera incursión del mencionado sociólogo en temas urbanos y el primer estudio sobre la ciudad, realizado en Buenos Aires con instrumentos teóricos y metodológicos de la *sociología científica* (Gorelik, 2008).

La investigación analizaba de modo preliminar los datos obtenidos a través de una serie de encuestas a la población de esa zona obrera dentro del área del Gran Buenos Aires[50]. Entre los objetivos que se esperaban del relevamiento, Germani buscaba: brindar una descripción de un grupo de migrantes que había llegado desde el interior al Gran Buenos Aires, detallando las motivaciones y circunstancias que impulsaban su desplazamiento. Otro de los objetivos era la observación de algunos aspectos de la vida de los migrantes en la ciudad para identificar una distinción entre los grupos de población con distinta antigüedad de residencia y, también, compararlos a los grupos nativos (Germani, 1962a). Para ello, se confeccionó una encuesta de tipo general e intensiva, destinada a grupos seleccionados de habitantes de la zona: inmigrados recientes, inmigrados más antiguos y nativos. El modelo de encuesta estuvo a cargo del

[50] En esa localización, el Departamento de Extensión Universitaria de la UBA había instalado un centro de acción social para realizar una encuesta de la población. La filiación con esta dependencia sirvió al equipo de sociólogos, dirigidos por Germani, para la presentación de su trabajo ante los habitantes y el pedido de colaboración en las encuestas. Según la propia exposición, estos sectores populares se encontraban reticentes a colaborar con organismos estatales, luego de la caída del peronismo.

Instituto de Sociología Argentina y Bonaerense (La Plata) y del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires). En esta breve descripción se identificaban algunos de los elementos de la redefinición de la disciplina propuesta por Germani. En sintonía con el cambio de paradigma científico-empirista que atravesaban las ciencias sociales a nivel internacional, la puesta metodológica del sociólogo auspiciaba el estudio de un caso concreto a través de encuestas y la observación participante, el establecimiento de correlaciones, y la formulación de generalizaciones empíricas y la construcción de modelos (Blanco, 2004).

En la lectura de Germani, la presencia de las villas de emergencia era el efecto de una aparente tendencia a la *desintegración social* que experimentaban sus migrantes internos, resultante de la acelerada urbanización que traccionó el crecimiento de las industrias en la capital nacional. En este marco, Germani distinguía dos espacios que integraban este barrio conocido como Isla Maciel. El primer espacio clasificado como *isla* estaba poblado por nativos del Gran Buenos Aires y migrantes que habían arribado hacía un tiempo considerable. Mientras, el segundo espacio denominado por el autor *villa* lo ocupaban los migrantes recientes. Como ya se explicó en el capítulo 2, y siguiendo el modelo *continuum folk-urbano* de Redfield, la investigación de Germani verificaba la existencia de lazos comunitarios más sólidos en la *isla* que en la *villa.* Según el análisis, en este último espacio, los recién llegados experimentaban una *transculturación a la sociedad urbana* que generaba la *desintegración social*. En efecto, los lineamientos de la *sociología científica* buscaban que el análisis de los fenómenos sociales se redujera a planteos puntuales con unas cuantas leyes o enunciados nomológicos. En cierto modo, este procedimiento fragmentaba la aproximación a las problemáticas sociales, opacando otros fenómenos que las atravesaban y determinaban (Topalov, 1990).

Mientras la *sociología científica* cobraba relevancia en Buenos Aires y su renovación intelectual ganaba lentamente terreno en los claustros universitarios (Blanco, 2004), otro modo de apropiación de algunos de sus presupuestos teórico-metodológicos se planteaban en el Instituto Nacional de Cine (1956-1976) de la Universidad del Litoral de la ciudad de Santa Fe (Birri, 2008). En esta línea, se inscribe el ejercicio foto documental que originó *Tire Dié*. En esta producción colectiva participaron los 38 alumnos del curso dictado por Fernando Birri, en 1956. El tema del mismo, “tire dié” o los pibes que piden monedas en el puente del Ferrocarril Mitre en los bajos del Salado a las afueras de la ciudad, se consensuó con los alumnos para visibilizar las problemáticas sociales urbanas. El argumento principal de la trama era elaborar una encuesta social con los habitantes de la barriada para evidenciar su situación de precariedad y retratar a los niños que realizan el “tire dié” en su vida cotidiana. La filmación se realizó durante

varias tardes de los años 1956, 1957 y 1958, con la participación de distintos grupos de alumnos. El mediometraje de una hora, factura del ejercicio, se estrenó en 1958 en la sede de la Universidad del Litoral con la presencia de sus protagonistas, los habitantes del barrio, y otras 4000 personas de toda la ciudad. El ideal colectivo se cumplía hasta en su recepción.

Tire Dié se concibió como la "primera encuesta social filmada". Según el plan de estudio del instituto de 1958, entre sus cursos teóricos se encontraban: nociones de Sociología y técnica de la encuesta social, y elementos de la Cultura General. La presencia de las ciencias sociales se relacionaba con la búsqueda de un estilo propio que atravesaba la formación académica. En efecto, este estilo no se destacaba por sus aspectos formalistas, sino por subrayar su contenido y sentido: "querer ser útil a la colectividad" (Birri, 2008: 58). Esta preocupación sociológica y etnográfica encuentra puntos de contacto con el cine-verdad francés. Uno de sus representantes, Jean Rouch, estudiante de etnología, había visto las primeras imágenes del trabajo de campo del antropólogo Marcel Mauss registradas con una cámara para sus clases. Inspirado por ellas, en su *film*, *Moi, no noir* (1958), mostró a obreros desempleados de Abidjan (Costa de Marfil) tomas de una producción en elaboración, mientras capturó sus comentarios improvisados. Ante la cámara, estos sujetos describen su cotidianeidad, sus percepciones más íntimas, sus sueños (Vellegia, 2009). Según Rouch, el objetivo era captarlos como "ellos mismos". En esta atmósfera, *Tire Dié* fusionaba el aspecto sociológico o social de la encuesta con el componente estético que se percibe en la segmentación del film en dos partes.

En la primera sección, más sociológica, se observa la "encuesta". Siguiendo la composición formal del documental clásico, la voz explicativa (*voice over)* guía la interpretación como mediadora entre la narración y los espectadores. Mientras, se suceden los testimonios de los habitantes de la barriada. Por otro lado, en la segunda parte, los recursos cinematográficos configuran una composición menos rígida que intenta transmitir, estéticamente, las vivencias y percepciones del "tire dié". Las imágenes descarnadas de los niños corriendo al tren y gritando *"tire dié", "tire dié", "tire dié",* en un coro de gritos, acercan al espectador a ésta experiencia a través de la fusión de las tomas que propone el montaje. Mediante la elección de cada encuadre, los realizadores imponen la identificación de su mirada sobre las escenas. Su punto de vista óptico se muestra con toda su estela de connotaciones y de implicaciones ideológicas (Gubern, 1992), donde resuena el compromiso político de visibilizar la marginalidad social. Ambas segmentaciones son atravesadas de modo transversal por una serie de problemáticas sociales que denuncia el contenido del film. En el inicio de *Tire Dié*, una serie de tomas cenitales de la ciudad de Santa Fe se fusionan con una contundente *voz en off* que enumera los hitos

de su pujante desarrollo. En contraste, las escenas subsiguientes muestran las vías vacías del ferrocarril y su entorno salpicado de ranchos humildes en los bordes de la ciudad. La centralidad de las vías parece metaforizar como la modernidad en su imparable avance olvida en sus márgenes a ciertos sujetos que no pudieron subirse a su tren.

Entre la conjunción del documental social y el cine realista, *Tire Dié* continua la premisa cenital del documental, ser prueba de la realidad. Como producto de la confluencia del cine y la realidad, esta obra inauguró una nueva senda del cine nacional, donde la realidad social se consideraba una materia a tratar en la factura cinematográfica. La visualización de esta marginalidad por el documental apelaría a remediar el olvido de la sociedad. Además de evidenciar la inmovilidad de estos sujetos marginales carentes de agencia para transformar su devenir que los colocaría en un lugar de víctimas del sistema. Su pasividad obligaba a otras fuerzas de la sociedad moderna, el cine y la revolución en este caso, a actuar para remediar su situación. Por esto, *Tire Dié* es, y será, un proyecto colectivo militante amparado en los preceptos de su coordinador, Fernando Birri, y la simiente del cine de liberación que dejó más obras de este estilo en los´60s.

Los trabajos de Gino Germani y Fernando Birri comparten la condición de inaugurales dentro de sus campos. Pero, a la vez, el empleo de la "encuesta social" como herramienta de exploración de la realidad produce un ensamblaje singular entre ellos. Distantes en sus concepciones ideológicas, cabe destacar que, recuperando a Morse, la arena cultural de la pequeña capital provincial dejó una marcada huella en la renovación -o creación- de la vanguardia cinematográfica, mientras la gran capital nacional sólo recibía y reproducía los postulados teóricos de la sociología norteamericana. A pesar de esta dicotomía, ambas influencias evidencian a la villa miseria como un problema de investigación y/o de compromiso político que se reflejaba en un amplio ámbito de cultural y refractaba una vida intelectual, en este caso, extendida hasta el litoral.

Entre estas localizaciones, la problemática urbana de las villas miseria rosarinas se transformó en una cuestión municipal hacia 1964. La proliferación de barrios de emergencia y el constante arribo de migrantes internos a la ciudad repercutió en las discusiones del Concejo Municipal, la creación de una comisión de investigación para su estudio y la puesta en marcha de medidas habitacionales paliativas. Con la interrupción de la dictadura, autodenominada "Revolución Argentina", en 1966, muchos de estos avances quedaron en suspenso. Sin embargo, a nivel nacional, el gobierno autoritario consideró el crecimiento de las villas miseria como un elemento retardatario para la modernización que estaba propiciando. En este marco, el combate de la

"anómia" urbana de las villas miseria se transformó en un tema central, como lo evidencia la sanción del PEVE (Plan de Erradicación de Villas de emergencia de la Capital Federal y del Gran Buenos Aires) en 1968 (Gomes, 2018). En la ciudad de Rosario, en 1969, el interventor municipal, Luis Beltramo, convocó una comisión para tratar este problema. Entre sus disposiciones, se solicitaba a varios institutos de la intervenida, ahora, Universidad Nacional de Rosario (UNR, en adelante), la realización de un estudio diagnóstico que se denominó: *Proyecto de investigación sobre la Marginalidad Social (Villas de emergencia) en Rosari*o (Doc N°2, 1969).

Aero-fotogramas. Estudio sobre la Marginalidad Social en Rosario

En 1969, como ya se mencionó, a pedido de la municipalidad, se solicitó a la UNR "participar de una Comisión Especial para el estudio integral de las Villas de Emergencia existentes dentro del perímetro de la ciudad." (Doc. N°2, 1969:1). A través de otro decreto, firmado por el rector interventor de la UNR, se creó una "Comisión Especial de la Universidad", para realizar estudios, trabajos e investigaciones sobre las villas miseria locales. Esta comisión se conformaba por: el Instituto de Planeamiento Regional y Urbano (IPRUL) de la Facultad de Ciencias, Ingeniería y Arquitectura; y el Instituto de Sociología, el Instituto de Antropología, y el departamento de Pedagogía de la Facultad de Filosofía –nombre que adquirió esa unidad académica al instituirse la UNR. La comisión se dividía en tres áreas de estudio: Socio-urbana a cargo del Prof. Arq. Raúl Fernández Milani[51]; Socio-económica coordinada por el Dr. Néstor Castagola y la Socio-cultural bajo la dirección del Dr. Alberto Sireau[52]. Con representantes de las mencionadas áreas, se constituyó un equipo interdisciplinario, bajo la supervisión del Dr. Roberto Brie. La designación de este filósofo, oriundo de la capital provincial, como director del Instituto de Sociología y responsable del proyecto, coincide con la intervención universitaria. Como ha planteado Lucas Rubinich (2007) para la UBA, muchos de los docentes que ocuparon

[51] Arquitecto egresado de la UNL. El Dr. Raúl Fernández Milani fue el primer director del Centro Universitario Rosario de Investigaciones Urbanas y Regionales (CURDIUR), creado en 1981.

[52] Era un sociólogo de origen belga, ordenado sacerdote, se instaló en la diócesis de Mercedes (1949). Posteriormente, se trasladó a Bélgica para dirigir el *Colegio para América Latina de la Universidad Católica de Lovaina* (1953), a instancias de la Santa Sede y a petición del cardenal Van Roey. Allí, funcionaba la *Conferencia Internacional de Sociología Religiosa* (1949) que estudiaba la realidad social-religiosa con fines pastorales en diferentes países. En este marco, Sireau realizó su doctorado en Ciencias Sociales, cuya tesis, basada en el Municipio de Mercedes, defendió en 1964. A su regreso a la Argentina, se dedicó al estudio de la población argentina en las Universidades de Córdoba y Rosario. Por ello, fue su representante en el *Simposio sobre políticas de población para la Argentina,* realizado en el Instituto Di Tella (1969), en el marco de las "Políticas de Población" para América Latina, fomentadas por la CELADE/CEPAL. Ver: Felitti, K (2004) "Una política demográfica nacional: debates y repercusiones del *Simposio sobre población para la Argentina* (1969)", en VIII Jornadas Argentinas de Estudios de Población, AEPA, Tandil.

las cátedras de sociología eran abogados, o profesores de historia, o filósofos, como en el caso de Brie, de formación católica. Estos recién llegados poseían poca o nula vinculación con el mundo moderno de la sociología académica que se había renovado en la primera parte de la década de 1960.

La propuesta de investigación de la comisión de la UNR se encontraba detallada en su proyecto: *Doc. N° 2: Proyecto de investigación sobre marginalidad social (Villas de emergencia) en Rosario* (1969). En términos generales, se trata de una revisión bibliográfica sobre la marginalidad social y los avances en investigación sobre las villas miseria. Sin embargo, en su formulación, el proyecto se interroga acerca de cómo afrontar el problema de la llegada de migrantes internos y su instalación en las villas miseria de los márgenes de la ciudad. A través de un estudio multidisciplinar de esa población, los objetivos generales de la investigación predecían una serie de posibles acciones para la *integración* de estos migrantes al medio urbano. El tono de la enunciación proponía una actitud de receptividad y la colaboración a la promoción social de estos sujetos, ya que los investigadores entendían como inevitable su afluencia del medio rural. Entre sus objetivos específicos, este estudio brindaría las herramientas analíticas para determinar las posibles soluciones habitacionales que oscilaban entre el acondicionamiento infraestructural de los asentamientos precarios y la relocalización de la población en la urbe.

Sin embargo, el centro de la investigación era problematizar la situación de *marginalidad social* que atravesaban los pobladores de las villas de emergencia en la ciudad de Rosario para, luego, determinar las posibles soluciones habitacionales. La perspectiva sociológica orientaba la investigación, más allá de los análisis específicos del área urbana, la estructura socio-económica o los aspectos psicosociales, antropológicos y culturales de los sujetos. En efecto, para mediados de los años sesenta, según Gino Germani (1981), el término *marginalidad* comenzó a utilizarse para referenciar las características ecológicas urbanas de ciertos grupos. Se consideraban marginales a los estratos de la población segregados en espacios sin sistema de servicios públicos, donde proliferaban las viviendas improvisadas y los terrenos se ocupaban de modo ilegal. También, se contemplaban las condiciones de trabajo y el nivel de vida de este sector de la población, considerando su ubicación en el sistema económico social de la producción y el consumo de bienes y servicios. Y, el modo por el cual las mencionadas condiciones se reflejan en las relaciones personales y comunitarias (Germani, 1981). En coincidencia con esta definición, los investigadores rosarinos identificaban en la distribución ecológica urbana a la "villa miseria" como el espacio que ocupaban los grupos marginados. La

focalización de la investigación sobre ese espacio, la *villa,* y su población determinaría posibles causas de no adaptación a la ciudad, como se explica en el siguiente fragmento:

> "… los grupos marginados, (están) enquistados geográficamente en la estructura urbana de localizaciones denominada "villa miseria", se debe diagnosticar con base ecológica la situación de mutua relación entre estructura urbana y esos asentamientos habitacionales en deterioro. A tal fin, deberán detectarse los desajustes entre el medio urbano recipiente y esas radicaciones, desajustes que constituirán el indicador físico de falta de integración funcional de los grupos humanos integrados y los marginados."
>
> (Brie, et. al, Doc. N° 2, 1969: 5)

Estas problemáticas de la *integración social* y las migraciones habían comenzado a ser estudiadas por Gino Germani en las décadas anteriores. Para luego, unificarse, junto a otras investigaciones latinoamericanas, en la corriente denominada *marginalidad cultural*. Estos trabajos vertebraban la justificación teórica del proyecto de la UNR. Entonces, el título de la investigación de la UNR, *Marginalidad Social*, ubicaba a su proyecto en las discusiones sociológicas de 1969, entre las vertientes de la *marginalidad cultural* y la *marginalidad económica* (Delfino, 2012) –que ampliaremos en el siguiente apartado. Aunque, los argumentos sociológicos enunciados en el proyecto recuperaban la perspectiva desarrollada por Gino Germani en las décadas anteriores. Las investigaciones del sociólogo se remontaban a la formación de la *sociología científica* y la disputa académica con la antigua *sociología de cátedra* que Germani desplegó en tres frentes: editorial, académico e intelectual, durante los años cincuenta. En ese marco, una primera influencia en la renovación de la sociología argentina se alineó con los nuevos debates disciplinares internacionales que giraban en torno a la crisis del *laissez faire* y de su sistema político fundador: el Estado liberal burgués, heredera de la segunda guerra. Con este diagnóstico, se justificaba la emergencia de la sociedad de masas y una tendencia creciente hacia la planificación de la sociedad que, posteriormente, se justificaría con la teoría de la modernización.

Asimismo, en el plano subjetivo, estos argumentos enfatizaban la funcionalidad creciente de las relaciones sociales que reflejaban un procedimiento cada vez más impersonal del mercado y del capital con la consecuente pérdida de la individualidad. Esta crisis se expresaba en ese "miedo a la libertad", ocasionado por la situación de "aislamiento y soledad moral que sufrían los individuos" en la sociedad de masas (Blanco, 2004). Esa nueva formación social que había producido una crisis en los modos tradicionales de *integración social*, no poseía los marcos institucionales adecuados para contener al individuo y restablecer sus vínculos con el mundo.

En la ausencia de esas relaciones sociales, Germani enmarcó su trabajo, "Anómia y desintegración social" (1949). En efecto, el tránsito de la sociedad tradicional a la moderna implicaba el choque entre dos culturas. Esto ocasionaba la aparición de múltiples modos de conducta divergentes, ya que los antiguos esquemas de acción y representación social no eran adecuados para la nueva situación social y su desajuste ocasionaba los efectos de la *desintegración social* (Blanco, 2003). Esta hipótesis, también, utilizada por Germani para explicar la supuesta inadecuación de los migrantes internos a la urbe en Isla Maciel (1962a), se conecta con la Escuela de Sociología de Chicago y sus investigaciones acerca de los procesos de migración a zonas urbanas estadounidenses, a principios del siglo XX.

Los investigadores de la Universidad de Chicago realizaron una serie de estudios basados en la observación y el análisis de esta ciudad que colaboraron en la renovación de la sociología estadounidense (Hannerz, 1980). Después de la segunda postguerra, la centralidad adquirida por esta sociología, en detrimento de la europea, se fundamentó en la temprana y sólida institucionalización que adquirió la disciplina en la mencionada universidad. Esta renovación, se considera una segunda influencia para la innovación disciplinar de la *sociología científica* que Gino Germani iniciaba en Argentina (Blanco, 2004). La perspectiva fuertemente empirista que adquirió la disciplina nacional se hizo eco de la metodología de la Escuela de Chicago. Este paradigma sociológico consideraba que la ciudad era un laboratorio social, donde el investigador indagaba la variedad de formas de vivir atravesadas por los oficios y las actividades que realizaban los diferentes grupos.

Con una fuerte presencia de George Simmel y la filosofía alemana, Robert Park, quizás el mayor representante de esta tradición chicaguense, identificó áreas urbanas (barrios), donde los individuos desarrollan formas de vida por su proximidad en el espacio urbano que denominaron *regiones morales o mundos sociales*. La base de este planteo era la *interacción* para comprender el desarrollo cultural de estos grupos, donde sus psicologías se compartían por una especie de "contagio" (Hannerz,1980). Estas concepciones biologicistas de la organización social se vinculaban a las investigaciones del primer referente de la Escuela de Chicago, Williams I. Thomas. Este sociólogo estudió a los inmigrantes polacos e insistió en el empleo de la investigación empírica sistemática. Thomas consideraba que la *desorganización social* se producía por el decrecimiento de la coacción de las reglas sociales de comportamiento existentes sobre miembros individuales de un grupo social (Hannerz, 1980). Según Alejandro Blanco (2003), para explicar la *desorganización social* provocada por los cambios de comportamiento y conducta en el tránsito de los individuos de las formas de vida rurales a las

urbanas, Germani acudió a la conceptualización de Thomas y a otros trabajos de esta corriente de la Escuela de Chicago, denominada interaccionista. Esta conceptualización de la *desorganización social*, en su versión germaniana, resulta central en el proyecto de la UNR.

A principios de los sesenta, junto con la promoción de la investigación social estadounidense en América Latina, mediada por organismos como la CEPAL, otros planteos teóricos de sociólogos estadounidenses (Universidad de Harvard, Berkeley y Columbia) comenzaron a circular por Latinoamérica. Estas teorías centradas en el desarrollo se incorporaron a las investigaciones de la *sociología científica* argentina que Germani había logrado liderar (Blanco, 2004). El eje de la discusión era el "desarrollo" como un problema en sí mismo, desplazando su significado *técnico* que sólo se enfocaba en los términos económicos. En su lugar, se lo consideró un proceso de carácter global que implicaba cambios estructurales e interdependientes, cualquier ajuste que se introdujera repercutía en modificaciones sobre toda la estructura social, económica y política (Blanco, 2004). Por ello, desde su concepción sociológica, el desarrollo se consideró una categoría política, ya que se interpretaba como un proceso "inducido" y no espontáneo, transformador de toda la sociedad.

Entre estas concepciones, el sociólogo estadounidense Talcott Parsons planteó sus hipótesis acerca de la teoría de la modernización que consolidaron el enfoque estructural- funcionalista. Simplificando al máximo su propuesta, Parsons estableció un criterio para explorar los factores sociales básicos del proceso de modernización. Una vez que se acordaban estos parámetros, se procedía a analizar los rasgos que distinguían una sociedad desarrollada de otras atrasadas económicamente. Se buscaba poder planificar en el subdesarrollo, el camino al desarrollo (Blanco, 2003). En medio del desplazamiento al paradigma del desarrollo, Gino Germani, en la primera parte de su libro, *Política y sociedad de masas en una época de la transición* (1962b), realiza una (re)lectura en clave parsoniana de los trabajos compilados, aunque estos se habían producido con anterioridad. Principalmente, se percibe una transformación en su concepción totalitaria del peronismo que desplaza a una interpretación desarrollista y modernizadora como un movimiento nacional-popular para asimilarlo a fenómenos similares de otros países en vías de desarrollo. Con este movimiento teórico, entre otras afirmaciones, el desarrollo abandonaba su exclusividad económica y la intervención del Estado ocupaba un lugar de privilegio como el agente por excelencia del desarrollo. Esta tercera influencia en la investigación sociológica argentina se aparta de la perspectiva teórica empleada para el análisis de las migraciones internas. No obstante, su incorporación a las disputas disciplinares resultó esencial por la incorporación de los modos de análisis, recursos y bibliografía –como analizamos en el capítulo

1. Esa atmósfera científica, habilitó muchas investigaciones en Argentina y Latinoamérica, destinadas a tratar problemas del subdesarrollo. El proyecto de la UNR acerca de las villas de emergencia en Rosario, es sólo un ejemplo entre muchos otros.

En este contexto de circulación teórica, los investigadores de la UNR identificaban como el principal disparador de la marginalidad urbana a la migración interna. La misma se había convertido en un flujo permanente y creciente que, en la última década (1960), afectaba a Rosario. En esta línea, y nuevamente desde Chicago, Robert Redfield[53] y su teoría del *continuum folk-urbano* brindaron una concepción del cambio social que explicaba la transición de la sociedad tradicional a la urbana. Sus trabajos guiaron los análisis sobre las migraciones internas y la formación de periferias de las ciudades latinoamericanas (Gorelik, 2008)[54]. Y algunos de los conceptos en discusión fueron (re)visionados por Gino Germani en: "Asimilación del migrante al medio urbano. Aspectos teóricos y metodológicos" (1969)[55], donde se postulan una serie de consideraciones empíricas y teóricas para el análisis de las migraciones internas. En principio, Germani definía tres conceptos teóricos para el estudio de las migraciones. Primero, la *adaptación* que entendía cómo los roles que el migrante desempeñaba en las diversas esferas de las que participaba y se vinculaban a su adaptación personal a la nueva sociedad. Segundo, la *aculturación* que evidenciaba el proceso de adquisición y aprendizaje, por parte de los recién llegados a los modos urbanos de comportamiento. Esta adquisición de nuevos rasgos culturales, o el enlace en la transición entre la sociedad rural y/o tradicional, y la sociedad moderna y/o urbana, acontece de diferentes modos. Con un aprendizaje superficial o con los rasgos que penetran profundamente en la personalidad de los migrantes. En tercer lugar, se rescataba el concepto de *participación,* donde se observaba el punto de vista de la sociedad recipiente. Germani distinguía dentro de esta noción a la *integración*, tan repetida en el proyecto de la UNR. Esta distinción significaba que un grupo de migrantes podría participar en una determinada estructura urbana, sin estar integrados a ella. Por ello, era importante que el grupo participara con sus funciones sociales, pero sí tal actividad era resistida o no aceptada por otros grupos, no se alcanzaría el proceso de integración.

[53] Robert Redfield (1897-1958) había estudiado abogacía, pero su atracción por Latinoamérica lo llevó a dedicarse a la arqueología del México primitivo. Luego de su matrimonio con la hija de Robert Park, su suegro impulsó a Redfield a realizar el posgrado en antropología que se dictaba en Chicago. Así, regresó a Tepoztlán (México) como antropólogo para su primer estudio etnográfico, publicado en los años treinta.

[54] Las ponencias del mencionado *Seminario sobre Problemas de la Urbanización en América Latina*, compiladas por Philip Hauser en *La urbanización en América Latina* (1960), agrupan las principales interpretaciones latinoamericanas de esta teoría: Gino Germani, José Matos Mar, Andrew Pearse.

[55] El artículo posee una versión anterior de 1965 en la *Revista Latinoamericana de Sociología*.

En el proyecto de la UNR estos conceptos se perciben en la propuesta de realizar: "un diagnóstico general de la situación de "marginalidad-participación" de los grupos sociales estudiados, en tanto grupo social, y como actor de toda una red de relaciones sociales económicas y políticas" (Doc. N°2, 1969:4). Estas ideas de asimilación de los migrantes a la urbe coincidían con el planteo de Germani (1969) acerca de la relación entre la migración, urbanización, concentración urbana y modernización. Para el sociólogo, la migración era una expresión del cambio que estaba transformando al mundo en un planeta de ciudades y metrópolis. Entre las transformaciones que ocasionaba el desarrollo, el desajuste o la *desintegración social* de los migrantes al medio urbano se resolvería a través de la integración-participación (o planificación social) y los estudios de expertos. Por ello, entre los objetivos del proyecto de la UNR, se buscaba identificar "los factores retardatarios o impulsores de la acción social (para colaborar) en la *participación*" de los recién llegados. El proyecto enunciaba su intención de contemplar las necesidades y expectativas del sector marginado, a través de instituciones que respondan a ellas y de la elaboración de los programas de acción y estrategias de promoción en las villas miseria (Doc. N°2, 1969: 6). Puntualmente, en el caso de las villas de emergencia de Rosario se distinguían las siguientes condiciones de marginalidad:

> "Se conviene que la población migrante proviene de las provincias litoraleñas del norte y del Paraguay (…)
> Las formas de no integración de las villas a la ciudad también son variables: depende de las faltas de oportunidades en la ciudad, en los empleos básicos de integración en el medio físico, económico y socio-cultural (…)
> En las villas formadas hace tiempo (antiguas) y, por ende, tendencialmente de mayor tamaño tienen características de *ghetto*[56] más acentuadas que las de formación reciente que poseen un tamaño menor (…)
> La situación de marginalidad genera diversos tipos de delincuencia y puede constituir un ambiente propicio para la explosión de distintos modos de violencia urbana"
>
> (Brie, et. al, Doc. N°2, 1969:11).

En este punto, la marginalidad no se pensaba sólo como un hecho estructural, sino también, como un proceso dinámico que exigía el análisis de su transición y sus elementos retardatarios. Los investigadores de la UNR sostenían que, en la Argentina, la marginalidad no era un fenómeno estacionario, como en otros países de Latinoamérica, sino un proceso de transición. El mismo se encontraba determinado por el ritmo interno de urbanización, la integración a sectores proletarios de la sociedad global, la estabilización del empleo y del ingreso en general, y la adopción acelerada de los instrumentos de la modernidad (Doc. N°2, 1969:5). Estas ideas

[56] Considerar el libro de *The Ghetto* de Louis Wirth (1928), una monografía acerca del barrio judío de Chicago y su condición de enclaustramiento urbano.

y las anteriores se vinculaban a una serie de planteos acerca de la movilidad social ascendente que caracteriza a la sociedad argentina (Sautu et al., 2010). Cabe destacar que aquí, se recuperaban estas hipótesis de la movilidad social para afirmar que, a través de la investigación de la UNR, se fomentaría la *integración* de estos sectores para sortear los obstáculos de la marginalidad.

Documentos de Trabajo. Investigación sobre marginalidad

Al igual que la formulación del proyecto, los resultados parciales de la investigación se compilaron en la serie: *Documentos de Trabajo. Investigación sobre marginalidad*. Estos documentos, en su mayoría realizan una revisión bibliográfica de los problemas específicos que involucraban a la marginalidad y se asociaban con las tres líneas de investigación. Primero, la línea socio-urbana partía de un diagnóstico para diseñar la vía de intervenciones habitacionales más adecuada, contemplando las intervenciones en el medio urbano o la selección de los predios para las relocalizaciones. Con autoría del arquitecto Raúl Fernández Milani, el documento N° 5: *Tipologías de Villas Miseria. Antecedentes para una formulación* consideraba que las villas miseria constituyen una de las evidencias urbanas del fenómeno de la marginalidad social. El cuaderno de trabajo ampliaba una taxonomía bibliográfica, donde se especificaban las tipologías de periferias urbanas, empezando por el *slum* inglés hasta describir todas las nomenclaturas latinoamericanas. Estas variaciones dependían del tipo de tenencia del terreno, tiempo de permanencia de los grupos marginados, razones de la localización, entre otras. Aunque, sin dudas, la clasificación más importante es la que destacan "los estudios sobre marginalidad y tugurios en América Latina". En ella, se recuperan las hipótesis de los antropólogos Robert Redfield y Oscar Lewis acerca de la aculturación aplicada a la cuestión urbana (Gorelik, 2008) que ya explicamos en su vertiente sociológica.

Fernández Milani, también, destaca los artículos de un autor colombiano, Cardona Gutiérrez (1967,1968), quién adaptó las mencionadas teorías a su realidad nacional y a sus participaciones en las discusiones de los organismos panamericanos. Con esta bibliografía, el arquitecto subraya que para pensar las intervenciones en las villas miseria se debe considerar cómo los migrantes llegan a la ciudad y se instalan allí, recuperando los interrogantes de Germani (1969), ahora aplicados a la cuestión urbana. La tipología del autor colombiano reconoce tres momentos y modos de asentamiento. La primera, al iniciarse la migración en América Latina, la población llegaba de modo escalonado del campo a la ciudad, ubicándose en zonas periféricas, fáciles de invadir y baratas. En segundo lugar, al aumentar la tasa de

urbanización, los inmigrantes se mudaban de pequeños pueblos al centro de la ciudad. Sólo tras haber permanecido cierto tiempo en los inquilinatos centrales, se movían y conformaban barrios periféricos. Por último, una vez organizados esos barrios, esos espacios crean condiciones favorables para la recepción de los migrantes que directamente llegan allí desde el campo, sin escalas y sin permanecer en el centro de la ciudad (Doc. N°5, 1969: 7). A pesar de que en ningún punto del documento se trata la situación específica de Rosario, cabe destacar aquí, el interés del autor por presentar un panorama complejo de las variaciones que encerraban los barrios de emergencia, matizando el criterio unidimensional de la "anómia" para describirlos.

> "El término peyorativo que se ha venido aplicando a los tugurios para señalarlos como "el cáncer de las ciudades" debe ser revaluado en vista de que los estudios más conscientes del problema indican, de una parte, que ellos no son otra cosa que formas de adaptación de los individuos a un medio ambiente (…) que están determinadas por las condiciones mismas que ese ambiente les impone, y de otra, que en ellos se encuentra una potencialidad de la comunidad para solución de problemas (…) En otros términos debemos mirara el problema desde un ángulo positivo y no desde el negativo común de una enfermedad social incurable" (Roberto Pineda Giraldo, "Resumen y conclusión del Primer Seminario sobre Tugurios. Bogotá, 1966").
>
> (Fernández Milani, Doc. N°1, 1969:2)

En este estrato que abre el cuaderno de trabajo N°1: *Villas Miseria, hipótesis para una investigación*, Fernández Milani plantea que el problema de los asentamientos es un problema de planificación urbana integral y debe ser enmarcado en los planes de desarrollo regionales y nacionales. Las soluciones contemplarán y estarán en conformidad con: 1) las características de los habitantes; 2) las políticas de seguridad social y 3) la política nacional urbana (Doc. N°1, 1969:1). El autor deja bastante claro que la villa miseria no es un problema urbanístico de la ciudad de Rosario, como lo había sido el conventillo. En este sentido, explica que la estructura física de las ciudades no está preparada para asimilar el crecimiento de la migración. Y a ese problema se agrega el carácter psicosocial de los recién llegados, incapaces de integrarse totalmente al sistema cultural urbano. Este proceso de ocupación del espacio sin una integración cultural produce una población "eminentemente frustrada, vale decir agresiva" (Doc. N°1, 1969: 5). En su argumentación, el arquitecto reproduce una serie de esquemas teóricos sobre las diferentes etapas de la aculturación en el migrante y cómo éste, registrando la pirámide social urbana, se esforzará en ascender socialmente, produciendo el cambio social anunciado por las teorías.

Sin embargo, se proponen soluciones urbanísticas para resolver el problema de la aculturación. Este ideal se alínea con los planteos de John Turner y la *autoconstrucción asistida* – explicada ampliamente en el capítulo 2. Fernández Milani argumenta que "las tesis más importantes de este trabajo están elaboradas por el Arq. John Turner del MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts)" (Doc. N°1, 1969:26). En este punto, se recuperan las estrategias diseñadas por Turner para el tratamiento del problema. Turner proponía la adecuación e integración de la masa migrante, a través de la preparación de áreas para su recepción en viviendas transitorias y/o autoconstruidas. Con esto se esperaba amortiguar el proceso de aculturación y la disminución de la "expresión física" en la ciudad de la marginalidad. En un segundo momento, se preveía la erradicación y relocalización en viviendas transitorias, previas a las definitivas, o el mejoramiento urbano con cierta adecuación e integración. Según Fernández Milani, las erradicaciones no se determinaban por las aspiraciones o necesidades de los propios pobladores, sino que debían adaptarse a la estructura y funcionamiento urbanos. Así, la aculturación o modernización de los sectores migrantes se reducía a las aparentes expectativas de obtención de cierto tipo de viviendas (Doc. N°1, 1969: 18). Aun guiado por Turner, la solución a la marginalidad apuntaba a la planificación urbana y la producción de viviendas que implícitamente derivaba en la erradicación.

La línea socio-cultural se encontraba interesada en analizar los aspectos subjetivos del sector marginal, interrogando las motivaciones del proceso migratorio, el sistema de valores y creencias de los migrantes, las formas de organización y liderazgo de éstos, entre otros. Del material relevado, se buscaba determinar índices de aculturación e impacto de la modernidad en la estructura socio-culturales de los sujetos entrevistados. En el cuaderno N° 3: *La aculturación y la reinterpretación a través de los bienes materiales y la formación de mitos en la "Villa Miseria" de Rosario*, Nejama Lapidus de Sager[57] y Mario C. F. Cellone[58], los autores se preocupan por explicar la aparición de las villas en las ciudades. En una primera

[57] (1914-2011) Nació en Bakú, antiguo Imperio Austrohúngaro, migró a Argentina muy joven. Se recibió de maestra y de Licenciada en Letras en la Universidad de La Plata. Con una amplia trayectoria académica, enseñó Antropología Cultural en la Universidad de La Plata y Lingüística en la Universidad Nacional del Rosario (Se registra de 1966-1972). Nunca dejó de dedicarse a la literatura, cuenta en su haber con varios libros, y en su trabajo antropológico se destaca la convivencia y trabajo de campo con los indios mocovíes en San Javier (Norte de la Provincia de Santa Fe), registrada esta experiencia en su libro, *Historia de la niña que se convirtió en paloma* (1992).

[58] (1919-1972) Nació en Turín, Italia, llegó a Argentina en 1934. Fue ordenado sacerdote Marista en 1953, se dedicó a la enseñanza de Biología en el Colegio Marista de la ciudad de La Plata. Es considerado el primer antropólogo argentino. Se recibió de Licenciado en Antropología en 1961, en la Universidad de La Plata, y en 1962 obtuvo el título de doctorado en la misma institución Entre 1966 y 1972, dictó clases en la carrera de antropología en la UNR. Ver, Bonobo, M. y Prates, L. (2019) *Historia de la Arqueología en el Museo de la Plata. Las voces de sus protagonistas,* Bs. As.: Sociedad Argentina de Antropología; La Plata: UNLP.

aproximación recuperan el argumento de la aceleración del proceso de industrialización que moviliza grandes contingentes de población rural hacia los núcleos urbanos con escasez de vivienda (Doc. N°3, 1969: 1), citando partes del artículo, "Villas miseria y desarrollo industrial en la Argentina" (1962) de Elena I. y Palermo E. Sus propuestas se basan en la interpretación de los datos cualitativos del trabajo de Gino Germani, "Estructura Social Argentina" (1955) y algunas conclusiones compiladas en *La urbanización en América Latina* (1962). Entre estas posturas existía un amplio consenso, donde los expertos desarrollistas apuntan a los determinismos económicos para justificar la migración interna. Principalmente, se destaca la condición de estancamiento económico que atravesaba Argentina desde 1948. Pero también, se subraya la repercusión del estancamiento en la demanda de mano de obra a sectores terciarios, y no industriales; y el peso de la expulsión rural en detrimento de la atracción industrial. Así, la miseria del campo condiciona el éxodo de los trabajadores rurales y la formación de villas miseria, donde sus condiciones de vida no eran peores a la anterior situación campesina. En este punto, Lapidus de Sager y Cellone, recuperaban el planteo de Mario Margulis que indaga la formación de las villas, separándose de las hipótesis de las fuerzas de la industrialización y la falta de viviendas en las ciudades. Con su libro, *Migración y marginalidad en la sociedad argentina* (1968)[59] Margulis focaliza el fenómeno migratorio interno, desde sus interrelaciones, sin descuidar la realidad social y económica del país.

Antes de presentar su problema de investigación, Lapidus de Sager y Cellone se interrogan acerca de ¿Qué nombre podemos darle a esos "conglomerados urbanos o periurbanos de viviendas precarias"? Sin bien los autores realizan una indagación clasificatoria no muy alejada al Cuaderno de Trabajo N° 5: *Tipologías de Villas Miseria. Antecedentes para una formulación,* lo significativo del interrogante era discutir el carácter de transitoriedad de la villa, que ya aparecía en el planteo de Mario Margulis (1968). Con este objetivo, el primer cuestionamiento de los investigadores se centra en la definición de "villas de emergencia" que el Estado utiliza oficialmente para estos espacios, desde la sanción de la ley 17.605, popularmente PEVE. Según los autores, el concepto no profundiza en la notoriedad del fenómeno y ubica al espacio en la cultura de transición, respaldadas por las ideas de cambio social, presentes en Gino Germani. Este argumento no abarca la totalidad del problema que el apelativo de "transitorio" desdibuja, "Son agrupamientos ciertamente precarios, urgentes, pero tienen cierto carácter

[59] Basándose en las discusiones sobre la migración rural, el sociólogo Mario Margulis realizó para este proyecto un intensó trabajo de campo en Campana, pueblo rural de la provincia de La Rioja. Se destaca la renovación de las influencias sociológicas y antropológicas como: Oscar Lewis y *Los hijos de Sánchez* (1965), o *Antropología Estructural* de Claus Levi Strauss (1958).

definitivo y definitorio" (Doc. N°3, 1969:5). Como se explica el siguiente fragmento, basados en estos cuestionamientos, los autores emplean el término "villas miseria":

> "Proponemos, entonces, mantener la designación popular aceptada para el español en la Argentina, de "villas miseria", término que alude muy bien a la minusvalencia económica y la situación de adherencia y no integración, "marginalidad" de las villas con respecto al tipo de viviendas y modos de vivir del complejo urbano"
>
> (Sager, N.y Cellone, M. Doc. N°3, 1969: 6)

Los investigadores consideran la vida en la villa miseria de los migrantes como una "subcultura", cuyo estudio exige un respeto por lo diferente. Guiados por la antropología social o cultural, se plantea entender al grupo y a su cultura como un sistema con sus propias leyes, considerando que, en su migración a la ciudad, se aproximan a otros grupos, atravesando un proceso de aculturación y cambio. Aunque no aparece citado, a través del fragmento de Margulis, se recupera la hipótesis de Oscar Lewis de la "cultura de la pobreza" (Lewis, 1965/1972). En efecto, es la hipótesis de Mario Margulis (1968) de la cual los antropólogos se apropian para definir a la villa miseria:

> "La "villa" es una oportunidad de supervivencia que la ciudad ofrece a los migrantes de clase baja, reservando su personalidad del impacto de un cambio demasiado violento en las normas y pautas de relación, mediante la estructuración de un medio en donde muchos de los elementos de su cultura de origen tienen aún vigencia y que les brinda status igualitario –dentro del endo-grupo– que lo cobijan de la hostilidad del medio exterior."
>
> (Sager, N.y Cellone,Doc. N°3, 1969: 7)

El desarrollo del documento de trabajo continúa con la reflexión acerca de la oposición entre la *transculturación* y *aculturación*. A pesar de recurrir a bibliografía innovadora como *Contrapunteo cubano: tabaco y azúcar* (1947) de Fernando Ortiz, los autores concluyen que el proceso de aculturación y transculturación son empleados como sinónimos, sin sortear sus especificidades (Doc. N°1, 1969: 11). En este punto, sus argumentos dan un giro hacia a los planteos de Melville Herskovits, un antropólogo chicaguense, discípulo de Franz Boas. Considerando los estudios acerca de los nativos africanos de este autor, se interpreta la aculturación enfatizando en la transmisión cultural, "la difusión es el estudio de la transmisión cultural conseguida, mientras que la transculturación o aculturación lo es de la transmisión cultural en marcha." (Doc. N°1, 1969: 13).

Con esta premisa, Lapidus de Sager y Cellone manifiestan su intención de, por un lado, el estudio de la aculturación o transculturación que tiene lugar en las villas miseria de Rosario, y por otro, de los bienes materiales y el nacimiento de los mitos en esos espacios. Para ello, su metodología era la observación participante y las entrevistas en el lugar. Un primer tópico

indagaría la posesión y uso de bienes materiales, centralizado en vivienda, su composición material y los bienes que contiene. No se especifica en qué parte de la ciudad se recogería esta información. Las referencias concretas del modelo de encuesta y registro se referencian en la experiencia del PEVE y sus núcleos habitacionales transitorios. Aunque, en el texto sobrevuela la idea de que el relevamiento sería posible, porque las villas rosarinas van a ser erradicadas como en el caso porteño (Doc. N°1, 1969: 16).

Un segundo tópico, basado en los planteos de Joseph Cambell (1959), es la creación de los mitos grupales, como una proyección en el caso de una situación de privación e inseguridad, y que suele visualizarse como una compensación en la fantasía de las ansiedades grupales. Es decir, los autores intentarían recoger la mayor cantidad posible de versiones de fantasía que se manifiesten en la ordenación mitológica de habitantes de las villas miseria de rosario, considerando otras experiencias de trabajo de campo en San Javier, Santa Fe (Lupidus, 1992) y algunas localidades del norte argentino (Margulis, 1968).

Lapidus de Sager y Cellone se interesaban por detectar el proceso de aculturación. Para ello, consideraron como hipótesis la probable interpretación que implica la selección adoptiva de los mitos, creados por estos sujetos en el momento del cambio del medio rural a la ciudad con el primer impacto urbano. Más específicamente, y guiados por Levi Strauss (1958), los autores pretendían detectar las distintas versiones que adquiere el "mito popular urbano" (personajes relevantes de la cultura popular), donde se configura una identificación en la fantasía popular (grupos marginados), destacando el progreso o cambio favorable en la experiencia de vida. Los resultados parciales de esta parte de la investigación se publicaron en la *Revista Universidad* de la UNL (N°82, 1971): "La identificación con los ídolos urbanos de la canción y el deporte como indicador de una actitud abierta al cambio en tres villas miseria de Rosario, Santa Fe, Argentina". El trabajo de campo y la observación participante se realizaron en tres villas: Campo de Mayo en la zona noreste de la ciudad, junto a Empalme Granero (Rosario) y el Terraplén (localidad de Pérez) en la zona noroeste.

A diferencia de la mirada alternativa del Cuaderno de Trabajo N°3, el otro trabajo del área socio-cultural, Cuaderno de Trabajo N°7 *Marginalidad y pseudo-socialización anticipada* de Roberto Brie y Ana María Pérez[60], se alínea con los planteos más cientificistas de investigación de la UNR. La villa miseria se referencia como a una patología urbana originada en movimientos migratorios internos rurales-urbanos que renuevan el fenómeno de manera permanente. Debido a esa imposibilidad, se agrupan en "…asentamientos de "emergencia", inestables y

[60] Psicóloga egresada en la UNR

periurbanos, que se han convertido en los últimos años en uno de los fenómenos más duraderos de los grandes conglomerados urbanos latinoamericanos." (Doc. N°7, 1969: 1). El documento busca explicar sociológicamente la primera etapa del proceso de construcción de la marginalidad social. Esta se identifica como "pseudo-socialización anticipada". Este constructo, asociado con el establecimiento de un tipo ideal, caracteriza la contemplación en la consciencia del migrante del proyecto migratorio. Esa ilusión concluye con una situación marginal urbana.

Brie y Pérez afirman seguir el planteo de Oscar Lewis y *La cultura de la pobreza* (1965/1972 [1967]), donde se subraya que "…en lo psicológico, la frustración del marginado se ver reforzada por un concepto circular de tiempo, es decir, que el marginal está orientado básicamente hacia el tiempo presente con relativamente poca capacidad para posponer sus deseos y de planear racionalmente el futuro." (Doc. N°7, 1969:3). En la situación marginal, la frustración y la agresividad caracterizan al sujeto. Los autores definen este proceso como "sociabilidad anticipada". El marginal no planea racionalmente el futuro, sino que traslada el futuro al presente y lo vive emotivamente y anticipadamente en los deseos y percepción. Esta actitud aparece en la marginalidad rural y reaparece en la marginalidad urbana.

Según los autores, en esta situación debe indagarse las motivaciones de la migración, porque es donde aparece la "pseudo-socialización anticipada". Este proceso es específico del orden psicosocial a nivel de conciencia del actor, pero se origina en la base de su sistema de relaciones sociales. Es decir, la "pseudo-socialización anticipada" se despliega desde el mundo externo hacia la comunidad, ocasionando cierta desintegración grupal. En ese punto, el sujeto individual concibe el proyecto personal de mejorar su situación migrando a la ciudad. Este proceso de transferencia y sus propias expectativas se trasladan a la imagen simbólica de la urbe, "efecto de encandilamiento". El esquema presentado por los investigadores brinda una respuesta posible a la correlación entre migración y marginalidad. Con fuertes argumentos cientificistas, estas interpretaciones que recaen en la condición individual de los marginados o los villeros acentúan la construcción de un ideal peyorativo sobre estos sujetos. El mismo se conjuga y fusiona a la imagen de las villas de emergencia como "el cáncer de las ciudades". A través de estas representaciones sociales y urbanas, los expertos, además, construyen imágenes fragmentadas acerca de las condiciones materiales que ocasionan los desajustes de la modernización. Ante esto surge el interrogante: ¿La modernización se puede desarrollar sin ocasionar ciertos desajustes (marginados-villas miseria)?, o ¿los desajustes (marginados-villas miseria) son la condición para lograr la modernización?

Por último, la línea socio-económica se ocuparía de estudiar la estructura ocupacional y clasificar a la población económicamente activa (desocupados, ocupación disfrazada, ocupación estacional y trabajo infantil). Entre el *corpus* de documentos encontrados no se registra ninguno con este relevamiento, ni tampoco datos bibliográficos de su responsable el Dr. Néstor Castagola, se estima que se especializaba en estadística. Sin embargo, con fines estadísticos, se presenta entre los Cuadernos de Trabajo, el N° 4: *Villas de emergencia. Informe básico de fotointerpretación área-mosaico 1968 y mosaico complementario 1964- Ciudad de Rosario. Comisión especial Decreto 37.401 de la intendencia municipal.* Este documento explica la metodología utilizada para realizar una cartografía, factura de una serie de fotos aéreas –lamentablemente no se cuenta con ellas. En ellas se registran la ubicación y otros datos estadísticos de todas las villas miseria de la ciudad de Rosario, en 1968. Cabe destacar que, la construcción de este mapa de villas (Ver, FIGURA N°4) ha sido utilizada por otros investigadores en trabajos académicos, como "Las villas miseria en Rosario" de Areces, N. Roncoroni, G. y Ossana, E. *Revista Polémica* (N° 62, 1972), y a través de ellos se recupera la representación gráfica de este mapeo –ver imagen N°4. En la introducción del informe, Roberto Brie agradece a la Municipalidad y al Ejército por el valioso material, y explica:

> "La presente tarea fue llevada a cabo por personal especialista del Destacamento de Inteligencia Militar 121 "Rosario", en cumplimento de una orden del Sr. Comandante del 2° Cuerpo de Ejército. El vuelo aerofotográfico estuvo a cargo de la II Brigada Aérea, tarea que fue consumada el mes de noviembre de 1968, tramado en catorce recorridos (…) 550 fotogramas y el número de pares estereoscópicos alcanzó los seiscientos cincuenta, siendo su superficie mayor que la del mosaico."
>
> (Doc. N°4, 1969: 3)

La cartografía registra un primer estudio aproximativo del volumen de las villas miseria rosarinas. La tarea de fotointerpretación fue realizada por un reducido grupo de especialistas, cuya labor comportó dos fases. En la primera fase, se analizó la documentación cartográfica, tanto los registros catastrales como las fotos de las villas de emergencia, para orientar el armado del mosaico fotográfico. Para ello, se procedió a un estudio preliminar del mosaico obtenido, la foto-impresión de los pares mediante el uso de anteojos estereoscópicos e instrumental de mediación suplementario. Luego, se comprobó *in situ* de los resultados de la tarea foto-interpretativa: localización total y verificación de algunos guarismos. Como comprobación secundaria, se tomaron aerofotografías panorámicas a baja altura y fotografías terrestres. En la segunda fase se confeccionaron los cuadros con ubicación, localización, recuento de viviendas por número de habitantes, áreas afectadas, áreas comprendidas,

porcentajes de viviendas por hectáreas, cálculo estimativo de población, etc. Y, por último, se concluyó con la redacción del informe, Cuaderno de Trabajo N °4.

Cabe aclarar que la metodología comparativa del informe, se realiza con un relevamiento de población y villas de emergencia de 1964. De los datos obtenidos con este procedimiento, se destacan una serie de observaciones. En 1964, existían en la ciudad 34 villas de emergencia, a diferencia de 1968 que aumentaron a 65. La cantidad de viviendas precarias ubicadas en las villas eran de 4284 unidades en 1964, y en 1968, habían crecido a 8304 unidades, destacando que casi se duplicaron. Según un Informe policial de 1967, la población total de los conglomerados precarios ascendía a 18.820 habitantes. Para el muestreoaero-fotografico, la población villera era de 52.483 habitantes en 1968, (Doc. N°4, 1969: 4-6). Las variaciones en los datos demográficos con el Informe Policial (1967) se atribuían a una diferencia en la metodología de medición. Sin embargo, el documento N° 4 subraya un crecimiento acelerado de los barrios de emergencia en el corto tiempo transcurrido desde el relevamiento de 1964.

Desde el punto de vista de la ubicación en la trama urbana, el estudio visibiliza un despliegue de las Villas de Emergencia que se incrementan de Norte a Sur y de Oeste a Este en la parte meridional. Su mayor concentración es en el extremo Este. "De su estudio integral se evidencia una cadena de pluralidad de villas de pequeño tamaño en orden progresivo y ascendente en superficie, concentración y densidad desde el Norte hacia el Sur, llegando a su magnitud máxima en su extremo sudoeste, sobre la costa del Río Paraná en el Barrio San Martín, Sáenz Peña (actualmente, La tablada y Saladillo), etc." (Doc. N°4, 1969: 9). Como planteaban los documentos de trabajo de la Prefectura del Gran Rosario (ver capítulo 2), la cadena de villas de la costanera sur se volvía a identificar aquí. Además, los expertos y los militares afirmaban que "… (el) despliegue (…) ha sido posibilitado, fundamentalmente, por superficies adyacentes a las vías férreas, paseos y solares públicos en estado de proyectos y sectores de costa de propiedad fiscal sin ocupar. Este aspecto merece un estudio catastral de mayores detalles." (Doc. N°4, 1969: 10).

Este variado *corpus* de Cuadernos de Trabajo se caracteriza por una heterogeneidad de miradas que se despliegan entre las teorías neopositivistas y estructural-funcionalistas de la sociología, tímidas renovaciones del pensamiento antropológico y los estudios urbanos, y la influencia avasallante de un desarrollismo que, desde la influencia militar y católica, sólo parece rememorar la versión panamericana de los años cincuenta. Las circunstancias de su creación y circulación, a pedido de un Estado en dictadura, aportan otros elementos para pensar cómo

aparecen muchas de las representaciones académicas y estatales de las villas miseria de la ciudad, y cómo se han sedimentado.

Reportaje/ trabajo de campo

En su dimensión bibliográfica, los autores de la investigación de la UNR se posicionan próximos a la *marginalidad cultural* y los trabajos de Gino Germani. Entre las citas bibliográficas en ningún momento de toda la investigación se registran las definiciones alternativas, propuestas por la *marginalidad económica*. Como el relevamiento fue solicitado por un Estado autoritario, hubiese sido extraño que estos académicos se aproximen a las definiciones de la *marginalidad económica*. Esta segunda vertiente, se asociaba con la teoría de la dependencia y sus principales representantes argentinos eran José Nun y Miguel Murmis (Delfino, 2012). Aunque estos investigadores habían sido discípulos de Gino Germani – radicado en la Universidad de Harvard en Estados Unidos desde 1965 (Blanco, 2004)–, sus formaciones de posgrados en el exterior y el retorno al país en la coyuntura política de la dictadura, los inclinó hacia otras perspectivas teóricas e ideológicas. Además, Nun y Murmis integraban la larga lista de docentes expulsados de las cátedras de sociología de la UBA por la dictadura. Por ello, junto a otros intelectuales como Eliseo Verón, Silvia Sigal, Inés Izaguirre, Juan Carlos Marín y Beba Balvé, formaron el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO). Según el testimonio de Beba Balvé, el centro "(era) es producto del ascenso y lucha de masas de 1960-70" (Balvé, 2005: 2).

En su libro *Marginalidad y Exclusión* (2003), José Nun recupera el concepto de *masa marginal* que había publicado en un artículo de la *Revista Latinoamericana de Sociología* en 1969. A partir de este planteo, comenzó la disputa en torno a la noción de marginalidad que generó las mencionadas controversias, e incluso se extendió a la discusión sociológica del ámbito latinoamericano. Según la hipótesis de Nun (2003), desde mediados de los años cincuenta, se desaceleraron los indicadores del crecimiento económico mundial y comenzó a visibilizarse la inequidad que este proceso ocasionaría. La miseria se extendía en ciudades, donde crecían las villas. Mientras, los golpes militares se volvieron un recurso habitual sobre los incipientes intentos de democratización, como atestiguan las historias nacionales de los países latinoamericanos. En este contexto, la literatura sociopolítica latinoamericana comenzó a discutir la noción de *marginalidad*.

Los postulados de José Nun y la *masa marginal* se situaron en el campo del materialismo histórico, apelando a la relectura de Karl Marx y Louis Althusser. Según estos parámetros, la

masa marginal se conformaba por la superpoblación relativa que no producía efectos funcionales en la acumulación de capital con su ocupación laboral mayormente ociosa. Para el autor, esta población que rememoraba el *viejo ejército de reserva* definido por Marx (1867), con su actividad productiva estacional, informal y principalmente desarrollada en el sector terciario, no movilizaba los resortes del capital, quedando en los márgenes del sistema. A pesar de los intentos de Nun por aventurar una respuesta sistemática al problema de la *marginalidad,* la categoría *masa marginal* fue excesivamente criticada por su concepción estructuralista. El autor ha intentado responder a ellas, trabajando los ensamblajes entre la concepción abstracta de la *masa marginal* y los diversos casos de desarrollo desigual, combinado y dependiente, producidos en América Latina, con sus formas de producción pre y proto-capitalista que muestran la aplicabilidad de su concepto (Nun, 2003). En el marco del *Tucumán Arde* (1968), el trabajo realizado por el CICSO acerca de la situación social de los trabajadores azucareros recuperaba en un caso concreto los planteos del desarrollo desigual y la marginalidad.

Aquí, también, se observa las conexiones de los institutos de investigación y su centralidad como ámbito de discusión intelectual con la Universidad intervenida por los militares. Con su concepción multidisciplinar, el Instituto Di Tella acompañó la efervescencia social e intelectual, en la transición entre ambas décadas. Como parte de estos desplazamientos teóricos para aproximarse a la marginalidad y las villas miseria, el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR, en adelante) del Instituto Di Tella –antiguo IPRUL – con su migración a Buenos Aires experimentó una transformación de sus influencias sociológicas para el desarrollo de sus estudios urbanos. Más cercana de su locación rosarina, las investigaciones de mediados de los sesenta dialogaban con los estudios de Gino Germani y los planteos del urbanismo latinoamericano.

Esta perspectiva se observa en los trabajos sobre los aspectos sociales de la urbanización rosarina, realizados por Floreal Forni y sus colaboradores (Hardoy y Tobar, 1969). En estas investigaciones del sociólogo, los estudios de casos se enfocan en la migración rural entre localidades cercanas a la ciudad de Rosario y una aproximación a través de relevamientos de las villas miserias de la ciudad para el mismo momento (Forni, 1969). Aunque el Instituto Di Tella no dejó de recibir financiación para investigación de organismo norteamericanos[61], los trabajos acerca de las problemáticas urbanas nacionales asumieron un carácter más crítico, a principio de los setenta que se profundizó en el período peronista. Estas investigaciones se

[61] Ver: Petra, A. (2009) "El Proyecto Marginalidad Social": Los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo" en *Intervenciones* N°8/9.

encontraron alineadas a la creciente influencia de la teoría de la dependencia y el compromiso político y social de los intelectuales nacionales. Entre las tesis sobre las villas miseria de la ciudad de Buenos Aires, se destacan los aportes de Alicia Ziccardi, Oscar Yujnovsky, Ernesto Pastrana y Beatriz Cuenya – considerados actualmente autores de la bibliografía de consulta clásica acerca de esta temática.

El trabajo de campo que caracterizó a las mencionadas tesis del CEUR sobre las villas miseria porteñas, tampoco se observa en el proyecto de la UNR sobre *Marginalidad Social*. La investigación no produjo una aproximación empírica a barrios marginales concretos, excepto uno de los estudios (Sager, Toraglio y Cellone, 1971). Incluso, el gran análisis aero-fotográfico, recuperado para el proyecto, construye una metáfora de lejanía con estos espacios periféricos, donde las villas rosarinas son observadas desde arriba y a distancia. Por el contrario, la investigación "Villas de emergencia: el cinturón de la miseria", dirigida por el sociólogo Héctor Bonaparte para la nota central de la revista *BOOM* N°7 (1969), se destaca por un modo alternativo de acercarse de este fenómeno urbano y rescatar los testimonios de sus pobladores. Como argumenta Stedman Jones (1996) de la exploración urbana realizada por Frederic Engels, cuando escribió *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, es tentador explicar que la condición burguesa del autor influyó para privilegiar sólo el método de la observación en los barrios bajos de Manchester. Engels, según Foucault, había procedido del mismo modo que los médicos, los policías y los arquitectos de las prisiones que el investigador francés estudió. Es decir, ejercía la autoridad incontestable de un saber/poder que no admite réplica, autoridad que los historiadores tradicionalmente asociaron a la burguesía del siglo XIX. Sin embargo, el paseo urbano de Engels, a pesar de todos sus aspectos repulsivos, se relacionaba con la metodología de aproximación a los pobres que implementaba la "encuesta social" del siglo XIX. Al desvincularse de estos procedimientos etnográficos, "dando la palabra a los pobres", se desvanecería la visión de la pobreza como una forma brutal de deshumanización. En su lugar, Engels subrayaba esa condición de la clase obrera, distanciándose de las opiniones preconcebidas y moralizantes de los reformadores sanitarios. Con una concepción similar a la mirada de Engels sobre la pobreza a mediados del siglo XIX, el equipo de *BOOM* se aproximaba a las condiciones de vida en las villas miseria, ensayando un ejercicio inverso. Sólo "dando la palabra" a los villeros a través de un reportaje, el resto de la sociedad dimensionaría la situación compleja que atravesaban estos sectores de la ciudad.

La línea editorial de *BOOM* orientaba sus artículos centrales al perfil testimonial, el espíritu crítico y de denuncia. Los cambios que atravesaba la estructura social de la ciudad "de medio"

–una multiplicidad de rupturas de intensidad y significado diferencial de acuerdo con la pertenencia generacional, sociocultural y genérica– se plasmaron en la publicación. De cierto modo, la línea editorial redirigió las preocupaciones colectivas, fragmentadas de los distintos sectores de la población, para componer notas mensuales que funcionaran como espejos de sus inquietudes (Tonello, 2013). En esa senda, el artículo sobre las villas miseria estudia y reflexiona sobre los sectores más empobrecidos de la ciudad. Asimismo, la presencia del sociólogo Héctor Bonaparte[62] en la organización de la investigación, otorga al informe una aproximación sociológica que sin desprenderse completamente de algunas preconcepciones de la teoría germaniana (García, 2015), encuentra puntos de contacto con los desarrollos de la *marginalidad económica* y la teoría de la dependencia.

El informe se inicia con un recorrido histórico que detalla el crecimiento casi incontenible de estos conglomerados de viviendas precarias a nivel mundial, en América Latina y Argentina. La gran calidad del relato, desplaza al lector por la fisonomía de algunas de las villas miseria de la ciudad: "Desde la avenida Pellegrini hasta las puertas del Swift, en una gran franja que se recuesta sobre las barrancas se hallan las dos villas más populosas de Rosario: La Tablada y Bajo Saladillo" (*BOOM*, 1969: 18). Esta visualización, también, se amplía, afirmando que casi la mitad de la población villera habita en estos márgenes. Como ya se había mencionado en otras investigaciones, la franja sureste concentraba la mayoría de los habitantes, aunque las villas miseria se extendían rodeando toda la ciudad, no sólo su costa. Según el informe, el atractivo de este último espacio obedecía a distintos factores: "el puerto no es el único foco de atracción; también está el Swift, que además de alimentar a la barriada de Pueblo Nuevo (a la que hay que distinguir de las villas) en la que viven los obreros con trabajo permanentemente, provee también de ocupación esporádica "en la carne" a los lumpen de ambas villas" (*BOOM*, 1969: 19). No obstante, la descripción de la vecina *María* aportaba otros indicios de por qué se elegía esta franja del río:

> "Por aquí (Bajo Saladillo) anda mucha buena gente islera, pescadores, que se afincaban por un tiempo acá ¿ve?, y luego se volvían. Cuando la isla se pone brava, porque no hay trabajo, porque la pesca anda esquiva, según las correntadas, o si está alto, o si está bajo ¿ve? Y entonces la gente viene y se establece. Por eso las casitas son así, como levantadas en un día. Pero claro (…) algunos se van quedando y haciendo familia".
>
> (*BOOM*, 1969: 18)

[62] Ver otro trabajo del autor: Bonaparte, H. (1990) "Los que llegaron del interior", N°6, *Historias de aquí a la vuelta*. Rosario: Ediciones de aquí a la vuelta.

Al poner el acento en las transformaciones estructurales de la industrialización y la descomposición de la sociedad rural, los periodistas referencian varios elementos que influyeron en el escenario social y económico que originó las villas. Se focaliza en los casos de las familias que escaparon de las crisis regionales agrícolas, migrando desde sus provincias de origen en busca de nuevas fuentes de trabajo:

> "*Gregorio* no vacila en la respuesta: "Es siempre el trabajo. Ellos me han dicho que en el Chaco no hay nada. Ya mi abuelo se vino de Tucumán con las alforjas vacías, porque no había trabajo. Cosa de no creer: es gente que a veces trabaja por la comida, por el agua, a lo mejor". *Sebastián* es más contundente en su apreciación: "Esa gente no ve dinero nunca: va vales". Trabaja para quién, para el bolichero, para los terratenientes. La única gente que vive bien en las provincias son los terratenientes, pero la gente humilde siempre ha vivido bajo la pata de ellos. Claro, ahora la gente ya se ha avivado un poco, ha dicho: en vez de estar aquí muriéndome de hambre nos vamos a otro lado; han tomado coraje, y se han venido".
>
> (*BOOM*, 1969: 19, el subrayado es nuestro)

En su desarrollo, la nota emplea algunas referencias a otras investigaciones sociológicas y antropológicas. Para explicar la expulsión rural se puntualiza: "Este es el típico caso de los "expulsados" de las zonas rurales más pobres del país: una investigación efectuada en Chilecito (La Rioja) demostró que el 95% de los casos, la falta de trabajo o los salarios bajísimos eran la causa determinante del abandono del campo" (*BOOM*, 1969: 18). Esta es una clara referencia al citado trabajo de Mario Margulis sobre la Rioja. No obstante, el recurso teórico no concluye allí, además, se explica: "Son gente que en su tierra pertenecía a la falange de los ociosos por la fuerza, o de *mano de obra rural descalificada*. Aquí en el Bajo Saladillo, o *no hacen nada*, o changuean, o en algunos casos, explotan la recolección de residuos o el cirujeo" (*BOOM*, 1969: 18, el subrayado es nuestro). Desde el marxismo, la argumentación parece aproximarse a la definición de *masa marginal* (Nun, 2003), aunque el desarrollo de la nota periodística no termina de dilucidarlo.

> Aprovechando el lado de sombra que arroja la casilla de madera, lata y cartón, *Celestino* matea parsimoniosamente con su mujer y una de sus hijas. "Aquí donde usted ve -afirma con dulce tonada norteña- yo he tenido mi buen salario en el ingenio San Pablo, en mi provincia. Luego las cosas se pusieron tan malas que vendimos todo lo que pudimos de nuestras pertenencias y nos largamos para el sur, con la señora, las dos hijas y el chiquito. Sin saber bien adónde iríamos a parar. Pero allá no aguantamos más: estábamos cansados de tomar agua sucia de acequias, de comer mal y nunca, de ver a la gente morirse despacito".
>
> (*BOOM*, 1969: 20)

Entre las múltiples dimensiones de registro de estos bordes urbanos que rescatan los entrevistadores, se dedica un apartado, "un modo de vivir", a las condiciones materiales de los

villeros, enfocándose en su hábitat. La nota enfatiza las acciones cotidianas de estos sujetos destinadas a mejorar la situación de precariedad, “el desorden de las casillas levantada en cualquier hueco, la pobreza y el deterioro de los materiales, no implica, sin embargo, el desamor de los “villeros” por su vivienda” (*BOOM*, 1969: 21). Estos humildes detalles de decoración en las casillas se atribuyen al cuidado femenino de la vivienda. Algunas flores, un cuadro familiar, algún santo, Perón y Evita, Gardel, Rosario Central podrían leerse como testimonios de las teorías de la aculturación. No obstante, en la estructura de la nota, responden más a ordenar y embellecer una materialidad que siempre ha sido percibida por su dimensión monstruosa (Sarlo, 2006). En efecto, el desorden observado en las viviendas se atribuye a la extensión reducida de sus ambientes, donde se dificulta la disposición de: camas, cajones, sillas, mesas, zapatos, “algún insólito paraguas”. Este ambiente obliga a vivir en el presente de cada día, según los acontecimientos de cada jornada y el movimiento que los habitantes en el interior de la vivienda permitan.

La recurrencia a los giros estilísticos en el tono de la crónica, junto a unos diez entrevistados con nombre propio, convierten a esta nota de *BOOM* enun trabajo sobre el terreno que rememora la experiencia periodística de Robert Park en la Escuela de Chicago y el empleo de la técnica del reprotaje para la producción etnográfica (Hannerz, 1980). En este sentido, la nota es muy rica en información que busca matizar la descripción de la situación marginal, reproducida por el gobierno militar y los medios masivos. No obstante, los autores no corrigen la condición de precariedad material de la población villera, sólo amplían a la mirada sobre las villas miseria con otros lentes de observación.

Sólo para concluir, cabe destacar que, en la segunda etapa desplegada en el período 1973-1975, la Comisión Especial de la UNR se había disuelto o desafectado de sus funciones, en los documentos no se explica qué ocurrió. Pero, la investigación sobre Marginalidad Social continuó a cargo de la Psicóloga Ana María Pérez, desde el Consejo de Investigaciones de la UNR (Pérez, 1975). De este momento, datan dos informes: “La percepción de la situación marginal” de A.M. Pérez (1973) y el “Informe sobre la marginalidad social. Un estudio de la ciudad de Rosario” (1975) de la misma autora. Ambos escritos proyectan un estudio de caso de las cadenas migratorias y el lugar de origen de los migrantes internos que arribaban a Rosario, similares al trabajo de Hugo Ratier en Isla Maciel. La ausencia de las encuestas realizadas a las poblaciones de origen y los registros de campo dificultan la reconstrucción del derrotero de esta investigación, más allá de sus resultados presentados en los informes que no varían sustancialmente respecto a los planteos de la primera parte de la investigación.

Este montaje de fragmentos inconexos de investigaciones sociológicas olvidas o no producidas con fines académicos constituye un repertorio de aproximaciones a la investigación de las villas miseria en la ciudad de Rosario que tienen como objetivo evidenciar, a pesar de todo lo supuesto, el amplio despliegue de trabajos con perspectiva sociológica sobre esta problemática urbana. Quizás, la difusión de los preceptos de la urbanización latinoamericana y el desarrollismo aporten una posible respuesta a esta proliferación. Sin embargo, es pertinente pensar que Rosario auspició en su clima de innovación teórica, cultural y académica como laboratorio de ciertas experiencias de investigación sociológicas iniciales que quedaron truncas o discontinuadas por infinitos motivos y exceden a la perspectiva del desarrollo. Como parte de la construcción de una mirada propia sobre la ciudad y sus problemáticas sociales y urbanas, en el próximo capítulo se explorará otro montaje acerca de la narrativa de la modernización, construido por la mirada descentraliza de la Biblioteca Vigil.

CAPÍTULO V

Entre la costa y los barrios populares. Otra narrativa de la modernización en las fotografías de *Rosario, esa ciudad*

> "En Argentina, en el lenguaje corriente, se denomina "villero" al personaje que vive en la "villa". Esta no es una exclusividad de este país, sino que constituye una constante en América Latina. Allí donde la vida urbana florece, surgen también indefectiblemente, núcleos de vivienda precaria.
>
> Los nombres varían de un país a otro (cantegriles en Uruguay, favela en Brasil, barriadas en Lima, callampas en Chile y ranchos en Venezuela), pero las características son las mismas: condiciones salubres y sanitarias deplorables, viviendas fabricadas con lo que más a mano se tiene, bajos ingresos o desocupación, constituyen el medio ambiente donde se mueve una masa rural que debe enfrentarse día a día a la difícil tarea de asimilar pautas culturales y las normas de vida que la urbe le exija."

Julia E.V. Novillo Quiroga, "Villero" en: *Términos Latinoamericanos para el diccionario de Ciencias Sociales*. Grupo de Trabajo Desarrollo Cultural: CLACSO-ILDES (1976: 249).

Encuadres

En 1962, Antonio Berni participó de la Bienal Internacional de Arte de Venecia (BIAV). El máximo reconocimiento de la trigésimo primera edición de la BIAV fue otorgado a una serie de grabados presentados por el artista plástico rosarino. A partir de este galardón, Berni consiguió hacer más relevante la dimensión estética de su obra. Sin embargo, los protagonistas de esos xilo-collage eran los seres mitológicos que habitaban en el territorio de una realidad mixta, compuesta tanto por la representación artística como por la realidad urbana. Juanito Laguna y Ramona Montiel construyen y viven en el borde. Se apropian del margen de la urbanización, hacen suyas las fronteras de las ciudades del litoral. Habitan cerca de los vaciaderos de basuras, los cursos de agua apenas domesticados y las chimeneas humeantes de las fábricas. Asimismo, son el producto de ese encuentro clandestino entre el damero regular, la traza del ferrocarril, los muelles del puerto y las barrancas del río. Allí las prolijas líneas de la ciudad se tuercen y se enmarañan y el mapa deviene laberinto (Farinelli, 2013). El telón de fondo de las

figuras de Juanito y Ramona es la ciudad, pero no se trata de la ciudad del centro, una ciudad que es, al mismo tiempo, industrial y residual. A través de nuevas técnicas de composición, que incorporan los *collage-assemblages*, los grabados de Berni hacen visible a esos personajes y sus escenarios urbanos. El margen y sus habitantes conviven en conjuntos donde se encuentran humanos, animales, materiales de desechos, las siluetas metálicas de la industria, el verde apagado de una naturaleza, a la vez, potente y cautiva. En estas imágenes la forma, el procedimiento y la temática resultan imprescindibles, todos los componentes se ensamblan y movilizan a través de una diversidad de técnicas, materiales, temáticas y formas. El xilo-collage abre en el soporte una huella y, por efecto de la superposición de los materiales, establece un registro de las ruinas de lo real. Sobre el horizonte del xilo-collage ondea el río,en sus aguas se encuentran lo que desaparece y lo que aparece, el trauma y el síntoma, lo hundido y lo emergente, lo oculto y lo revelado.

María Rosa Ravera enlaza el mundo urbano y sus figuras mitológicas al referirse al realismo figurativo de esta etapa de la obra de Berni:

> "La particularización alcanza los ángulos más imprevistos y próximos, al descubrir que lo real está en la calle, en las villas miserias, cuyos desechos ofrecen la generosa dádiva de un reluciente y oxidado testimonio, documento magnífico que de ahora en adelante campeaba en su pintura (...) Juanito Laguna (...) en los grabados premiados en Venecia, se halla inmerso en una naturaleza un tanto idílica, en la que quizá halla su felicidad. Siempre con el trasfondo de la gran urbe, se lo ve dedicado a la pesca, remontando el barrilete, o meditando junto a su perro. Es el muchachito humilde de la ciudad; Berni lo salva del anonimato con un dibujo preciso, sintético, dominante y objetivo."
>
> (Ravera,1968: 40-41)

En gran parte, el reconocimiento obtenido por los xilo-collages de Berni en la Bienal de Venecia fue el motivo por el cual el Museo de Bellas Artes Juan B. Castagnino adquirió esas obras para su colección. A través de figuras arquetípicas del litoral, Berni no sólo innovó en el ámbito técnico y formal sino que generó una nueva visibilidad del espacio urbano marginal y de la nueva pobreza migratoria. Ese campo de representaciones resultaba prolífico para la experimentación y el montaje de técnicas artísticas-expresivas y sociológico-realistas. Pocos años antes, como se mencionó en el capítulo anterior, esta misma fórmula había sido explorada

Imagen N° 5: Álbum *Rosario, esa ciudad*

desde la imagen movimiento en *Tire Dié* por el grupo de cineastas reunidos en torno a Fernando Birri (1960). Esos fotogramas se abrían a las fisuras de la ciudad modernizada. La fotografía fragmentaba lo social, rompía la ciudad (Sontag, 2006). Convertía lo urbano en una especie de caleidoscopio capaz de recomponerse y serializarse a través de la materialización de un continuo de fotografías: una película o un álbum fotográfico. Allí, las infraestructuras oxidadas, los ferrocarriles percutantes, los cursos de aguas caudalosos, las villas miserias olvidadas y otros intersticios quedaban expuestos como llagas mal curadas de la modernización. Estas nuevas imágenes, modernas tanto en su producción como en su captación y exhibición, comenzaban a ganar un lugar entre los cuadros capturados por las cámaras.

Otro espacio de producción artístico-cultural era la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil del Barrio Tablada de Rosario. Los bienes culturales acuñados por la Editorial de la Biblioteca establecen un diálogo tan complejo como fructífero entre ciertos elementos de la experimentación formal, los temas de la cultura popular y las conexiones del compromiso político y social. La experiencia editorial de "La Vigil", a grandes rasgos se asienta en el último tramo de la oleada de experimentación y expansión de la producción editorial iniciada en 1935. Ese impulso comenzó a ralentizarse luego del golpe de 1955, pero conservó sus niveles históricos. En 1975, la industria del libro, como muchas otras en la Argentina, experimentó una fuerte caída debido a la combinación de una violenta devaluación que afectó los costos del papel y a la creciente censura ideológica que preludiaba el golpe de estado del año siguiente. La Editorial "Biblioteca" de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil se inauguró en 1966, bajo los últimos auspicios a la producción editorial. Este tipo de iniciativas, contaba con un proceso de conformación que implicaba, hasta cierto punto, niveles crecientes de lo que en la economía industrial se denominó integración vertical: impresión, circulación, publicidad, venta, etc.

A partir de las nociones del canje internacional, la Biblioteca Vigil generó un departamento de publicaciones. Al frente de la organización y la diagramación, se designó a Rubén Naranjo que contaba con amplia experiencia como diagramador. Entre las iniciativas editoriales, se destacaba la búsqueda de modos de captar, representar y expresar el paisaje y la geografía del litoral. Las artes visuales fueron una parte especialmente destacada de estos emprendimientos. En 1965, la colección IMAGEN, se inició con *Oda al Paraná* (1965) que surgió de la confluencia de un poemario de José Carlos Gallardo, periodista del Diario *La Capital*, y las obras de varios artistas plásticos. A los versos de la *Oda* le sucedían un conjunto de presentaciones de los pintores. Una serie de retratos de Carlos Alonso, Juan Batlle Planas, Francisco García Carreras, Mario Darío Grandi, Rubén González, Omar Herror Miranda, Matías

Molinas, Ricardo Supisiche, Carlos E. Uriarte, Julio Vanzo, Roberto Viola acompañaban a los datos biográficos y a fotografías de las obras de los distintos autores. Las imágenes pictóricas seleccionadas, bajo un procedimiento no explicitado por la publicación, interpretaban la totalidad y/o algún fragmento del poema. Esta relación de respetuoso diálogo y autonomía relativa entre la imagen y la palabra caracterizó a la colección.

En el corazón de la imaginación de esta obra, latía un interés por el paisaje y los hombres del litoral[63]. Esa obsesión había fructificado entre las mesas y sillas de un boliche de calle Santa Fe, donde noche tras noche acudían Omar Herrero Miranda y José Carlos Gallardo. Las conversaciones giraban alrededor de la interacción y solapamiento entre el hombre y su medio geográfico. La producción artística y cultural se manifestaba interesada en recuperar las fuerzas telúricas y las energías metafísicas que moldeaban la identidad de los habitantes del Litoral. No se trataba de conversaciones ordenadas y analíticas, más bien tendían a concentrarse en un acercamiento afectivo al modo en que se definía la manera de ser en este paisaje y en estas ciudades del litoral argentino. *Oda al Paraná* fue compuesto y corregido en las mesas y sillas de esos bares anochecidos. El poema fue interpretado, traducido a imágenes, por unos diez pintores y sus obras. El Paraná se convertía en esas páginas, en esos versos y pinturas en un tema principal de la cultura urbana de Rosario. En la sala de Antonio Carrillo se expusieron los textos y las pinturas en la muestra *Diez pintores y un poeta*. A modo de catálogo de la muestra y añadiendo la obra pictórica de Roberto González, surge el libro editado por la editorial de la Biblioteca.

Este volumen se convirtió en un territorio de experimentación y una prueba piloto para la editorial. En sus interiores se exhibía, al mismo tiempo, un perfil vanguardista y una vocación de contacto con y construcción de un público. La editorial sostenía una fuerte organización y planificación de sus actividades. Natalia García (2014: 74) ofrece el testimonio de uno de sus organizadores, Rubén Naranjo, acerca de la manera en que Boris Spivacov, el mítico fundador de CEAL y director de EUDEBA, asesoró al emprendimiento editorial rosarino. A pesar del apoyo prestado por Spivacov y su experiencia con las editoriales culturales masivas porteñas, La Biblioteca estaba orientada a producir una línea de publicaciones regionales, capaz de rivalizar y cuestionar la hegemonía porteña en la producción del libro.

[63] Acerca de este punto, ver: Miranda, J (2019) “Geografías culturales” del Litoral en los ’60. Crónica, poesía y cine. Valenciana, (24), 209-228.

Imagen N°: Sin autor (1970:1)

En parte, a esas preocupaciones prácticas obedecía la forma en que se seleccionaron los contenidos regionales de las ediciones. La Editorial "La Biblioteca" funcionaba como una usina de producción y circulación cultural con un fuerte arraigo en el mundo popular. Según Naranjo, los contenidos estaban pensados en función de las posibilidades de llegar al público y de generar conocimiento sobre aspectos poco esclarecidos en el escenario de la cultura local. Había zonas específicas de la colección que apuntaban a dar respuestas a problemas culturales y socioeducativos que impactaran en los sectores más desfavorecidos de la *barriada*. Naranjo testimoniaba que la selección del material pasaba por dos filtros: uno compuesto por los miembros y organizadores de "La Biblioteca" y otro conformado por "la gente del barrio". Con esas lecturas e intercambios cruzados, el producto adquiría solidez, sensibilidad y accesibilidad. Ese proceso constituía la base de un trabajo de extensión universitaria y científica con fuerte correlación con la comunidad. En gran parte, el enraizamiento de la editorial en la comunidad se basó en un particular sistema de distribución regional que incluía una venta casi puerta a puerta de los libros (García, 2014: 76-77).

Rosario, esa ciudad es sobre todo un álbum fotográfico. Sin embargo, a ese conjunto de imágenes de la ciudad se añaden una serie de textos literarios que acompañan a la fotografía sin explicarla, sin suplementarla ni sostenerla. En este sentido, la serie de fotografías no sólo atesoran experiencias, sino que también son una guía para comprender esas vivencias. Como señala Bourdieu (1998) la fotografía es un artefacto de objetivación, una maquinaria capaz de transformar la observación en producción y de constituir a la mirada en un punto de vista y una interpretación. Además, el artefacto encuadernado muestra dos formas de producir representaciones e imágenes de la ciudad que se entrecruzan, se contradicen, se narran y se silencian mutuamente. Es precisamente en ese gesto de montaje, donde *Rosario, esa ciudad* confía en el silencio de la imagen. Los textos no atribuyen sentido adicional, no marcan, no pliegan, no hacen hablar, más bien dialogan con la imagen a una distancia prudencial y en una posición de respetuosa autonomía. Se trata de una composición que hace del contrapunto, la enumeración y el montaje algunos de sus procedimientos clave. El ensamble de esas operaciones y productos compone un ensayo fotográfico y literario, del que participan varios escritores y profesionales de la fotografía convocados, a principios de la década de 1970, por la Editorial "La Biblioteca". El volumen reúne unas ciento veinte fotografías de Rosario, tomadas por diez fotógrafos y una fotógrafa -Antonio Carrillo, Edgardo Galante, Francisco Gray, Héctor Martinelli, Carlos A. Milanesi, Juan R. Naranjo, Rodolfo Quinteros, Carlos Saldi, José Mario Saldi, Rosa Nelly Traversaro, Daniel Ureta- y los textos de cinco escritores -Carlos Alberto

Garramuño, Rafael Ielpi, Juan Carlos Martini, Jorge Riestra y Rodolfo Vinacua. La diagramación y las labores de edición estuvieron bajo el cuidado de Rubén Naranjo y Jorge Vinacua.

Uno de los puntos más novedosos de este artefacto cultural consiste en los modos de presentación de los márgenes urbanos y, en especial, de la villa miseria. Se trata de una mirada y una perspectiva que enlazan un punto de vista intelectual y artístico-cultural, una perspectiva que observa a la villa como un fenómeno sociológico, histórico y político y como un hecho capaz de integrarse a la estética de una ciudad que se sabe en transformación.

Sontag (2006) afirma que algunos fotógrafos se erigen en científicos y otros en moralistas. En el artefacto bajo estudio, uno y otro rol aparecen entremezclados. Tanto en *Tire dié* como en *Rosario, esa ciudad,* el juicio moral queda suspendido y es traducido estética y políticamente. Las series fotográficas, quizá con más precisión que los textos, exhiben una probada habilidad para captar el pulso y la movilidad popular de la ciudad. En este marco emergen, detrás de la gran fotografía del kiosco de revistas, las imágenes de los barrios populares que desembocan en el río, el Arroyo Saladillo y la villa.

En buena medida, esta lectura del álbum fotográfico *Rosario, esa ciudad* intenta mostrar cómo la imagen negativa forma parte de la cristalización de un discurso social que no cuenta con una historia ni con un espacio de (re)producción continuos y cuyas imágenes y representaciones poseen más pliegues y aristas que las presentadas en las *etnografías visuales* contemporáneas de la monstruosidad urbana de Buenos Aires (Sarlo, 2009).

Rosario, esa ciudad configura un corpus desarrollado a partir de un trabajo colectivo que involucró ilustraciones fotográficas e intervenciones textuales. El álbum puede ser leído desde distintas perspectivas. La primera vinculada a las nociones de Roland Barthes (1992) acerca de la lectura de las imágenes en el plano semiótico como si efectivamente se tratara de textos. Ese punto de vista desarrollado en “Retórica de la imagen” ha merecido amplias matizaciones en *La Cámara Lúcida* y en las aproximaciones críticas de Susan Sontag (2006) *Sobre la fotografía* y de John Berger (2016) en *Modos de Ver*. Sin embargo, este conjunto plantea un punto de vista construido desde la crítica literaria en torno a la imagen fotográfica. Otro tipo de trabajos está vinculado con la historia y el espacio de la fotografía en el devenir de las tecnologías de captación, representación y expresión de lo real (Krauss, 2002 y Tagg, 2005). Este tipo de aproximaciones nos permiten pensar los testimonios fotográficos a través de lecturas que tienden lazos con su contexto de producción y el contexto sociocultural que las imágenes procuran captar-expresar y en el que buscan ser leídas.

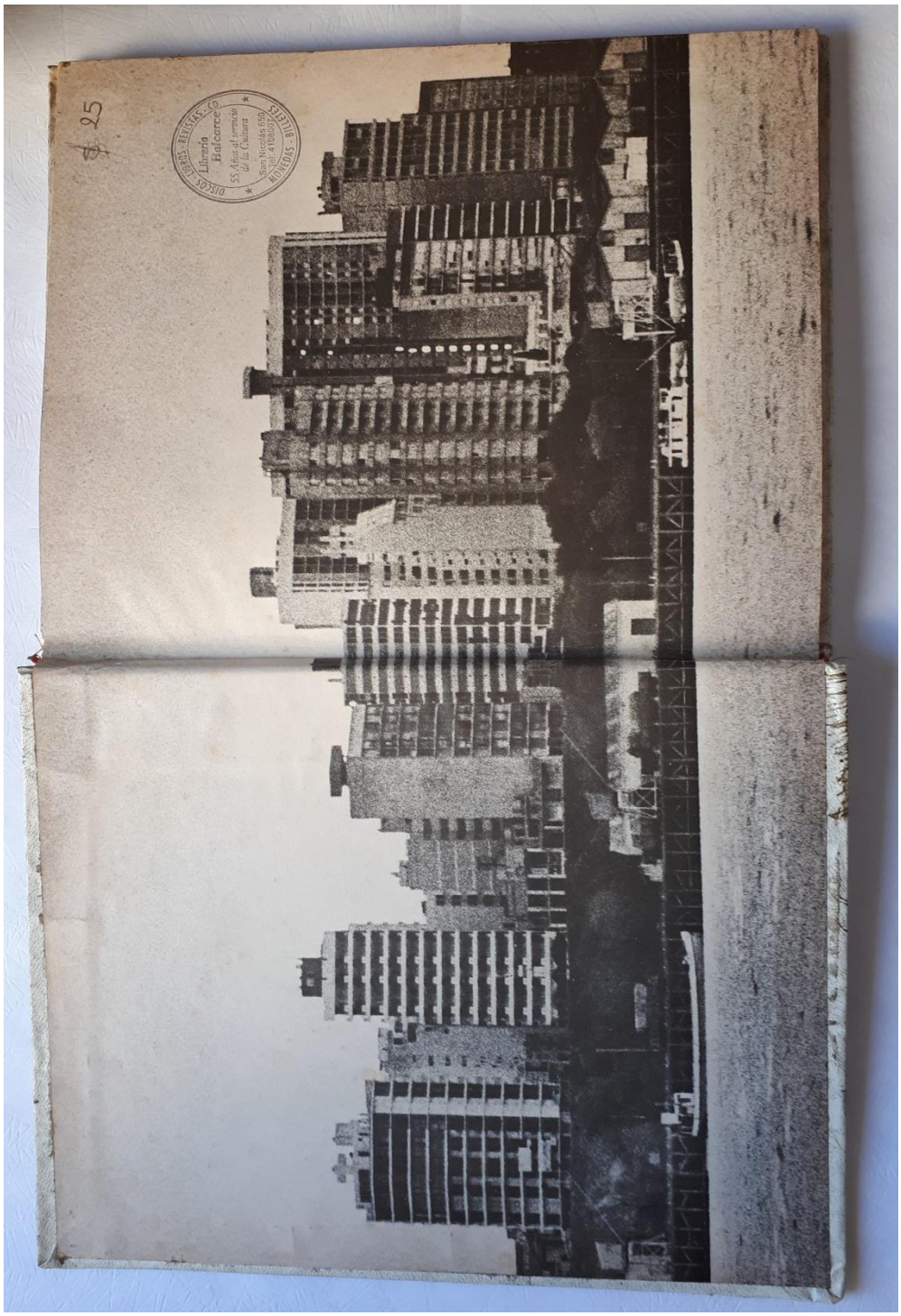

Imagen N° 7: Guarda, sin autor (1970:1)

Siguiendo la noción de David Frisby (2009), acerca de la producción de los paisajes urbanos de la modernidad, aunada a la práctica de la *flanerie*, el conjunto de retratos y textos urbanos pueden pensarse como una cartografía, como un recorrido y un itinerario a través de las calles, los bulevares, el puerto, los ferrocarriles, las plazas, los parques, los bares, las fábricas y las viviendas. Asimismo, Sontag (2006) constata la existencia de un sustrato común entre la *flaneurie* y la fotografía urbana (Benjamin, 2006). A su juicio son dos formas de acercarse y separarse de los objetos, de registrar lo cotidiano rompiendo el automatismo a partir de una mirada renovada y la deriva en la ciudad (Debord, 1999). Hasta cierto punto podría asegurarse que la buena fotografía urbana es una ilustración de la *flaneurie* y la deriva. Finalmente, la aproximación histórica de Geroges Didi-Huberman (2016), guiadas por Aby Warburg y su composición de colecciones de imágenes, allana el camino a la reflexión sobre las personas y las escenas de la vida cotidiana que las fotografías de *Rosario, esa ciudad,* buscan mostrar. Se trata de una figuración del pueblo diferente a la de un simple escenario, una imagen que eleva a la gente que vive la ciudad a un rol protagónico, hasta cierto punto, estableciendo un eco con las formas de presentar el pueblo del teatro de Berthol Brecht (Didi-Huberman, 2014) *Rosario, esa ciudad* no coloca a la gente de la ciudad como figurantes, sino que les devuelve una posición protagónica y los dota de agencia, de movimiento y los presenta como constructores de prácticas. Del mismo modo, no considera a la ciudad como un escenario inmóvil sino como un espacio en constante transformación tanto de sí mismo como de quienes lo habitan. El libro fotográfico de Rosario contribuye a producir el derecho a la imagen fotográfica de los sitios renovados por las actividades masivas de una ciudad en el umbral de una transformación modernizadora tanto en el plano material como simbólico que pocos años después sería interrumpida por la violencia política de los grupos paramilitares de la Triple A y el golpe cívico-militar de 1976.

Capturas

El montaje de imágenes y discursos de *Rosario, esa ciudad* no solo aborda la villa miseria sino el conjunto de transformaciones urbanas por las que toda la ciudad estaba atravesando en los años 1960 y aquello que parecía augurar la década siguiente. La fotografía *revela* en parte un mundo que antes de ella era invisible, pero en ese mismo movimiento revela el ojo del sujeto que produce la imagen (Berger, 2016). La materialidad del libro, confeccionada con tapas blancas acolchadas e imágenes en papel ilustración de alto gramaje, parece ubicarlo en una presentación pensada para impactar a sus lectores, al modo de los antiguos censos

municipales. Sin embargo, la composición de sus interiores, las escenas urbanas escogidas y las narrativas que las acompañan forman un producto muy diferente de aquellos catálogos publicitarios sobre el indetenible progreso de la ciudad (Roldán, 2013). En contraste, observamos imágenes cuya grandilocuencia, en ocasiones, reside más en el ojo que capta que en la escena retratada. Las fotografías no solo captan, sino que también interpretan la realidad. En ningún caso hay escenarios urbanos vacíos, ni circunstantes posando planificadamente. Por el contrario, las fotografías ensayan encapsular el movimiento cotidiano, automático y alienado de la ciudad. Esta operación deliberada genera un instrumento capaz de detener, cuestionar y problematizar el carácter automático y el núcleo inconsciente de lo cotidiano. La fotografía es antes un artefacto problematizador, genera más preguntas en el observador que explicaciones. En ocasiones, las fotografías ocultan más que lo que muestran (Giordano, 2018). Una fotografía capta un momento y forma un acontecimiento, pero es difícil que pueda darnos una explicación del funcionamiento, esa explicación está en el contexto y en la historia del objeto fotografiado (Lefebvre, 2012). En las páginas de *Rosario esa ciudad* conviven el núcleo ferro-portuario, los espacios productivos, el trabajo de los obreros de las fábricas, la siesta pueblerina de los barrios, los partidos de fútbol callejero, las hinchadas en los estadios y las concentraciones de los bañistas en una tarde de verano a orillas del Paraná en las playas de "La Florida". Las imágenes dan cuenta de las multiplicidades de la ciudad y hacen de sus lugares hitos cotidianos.

Algunas capturas muestran el borde de la ciudad entre el Parque Urquiza y las zonas meridionales del Puerto y los ferrocarriles, evidenciando cómo una parte de la ciudad está formada y condicionada por las ondulaciones del río y de los caminos de hierro. En los alrededores del Monumento y el Parque Nacional a la Bandera se observan los procesos de construcción de una centralidad urbana animada por un deseo visual del paisaje, de apropiarse en la distancia del río y sus islas. Otro de los rasgos distintivos de esa nueva centralidad es la irrupción de edificios en altura con líneas minimalistas, puras y funcionales. Un conjunto de construcciones para una vida colectiva urbana en el marco de la modernización desarrollista. También, aparece, aunque todavía tímidamente, un protagonista de esos tiempos: el automóvil avanzando con sus ruedas sobre las calles y perturbando la atmósfera de la ciudad con el rugido de sus motores que rivalizaban con el avance de los ferrocarriles. Estos conjuntos fotográficos muestran cómo se edifica una nueva centralidad alrededor del río que se sostiene en tres procesos: la construcción del Parque Urquiza a partir del proyecto de remodelación de la estación del Ferrocarril Argentino, anteriormente Ferrocarril Oeste Santafesino; el desarrollo

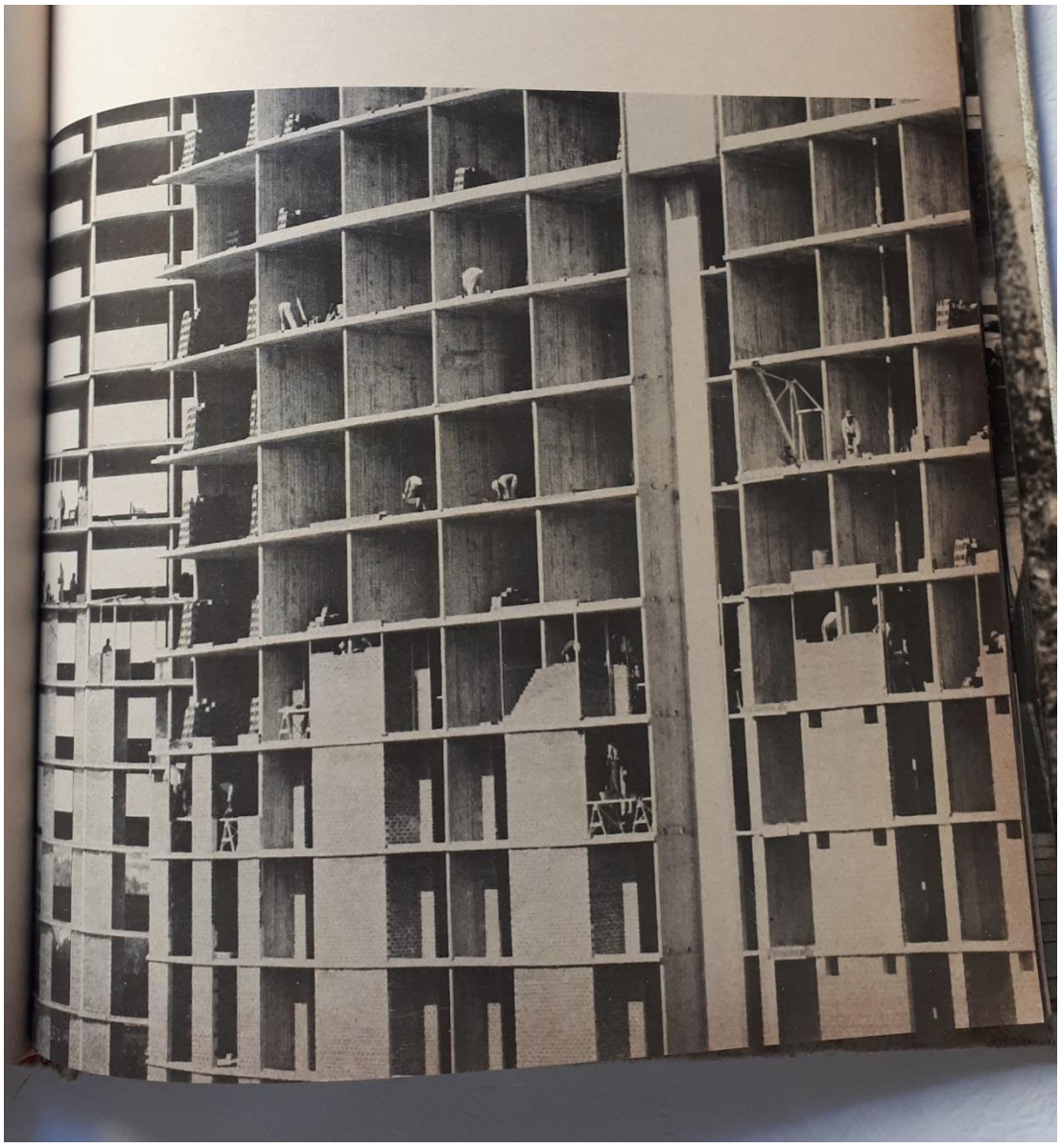

Imagen N° 8: Rodolfo Quinteros (1970:87)

de las edificaciones en altura en derredor al Parque Nacional a la Bandera y que se prolongan en la primera línea de edificación hacia el Parque Urquiza en la elevación de barrio Martín y el paulatino, pero decidido, desplazamiento de la zona portuaria activa hacia el sur de Rosario.

En materia urbana, los años 1960 poseen un tono de modernización claro y potente. La costa central es el espacio que protagoniza esa modernización-urbanización que se había iniciado al finalizar los años 1940 con la caducidad de las concesiones a capitales extranjeros de los ferrocarriles y el puerto, pero que ahora se despoja de las vestiduras simbólicas del peronismo, para lucir el funcionalismo sin atributos del desarrollismo. Precisamente, la guarda de *Rosario, esa ciudad* está constituida por una vista de los galpones de la costa central, en la bajada San Martín. La fotografía ha sido tomada desde el río con el objetivo de mostrar la línea de avance de la ciudad sobre la costa. De igual forma, hay dos perspectivas acerca de esa centralidad. La primera, la contempla desde su propia altura, la fotografía está tomada desde lo alto y si no fuera por su plano oblicuo podría pasar por una foto aérea. La segunda, ha sido tomada a ras del cauce del río y recupera la altura desde la perspectiva de quienes llegan a la ciudad embarcados, en especial, los pescadores. La conjunción de estas dos perspectivas ensaya poner frente al ojo dos puntos de vista no convencionales para el habitante de la ciudad, la perspectiva se descompone en dos cuadros en los que Rosario y su proceso de modernización se disocian y reensamblan en las orillas del Paraná. Una de estas imágenes muestra al Monumento a la Bandera, tras apenas trece años de haberse inaugurado, no como el protagonista previsible, la nota dominante de la costa, sino tan sólo como un componente al fondo del escenario. Su centralidad acaso tan sólo radique en ubicarse en el punto de fuga de la perspectiva. Entretanto, la dominante del plano está formada por la modernización que aporta la nueva línea de edificios y la transformación-desplazamiento del puerto. Las vistas aéreas forzosamente plantean una lectura, un reconocimiento de un espacio visto desde un plano solo técnicamente posible. Lo mismo ocurre con las imágenes tomadas desde el río. El encuadre siempre rompe el tejido continuo de lo real, pero la foto realizada desde una posición infrecuente tiende a generar una alteración aún más radical (Krauss, 2002).

El álbum no parece estar demasiado intrigado por el tiempo histórico o la nostalgia de la Rosario de comienzos del siglo XX. No hay ninguna fotografía especialmente dedicada a la recuperación o evocación del patrimonio arquitectónico de la Argentina agroexportadora.

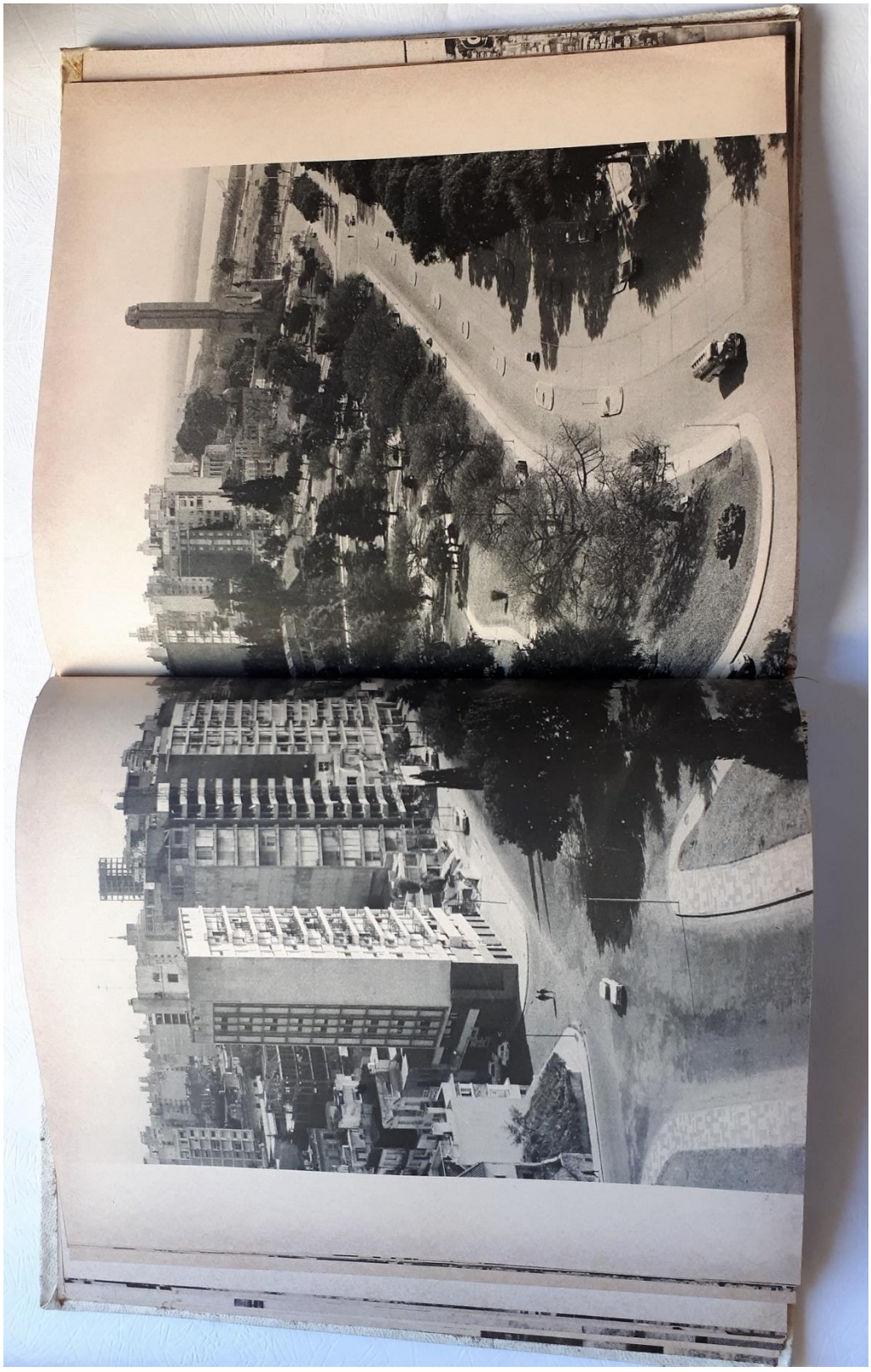

Imagen N° 9: José Mario Saldi (1970:30-31)

Apenas una captura del bulevar Oroño insinúa ciertos perfiles de ese mundo. Tagg (2005) escribió que "la fotografía urbana nació como un modo de preservar las reliquias de la urbanización." *Rosario, esa ciudad* no parece armonizar con esta máxima genealógica, más que las reliquias el libro busca abordar el contradictorio proceso de modernización de la ciudad. Las fotografías de la Casa Fracassi, ideada por Ángel Guido, prefieren colocar como zócalo de ese palacio abarrocado por los detalles del neocolonial, el gran y colmado estacionamiento de automóviles de la Plaza Sarmiento (Bernabe, 2017). Tanto el bulevar Oroño como el Parque de la Independencia, los dos dispositivos urbanos propios de la ciudad de mediados del siglo XIX y la urbe granaria de principio de siglo XX, aparecen nimbados por la niebla como si se tratara de dos espacios entornados por una atmósfera pretérita y desacoplada de la nueva modernización que emerge en el Parque Urquiza y el Barrio Martín. Por otro lado, las otras imágenes que se recuperan del Lago y el Zoológico del Parque de la Independencia se concentran en los atractivos y usos populares y masivos de esos espacios, hecho que no data de más allá de los años 1940 (Roldán, 2012).

La colección de fotografías, al modo de una rayuela, nos habilita a dar saltos de una a otra perspectiva o establecer trayectos más lineales entre las imágenes. Se trata de itinerarios que pueden hacerse a pie, en el asiento de una bicicleta, en el transporte público o en algún pequeño automóvil. Los transportes de la ciudad aparecen retratados en reiteradas ocasiones, sus siluetas muestran que esos viajes pueden emprenderse con y a través de una multiplicidad de medios y caminos. Uno de los puntos de detención de tales trayectos son los espacios comerciales formales con abundante provisión de mercancías y la venta callejera de verduras, pescados y liebres. Los comercios exhiben una relación de afinidad con la calle, sus muros superpoblados por cartelería buscan seducir al flujo urbano y conducirlo hacia su interior. Poco más allá las fotografías son tomadas por las barriadas suburbanas y sus nuevas formaciones de villas miserias.

Como se detalló en los capítulos 2 y 4, en Rosario para los años 1970, existía un cordón de villas que abarcaba desde la avenida 27 de Febrero hasta Avenida del Rosario. En las proyecciones más generalizantes y alarmantes, este cordón se prolongaba hasta San Nicolás. El proceso de modernización urbana pretendía erradicar ese cordón de habitaciones que irrumpieron donde el ferrocarril, el puerto y el río hacían colapsar la regularidad de la grilla. En gran parte los planes de erradicación y relocalización concebidos bajo el paraguas omnipotente de la violencia buscaron impedir que los que habían vivido en vinculación a actividades rurales tuviesen oportunidad de ejercerlas. Con ese objetivo, el espacio se redistribuyó en un sentido

funcional urbano y restrictivo rural. Las superficies libres fueron acotadas y los usos legítimos se redujeron. Esa modernización generó una desgarradura que abarca distintas capas del tejido material, urbano, social y simbólico de las diversas comunidades afectadas. Formas populares de relacionarse con el espacio quedaron acorraladas y las que consiguieron persistir fueron estigmatizadas con connotaciones de clase y etnicidad como formas negativas frente al desarrollo correcto de las sociedades modernas.

El viaje fotográfico se integra, cada vez más, con la periferia. Las fotos empiezan a albergar paredones, comercios, viviendas precarias, sonrisas de niños. Detrás del velo de los altos edificios, aparecen nuevas siluetas, otras prácticas y otros usos de un espacio que difieren de los característicos del centro y que tienen su propia lógica, su propia gente y sus propios ritmos. Una de las imágenes emblemáticas de ese pueblo sumido en tareas desconocidas por los habitantes del centro, es el retrato de una niña que mira a cámara con un balde junto a la canilla colectiva que le provee de ese líquido al mismo tiempo esencial y ajeno a la infraestructura de su barrio.

Otra foto retrata la calle Ayolas y en el fondo se observa un elevador de granos de la que en unas décadas más se convertirá en la última terminal portuaria activa en la ciudad. Antes de llegar a la costa, hay un empalme del ferrocarril y a su lado una casilla donde habita uno de los personajes de las *Colinas del Hambre* (Wernicke, 1943). El espacio retratado por esa fotografía superpone capas de temporalidades diferentes. La fotografía revela en parte un mundo que antes de ella era invisible, pero en ese mismo movimiento evidencia el ojo del sujeto que produce la imagen (Tagg, 2005). Sin embargo, que pueda reconocerse el entorno de esa casilla, atestigua que el espacio se había modificado muy poco en treinta años y que efectivamente Wernicke y Vanzo estuvieron en el lugar o al menos lo conocían lo suficiente como para poder ilustrarlo y narrarlo con una extraordinaria precisión.

Casi quince imágenes ilustran la villa y sus alrededores. En la mayoría de los casos, esos espacios se exhiben poblados por niños. Estas vistas de la villa miseria dejan la idea no sólo de que en esos espacios hay vida sino también, y acaso más importante, existe algo que se puede transformar. El efecto de esas postales familiares de los sectores populares intenta separar la representación de estos grupos sociales de las nociones estigmatizantes y mostrarlos desde una posición más próxima, capaz de generar una dosis precisa de empatía que no implica asimilación y/o paternalismo.

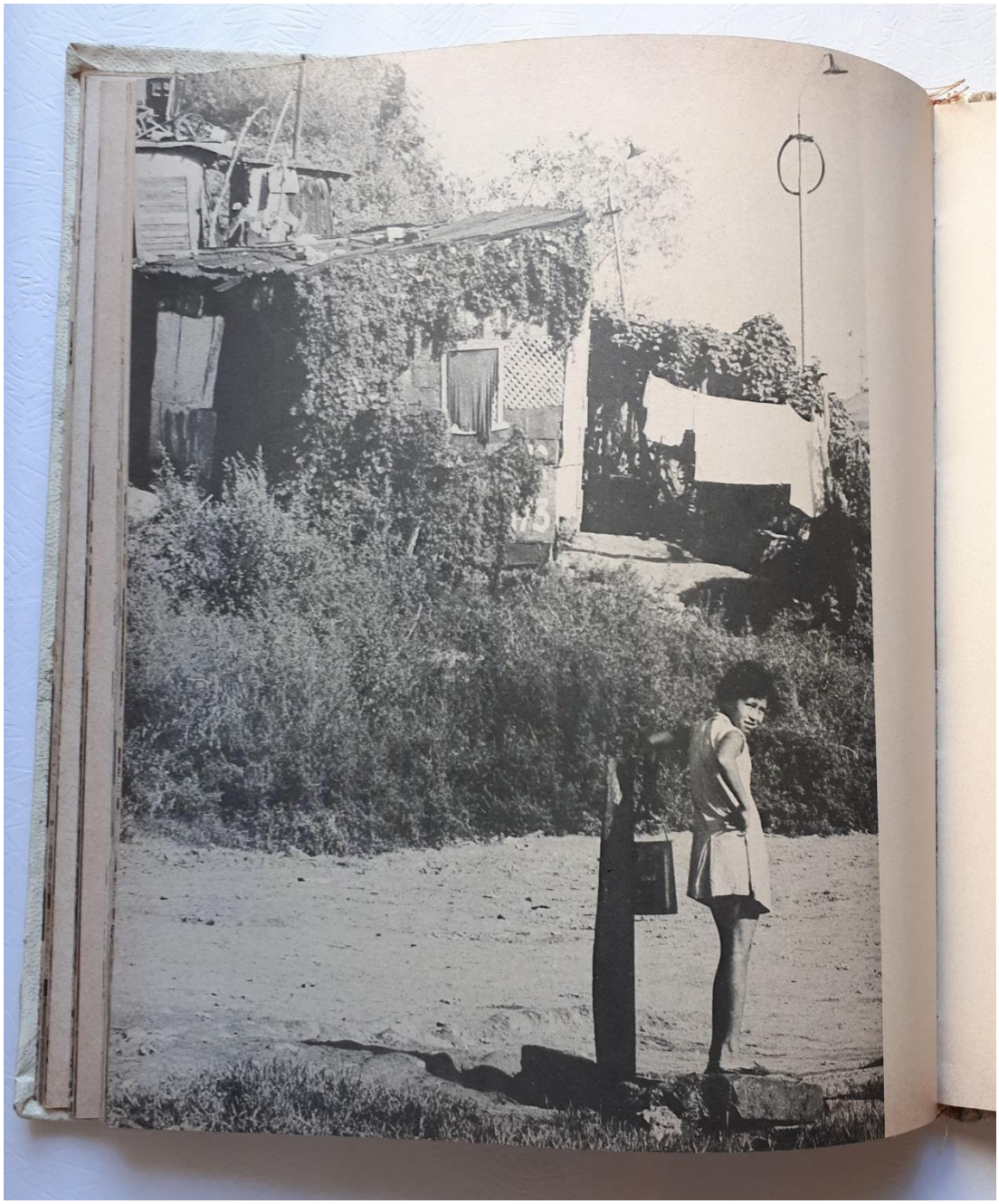

Imagen N° 10: Carlos Saldi (1970:49)

En la colección de imágenes, no se muestran los basurales, donde según los estudios sociológicos del capítulo anterior, eran, junto al cirujeo, el principal sustento de los habitantes de las villas miserias, con escasas oportunidades de obtener un trabajo formal en el frigorífico Swift, o en el puerto. También los habitantes del borde tenían formas de trabajo de tiempo parcial y estacionales que combinaban distintas ocupaciones y modalidades variables de dependencia laboral. Muchas veces este trabajo temporal se completaba con otras labores de tiempo parcial, algunas de ellas desarrolladas en las inmediaciones de la vivienda. Como ya explicamos, y las fotos retratan en varios casos, en el Bajo Saladillo, el vínculo de sus habitantes con el río a través de la pesca era constitutivo de su vida cotidiana. El recorrido a través de las calles de la ciudad plasma el esfuerzo de los editores, fotógrafos y articulistas por deconstruir las imágenes tan estereotipadas como negativas que asociaban a los barrios populares con la pobreza más extrema y las formas de incultura (Roldán, 2012).

Asimismo, pueden apreciarse fragmentos urbanos que han desaparecido, como aquel puente que supo conectar el Barrio Saladillo con el Mangrullo y que fue destruido por la acción combinada de una creciente y la construcción del acceso sur desplegada durante la última dictadura cívico-militar. Esa persistente silueta del sur exhibe tonos particulares y diferencias. El sur es concebido como un espacio popular, obrero, donde los pescadores amarran sus canoas, los estibadores cargan las bolsas de cereales y las chimeneas de las fábricas constituyen sus únicas edificaciones en altura. En contraste, aunque apostado sobre el mismo paisaje, el norte se percibe como la zona del balneario, el ocio, los sauces, las playas y el río. Aquella idea de segregación espacial que postula al norte de Rosario como un espacio relativamente rico y desahogado, frente a un sur popular y pobre ejerce su influencia sobre algunos tramos del libro. El ensayo fotográfico se esfuerza por mostrar el movimiento de la ciudad y el hormigueo de su gente, hecho que provoca que el mismo paisaje no parezca detenido.

Las villas de pescadores son las más importantes de la costa y se derraman casi democráticamente tanto sobre el norte como sobre el sur de la ciudad, en las zonas no reservadas para uso portuario y uso balneario. Quizá, la “villa de pescadores” del norte, ubicada en el barrio “La Florida”, no tenga la misma densidad ni el mismo número de habitantes que las del sur (Roldán y Pagnoni, 2021). Pero conforme se produce el avance de los clubes deportivos y náuticos y se desarrolla la construcción del acceso norte y el Paseo Ribereño, principalmente, en la coyuntura de la Copa Mundial de Fútbol Argentina ‘78, la villa fue erradicada y su población dispersada por la fuerza.

Imagen N° 11: Daniel Ureta Manus (1970:56-57)

De la misma forma, en Bajo Saladillo, la dictadura erradicó otra villa ubicada en el extremo sur de la ciudad para la construcción del Acceso Sur, aunque en esa ocasión obró amparándose en oficios legales y relocalizando a la población en complejos de vivienda colectiva (Roldán y Pagnoni, 2021). Algunos testimonios de esas formas de habitar destruidas y erradicadas persisten como una huella de esas materialidades disipadas por la violencia entre las páginas de *Rosario, esa ciudad.*

No solo las materialidades y las relaciones subjetivas de los habitantes con los barrios y las villas fueron alterados por las dictaduras, también se cancelaron las formas de narrar la relación entre la ciudad y su gente que se expresan en *Rosario, esa ciudad*. En *La Vivienda del Trabajador*, Daniel García Helder muestra cómo la nueva imagen de Rosario proyectada por la *Guía Turística* editada con motivo del Mundial '78 exhibe una ciudad mercancía. Entre esa imagen y *Rosario, esa ciudad* hay una brecha insalvable. La Guía Turística fetichiza las nuevas líneas de edificación, los comercios, las galerías comerciales y los espacios verdes. En el mismo movimiento, oculta el trabajo cotidiano y el hábitat popular que los ha hecho posibles. Esta operación de visibilización e invisibilización devuelve a la imagen de Rosario a los cánones y matrices de comienzos del siglo XX: Rosario, una ciudad para quienes no viven en ella.

Revelados

A través de *Rosario, esa ciudad*, se procura deconstruir algunas de las imágenes más arraigadas de Rosario, para abrir sus calles a otras miradas. Hasta cierto punto, la colección de fotografías parece configurar un conjunto de anotaciones visuales sobre objetos, situaciones, relaciones entre personas y espacios. Son instantáneas con una precisa conciencia de lo que registran, con una capacidad para fijar en un espacio de proximidad y distancia familiar los detalles inadvertidos pero decisivos de lo cotidiano.

La fotografía expresa la distancia y la proximidad del observador que compone su registro, un registro hecho de una materia aparentemente estable y objetivada, pero en rigor muy fluida como es la correlación siempre abierta entre la memoria, la imagen y la interpretación. Los juegos de distanciamiento-extrañamiento y acercamiento-familiarización permiten una interpretación cargada de efectos materiales, personales y espaciales. Detalles a veces no previstos en las capturas, se filtran en las fotos como huella de la espontaneidad cotidiana de la vida urbana. *Rosario esa ciudad* parece mantener en un primer plano que el libro trata de una ciudad, pero también y sobre todo de sus habitantes. Acaso el objetivo de esta colección de fotografías y textos sea (re)producir y experimentar con esa relación entre *Rosario y su*

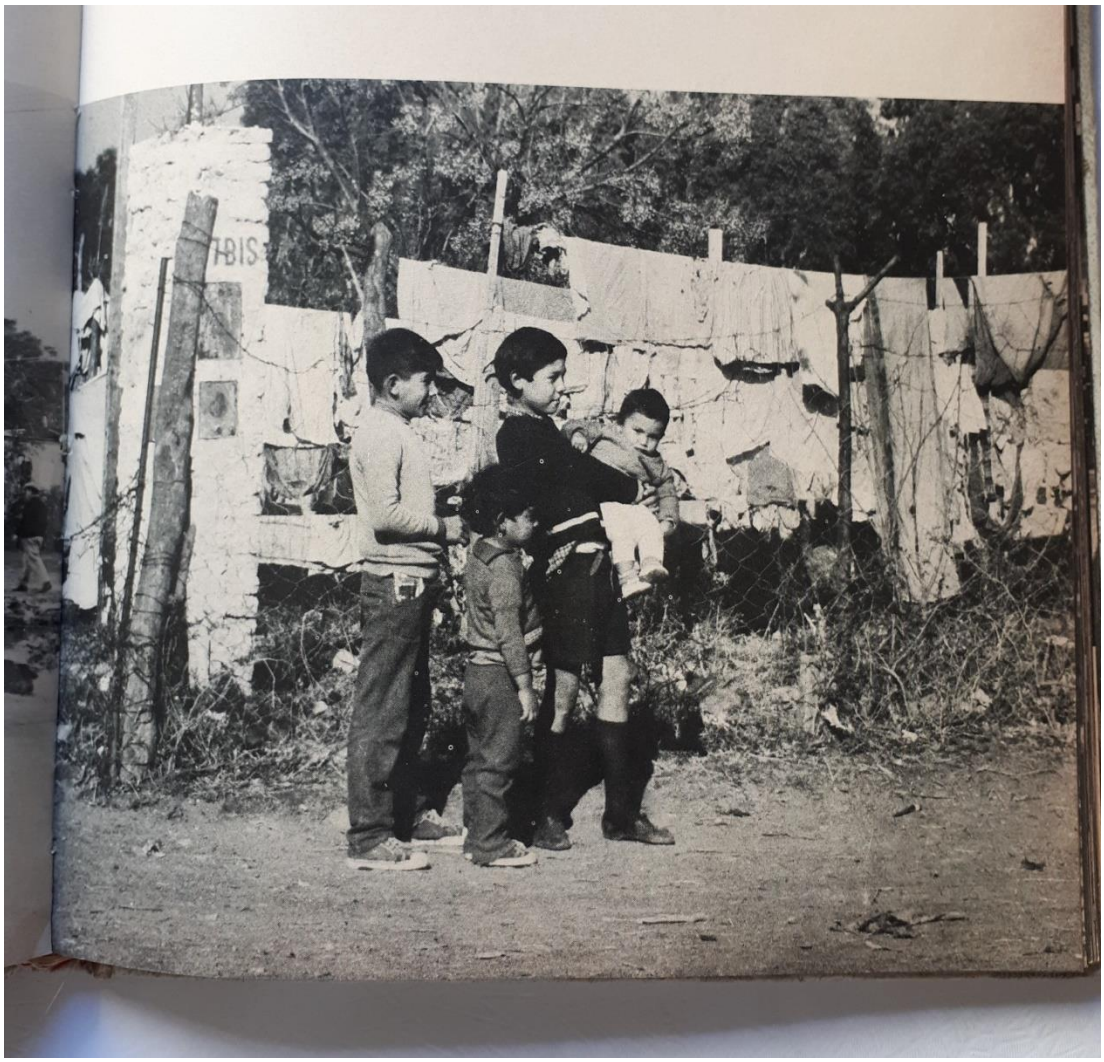

Imagen N°12: Dto. Arte Editorial Biblioteca Vigil (1970:59)

gente. En este sentido, las fotografías no solo parecen un modo de intensificar la mirada sino también de hacerla diferir y distanciarse de sí misma. Al mismo tiempo, las imágenes dan cuenta de un afecto y una proximidad que es a la vez testimonial y política. La búsqueda de desfamiliarizar lo conocido desde siempre, de producir extrañamiento y distancia sobre la inmediatez cotidiana, eso que Viktor Shklovski llamó *ostranenie,* es el gesto artístico que más se repite en las fotografías de *Rosario, esa ciudad*. Lo que esas fotografías urbanas nos proponen es la ciudad vista a través de la diferencia, por tal motivo la precisión de *esa ciudad* que no es ni está ni nuestra, sino otra. Sin embargo, no debe dejar de anotarse que se trata de un doble movimiento de aproximarse para alejarse, un contacto que busca la interrupción (Didi Huberman, 2016). La fotografía es una forma de capturar pero también una forma de objetivar un momento y apartarse de ese tiempo. En el proceso-procedimiento de revelar la fotografía, se deja de compartir el tiempo y el espacio de lo fotografiado. Y si bien nada de ese *backstage* aparece en el álbum podemos imaginarlo.

En algunos de los casos de forma explícita, en otros de manera más lateral y encubierta, las fotografías reunidas tienen un perfil político y estético marcado por un doble compromiso. Por un lado, representar lo popular y el trabajo en un primer plano y, por otro, desautomatizar la mirada de los habitantes de una ciudad sobre su entorno y las situaciones más inmediatas y enmarañadas con su cotidianeidad. Algunas zonas de la ciudad entran en una vorágine de transformación, mientras que otras áreas quedan detenidas. Estas dos partes de la ciudad, la modernizada y la tradicional generan ciertos desacoples en los habitantes de comunidades todavía lentas y recostadas sobre sí mismas y nuevas urbanizaciones que buscan alcanzar los ritmos vertiginosos de la modernidad. En esos desfasajes, desacoples y solapamientos se puede observar cierto desconcierto de los habitantes por las nuevas edificaciones en altura y del nuevo ritmo moderno que se apodera de las calles aledañas a esas construcciones. Sin embargo, la perspectiva sociológica y la mirada política del álbum mantienen la unidad del conjunto sin dejar de registrar su diversidad y diferencia.

La villa como emergente urbano cuenta con una visibilidad relativamente novedosa y que se ubica en una zona intermedia, un espacio límbico ni urbano ni rural, ni social ni comunitario, ni industrial ni postindustrial. Muchos de sus analistas (Germani, 1961) notaron que en la villa había algo que miraba hacia el pasado, pero quizá sea más difícil de notar que allí también existe algo de cara al futuro y esa es una de las mayores intuiciones de *Rosario*, *esa ciudad.* Desde el punto de vista de la política y la militancia, la villa aparece tan encajonada como frente

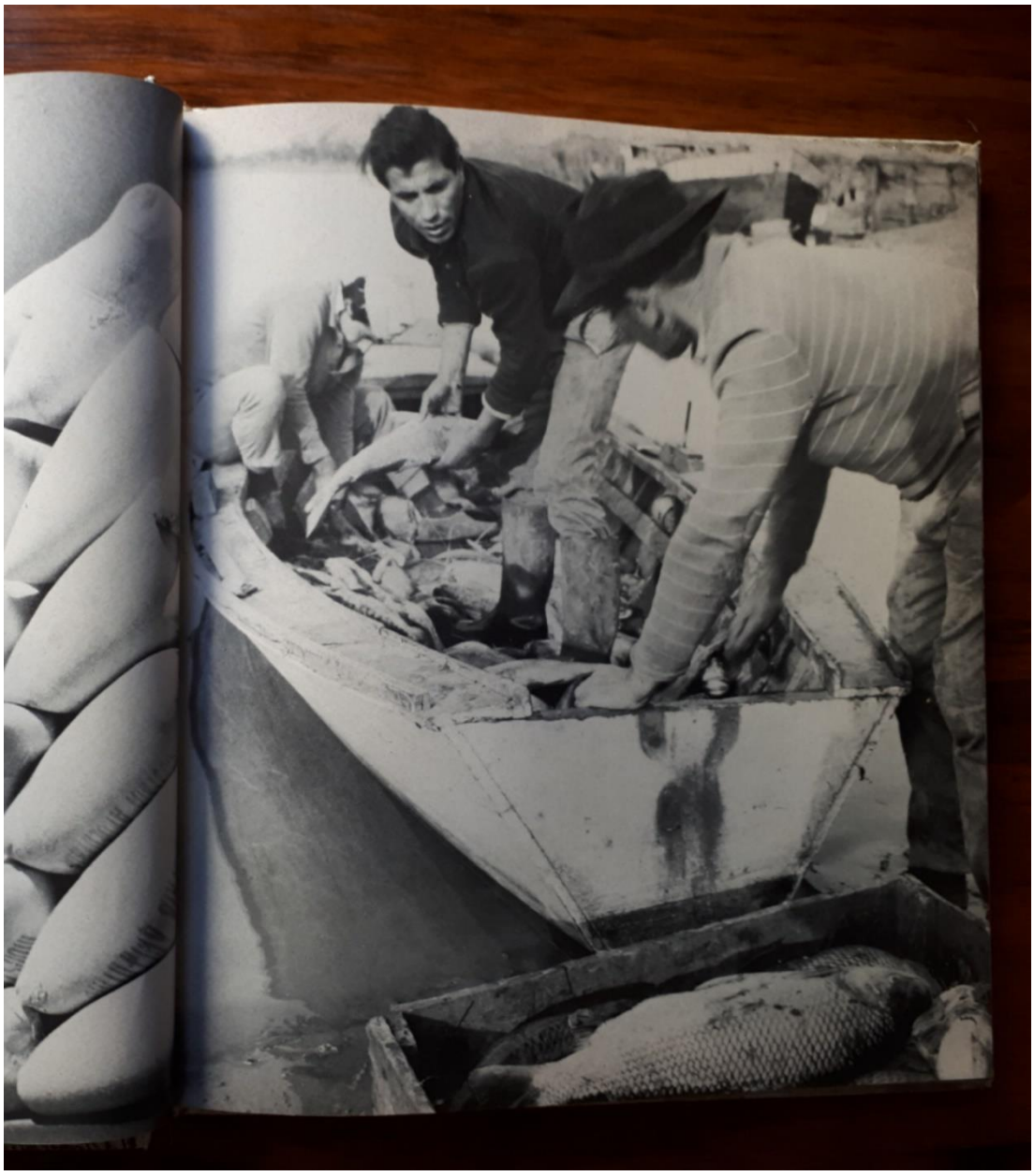

Imagen N°13: Rosa Nelly Traverso (1970:11)

a la planificación urbana. Se trata de una forma política a la que todos se acercan, pero en la que muy pocos se quedan, un espacio que todos conocen, pero pocos tienen en la mente y en los pies de modo permanente. *Rosario, esa ciudad* busca hacer presente a las villas y sus habitantes, a sus costumbres y sus necesidades, a sus risas infantiles y yugos adultos, sus alegrías y sus pesares. Así, se conforma el testimonio visual de una ciudad impura, ni moderna ni tradicional, ni metropolitana ni pueblerina, ni industrial ni rural. Las fotografías conspiran contra todas las imágenes puras y nos muestran una ciudad portuaria que urbaniza su costa, una ciudad de trabajo y comercio, de barrios y villas miserias. Allí lo anacrónico, los síntomas de otros tiempos son los lugares nimbados por la niebla, las heterocronías del parque de la independencia y el bulevar oroño. El mundo de comienzos del siglo XX que persiste a distancia, resistiéndose a las fuerzas del olvido de las que las fotografías no procuran rescatarlo (Didi-Huberman, 2016).

Así, las alteraciones iniciales de visibilidad e invisibilidad se trasladan del mundo objetivo al mundo simbólico de quienes piensan políticamente y estéticamente la villa miseria. Un espacio a medio camino de lo urbano que se extiende a través de la planificación funcional y de lo rural que ingresa (ferrocarril) y sale (puerto) de la ciudad perturbando con sus infraestructuras (vías, cruces, barreras, muelles, amarraderos, dragados) la relación siempre irregular y tortuosa de la ciudad del damero y el parque con sus bordes.

Durante mucho tiempo y hasta la actualidad, la villa ha sido vista como un espacio sucio, feo, desorganizado, incoherente, criminal, etc., cuando en realidad se trata de un espacio con una vida y con unas modalidades de organización cotidiana muy complejas y robustas. En esos lugares, como alguna vez lo señaló Nicolás Rosa (1997), a falta de conocimientos oficializados y legítimos, existe un desborde de ingenio y astucia. Estas tácticas (De Certeau, 1999) son las que ofrecen a muchas personas los medios mínimos para la supervivencia y la sociabilidad.

En medio de una Argentina agroexportadora agonizante y un nuevo modelo de desarrollo que no termina de estabilizarse, aparecen primero las villas de emergencia, como espacio transitorio y problema solucionable a través de la integración con la ciudad argentina moderna y, luego, la villa miseria como realidad persistente y dato estructural de la modernización-urbanización. A largo plazo, los efectos de la modernización generan una agricultura sin agricultores, unas industrias sin obreros y unas urbes sin ciudadanos. Los y las habitantes de las villas quedan atrapadas en esos espacios indefinidos, ubicados en los intersticios de la historia del desarrollo, flotando entre dos culturas y dos mundos.

En el trance de la modernización, al calor de la industrialización y la urbanización, los sectores populares comienzan a pensarse a sí mismos a través de las nociones de las clases dominantes y experimentan sus propias formas de pensamiento y comportamiento como expresiones degradadas. En este plano, los villeros cuentan con una identidad deteriorada, lo que los convierte en una clase objeto, en una clase para otros, obligada a formar su propia mirada y percepción de sí a partir de los ojos y los prejuicios de otros. Como lo indicó Erving Goffman (1970) y lo reafirmó Pierre Bourdieu (1999), no existe una forma más violenta de desposesión de sí ni una forma más brutal de violencia simbólica que obligar a alguien a sentir vergüenza de sí mismo. Con sus fotografías y textos, *Rosario, esa ciudad* busca construir una contra-operación simbólica capaz de brindar herramientas, imágenes y fragmentos de sentido para restituir la identidad a un conjunto de poblaciones, viviendas, rostros y prácticas populares de una ciudad sacudida por las fuerzas urbanas del desarrollo.

Aquí podría aventurarse la célebre frase de George Didi-Huberman que inaugura *Cuando las imágenes toman posición*, y conforma el eje articulador de la composición de *Rosario, esa ciudad*.

> "Para saber hay que tomar posición… Tomar posición es situarse dos veces, por lo menos sobre los dos frentes que conlleva toda posición, puesto que toda posición es, fatalmente, relativa… Tomar posición es desear, es exigir algo, es situarse en el presente y aspirar a un futuro."
>
> (Didi-Huberman, 2008: 11)

Entre esos futuros, 40 años después, *Rosario esa ciudad* tendrá una secuela con el álbum *Rosario esta ciudad* (2010) de la Editorial Municipal de Rosario, donde se recupera la senda explorada en este capítulo de cómo se retrata *nuestra ciudad*.

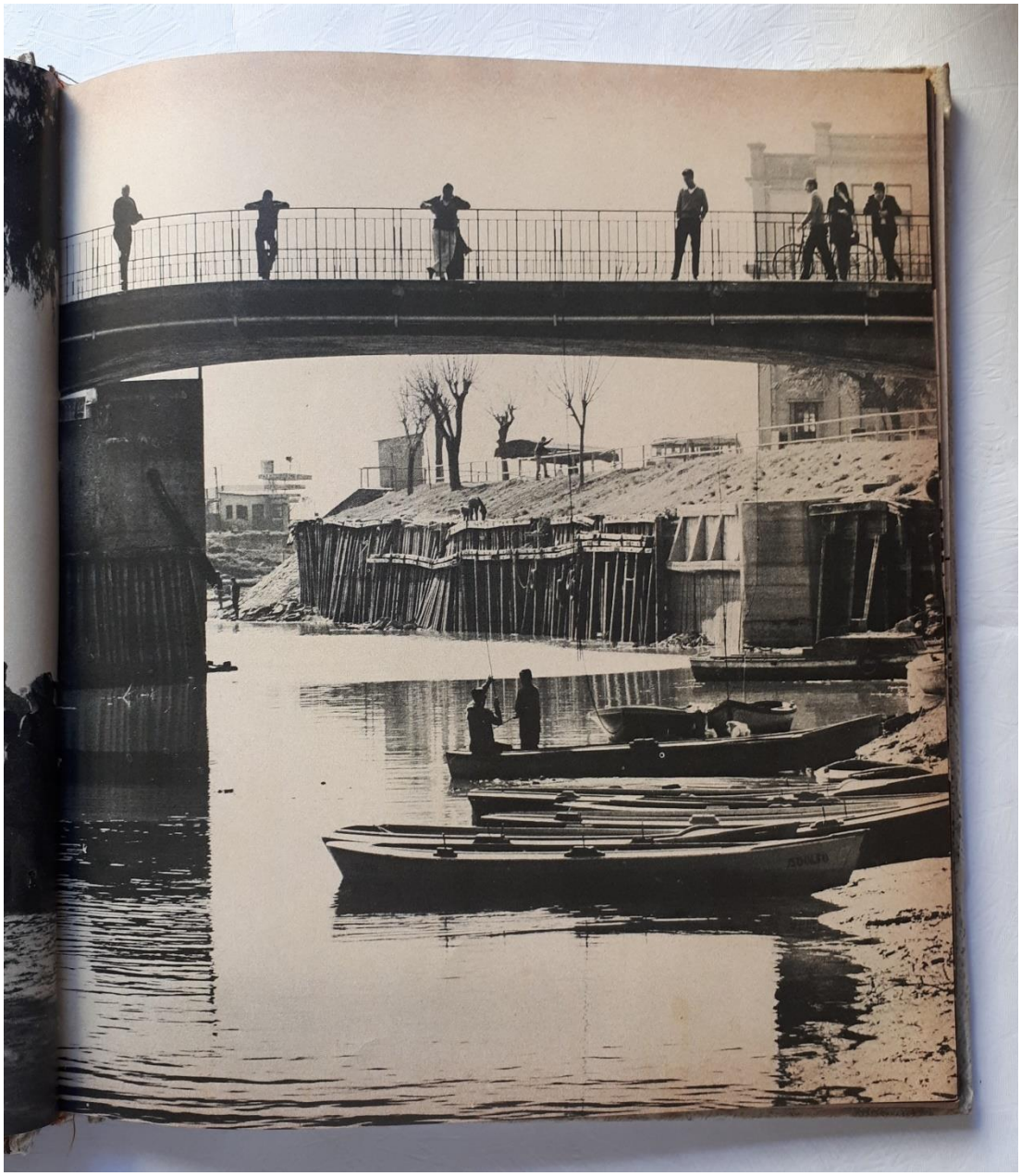

Imagen N°14: Carlos A. Milanesi (1970:13)

CONCLUSIONES

Entre las múltiples motivaciones para trabajar en esta tesis, se encuentran una serie de experiencias que atravesé en un barrio de la zona sur de Rosario y que guiaron el destino manifiesto de esta presentación. Durante 2015 y 2017, a causa de otra investigación participé en las actividades del Centro Comunitario de una Cooperativa de Vivienda en Saladillo Sur. La cooperativa se había creado para que, a través de la autoconstrucción, sus socios convirtieran la pequeña villa miseria donde habitaban sobre el Brazo Norte del Arroyo Saladillo en un barrio de la trama urbana. Los vecinos alcanzaron este objetivo a principios del 2001, luego de muchos años de trabajo y lucha colectiva. Esta organización se encuentra muy próxima al barrio de pescadores, conocido como el Mangrullo, y algunos de sus pobladores, también, habían formado parte de esta experiencia.

A través de las investigaciones de algunos arquitectos conocí el caso, y estas lecturas me llevaron a relacionarme con un militante de izquierda que ayudaba en el lugar, desde los inicios de la cooperativa a mediados de los ochenta. Mis lecturas académicas, de ningún modo, me prepararon para "ir al barrio", casi cada 15 días por dos años, ni para saber qué haría allí. Aposté por apuntar en un cuaderno "todo", lo que sentía, vivía, escuchaba, me contaban y observaba. Este registro me permitiría (re)construir un proceso de memoria colectiva del cual era una observadora externa y lejana, condición sobre la que reflexioné y, más de una vez, debí recordar. Sin dudas, la experiencia de "estar allí" fue calmando mi ansiedad inicial, pero conforme pasaba el tiempo, me encontraría con muchas más preguntas de las respuestas que había ido a buscar.

Mi primer contacto con los miembros de la cooperativa fue un caluroso viernes de noviembre de 2015 con motivo de un bingo para recaudar fondos. Mientras, me presentaron y recorría el Centro Comunitario, conocí a Irene. Ella era la mujer del presidente histórico de la cooperativa, Juan, ya fallecido. Era la autoridad pertinente para emprender el viaje de la memoria y contarme la historia de la institución – así me la presentaron. Sin embargo, para mi sorpresa, su relató comenzó: "los militares "nos querían correr" – me dijo entre risas – a fines de los setenta, cuando construyeron el acceso (sur)". El interrogante de: ¿Por qué los militares de la última dictadura erradicaron a la multitudinaria villa miseria que existía en el Bajo Saladillo?, condicionó muchas de las problemáticas tratadas en esta tesis. Aunque, esta pregunta inicial se fue afinando con el tiempo – porque yo iba a estudiar las prácticas autoconstructivas de una

cooperativa de vivienda de los años ochenta, más próxima a la experiencia los saqueos del ´89 que a la dictadura militar.

Desde este encuentro con la memoria colectiva de este barrio, he intentado contestar esa pregunta sobre las villas miseria de la ciudad y todas las que fueron surgiendo, a medida que, me sumergía en el estudio de esta problemática. Las villas miseria rosarinas de los años setenta no han sido tratadas por trabajos académicos, a excepción de algunas menciones circunstanciales. El otro inconveniente es la dificultad para (re)construir las experiencias de esos pobladores y espacios con una total ausencia de trabajo etnográfico y sociológico en el territorio, como atestiguan las tradicionales investigaciones sobre las villas de la ciudad de Buenos Aires para el mismo momento histórico. Así que, luego de googlear "villa miseria" y "marginalidad" en los catálogos virtuales de varias bibliotecas de la ciudad, una referencia confusa me llevó a los *Cuadernos de Investigación sobre Marginalidad Social* (1969) en la biblioteca de Ciencias Económicas de la UNR. Desde allí, recorrí un camino de estantes con mucho polvo; informes mecanografiados con caratulas de colores que alguna vez habían sido estridentes; planos, mapas, gráficos de todo tipo y cuadros con mucha información cuantitativa. Los diferentes materiales siempre se referenciaban en la década del sesenta y los primeros años de la década siguiente. Entonces, comprendí que para responder a mi pregunta, primero debía saber qué había ocurrido con las villas en los sesenta, quienes las habían estudiado, qué diagnósticos realizaban de ellas y qué otras transformaciones acontecían en la ciudad, mientras la población villera crecía exponencialmente.

A través de un ensayo académico, la presente tesis ha intentado explorar posibles respuestas a estos interrogantes. También, ha formulado otras preguntas y espera continuar aportando a construir una mirada más amplia y compleja acerca de las representaciones de las villas miseria. Por ello, en el capítulo uno, se revisaron las modulaciones del discurso de la modernización en la ciudad de Rosario con una (re)lectura de los planes urbanos, producidos en esta coyuntura, donde se percibieron ciertas reverberaciones de los ideales de la "ciudad latinoamericana". En este marco, se indagó la retórica proyectual del *Plan Regulador* (1968) y los *Cuadernos de trabajo de Prefectura del Gran Rosario* (1972), junto a ciertos artículos periodísticos o académicos, creados para difundir estos planes urbanos. En estos proyectos, la ciudad se identificó con los nuevos horizontes teóricos del desarrollo y la soñada modernización, influenciados por los estudios del urbanismo latinoamericano. En esta constelación de saberes acerca de la modernización, los expertos y planificadores rosarinos

propiciaron un imaginario acerca de la ciudad que difundía sus aspiraciones metropolitanas con una región litoral lindante.

El segundo capítulo, se enfocó en el espacio periférico de la ciudad de Rosario. Esta interpretación partía de considerar a Rosario como una "ciudad latinoaméricana", recurriendo a la producción escalar entre Latinoamérica-Rosario. Esta indagación resulto fructífera en esa coyuntura excepcional, donde los saberes y los expertos panamericanos avanzaron y se instalaron hasta en los lugares más distantes del Tercer Mundo. Ampliando la mirada a la dimensión latinoamericana, la transformación urbana de Rosario no sólo se interpreta en sus propios términos, sino también, incorporando ciertas problemáticas urbanas, entendidas como parte de una visión latinoamericana, donde las villas miseria han sido ejes centrales de estudio. Al enfocarse "en y desde" la villa miseria se reflejarán y refractarán, además, otras imágenes de la urbe. Por ello, esta lectura ensayó modos alternativos y/o complementarios de pensar la dualidad de la ciudad moderna, donde ampliar las reflexiones sobre la villa miseria, propiciando puntos de fuga para los modelos duales de interpretación urbana. En esta clave, se ha intentado recuperar los diagnósticos de los expertos rosarinos, tanto desarrollistas como dependentistas, sobre las villas miseria rosarinas. Principalmente, rescatando qué y cómo los planificadores interpretaron la emergencia de las villas miserias en Rosario, en el marco de un proceso de modernización infraestructural que llevaban adelante.

El capítulo tres indagó las transformaciones culturales que impactaron o se manifestaron en una "ciudad de medio". Esta "ciudad latinoamericana", periférica a la centralidad porteña, atestiguó con su proceso de modernización, su desviación para encajar en el paradigma centro-periferia. La oposición entre Buenos Aires y el interior aparece cuestionada por la transformación y el crecimiento económico, social y cultural de Rosario (y Córdoba). En efecto, el centro urbano de Rosario y sus manifestaciones culturales se exploraron a partir de las interdependencias entre: la modernizada Universidad y su innovación académica; los escritores-intelectuales con sus revistas, sus itinerarios culturales/urbanos y sus formaciones reivindicativas, y la Biblioteca Vigil, una formación cultural alternativa y (des)centralizada, cuyo compromiso intelectual y político se pone en acto "desde y en" los márgenes de la ciudad. Más que detenernos en profundizar cada una de estas tres líneas de indagación, el capítulo se interesó en identificar sus conexiones y contactos, una especie de rizoma deleuzeano, capaz de proyectar ciertas problemáticas políticas y sociales que aglutinaron a un conjunto de académicos, escritores y artistas, quienes compartieron ciertas experiencias cultural/urbana en un espacio heterogéneo y multirelacional. Con ello, se ha intentado presentar una escena

cultural de la ciudad y la región, donde emergieron las representaciones locales de la villa miseria y los marginados.

El capítulo cuatro repertorió los postulados sociológicos, utilizados por la universidad y la escena cultural, para las investigaciones acerca de las villas miseria y las experiencias migrantes de los sectores marginales. Esta problemática había alcanzado una amplia visibilidad social como lo evidencian la película *Tire Dié* del cineasta santafesino Fernando Birri y el trabajo de relevamiento demográfico del sociólogo Gino Germani en Isla Maciel, en la periferia de la ciudad de Buenos Aires. Tomando como punto de partida estos testimonios acerca de la relevancia del problema villero, se intentó componer un montaje de trabajos sociológicos, donde se evidencia la multiplicidad de discusiones y estudios que el crecimiento de las villas miseria despertó en Rosario. Entre otros, se revisaron los *Cuadernos de Trabajo del proyecto de investigación Marginalidad Social* (1969-1975). Así como, la investigación que dirigió el sociólogo Héctor Bonaparte para la nota central de la revista *BOOM* N°7 (1969), "Villas de emergencia: el cinturón de la miseria", donde aparece una mirada alternativa acerca de este fenómeno urbano y se contemplan los testimonios de sus pobladores. En todo este conjunto, se detectan enfrentamientos y giros en las influencias teóricas y políticas que se alineaban con el convulsionado clima social y universitario. Asimismo, se subraya que estos estudios acerca de las villas miseria rosarinas se destacan por las apropiaciones de la sociología y las ciencias sociales que realizaron los académicos e intelectuales locales, transformando a la ciudad en un laboratorio de investigación sociológica.

El capítulo cinco abordó el álbum fotográfico *Rosario, esa ciudad* (1970) con el objetivo de analizar el rol de las imágenes en la producción de otra narrativa sobre la modernización de la ciudad. Este ensayo fotográfico propone un montaje de imágenes y palabras para componer un retrato caleidoscópico de la experiencia urbana. A lo largo de sus más de 100 fotografías, se evidencia intersticios, pliegues y fragmentos de lo urbano que desafían las instantáneas preconcebidas e instaladas en el imaginario histórico y visual de la ciudad de Rosario. En esta narrativa, las villas miseria no son un fenómeno a ocultar, sino que se contemplaban como un elemento constitutivo del proceso de modernización. En esta representación, La Vigil y su Editorial Biblioteca operan como un espacio cultural multifuncional no localizable en una centralidad urbana y cultural, sino emergente en un barrio de la ciudad. Por ello, esta formación cultural alternativa construyó otra mirada que eclosiona el centro y la periferia, otorgando al barrio y las villas miseria, una entidad propia, ajena a cualquier binomio. En efecto, la riqueza del álbum se advierte al poner en diálogo las fotografías entre sí y no en sus singularidades.

Por este motivo, se ensamblaron las imágenes dentro del soporte que las contiene, como objetos discursivos en sí mismos para entender cómo la narración se constituye en la compaginación de una imagen nueva de la ciudad. Allí, emerge una representación transversal a ciertos relatos hegemónicos de la modernización urbana y la renovación del paisaje ribereño. Dentro de su perspectiva interdisciplinar y su formato transnarrativo, enmarcada por los Estudios Culturales, la presente tesis se ha propuesto realizar un aporte a las representaciones de las villas miseria rosarinas y su contexto de producción, atravesado por la modernización urbana y cultural de la ciudad, durante los años sesenta/setenta. Para ello, el *corpus* de materiales ha involucrado una multiplicidad de registros urbanos, literarios, sociológicos y fotográficos, producidos por expertos, intelectuales, escritores, académicos y artistas locales. Entre las principales deudas de investigación que identifica esta tesis se enuncian tres nudos de temáticas. Primero, se requiere profundizar las relaciones entre la planificación y los estudios sociales, relevando los *Cuadernos del Ceur*, (primera etapa, 1966). Con este objetivo, se propone revisar estos estudios multidisciplinarios de la ciudad de Rosario y sus villas miseria, influenciados por los estudios del urbanismo latinoamericano y el desarrollismo, en la primera parte de la década del sesenta. En segundo lugar, para complejizar la mirada que propone la Biblioteca Vigil, se proyecta una articulación del álbum fotográfico, *Rosario, esa ciudad* (1970) con otras publicaciones de la "Colección Imagen" de la Editorial Biblioteca, como*: Santa Fe, el paisaje y los hombres* (1971) y *Paraná, el pariente del mar* (1973). En estos trabajos se percibe la incorporación de la ciudad de Santa Fe, desde una perspectiva de su visual urbana que, también, registra sus villas miseria. Además, se enfatizará en quiénes eran los colaboradores y participantes, miembros reconocidos de la escena cultural rosarina y santafesina, de estas obras. Y, hasta qué punto estos intelectuales entraron en contacto con la dimensión crítica tercermundista y dependentista para construir estos registros culturales de las ciudades del Litoral. Por último, se adeuda un análisis más profundo del poemario de Rogelio Barufaldi: *Martín Villa, hermano de Martín Fierro. Para acompañar a una villa que despierta (1974)*. Con esta obra, se abren los interrogantes acerca de los vínculos entre los escritores locales y la causa nacional-popular, a mediados de los setenta. En este sentido, el creciente clima de violencia social corría en paralelo a la radicalidad de la vida intelectual. Allí, todavía se adeudan investigaciones acerca de los compromisos políticos y sociales de escritores como Juan Martini y Nicolás Rosa, entre otros. Del mismo modo, se detecta una ausencia de investigaciones acerca del trabajo territorial y los contactos con el Movimiento Villero Peronista de una Facultad de Arquitectura totalmente radicalizada, donde alumnos,

militantes y docentes colaboraban en las causas populares, como atestigua la introducción del libro de Rogelio Barufaldi. Todos estos puntos de fuga se presentan para abrir nuevas constelaciones de interrogantes y montajes de materiales culturales. Esta tesis sólo ha intentado ensayar una exploración de una temática y un contexto que aún posee mucho para indagar.

RECURSOS

Libros y Artículos críticos

Aguirre, O. (2013) *BOOM. La revista de Rosario. Antología*. Rosario: La Chicago Editorial.

Aguirre O. y Di Crosta, G (2012) *Setecientosmonos: antología*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Albarracín, (2013) "Arte y Política: El caso del "Tucumán Arde" (1968-1969), en: Revista nuestrAmerinca, vol. 1, núm. 1, pp. 102-121.

Almandoz, A. (2018) *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas*. Santiago: RIL Ediciones-Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales.

Altamirano, C. (1998) "Desarrollo y desarrollistas", en: *Prisma, Revista de historia intelectual,* N° 2, pp. 75-94.

Altamirano, C. (2002) *Campo intelectual y Intelectuales*, en: Altamirano, C (Comp.) Términos críticos de la sociología de la cultura, Buenos Aires: Paidos.

Altamirano, C. y Sarlo, B. (2001) *Literatura/Sociedad*. Bs. As.: Edicial S.A.

Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands, la frontera*. San Francisco: Aunt Lutte.

Appaduarain, A. (2001) *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Bs. As.: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Arfuch,L. (2002) *Representación*, en: Altamirano, C (Comp.) Términos críticos de la sociología de la cultura, Buenos Aires: Paidos.

Argier, M. (2015) Zona de frontera: La antropología frente a la trampa identitaria. Rosario: Editorial de la Universidad de Rosario.

Avaro, Nora (2017) Adolfo Prieto (San Juan, 1928- Rosario, 2016), HOMENAJE, Zama/ 9, pp. 9-17.

Bhabha, J. (2002[1994]) *El lugar de la cultura*. Bs. As.: Manantial.

Balvé, B. (2005) "Acerca de las vicisitudes por defender un método de investigación (teórica y prácticamente)", en: *Razón y Revolución*, N° 14, (Reedición Electrónica).

Ballent, A. (2016) "Lima. Hora Cero: miradas, acciones y proyectos en una ciudad desbordada" En: Gorelik, A. y Areas Peixoto, F. (2016) *Las ciudades sudamericanas como arenas culturales,* Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.

Ballent, A., y Liernur, F. (2014) La casa y la multitud: Vivienda, política y cultura en la Argentina Moderna. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Barthes, R. (1990) *La cámara lúcida*. *Notas sobre la fotografía.* Barcelona: Paidós.

Barrios, R. (2014) "Entre la incapacidad de acción y la autonomía. Miradas sobre la participación popular en políticas de vivienda y hábitat en las décadas del 60 y 70 en Argentina. Los aportes de John Turner y Victor Pelli", en *Cuadernos Urbanos. Espacio, cultura y sociedad,* Vol. 16-N°16.

Barthes, R. (1992) *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Belausteguigoitia, (2009) Frontera,en en Szurmuk, M. y Mcee Irwin, R. (Comp.) Diccionario de estudios culturales latinoamericanos, México: Siglo XXI editores.

Benjamín, W. (1982) *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

Berger, J. (2016) *Modos de ver.* Barcelona: Gustavo Gilli.

Bergel, M. (2019) "Futuro, pasado y ocaso del Tercer Mundo", en: *Nueva Sociedad* N° 284, pp.130-144

Berman, M. (1982) *Todo lo solido se desvanece en el aire. La experiencia urbana de la modernidad*, Madrid: Siglo XXI.

Benmergui, Leandro (2012) “Housing develolopment: Housing polity, slums, and squatter settlements in rio de Janeiro, Brazil and Buenos Aires, Argentina, 1948-1973”, (tesis doctoral) EE. UU, Universidad de Maryland.
Bernabé, Mónica (2017) “Vanguardias Traslativas. Ángel Guido en los Archivos del barroco americano”, *En el borde del mundo*. *Vanguardias de archivos en América Latina*. Rosario: HyA Ediciones.
Blanco, A (2015) Prologo, en: Prieto, A. (2015 [1968]) *Literatura y subdesarrollo, Notas para un análisis de la literatura argentina,* CABA: EUDEBA.
Blanco, A (2004) “La sociología: una profesión en disputa”, en: Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004) Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento socila en Argentina, Bs. As.:2004.
Blanco, A. (2003) “Politica, Modernización y desarrollo: una revisión de la recepció de Tacott Parson en la obra de Gino Germani”, en Estudios Sociologicos, Vol. XXI, N°3, pp.667-699.
Bobbio, N. (1998) Diccionario de política. México: Siglo XXI Editores.
Bourdieu P. (1966) “Campo intelectual y proyecto creador”, en: Bourdieu, P. (2002) *Campo de poder, campo intelectual*. Madrid: Editorial Montressor.
Bourdieu P. (1987) *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa Editorial.
Bourdieu P. (2013) *La miseria del mundo*. México: FCE.
Bourdieu, P. (comp.) (1998), *La fotografía: Un arte intermedio*. México: Nueva Imagen.
Buck Morse, S. (1989) *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid: La balsa de Medusa.
Brunner, J.J.(2002) *Modernidad*, en: ALTAMIRANO, C (Comp.) Términos críticos de la sociología de la cultura, Buenos Aires: Paidos.
Camelli, E. (2019). El movimiento villero peronista, 1973-1976. Buenos Aires: Gorla.
Capdevila, (2018) “Denuncia y alegato *en Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke”, *Jornadas “La ciudad que yo inventé”*, Rosario.
Castro Gómez, S. “Latinoamericanismo, modernidad, globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón”, en Teoría sin disciplina (Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate), Eds. Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta. Mexica: Miguel Ángel Porrúa.
Chakravarty, D. (2008) *Al margen de Europa ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?,* Barcelona: Tuesquets Editores.
Cicutti,B. (2006),*Registros Urbanos de una modernidad periférica. Representaciones y transformaciones materiales en el frente costero de Rosario entre 1920 y 1940*. Bs. As.: Nobuko.
Cravino, M. C. (2012) (Comp.) *Repensando la ciudad informal en América Latina*, Los Polvorines: Universidad Nacional General Sarmiento.
Debord, G. (1999) “Teoría de la deriva”. En *Internacional Situacionista: La realización del arte, vol. 1*. Madrid: Literatura Gris.
De Certeau, M. (1999) *La invención de lo cotidiano*. *1 Artes de Hacer*. México: Editorial Iberoamericana.
De Diego, José Luis (2003) Campo intelectual y literario en la Argentina (1970-1986). [en línea] Tesis Doctoral. Universidad Nacional de la Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.150/te.150.pdf
De Riz, Liliana (2000) *La política del suspenso 1966/1976.* Bs. As.: Paidos.
Didi-Huberman, G. (2008) *Cuando las imágenes toman posición. El ojo de la historia 1.* Madrid: Machado Libros.

Didi-Huberman, G. (2014) *Pueblos expuestos, pueblos figurantes.* Buenos Aires: Manantial, 2014.
Didi-Huberman, G. (2016) *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
Escobar, A. (2007) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del subdesarrollo*. Venezuela: Fundación Editorial el perro y la rana.
Farinelli, F. (2013) *Del mapa al laberinto.* Barcelona: Icaria.
Foucaut, M. (2010 [1967]) "Espacios diferentes (heterotopías)". En El cuerpo Utópico. Las heterotopias. Buenos Aires: Nueva Visión. 63-81.
Foucaut, M. (1970) *La arqueología del saber*. Bs As.: Siglo XXI Editores.
Frisby, D (1985) *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, Madrid, la balsa de medusa, visor.
Frisby, D. (2007), "Introducción y Capítulo 1: "La ciudad observada. El flâneur en la teoría social", *Paisajes urbanos de la Modernidad*, Bs. As.: Univ. Nac de Quilmes y Prometeo págs. págs. 13-66.
Gallardo, J. C. *et al.* (1965) *Oda al Paraná*. Rosario: Biblioteca Constancio Vigil.
Galimberti, C (2015) La reinvención del río. Procesos de transformación en la ribera de la región metropolitana de Rosario, Argentina. Tesis Doctoral, Facultad de Arquitectura, Diseño y Planeamiento-UNR, Rosario.
Gandolfo, E. (2000) Entrevista a Juan José Saer.
Garbastzky, I (2013) "Sentido de vanguardia en *Setecientosmonos*: ruptura y eficiencia (artística, política, crítica)", en: Aguirre O. y Di Crosta, G (2012) *Setecientosmonos: antología*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
García Canclini, N. (1989) *Culturas hibridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijaldo.
García, N. (2014) *El caso Vigil. Historia sociocultural, política y educativa de la Biblioteca Vigil (1933-1981)*. Rosario: FHumyar Ediciones.
Gilman, C. (2012) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
Giordano, M. (2018) *De lo visual a lo afectivo. Prácticas artísticas y científicas en torno a visualidades, desplazamientos y artefactos*. Buenos Aires: Biblos.
Goffman, E. (1970) *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
Gomes, G (2018) "Política habitacional y el saber de loRs expertos en el nuevo orden de la Argentina "moderna", en: Revista Clepsidra, 5 (10).pp- 16-35.
Gorelik, A. (2002) "Miradas sobre Buenos Aires: los itinerarios urbanos del pensamiento social", en *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 113-139.
Gorelik, A. (2005) "La producción de la ciudad Latinoamericana", en *Revista de Estudios Latinoamericanos*, Vol. 1, pp. 161-183.
Gorelik, A. (2008) "La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico", *Revista de Antropología* N°1, Museo de Antropología, UNC. 73-96.
Gorelik, A. (2014) "Miradas Cruzadas", en Bifurcaciones.
Gorelik, A. (2016) "La ciudad y la villa: para una historia cultural urbana de los años sesenta en Buenos Aires". En: Gorelik, A. y Peixoto, M. (comp.) Ciudades sudamericanas como arenas culturales: Artes y medios, barrios de élite y villas miseria, intelectuales y urbanistas: cómo ciudad y cultura se activan mutuamente. Buenos Aires. Siglo XXI.
Gorelik, A. y Areas Peixoto, F. (2016) *Las ciudades sudamericanas como arenas culturales,* Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
Grossberg, L. (2012) *Estudios culturales en tiempo futuro: Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Gurbern, R. (1992) “La representación iconocinética I: la imagen cinematográfica” en La mirada opulenta. La exploración de iconosfera contemporánea. Barcelona: Gustavo Gill.
Habermas, J. (1998) “Modernidad: un proyecto incompleto”, Revista Punto de Vista N° 21, Buenos Aires.
Haesbaert, R. (2019), Regional-global: dilemas de la región y de la regionalización en la geografia contemporânea. CABA: CLACSO. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
Hall, S. (1994) “Estudios culturales, dos paradigmas”, en *Causas y Azares*, N°1, Bs. As.
Hall, S. (2004) “Codificación y descodificación en el discurso televisivo”,en Cuadernos de Información y Comunicación (CIC) 9,pp. 210-236.
Hall, S. (2010) “El trabajo de la representación. Representación, sentido y lenguaje”, en: Restrepo, E.; Walsh, C. y Vich, V. (Eds.) *Sin garantías trayectorias y problemática en Estudios Culturales*. Ecuador: Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Unniversidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolivar, Envión Ediciones. 447- 483.
Hall, S. (2017) *Estudios culturales 1983: una historia teorética*, CABA: Paidos.
Halperin Donghi (1986) “Un cuarto de siglo de hsitoriografia argentina (1960-1985)”, en Desarrollo Economico, V. 25, N° 100. Pp. 487- 520.
Hannerz, U. (1980) *Exploración de la ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
Hiernaux, D. y Lindón, A, (2004) “La periferia: Voz y sentido en los estudios urbanos”, en Papeles de Población, N°42, pp 100-123.
Hourcade, E. (1994) “La historia como ciencia social, en Rosario entre 1955 y 1966”, en: Devoto, F. La historiografía argentina en el siglo XX, Tomo II, CEAL, Bs. As.
Joseph, G.M. (2005) “Encuentros cercanos hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América”, en Salvatore (Comp.) Cultura Imperiales. Experiencias y representación en América, Asía y África. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
Krauss, R. (2002) *Lo fotográfico. Por una teoría de los desplazamientos*. Barcelona: Gustavo Gilli.
Lefebvre, H. (1978) De lo rural a lo urbano. Barcelona: Ediciones Península
Lefebvre, H. (1972) *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
Lefebvre, H. (2013[1974]) *La producción del espacio.* Madrid: Capitan Swing.
López, M. (2018) “Construir la escena local. Apuestas y prácticas en las artes visuales de la ciudad de La Plata”. CALLE 14, Vol. 13 N°24, pp. 454- 468.
López Bonilla, G. y Pérez Fragoso, C. (2009) Discurso, en Szurmuk, M. y Mcee Irwin, R. (Comp.) Diccionario de estudios culturales latinoamericanos, México: Siglo XXI editores.
Liernur, J. (2009). “De las nuevas tolderías a la ciudad sin hombres: la emergencia de la “villa miseria” en la opinión pública (1952-1962)”. En: Revista Registros, (6).
Martín Barbero, (2004) “Nuestra excéntrica y heterogénea modernidad”, en *Estudios Políticos* N°, Medellín. Pp. 115-134.
Malecki, J. S. (2018) “¿Una arquitectura imposible? Arquitectura y política en el Taller Total de Córdoba, 1970-1975. Prisma Revista de Historia Intelectural, N°22, pp. 95-115.
Mignolo, W. (2009) “El lado más oscuro del renacimiento”, en *Universitas Humanistica* N ° 67, pp. 165-203.
Morandé, P. (1987*) Cultura y modernización en América Latina. Ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación*. España: Encuentro Editores.
Morse, R. (1985),“Ciudades periféricas como arenas culturales (Rusia, Austria y América Latina)”, en *Bifurcaciones*; N°3.

Monti, A. (2016) Jorge Enrique Hardoy. Promotor académico (1950-1976) (Tesis Doctoral inédita), Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño, UNR: Rosario.
Myers, (2004) "Pasado en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955", en: Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004) Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento socila en Argentina, Bs. As.:2004.
Needell, J. "La Belle époque carioca en concreto: las reformas urbanas de Rio de Janeiro bajo la dirección de Pereira Passos", en Morse, R. y Hardoy, J.E. (Comp.) Cultura urbana latinoamérica, Buenos Aires: CLACSO, pp. 113-144.
Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004) Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento socila en Argentina, Bs. As.:2004.
Nun, J. (2003) *Marginalidad y exclusión social*. Bs. As.: Fondo de Cultura Económica.
Ortiz, R. (1992) "América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad-mundo", Nueva Sociedad, N° 166.
Ortiz, R. (2000) *Modernidad y espacio. Benjamin en Paris*. Buenos Aires: Grupo Norma.
Pagnoni A. y Roldán, D.(2021) "Erradicaciones en Rosario. Antecedentes y apropiaciones de la gubernamentalidad local sobre las villas miseria en la última dictadura militar". (EN PRENSA)
Pavesio, M. V. (2017) "Los fundadores": El instituto de antropología de Rosario y los primeros egresados del Plan de Estudios 1959", en Publicar- Año XV N° XXII. Pp. 71-92.
Pratt, M.L. (2000) "La modernidad desde América", Revista Iberoamericana, LXVI, (193): 831-840, en: http://dx.doi.org/10.5195/reviberoamer.2000.5823
Pratt, M.L. (1997) *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
Prieto, Martín (2018) "Introducción" en Saer, J. J (2018) A medio borrar. Antología. Bs. As. BOOKET. En Prieto, A. (2015 [1968]) *Literatura y subdesarrollo,* Notas para un análisis de la literatura argentina, CABA: EUDEBA.
Poudlubne, J. (2016) "Entre contorno y los librso, los críticos universitarios en setecientosmonos" en: 45 2°F. #14, pp.157-174.
Raffo, A.(2011) "Experiencias desde el Litorial: La formación universitaria en historia frente a los vaivenes políticos e institucionales del siglo XX", en: Clio & Asociados (15), en: https://www.clio.fahce.unlp.edu.ar/article/view/clion15a13
Reinoso, M (1987) Entrevista a María Teresa Gramuglio.
Richard, N. (1982) "La escena de avanzada", en Margenes e instituciones. Arte en Chile desde 1973.
Rigotti, A. M. (2012) "Un foco de innovación. Urbanismo en la Escuela de Arquitectura de Rosario (1929-1980). Cuadernos del Ciesal (9:11), 61-82.
Rigotti, A.M. (2017) "Megaformas para una renovada urbanidad. Exploraciones de Mario Corea en cinco movimientos y una coda", *Estudios Hábitat*, Vol. 15(1), pp. 1-14.
Rivera Páez, J. (2012) "Primer estatuto de la acción comunal en Bogota 1959: La institucionalización de la acción pública sobre los procesos urbanos informales", PROCESO URBANOS INFORMALES.
https://issuu.com/sem_proceso_urbanos_informales/docs/06_fel_primer_estatuto_de_la_acci_n_comunal_en_bo
Roldán, D. (2007) "Historia cultural de la ciudades e historia de los imaginarios urbanos. Argentina y América Latina" en Fernandez, S. (Comp.) Mas allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones.
Roldán, D. (2012) *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945.* La Plata: UNLP. Colección Humanidades.
Roldán (2013) Inventarios del deseo. Los censos municipales de Rosario, Argentina 1889-1910 *História Sao Paulo*. 32(1):

https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018
Roldán, D. (2021) "Cuatro perspectivas sobre los asentamientos populares suburbanos en Rosario (Argentina), 1933-1943". *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local*, *13*(27), 15-48. https://doi.org/10.15446/historelo.v13n27.86896
Roldán, D.; Pascual C. y Godoy, S. Explorando las ciudades latinoamericanas contemporáneas. Imaginarios, dispositivos y proyectos Anuario de la Escuela de Historia; Rosario; 2013. http://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/369
Roldán D. y Pagnoni A. (2021) "Soy de la orilla brava". Dos erradicaciones de villas de pescadores en la ribera de Rosario en la última dictadura militar (1977-1981). (EN PRENSA).
Roy, A. (2013) "Las metrópolis del siglo XXI. Nuevas geografías de la Teoría", Andamios, N° 10 (22), pp. 149-182.
Romero, J.L. (1976) *Latinoamérica las ciudades y las idea*s, Buenos Aires: Siglo XXI.
Rosa, N. (1997) *La lengua del ausente*. Buenos Aires: Biblos.
Rubinich, L. (2007) "Cap. VI La modernización cultural y la irrupción de la sociología", en: James, D. (Cop.) Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976. Bs. As.: Sudamericana.
Said, E. (1976) *El orientalismo*. Bs. As.: Debolsillo.
Saítta, S. (2006) "La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo XX", en Nuestra América N°2 pp. 91-102.
Sarlo, B. (1988) *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
Sarlo, B. (2001 b), "Prólogo a la edición en español", WILLIAMS, R. *El campo y la* ciudad, Bs. As.: Paidos.
Sarlo, B. (2001 b) La batalla por las ideas (1943-1976). Buenos Aires: Emece.
Sarlo, B. (2009 B) *La cuidad vista. Mercancía y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Sarlo, B. (2016) *Zona Saer*. Santiago: Ediciones Diego Portales.
Sautu et al., (2010) "Las clases sociales según Gino Germani" en : Mera, C. y Rebón, J. Gino Germani. La sociedad en cuestión. Antología comentada. Bs. As. CLACSO.
Sigal, S. (1991) *Intelectuales y poder en la década de sesenta*, Bs. As.: Punsur.
Silvestri, G. y Liernur, F. (1993) El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930). Buenos Aires: Sudamericana.
Silvestri, G. (2014) "Alma del Arquitecto. Conformación histórica del "habitus" de los proyectistas del hábitat". REGISTROS, Año 10, (n°11) pp. 72-97.
Snitcofsky, V. (2013), "el impacto urbano de la Gran depresión: el caso de villa Desocupación en la ciudad de Buenos Aires (1932-1935)", Cuadernos Urbanos, Vol 15, pp.93-109.
Soja, E. (2010) "Tercer Espacio. El alcance de la imaginación geográfica". En: Albet, A.y Benach, N. (ed.) (2010), Edward W. Soja. La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical. Barcelona: Icaria, pp. 181-209.
Sontag, S. (2006) *Sobre la fotografía.* México: Alfaguara.
Stedman Jones, G. (2015) "Ver sin entender. Engels Manchester y la observación en 1844", [Publicación original: Stedman Jones, G. (1996) "Voir sans entendre. Engels en Manchester et l'observation social en 1844", *Genèses* (22) 4-17] Traducción Diego Roldán.
Tagg, J. (2005) *El peso de la representación. Ensayo sobre fotografías e historias*. Barcelona: Gustavo Gilli
Terán, O. (1991) *Nuestros años sesenta. Bs. As*.: Puntosur

Tonello, J. “Una lectura de la ciudad”, en: Aguirre, O. (2013) *BOOM. La revista de Rosario. Antología*. Rosario: La Chicago Editorial.
Topalov, (1990) De la cuestión social a los problemas urbanos: los reformadores y la población de las metropolis a principios del siglo XX, RICS 125, pp 337- 354.
Van Poepelen, C. (2005) “Las transformaciones urbanas en la ciudad de Rosario durante la última dictadura militar”, en Revista Historia Regional. Sección Historia, núm., 23, pp.1-21.
Velleggia, S. (2009) La máquina de la mirada: los movimientos cinematográficos de ruptura y el cine Latinoamericano. Buenos Aires: Altamira.
Viano, C. (2019) “Rosariazo(s): una aproximación entre imágenes y memoria”, en: Gordillo, M. (2019) 1969. A cincuenta años: repensando el ciclo de protesta CABA: CLACSO; Córdoba: UCN.pp. 36-56.
Wacquant, L. (2007). “La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada”, (Horacio Pons Trad.), Ciencias Sociais Unisinos, Vol. 43 (3). pp. 193 - 199.
WIlliams, R. (1973 [2001]) El campo y la ciudad, Bs. As.: Paidos.
Williams, R. (1980) *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.
Williams, R. (1981) *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidos.
Ziccardi, A. (1984). El tercer gobierno peronista y las villas miserias de la Ciudad de Buenos Aires. En Revista mexicana de temas urbanos,46(4).

Documentos

Plan Regulador (1967-68)
Ley de Creación, Decreto Reglamentario Prefectura del Gran Rosario (1971), Ley provincial N°6551- 1969) Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.

Cuadernos de Trabajo Prefectura del Gran Rosario:

Mongsfeld, O. (1971) “Rosario y otros centros urbanos. Análisis demográficos, comparativos y proyecciones” *Cuaderno N° 2*: Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.
Cristía, M. y Rofman, A. (1971) “Formación de la estructura económica regional”. Rosario. En *Cuaderno N° 3*. Rosario, Argentina: Prensa y Difusión.
Mongsfeld, O. (1971) “Evolución histórica del área de la Prefectura del Gran Rosario” *Cuaderno N° 7 de PGR*. Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.
Ansaldi, M. D.; Corea, M; Pla, L. (1971) “Análisis preliminar de la estructura física del Área Metropolitana de Rosario”. *Cuaderno N° 9 de PGR.* Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.
Petruzzi, S. y Sonzogni, E. (1971) “Análisis preliminara de los aspectos sociales del Área Metropolitana de Rosario” *Cuaderno N° de 12 de PGR.* Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.
Ansaldi, M. D.; Corea, M.; Pla, L. (1972) “Anteproyecto de lineamientos generales para Prefectura del Gran Rosario”. *Cuaderno N° de 14 de PGR.* Publicado por la sección de prensa y desarrollo Dpto. Promoción y Desarrollo, Rosario.

Documentos de trabajo. INVESTIGACIÓN SOBRE MARGINALIDAD SOCIAL:

Fernández Milani, R. (1969) “Villas Miseria, hipótesis para una investigación”. en Documento N°1. Rosario: UNR.

Brie, R. Castagnola, J. Fernández Milani, R. y Sireau, A. (1969) “Proyecto de investigación sobre marginalidad social (Villas de emergencia) en Rosario”, en: Documento N° 2. Rosario: UNR.
Lapidus de Sager N. y Cellone, M. (1969) La aculturación y la reinterpretación a través de los bienes materiales y la formación de mitos en la “Villa Miseria” de Rosario. Documento N° 3. Rosario: UNR.
Villas de emergencia. Informe básico de fotointerpretación área- mosaico 1968 y mosaico complementario 1964- Ciudad de Rosario. Comisión especial Decreto 37.401 de la intendencia municipal. Documento N° 4. Rosario: UNR
Fernández Milani, R. (1969) “Tipologías de Villas Miseria. Antecedentes para una formulación”. Documento N° 5. Rosario: UNR.
Brie R.J. y Pérez A.M. (1969) “Marginalidad y pseudo-socialización anticipada”. Documento N°7. Rosario: UNR.
Pérez, A.M (1973) “La percepción de la situación marginal”. Rosario: UNR.
Pérez, A.M (1975) Informe sobre la marginalidad social. Un estudio de la ciudad de Rosario. Rosario:UNR.

Libros, Publicaciones y material audiovisual sesenta/setenta

Rosario, esa ciudad (1970) Rosario: Editorial Biblioteca.
“ROSARIO 2001: cuando mañana es hoy”, en: *BOOM* N°9, Año I, mayo1969.
“Villas de emergencia: el cinturón de la miseria”, en: *BOOM* N°7, Año I, marzo1969.
Areces, N. Roncoroni, G. y Ossana, E. (1972) “Las villas miseria de Rosario”, N°62 Revista Polémica (CEAL).
Barufaldi, R. (1974) *Martín Villa, hermano de Martín Fierro. Para acompañar a una villa que despierta*. Buenos Aires: CEAL.
Basaldúa, R. y Moreno, O. (1972): “La organización jurídica e institucional de un área metropolitana en la Argentina”, en Hardoy, Jorge y Geisse, Guillermo: *Políticas de desarrollo urbano y regional en América Latina*. Bs. As.: Ediciones Siap,
Birri, F. (1960) *Tire Die. Película de encuesta.* Santa Fe.
Birri, F. (2008[1964]) La Escuela Documental de Santa Fe. Rosario: Prohistoria Ediciones.
Burgess, R. (1978) “Petty commodity housing or dweller control? A critique of John Turner´s views on housing policy”. World Development, Vol. 6 (N°9-10), pp. 1105-1133
Castells, M. (1971*) Problemas de investigación en sociología urbana*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
Castells, M. (1973) *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo Gil S.A.
Corea, M. (1974) “Rosario: un proceso de urbanización dependiente” se publicó en la *Revista Los Libros* N°36.
Freidman, J. (1967) Una estrategia de urbanización deliberada. Santiago: CIDU.
Forni, F. (1969) “Aspectos sociales de la urbanización”, en: Hardoy, J. E.y Tobar (Comp.), La urbanización de América Latina. Bs. As.: Editorial Instituto.
Gallardo, J. C. et.al (1965)Oda al Paraná, Rosario: Editorial Biblioteca.
Germani, G. (1955) *Estructura social argentina. Análisis Estadístico*. Bs. As. Ediciones del Solar.
Germani, G. (1962 a). “Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires”. En P. M. Hauser (Ed.), *La Urbanización en América Latina París*: UNESCO. pp. 208-233.
Germani, Gino (1962 b) *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masa*. Bs. As.: Paidos.

Germani, G.(1969) “Asimilación del migrante al medio urbano. Aspectos teóricos y metodológicos”. En Grmeni, G. Sogiología de la Modernización. Bs. As.: Paidos pp 124-145.

Germani, G (1981) *El concepto de marginalidad. Significado, raíces históricas y cuestiones teóricas, con particular referencia a la marginalidad urbana*. Bs. As. : Nueva Visión.

Hauser, P. M. (Ed.) (1962) *La Urbanización en América Latina*. París: UNESCO.

Hardoy, J. E.y Tobar (Comp.), La urbanización de América Latina. Bs. As.: Editorial Instituto.

Hardoy, J. “Políticas urbanísticas y políticas del suelo urbano en América Latina”, en *Revista Summa* N° 9, 1967, p. 29

Lewis, O. (1952) “Urbanization without Breakdown: a Case Study”, The Scientific Monnthy,vol.75.

Lewis, O. (1961) *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México: Fondo de Cultura Económica.

Lewis, O. (1965/1972 [1967]) *La cultura de la pobreza*, Barcelona, Anagrama.

Margulis, M. (1968) *Migración y marginalidad en la sociedad argentina,* Bs. As. Paidos.

Mangin, W. (1967) “Latin American Squatter Settements: a problema and a solutión” Latin American Research Review N°2.

Mangin, W. (1969) “Historia de un caso de urbanización en el Perú”, Cuadernos Summa- Nueva Visión, N°29.

Martínez Estrada, E. (1956) *La cabeza de Goliat*.

Matos Mar, J (1962) “Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana” En P. M. Hauser (Ed.), La Urbanización en América Latina (pp. 208-233). París: UNESCO.

Mondgsfeld, O. (1983) *Área Metropolita de Rosario y el Pago de los Arroyos*. Rosario: Centro de Estudios Urbanos Rosario.

Morea, L. (1969) “Vivienda y equipamiento urbano” en: Hardoy, J. E.y Tobar (Comp.), La urbanización de América Latina. Bs. As.: Editorial Instituto.

Morse, R. (1971[1965]). *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos,* Buenos Aires: Ediciones SIAP.

Pradilla, E. (1982) “Autoconstrucción, explotación de la fuerza de trabajo y políticas del Estado en América Latina”, en E. Pradilla (comp.), *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.

Prieto, A. (2015 [1968]) *Literatura y subdesarrollo, Notas para un análisis de la literatura argentina,* CABA: EUDEBA.

Quijano, A (1973) “La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina”, en: Castells, M. (1973) *Imperialismo y urbanización en América Latina*. Barcelona: Gustavo Gil S.A. pp. 141-167.

Ravera, M. R. (1968) *Berni y la pintura*. Rosario: Facultad de Filosofía, Universidad Nacional del Litoral.

Redfield, R (1946) Yucatán: Una cultura en transición. México: Fondo de Cultura Económica.

Revista de la Sociedad de Planificación (SAP) Año I, N°3, Rosario (1970).

Rofman, A. “Aspectos de la estructura urbano-regional en países en vías de desarrollo”, en: Hardoy, J. E.y Tobar (Comp.), La urbanización de América Latina. Bs. As.: Editorial Instituto.

Saer, J.J. (1960) *En la zona*, en: Saer, J.J. (2001) Cuentos Completos (1957-2000). Bs. As.: Seix Barral.

Sager, N. Toraglio, R. y Cellone, M. (1971) “La identificación con los ídolos urbanos de la canción y el deporte como indicador de una actitud abierta al cambio en tres villas miseria de Rosario, Santa Fe, Argentina”. *Revista Universidad* de la UNL N°82.

Schteingart, M. (Comp.) (1973) *Urbanismo y dependencia en América Latina*, Buenos Aires: SIAP Ediciones.
Tobar, C. (1972) "Plan de erradicación de Villas de Emergencia", en Hardoy. J. y Geisse, G. Políticas de desarrollo urbano y regional en América Latina, Buenos Aires: SIAP (348-364).
Turner, J. (1963) "Dwelling resources in Latin America", Architectural Desing, año XXXIII, N° 8.
Turner, J. (1971[1967]) "Barries and Channels for Housing Development in Modernizing Countries", Journal of American Institute of Planners Vol. 33 (Issue 3) pp. 167-181.
Turner, J. (1972) "Housing as a Verb", TURNER, John & FICHTER, Robert, Freedom to Build, dweller control of the housing process, New York: Eds. Collier Macmillan.
Turner, J. (1977) Vivienda, todo el poder para los usuarios. Hacia la economía en la construcción del entorno, Madrid: H. Blume Ediciones.
Turner, Jonh (1967) Documental*: Un techo propio*. Lima
Verbitsky, B. (1957) *Villa Miseria, también es América del escritor.*
Wernicke, R. (1943) *Las colinas del hambre*

ILUSTRACIONES

Imagen N° 1	Componente principales del Plan Regulador (Decreto N° 34.318)	**34**
Imagen N° 2	Área Metropolitana de Rosario (Basualdo y Moreno, 1972)	**38**
Imagen N°3	Crecimiento demográfico PGR (Mongsfeld, Cuaderno N°7, 1971:50)	**64**
Imagen N°4	Mapa villas miseria de la ciudad de Rosario (Revista Polemica, N° 62, 1972:42)	**69**
Imagen N°5	Álbum *Rosario, esa ciudad* (1970)	**129**
Imagen N°6	Sin autor (1970:1)	**132**
Imagen N°7	Guarda, sin autor (1970:1)	**135**
Imagen N°8	Rodolfo Quinteros (1970: 87)	**138**
Imagen N°9	José María Saldi (1970: 30-31)	**140**
Imagen N°10	Carlos Saldi (1970: 49)	**143**
Imagen N°11	Daniel Ureta Manus (1970: 56-57)	**145**
Imagen N°12	Dto. Arte Editorial Biblioteca (1970: 59)	**147**
Imagen N°13	Nelly Rosar Traverso (1970: 11)	**149**
Imagen N°14	Carlos A. Milanesi (1970: 13)	**152**